El libro de las ilusiones

Paul Auster

Traducido por Benito Gómez Ibáñez

Título original:
The Book of Illusions

La paginación se corresponde
con la edición impresa

El hombre no tiene una sola y única vida, sino muchas, enlazadas unas con otras, y ésa es la causa de su desgracia.

CHATEAUBRIAND

1

Todo el mundo creía que estaba muerto. Cuando se publicó mi libro sobre sus películas, en 1988, hacía casi sesenta años que no se tenían noticias de Hector Mann. Salvo un puñado de historiadores y aficionados al cine mudo, pocos parecían conocer siquiera su existencia. *Doble o nada*, la última de las doce comedias breves que realizó a finales de la época muda, se estrenó el 23 de noviembre de 1928. Dos meses después, sin despedirse de amigos ni conocidos, sin dejar una nota ni informar a nadie de sus planes, salió de la casa que tenía alquilada en North Orange Drive y no se le volvió a ver más. Su DeSoto azul seguía aparcado en el garaje; el contrato de arrendamiento no vencía hasta tres meses después; el alquiler estaba pagado en su totalidad. Había comida en la cocina, whisky en el mueble bar, y no faltaba ni una sola prenda de ropa en los cajones de su habitación. Según *Los Angeles Herald Express* del 18 de enero de 1929, *era como si hubiese salido a dar un paseo y fuese a volver en cualquier momento*. Pero no volvió, y a partir de entonces fue como si a Hector Mann se lo hubiese tragado la tierra.

A raíz de su desaparición, circuló durante varios años toda suerte de historias y rumores sobre lo que le había

ocurrido, pero ninguna de aquellas conjeturas llevó nunca a parte alguna. Las más verosímiles —que se había suicidado o había sido víctima de alguna fechoría— no se podían ni demostrar ni descartar, ya que nunca apareció el cadáver. Otras explicaciones sobre el destino de Hector eran más imaginativas, daban más cabida a la esperanza, estaban más a tono con las implicaciones románticas de un caso así. Una de ellas afirmaba que había vuelto a su Argentina natal y dirigía ahora un pequeño circo de provincias. Otra, que se había hecho miembro del partido comunista y se dedicaba con nombre supuesto a organizar a los obreros de las centrales lecheras de Utica, en Nueva York. Y otra más, que con la Depresión se había convertido en un vagabundo del ferrocarril. Si Hector hubiese sido una estrella más importante, sin duda las historias habrían persistido. Vivo aún en las cosas que se decían de él, poco a poco se habría transformado en una de esas figuras simbólicas que habitan en las zonas recónditas de la memoria colectiva, en una representación de la juventud, la esperanza y los diabólicos reveses de la fortuna. Pero nada de eso ocurrió, porque el caso es que Hector estaba sólo empezando a causar impresión en Hollywood cuando su carrera se truncó. Llegó demasiado tarde para aprovechar sus dotes plenamente, y no permaneció mucho tiempo para dejar una huella perdurable de su personalidad y de lo que era capaz de hacer. Pasaron unos años más, y el público fue dejando de pensar en él. Hacia 1932 o 1933, Hector pertenecía a un universo extinto, y si había dejado algún rastro, sólo era en forma de nota a pie de página de un libro ignorado que ya nadie se molestaba en leer. Ahora las películas eran habladas, y las espasmódicas comedias del pasado estaban olvidadas. No más payasos, ni pantomimas, ni chicas guapas bailando descaradamente al son de orquestas silenciosas. Sólo hacía unos años que se ha-

bían extinguido, pero ya parecían prehistóricas, como las criaturas que deambulaban por el mundo cuando la humanidad aún vivía en las cavernas.

En mi libro no daba mucha información sobre la vida de Hector. *El silencioso mundo de Hector Mann* era un estudio de sus películas, no una biografía, y los pocos detalles que aporté sobre sus actividades al margen de la pantalla procedían directamente de las fuentes habituales: enciclopedias de cine, memorias, historias de los primeros tiempos de Hollywood. Escribí el libro porque quería comunicar mi entusiasmo por la obra de Hector. Para mí, la historia de su vida tenía un interés secundario, y en vez de conjeturar sobre lo que pudo o no pasarle, me limité estrictamente a analizar su filmografía. Teniendo en cuenta que nació en 1900, y dado que no se le había vuelto a ver desde 1929, jamás se me habría ocurrido sugerir que aún vivía. Los muertos no andan por ahí saliendo de la tumba, y en mi opinión, sólo un muerto podría haberse mantenido oculto tanto tiempo.

El pasado mes de marzo hizo once años que se publicó el libro en las Ediciones de la Universidad de Pensilvania. Tres meses después, justo cuando empezaban a salir las primeras críticas en las revistas cinematográficas y en las publicaciones especializadas, me encontré una carta en el buzón. El sobre era más grande y más cuadrado que los que solía haber en las tiendas, y como era de un papel grueso y caro, lo primero que se me ocurrió fue que podría contener una invitación de boda o el anuncio de algún nacimiento. Mi nombre y dirección estaban escritos en la parte central con unos rasgos elegantes y ondulados. Si la letra no parecía de un calígrafo profesional, sin duda era de alguien que creía en las virtudes de escribir con distinción, de una persona educada en la antigua escuela de la etiqueta y el decoro social. El matasellos era de Albu-

querque, Nuevo México, pero el remite de la solapa posterior indicaba que la carta se había escrito en otro sitio: suponiendo que tal sitio existiese y aceptando que el nombre de la ciudad fuese real. Una debajo de otra, las dos líneas decían lo siguiente: Rancho Piedra Azul; Tierra del Sueño, Nuevo México, Quizá sonriera al leer aquellas palabras, pero ya no me acuerdo. No había nombre, y cuando abrí el sobre para leer el mensaje de la tarjeta que contenía, percibí un leve olor a perfume, un ligerísimo efluvio a esencia de espliego.

Querido profesor Zimmer, decía la nota. *Hector ha leído su libro y le gustaría conocerlo*, *¿Le apetecería venir a visitarnos? Atentamente*, *Frieda Spelling (Sra. de Hector Mann)*.

La leí seis o siete veces. Luego la dejé, fui al otro extremo de la habitación y regresé. Cuando volví a coger la misiva, no estaba seguro de que aquellas palabras continuaran allí. Ni de que, en caso de que así fuera, siguieran siendo las mismas. Las leí de nuevo otras seis o siete veces, y entonces, aun sin estar seguro de nada, lo consideré una broma pesada. Un momento después me sentí lleno de dudas, y al instante siguiente empecé a dudar de aquellas dudas. Pensar en algo suponía pensar en su contrario, y en cuanto esta última idea destruía la primera surgía una tercera que aniquilaba la segunda. Como no se me ocurrió otra cosa que hacer, cogí el coche y me dirigí a la oficina de correos. Todas las direcciones de Estados Unidos estaban registradas en la guía de códigos postales, y si Tierra del Sueño no figuraba en ella, podía tirar la carta y olvidarme de todo el asunto. Pero sí venía. La encontré en la página 1933 del volumen primero, en la línea entre Tierra Amarilla y Tijeras, una ciudad como Dios manda, con su oficina de correos y su código de cinco dígitos. Eso no hacía que la carta fuese auténtica, desde luego, pero al menos le daba cierto aire de credibilidad, y cuando volví a

casa ya sabía que tenía que contestar. Una carta como aquélla no podía pasarse por alto. Una vez leída, estaba claro que si no se molestaba uno en contestar, no dejaría de pensar en ella durante el resto de la vida.

No guardé copia de la contestación, pero recuerdo que la escribí a mano y traté de hacerla lo más breve posible, limitándome a decir sólo unas cuantas palabras. Sin pensarlo dos veces, adopté el seco y críptico estilo de la carta que acababa de recibir. Así me sentía en una situación menos comprometida, con menos posibilidades de que me tomara por bobo la persona que me había gastado la broma; si es que, en realidad, se trataba de una broma. Palabra más, palabra menos, mi contestación decía algo así: *Estimada Frieda Spelling: Claro que me gustaría conocer a Hector Mann*, *Pero ¿cómo puedo estar seguro de que aún vive? Que yo sepa*, *hace más de medio siglo que nadie lo ha visto*. *¿Podría darme más detalles*, *por favor? La saluda atentamente*, *David Zimmer*.

Todos queremos creer en lo imposible, supongo, convencernos de que pueden ocurrir milagros. Considerando que yo era el autor del único libro jamás escrito sobre Hector Mann, quizá fuera lógico que alguien pensara que me iba a poner a dar saltos ante la posibilidad de que aún viviera. Pero yo no estaba de humor para dar saltos. O al menos no creía estarlo. Mi libro había nacido de una gran pesadumbre, y aunque ahora todo había quedado atrás, el dolor no había desaparecido. Escribir sobre la comedia no había sido más que un pretexto, una especie de extraña medicina que me tragué todos los días durante más de un año para ver si por casualidad aliviaba el padecimiento que me consumía. En cierto modo, así fue. Pero Frieda Spelling (o quienquiera que se hiciese llamar Frieda Spe-

lling) no podía saberlo. Era imposible que supiera que el siete de junio de 1985, apenas una semana antes de nuestro décimo aniversario de boda, mi mujer y mis dos hijos habían muerto en un accidente de avión. Habría visto, quizá, que el libro estaba dedicado a ellos *(A Helen, Todd y Marco: in memoriam)*, pero esos nombres no le habrían dicho nada, y aunque hubiese adivinado la importancia que tenían para el autor, no habría sabido que, para él, aquellos nombres representaban todo lo que tenía algún sentido en la vida; ni que cuando Helen murió a los treinta y seis años, Todd a los siete y Marco a los cuatro, prácticamente él también había muerto con ellos.

Se dirigían a Milwaukee, a ver a los padres de Helen. Yo me había quedado en Vermont para corregir exámenes y entregar las calificaciones finales del semestre que acababa de concluir. Era mi trabajo —profesor de literatura comparada en la Universidad de Hampton, Vermont—, y no me quedaba otro remedio que hacerlo. Normalmente, todos habríamos ido juntos hacía el veinticuatro o veinticinco, pero acababan de operar al padre de Helen de un tumor en la pierna y en opinión de la familia ella y los niños debían salir cuanto antes para allá, lo que supuso unas complejas negociaciones de última hora con el colegio de Todd para que le permitieran faltar las dos últimas semanas del segundo curso. La directora se mostraba reacia, aunque comprensiva, y al final acabó cediendo. Ésa era una de las cosas que no dejaba de pensar después del accidente. Con que nos hubiera denegado la autorización, Todd se habría visto obligado a quedarse conmigo en casa, y no estaría muerto. Así al menos se habría salvado uno. Al menos uno se habría evitado aquella caída de diez kilómetros desde lo alto del cielo, y yo no me habría quedado solo en una casa en la que debían vivir cuatro personas. Había más cosas, desde luego, no dejaba de atormen-

tarme pensando en otras posibilidades, y era como si nunca me cansase de explorar los mismos callejones sin salida Todo formaba parte de lo mismo, cada eslabón de la cadena de causa y efecto era un elemento fundamental del horror: desde el cáncer que mi suegro tenía en la pierna pasando por el tiempo que hacía en el Medio Oeste aquella semana, hasta el número de teléfono de la agencia de viajes donde habíamos reservado los billetes. Lo peor de todo era mi insistencia en llevarlos en coche a Boston para que cogieran allí un vuelo directo. No quería que salieran de Burlington. Eso suponía ir a Nueva York en un avión de hélice de dieciocho asientos para enlazar con un vuelo a Milwaukee, y le dije a Helen que no me gustaban aquellos aviones pequeños. Eran muy peligrosos, le advertí, y no podía soportar la idea de que fuesen en uno de ellos sin mí. Así que, para evitarme preocupaciones, no lo hicieron. Cogieron uno más grande, y lo más terrible es la prisa con la que los llevé. Había mucho tráfico aquella mañana, y cuando finalmente llegamos a Springfield y salimos a la autopista de Massachusetts, tuve que pisar a fondo y superar con creces el límite de velocidad para llegar a tiempo a Logan.

Recuerdo muy poco de lo que me ocurrió aquel verano. Durante varios meses, viví en una niebla alcohólica de dolor y lástima de mí mismo, rara vez moviéndome de casa, apenas molestándome en comer, afeitarme o cambiarme de ropa. La mayoría de mis colegas se habían marchado hasta mediados de agosto, así que no tuve que aguantar muchas visitas, pasar por las desesperantes formalidades del duelo colectivo. Todos tenían buena intención, desde luego, y cuando algún amigo pasaba a verme, siempre lo invitaba a entrar, pero sus emotivos abrazos y sus largos e incómodos silencios no servían de mucho. Sería mejor que me dejaran solo, pensaba, que me permitie-

ran sobrellevar los días en la oscuridad de mi mente. Cuando no estaba borracho o tirado en el sofá del salón viendo la televisión, pasaba el tiempo deambulando por la casa. Iba a las habitaciones de los niños y me sentaba en el suelo, rodeado de sus cosas. No era capaz de pensar directamente en ellos ni de traerlos a la memoria de manera consciente, pero cuando completaba sus rompecabezas y jugaba con sus piezas de Lego, construyendo estructuras cada vez más complejas y elaboradas, me daba la sensación de habitarlos de nuevo por un momento, de proseguir para ellos sus pequeñas vidas fantasmas repitiendo los gestos que hacían cuando aún tenían cuerpo. Me leí de cabo a rabo los libros de cuentos de Todd y le organicé los cromos de béisbol. Clasifique los animales disecados de Marco según la especie, el color y la talla, cambiando de sistema cada vez que entraba en el cuarto. Así se esfumaban las horas, días enteros fundidos en el olvido, y cuando no podía soportarlo más, volvía al salón y me ponía otra copa. En las raras noches que no perdía el conocimiento en el sofá, me iba a dormir al cuarto de Todd. Si me acostaba en mi cama, siempre soñaba que Helen estaba conmigo, y cada vez que intentaba tocaría, me despertaba con una sacudida, súbita y violenta, las manos temblorosas y los pulmones inhalando convulsivamente, con la sensación de que había estado a punto de ahogarme. No podía entrar en nuestra habitación después de anochecer, pero de día pasaba mucho tiempo allí, metido en el armario de Helen, tocando su ropa, colocando sus chaquetas y rebecas, descolgando los vestidos de las perchas y extendiéndolos en el suelo. Una vez, me disfracé con uno, y en otra ocasión me puse ropa interior suya y me maquillé la cara con sus pinturas. Fue una experiencia profundamente satisfactoria, pero al cabo de cierta experimentación adicional descubrí que el perfume era aún más eficaz

que el lápiz de labios y el rímel. Parecía recuperarla de manera más vívida, evocar su presencia durante periodos más largos. Por suerte, en marzo acababa de regalarle otro frasco de Chanel n.º 5 para su cumpleaños. Limitándome a aplicarme pequeñas dosis dos veces al día, conseguí que el frasco me durase hasta finales del verano.

Pedí excedencia para todo el semestre, pero, en vez de marcharme o someterme a tratamiento psicológico, me quedé en casa y seguí hundiéndome. A finales de septiembre o primeros de octubre, me soplaba más de media botella de whisky todas las noches. Eso mitigaba bastante mi capacidad de sentir, pero al mismo tiempo me privaba de toda sensación de futuro, y cuando alguien no espera nada, más le valdría estar muerto. Más de una vez me contuve en medio de prolongadas fantasías sobre pastillas para dormir y gases de monóxido de carbono. Nunca llegué a pasar a los hechos, pero siempre que recuerdo ahora aquellos días, veo lo cerca que estuve. Las pastillas estaban en el botiquín, y ya había cogido el frasco del estante en tres o cuatro ocasiones; ya había tenido unas cuantas en la mano. Si la situación se hubiera prolongado por más tiempo, dudo que hubiese tenido fuerzas para resistir.

Así se me presentaban las cosas cuando Hector Mann apareció inesperadamente en mi vida. Yo no tenía idea de quién era, nunca me había encontrado con una alusión a su nombre, pero una noche, poco antes de que empezara el invierno, cuando los árboles se habían quedado finalmente desnudos y las primeras nieves amenazaban con caer, por casualidad vi en la televisión un fragmento de una de sus películas antiguas, y me hizo reír. Eso quizá no parezca importante, pero era la primera vez que me reía de algo desde junio, y cuando noté que aquel inesperado espasmo me subía por el pecho y cascabeleaba en mis pulmones, comprendí que aún no había tocado fondo, que

en cierto modo todavía deseaba seguir viviendo. De principio a fin, no pudo haber durado más de unos segundos. Como risa, no fue especialmente estentórea ni sostenida, pero me pilló de sorpresa, y como no le opuse resistencia ni tampoco me sentí avergonzado de mí mismo por haber olvidado mi desgracia durante aquellos breves momentos en que Hector Mann apareció en pantalla, me vi obligado a concluir que dentro de mí había algo que anteriormente no había imaginado, algo distinto de la pura y simple muerte. No estoy hablando de intuiciones vagas ni de una patética nostalgia de lo que habría podido ser. Realicé un descubrimiento empírico que llevaba consigo todo el peso de una prueba matemática. Si conservaba la capacidad de reír, es que no estaba completamente insensibilizado. Significaba que el muro que había puesto entre el mundo y yo no era lo bastante grueso para impedir que algo se filtrase.

Debían de ser las diez un poco pasadas. Yo estaba, como de costumbre, tirado en el sofá, con un vaso de whisky en una mano y el mando a distancia en la otra, cambiando mecánicamente de canal. Di con un programa que acababa de empezar unos minutos antes, pero no tardé mucho en adivinar que se trataba de un documental sobre cómicos del cine mudo. Allí estaban todas las caras conocidas —Chaplin, Keaton, Lloyd—, pero también había unas secuencias raras de artistas de los que nunca había oído hablar, personajes menos conocidos como John Bunny, Larry Semon, Lupino Lane y Raymond Griffith. Seguí los gags con una especie de deliberado distanciamiento, sin hacerles mucho caso, pero lo bastante atento como para no cambiar y poner otra cosa. Hector Mann no apareció hasta el final del programa, y sólo en un breve fragmento: una secuencia de dos minutos de *La cuenta del contable*, ambientada en un banco y con Hector en el pa-

pel de diligente auxiliar administrativo. No me explico por qué me atrajo tanto, pero allí lo tenía, con su traje blanco propio de climas tropicales y su fino bigote negro, de pie frente a una mesa, contando montones de dinero con tan febril eficiencia, trabajando con tan vertiginosa rapidez y frenética concentración, que me resultaba imposible apartar los ojos de él. En el piso de arriba, unos obreros colocaban tablones nuevos en el suelo del despacho del director del banco. Al otro lado de la estancia había una guapa secretaria, sentada frente a su escritorio, limándose las uñas detrás de una enorme máquina de escribir. Al principio, parecía que nada podía distraer a Hector e impedir que concluyera su tarea en un tiempo récord. Pero entonces, muy despacio, empezó a caerle un hilillo de serrín en la chaqueta, y unos instantes después reparaba por fin en la chica. Un elemento se había convertido de pronto en tres, y a partir de entonces la acción empezó a saltar de uno a otro en un ritmo triangular de trabajo, vanidad y concupiscencia: la lucha por seguir contando el dinero, el esfuerzo por proteger su querido traje y el impulso de encontrarse con la mirada de la muchacha. De cuando en cuando, Hector torcía el bigote con consternación, como marcando el desarrollo de la escena con un leve gruñido o un aparte mascullado. No era cuestión de astracanadas y anarquía sino más bien de carácter y ritmo, una mezcla bien compuesta de objetos, cuerpos y mentalidades. Cada vez que Hector perdía el hilo de la cuenta, tenía que volver a empezar desde el principio, lo que únicamente le inducía a trabajar el doble de rápido que antes. Siempre que alzaba la cabeza hacia el techo para ver de dónde venía el polvo, lo hacía una fracción de segundo después de que los obreros habían tapado el hueco con otro tablón, Y cuando lanzaba una mirada a la chica, ella miraba en otra dirección. Pero, en medio

de todo eso, Hector se las arreglaba para guardar la compostura, negándose a que aquellas insignificantes frustraciones desbarataran su propósito o hiciera mella en la buena opinión que tenía de sí mismo. Quizá no fuese el fragmento de comedia más extraordinario que había visto en la vida, pero tiró de mí hasta que me vi completamente metido en él, y cuando Hector torció el bigote por segunda o tercera vez, yo me estaba riendo, soltando, en realidad, una sonora carcajada.

Un narrador iba explicando la acción, pero yo estaba demasiado absorto en la escena para escuchar todo lo que decía. Algo sobre el misterioso mutis de Hector del mundo del cine, creo, y el hecho de que se le consideraba el último de los cómicos importantes que trabajaron el cortometraje. En el decenio de 1920, los actores graciosos más innovadores y de mayor éxito se habían pasado ya al largometraje, y la calidad de las películas cómicas breves había sufrido una drástica disminución. Hector Mann no había aportado novedad alguna al género, afirmaba el narrador, pero se le consideraba un actor dotado de una gran vis cómica y excepcional expresión corporal, un distinguido rezagado que podría haber realizado una obra importante si su carrera no se hubiera truncado bruscamente. En ese punto acabó la escena, y empecé a escuchar con mayor atención los comentarios del narrador. Por la pantalla desfiló una serie de fotogramas de varias docenas de actores cómicos, y la voz lamentó la pérdida de innumerables películas de la época muda. Una vez que el sonido irrumpió en la industria cinematográfica, se consintió que las películas mudas se pudriesen en ciertos sótanos, se arrojasen al fuego y se tirasen a la basura, con lo que centenares de films habían desaparecido para siempre. Pero no había que abandonar toda esperanza, añadió la voz, De cuando en cuando aparecían películas antiguas, y en

los últimos años se había hecho una serie de notables hallazgos. Como en el caso de Hector Mann, añadió el narrador. Hasta 1981, sólo se disponía de tres películas suyas en todo el mundo. Vestigios de las otras nueve yacían ocultos bajo una pila de documentos de menor importancia —informes de prensa, críticas contemporáneas, fotogramas de producción, sinopsis—, pero se consideraba que las películas en sí se habían perdido. Entonces, en junio de aquel año, la Cinémathèque Française de París recibió un paquete anónimo. Echado al correo, al parecer, en el centro de Los Angeles, contenía una copia casi en perfecto estado de *Peleles*, la séptima de las doce películas de Hector Mann. A lo largo de los tres años siguientes, a intervalos irregulares, se enviaron ocho paquetes semejantes a las filmotecas más importantes del mundo: el Museo de Arte Moderno de Nueva York, el British Film Institute de Londres, la Eastman House de Rochester, el American Film Institute de Washington y, de nuevo, la Cinémathèque de París. En 1984, toda la producción de Hector Mann se encontraba dispersa entre esos seis organismos. Cada paquete procedía de una ciudad distinta, de sitios tan alejados entre sí como Cleveland y San Diego, Filadelfia y Austin, Nueva Orleans y Seattle, y como nunca hubo carta ni mensaje que acompañase a las películas, resultaba imposible identificar al donante, ni siquiera formular una hipótesis sobre quién era o dónde podría vivir. Otro misterio se había añadido a la vida y carrera del enigmático Hector Mann, concluyó el narrador, pero se había prestado un gran servicio y la comunidad cinematográfica estaba agradecida.

Yo no me sentía atraído por misterios ni enigmas, pero mientras veía los títulos de crédito al final del programa, se me ocurrió que quizá me gustaría ver aquellas películas. Había doce, dispersas en seis ciudades diferentes

de Europa y Estados Unidos, y verlas todas requería un montón de tiempo. Al menos unas cuantas semanas, supuse, aunque a lo mejor un mes o mes y medio. En aquel momento, lo último que podía haber adivinado era que acabaría escribiendo un libro sobre Hector Mann. Yo sólo buscaba algo que hacer, una ocupación agradable que me tuviera entretenido hasta que me sintiera con fuerzas para volver al trabajo. Me había pasado cerca de medio año viendo cómo me venía abajo, y era consciente de que, si seguía mucho tiempo así, acabaría pasando a mejor vida. No importaba cuál fuese el proyecto ni lo que esperase sacar de él. En aquellos momentos cualquier decisión habría sido arbitraria, pero aquella noche había vislumbrado una idea, y gracias a dos minutos de película y a una breve carcajada decidí recorrer el mundo en busca de comedias mudas.

Yo no era aficionado al cine. Empecé a enseñar literatura a los veintitantos años, cuando realizaba el doctorado, y desde entonces mi trabajo sólo había tenido que ver con libros, la lengua, la palabra escrita. Había traducido a una serie de poetas europeos (Lorca, Éluard, Leopardi, Michaux), escrito reseñas en periódicos y revistas, y publicado dos libros de crítica literaria. El primero, *Voces en zona de guerra*, era un estudio político y literario que examinaba la obra de Hamsun, Céline y Pound en relación con sus actividades pro fascistas durante la Segunda Guerra Mundial. El segundo, *La ruta de Abisinia*, era un ensayo sobre escritores que habían dejado de escribir, una meditación sobre el silencio. Rimbaud, Dashiell Hammett, Laura Riding, J. D. Salinger y otros: poetas y novelistas de singular brillantez que, por un motivo u otro, habían interrumpido su actividad. Cuando Helen y los niños murieron, estaba pensando en escribir otro libro sobre Stendhal. No es que tuviera algo en contra del cine, pero nunca

le había dado mucha importancia, y en los quince años que llevaba dando clases y escribiendo ni una sola vez sentí la necesidad de ocuparme de él. Me gustaba igual que a todo el mundo: para mí era una distracción, papel pintado en movimiento, una nimiedad. Por muy bellas o hipnóticas que a veces fueran las imágenes, nunca me daban tanta satisfacción como las palabras. Era demasiado explícito, pensaba yo, no dejaba bastante espacio a la imaginación del espectador, y la paradoja consistía en que cuanto más se acercaba el cine a simular la realidad, menos lograba representar el mundo: tanto lo que está en nosotros como a nuestro alrededor. Por eso siempre había preferido instintivamente los films en blanco y negro a las películas en color, el cine mudo al hablado. Se trataba de un lenguaje visual, de una forma de contar historias proyectando imágenes en una pantalla de dos dimensiones. La incorporación del sonido y del color había creado la ilusión de una tercera dimensión, pero al mismo tiempo había robado pureza a las imágenes. Ya no eran ellas quienes se encargaban de todo, y en vez de hacer del cine el medio híbrido perfecto, el mejor de los mundos posibles, el sonido y el color habían debilitado el lenguaje que debían haber realzado. Aquella noche, mientras veía cómo Hector y los demás cómicos demostraban sus habilidades en mi salón de Vermont, se me ocurrió que estaba contemplando un arte muerto, un género absolutamente difunto que jamás volvería a ser practicado. Y sin embargo, pese a todos los cambios que habían sobrevenido desde entonces, su obra resultaba tan fresca y estimulante como lo había sido el día del estreno. Aquello se debía a que entendían el lenguaje que utilizaban. Habían inventado una sintaxis de la mirada, una gramática de cinética pura, y salvo por el vestuario, los coches y el anticuado mobiliario que aparecía en segundo plano, su obra no podía envejecer. Era pensa-

miento plasmado en acción, voluntad humana expresándose mediante el cuerpo humano, y por tanto era para siempre. En su mayoría, las comedias mudas no se habían molestado en contar historias. Eran como poemas, como interpretaciones de sueños, como intrincadas coreografías del espíritu, y, al estar ya muertas, quizá a nosotros nos llegaban más profundamente que a los espectadores de su época. Las veíamos al otro lado de un gran abismo de olvido, y las mismas cosas que las separaban de nosotros eran en realidad las que las hacían tan fascinantes: su silencio, su ausencia de color, su ritmo irregular, acelerado. Esos eran obstáculos, y por eso no nos resultaba fácil verlas, pero también aliviaban a las imágenes de la carga de la representación. Se ponían entre nosotros y la película, y por tanto ya no teníamos que fingir que estábamos contemplando el mundo real. La pantalla plana era el mundo, y existía en dos dimensiones. La tercera dimensión estaba en nuestra cabeza.

Nada me impedía hacer las maletas y marcharme al día siguiente. No trabajaba aquel semestre, y el siguiente no empezaba hasta mediados de enero. Era libre de hacer lo que quisiera, libre de ir a donde se me antojara, y, en realidad, si me hacía falta más tiempo podría seguir después de enero, después de septiembre, después de todos los eneros y septiembres que me diera la gana. Esas eran las ironías de mi absurda y triste vida. En el momento en que Helen y los niños murieron, me hice rico. En primer lugar, por la póliza del seguro de vida que Helen y yo contratamos poco después de que empezara a trabajar en Hampton —*así se quedan tranquilos*, dijo el agente para convencernos—, y como estaba vinculado al seguro médico de la facultad y no costaba mucho, habíamos estado pagando una pequeña cantidad todos los meses sin molestarnos en pensar en ello. Cuando se estrelló el avión ni

siquiera me acordé del seguro, pero un mes después se presentó un hombre en casa y me entregó un cheque por valor de varios cientos de miles de dólares. Poco tiempo después, las líneas aéreas llegaron a un arreglo con las familias de las víctimas, y como yo había perdido a tres personas en el accidente, acabé ganando el premio gordo al perdedor, el gran premio de consolación por accidente con resultado de muerte y caso de fuerza mayor imprevisible. A Helen y a mí siempre nos había costado arreglárnoslas con mi salario de profesor y los honorarios que ella percibía de cuando en cuando por escribir artículos. Y, en cualquier momento, con mil dólares más las cosas habrían sido completamente distintas para nosotros. Ahora disponía de esos mil dólares elevados a la enésima potencia, pero no significaban nada para mí. Cuando recibí los cheques, envié la mitad a los padres de Helen, pero ellos me lo devolvieron a vuelta de correo, agradeciéndome el gesto pero asegurándome que no lo querían. Compré columpios para el patio de recreo del colegio de Todd, doné a la guardería de Marco libros por un valor de dos mil dólares y un moderno cajón de arena, y convencí a mi hermana y a su marido, profesor de música en Baltimore, para que aceptaran una sustancial ayuda en metálico del Fondo Zimmer de Defunciones. Si en mi familia hubiera habido más gente a la que dar dinero, se lo habría dado, pero mis padres ya no vivían, y aparte de Deborah no tenía más hermanos. En cambio me deshice de otro buen montón creando una beca de investigación en la Universidad de Hampton con el nombre de Helen: la Beca de Viaje Helen Markham. La idea era muy sencilla. Todos los años se concedería una beca en metálico al estudiante que se licenciara en Letras *summa cum laude*. El dinero tenía que gastarse en un viaje, pero aparte de eso no había reglas, ni condiciones ni requisitos que cumplir.

Designaría al ganador una comisión alternante de profesores de diversos departamentos (historia, filosofía, inglés y lenguas extranjeras), y con tal de que la beca Markham se utilizase para financiar un viaje al extranjero, el becario podía hacer con el dinero lo que considerase más conveniente, sin tener que dar cuentas a nadie. Para ponerlo en marcha hizo falta un enorme desembolso, pero por elevada que fuese la suma (el equivalente a cuatro años de salario), apenas hizo mella en mis haberes, e incluso después de haber desembolsado esas diversas cantidades de las diferentes formas que me habían parecido razonables, aún seguía poseyendo tanto dinero que no sabía qué hacer con él. Era una situación grotesca, un nauseabundo exceso de riqueza, ganada a cambio de unas cuantas vidas humanas. De no haber sido por un súbito cambio de planes, probablemente habría seguido regalando dinero hasta quedarme sin nada. Pero una fría noche de principios de noviembre, se me ocurrió que yo también podría viajar un poco, y si no hubiese contado con medios para pagarlo, nunca habría podido llevar a cabo un plan tan impulsivo. Hasta entonces, el dinero no había sido otra cosa que un tormento para mí. Ahora lo veía como un remedio, un bálsamo para prevenir el derrumbamiento mental definitivo. El régimen de vivir en hoteles y comer en restaurantes me iba a salir caro, pero por una vez no tendría que preocuparme de si podía permitirme hacer lo que me apetecía. Por desesperado e infeliz que me sintiese, también era un hombre libre, y como tenía una fortuna en el bolsillo, podía dictar las condiciones de esa libertad según me conviniera.

La mitad de las películas se encontraban lo bastante cerca de mi casa para que pudiera ir en coche. Rochester

estaba a unas seis horas hacia el oeste, y Nueva York y Washington quedaban en línea recta hacia el sur: más o menos cinco horas para hacer la primera etapa del viaje y otras cinco para la segunda. Decidí empezar por Rochester. Ya se acercaba el invierno, y cuanto más postergara el viaje, mayores riesgos había de encontrarme con tormentas y carreteras cubiertas de hielo, o de quedarme empantanado con el coche en alguna de esas inclemencias del norte. A la mañana siguiente llamé a la Eastman House para informarme de cómo podía ver las películas de su colección. No tenía ni idea de los trámites necesarios para esas cosas, y como no quería parecer demasiado ignorante cuando me presenté por teléfono, añadí que era profesor en la Universidad de Hampton. Confiaba en impresionarlos lo suficiente para que me tomaran por una persona seria, y no por un maniático que les llamaba por las buenas, como ocurría en realidad. Ah, dijo la mujer que me contestó al teléfono, ¿es que está escribiendo algo sobre Hector Mann? Su tono daba a entender que sólo cabía una respuesta posible, y tras una breve pausa musité las palabras que ella esperaba oír. Sí, contesté, eso es, exactamente. Estoy escribiendo un libro sobre él, y necesito ver las películas para documentarme.

Así fue como arrancó el proyecto. Fue una suerte que se pusiera en marcha tan pronto, porque cuando vi las películas de Rochester *(El Jockey Club* y *El fisgón)* comprendí que no estaba perdiendo el tiempo, Hector era realmente un cómico tan eficaz y consumado como cabía esperar, y si las otras diez películas estaban a la misma altura que aquellas dos, entonces valía la pena escribir un libro sobre él, se merecía un redescubrimiento. Desde el primer momento, por tanto, no me limité a ver las películas de Hechor, sino que las estudié. De no haber sido por la conversación con aquella mujer de Rochester, nun-

ca se me habría ocurrido acometer esa empresa. En principio, mi plan había sido mucho más simple, y dudo de que me hubiera tenido ocupado más allá de navidades o de primeros de año. De todas formas, no terminé de ver las películas de Hector hasta mediados de febrero. La idea había sido ver una vez cada película. Ahora las veía muchas veces, y en vez de estar sólo unas horas en las diversas filmotecas, permanecía en ellas días y días, pasando las películas en mesas de montaje y moviolas, viendo a Héctor mañana y tarde sin parar, rebobinando las secuencias hacia delante y hacia atrás hasta que ya no podía mantener los ojos abiertos. Tomaba notas, consultaba libros y escribía comentarios exhaustivos, detallando los planos, los ángulos de la cámara y las posiciones de la iluminación, analizando todos los aspectos de cada escena, hasta sus elementos más periféricos, y nunca me marchaba de un sitio hasta haberlo agotado, hasta que había pasado las secuencias tantas veces como para saberme de memoria todos y cada uno de los fotogramas.

No me pregunté si valía la pena hacer todo aquello. Tenía un trabajo que hacer, y lo único que me importaba era seguir adelante y dedicarme a terminarlo. Sabía que Hector sólo era una figura de segunda fila, un nombre más en la lista de los aspirantes sin suerte, pero eso no me impedía admirar su obra ni pasármelo bien en su compañía. Durante un año rodó a un ritmo de una película por mes, con un presupuesto tan reducido, tan por debajo de las cantidades necesarias para poner en escena las espectaculares acrobacias y divertidas secuencias que suelen asociarse a las comedias del cine mudo, que era un milagro que se las hubiese arreglado para producir algo, y mucho menos doce películas perfectamente visibles. Según lo que había leído, Hector empezó a trabajar en Hollywood de encargado de atrezzo, pintor de decorados, y a veces de fi-

gurante, y luego pasó a hacer papeles pequeños en una serie de comedias hasta que un tal Seymour Hunt le brindó la oportunidad de dirigir y protagonizar sus propias películas. Hunt, banquero de Cincinnati que quería introducirse en la industria cinematográfica, había ido a California a principios de 1927 a montar su propia productora, Kaleidoscope Pictures. Personaje artero y bravucón según la opinión general, Hunt no sabía nada de cine y mucho menos de llevar un negocio. (Kaleidoscope desapareció al cabo de año y medio. Hunt, acusado de malversación de fondos y falsedad contable, se ahorcó antes de que su causa se viera en los tribunales.) Escaso de financiación, falto de personal y acosado por las continuas intromisiones de Hunt, Hector aprovechó su oportunidad a pesar de todo y trató de sacarle el mayor partido. No había guiones, por supuesto, ni planes establecidos de antemano. Sólo Héctor y un par de cómicos llamados Andrew Murphy y Jules Blaustein que improvisaban sobre la marcha, a menudo filmando de noche en estudios prestados con un equipo de filmación agotado y material de segunda mano. No podían permitirse el lujo de destrozar una docena de coches ni de montar una estampida de ganado. No podían demoler casas ni hacer que estallaran edificios. Nada de inundaciones, ni huracanes ni localizaciones exóticas. Los extras estaban muy solicitados, y si una idea no daba resultado, carecían de medios para volver a filmarla después de terminada la película. Todo tenía que estar listo y acabado dentro del calendario de producción, y no había tiempo para las vacilaciones. Efectos cómicos por encargo; tres carcajadas al minuto y, luego, introdúzcase otra moneda en el contador. Al parecer, pese a todos los inconvenientes de aquella situación, Hector se crecía en las limitaciones que le habían impuesto. Su obra era de talla modesta, pero había en ella una intimidad que llamaba la

atención y le obligaba a uno a reaccionar. Comprendí por qué los estudiosos del cine respetaban su obra, y también por qué no le entusiasmaba enormemente a nadie. No había abierto nuevos caminos, y ahora que se disponía de su filmografía completa, era evidente que no tendría que revisarse la historia de la época. Las películas de Hector constituían pequeñas contribuciones al arte cinematográfico, pero no eran insignificantes, y cuanto más las veía, más me gustaban por su gracia y su ingenio sutil, por el curioso y conmovedor estilo de su protagonista. Como pronto descubrí, nadie había visto aún todas las películas de Hector. Hacía poco tiempo que habían aparecido las últimas, y ni una sola persona se había tornado la molestia de recorrer todos los archivos y filmotecas repartidos por el mundo entero. Si lograba llevar mi plan a buen término, yo sería el primero.

Antes de marcharme de Rochester, llamé a Smits, el decano de la facultad, para decirle que quería prorrogar la excedencia otro semestre. Al principio pareció un poco molesto, alegando que mis clases ya se habían incluido en el programa de estudios, pero le solté una mentira, afirmando que me estaba sometiendo a tratamiento psiquiátrico, y entonces se disculpó. Fue un truco infecto, supongo, pero en aquellos momentos yo estaba luchando por mi vida, y no me encontraba con fuerzas para explicar el motivo de que ver películas mudas se hubiera hecho de pronto tan importante para mí. Acabamos manteniendo una agradable charla y concluyó deseándome suerte, pero aun cuando ambos quisimos convencernos de que volvería en otoño, creo que notó que ya me estaba escabullendo, que aquello ya había perdido interés para mí.

Vi *Escándalo* y *Fin de semana en el campo* en Nueva York, y luego fui a Washington para ver *La cuenta del con-*

table y *Doble o nada*. Hice reservas para el resto del viaje en una agencia de Dupont Circle (en tren a California, en el *Queen Elizabeth II* a Europa), pero a la mañana siguiente, en un súbito arranque de ciego heroísmo, cancelé los billetes y decidí ir en avión. Era una auténtica locura, pero ya que me había lanzado, no quería perder el impulso de un principio tan prometedor. Daba igual que tuviera que hacer lo único que había decidido no hacer nunca más. No podía perder el ritmo, y si eso implicaba buscar una solución farmacológica al problema, estaba dispuesto a ingerir tantas pastillas para dormir como fuese necesario. Una empleada del American Film Institute me dio el nombre de un médico. Supuse que la visita no duraría más de cinco o diez minutos. Le diría que quería unas pastillas, me extendería una receta y asunto concluido. Al fin y al cabo, el miedo a volar era una afección corriente, y no habría necesidad de hablar de Helen y los chicos, no haría falta revelarle mi estado de ánimo. Lo único que pretendía era desconectar el sistema nervioso durante unas horas, y como esas cosas no se pueden comprar sin receta, su único cometido sería extenderme un papel que llevara su firma. Pero resultó que el doctor Singh era una persona muy concienzuda, y mientras se dedicaba a tomarme la tensión arterial y a auscultarme el corazón, me hizo las suficientes preguntas para tenerme tres cuartos de hora en su consulta. Era demasiado inteligente como para no sondearme, y poco a poco fue saliendo la verdad.

Todos tenemos que morirnos, señor Zimmer, me dijo. ¿Qué le hace pensar que se va a morir en un avión? Si nos fiamos de lo que dicen las estadísticas, tiene usted más posibilidades de morirse sentadito en su casa.

No he dicho que tuviese miedo a la muerte, puntualicé, sino que me daba miedo subirme a un avión. Que no es lo mismo.

Pero si el avión no se va a estrellar, ¿por qué se preocupa usted?

Porque ya no tengo confianza en mí mismo. Tengo miedo de perder los nervios, y no quiero dar un espectáculo.

Me parece que no le entiendo.

Me imagino que subo al avión y, antes de llegar siquiera a mi asiento, me vengo abajo.

¿Que se viene abajo? ¿En qué sentido? ¿Se refiere a venirse abajo mentalmente?

Sí, me vengo abajo delante de cuatrocientos desconocidos y pierdo la cabeza. Me vuelvo loco.

¿Y qué se imagina que hace?

Depende. Unas veces grito. Otras, me pongo a dar puñetazos a la gente en la cara. Otras, voy corriendo a la cabina de mando y trato de estrangular al piloto.

¿Y nadie se lo impide?

Claro que sí. Se aglomeran a mi alrededor, forcejean conmigo y me tiran al suelo. Me dan una paliza de muerte.

¿Cuándo fue la última vez que se metió usted en una pelea, señor Zimmer?

No me acuerdo. De niño, supongo. Cuando tenía diez o doce años. De esas cosas que pasan en el patio del colegio. Por defenderme del matón de la clase.

¿Y por qué piensa que va a empezar a pelearse ahora?

Por nada. Sólo tengo ese presentimiento, eso es todo. Me da la sensación de que si algo me fastidia un poco, no voy a poder contenerme. Puede pasar cualquier cosa.

Pero ¿por qué en los aviones? ¿Por qué no tiene miedo de perder el dominio de sí mismo en tierra firme?

Porque los aviones son seguros. Todo el mundo lo sabe. Los aviones son seguros, rápidos y eficaces, y una vez que estás en el aire, no puede pasarte nada. Por eso

tengo miedo. No porque crea que me voy a matar..., sino porque tengo la seguridad de que no me voy a matar.

¿Ha intentado suicidarse alguna vez, señor Zimmer?

No.

¿Lo ha pensado alguna vez?

Claro que lo he pensado. Si no, no sería humano.

¿A eso es a lo que ha venido? ¿Para marcharse de aquí con la receta de una droga agradable y eficaz que le permita suicidarse después?

Lo que busco es la inconsciencia, doctor, no la muerte. Las pastillas me harán dormir, y mientras esté inconsciente no tendré que pensar en lo que estoy haciendo. Estaré y al mismo tiempo no estaré allí, y en la medida en que no esté allí, estaré protegido.

¿Protegido de qué?

De mí mismo. Del horror de saber que no va a pasarme nada.

Espera usted un vuelo tranquilo, sin incidentes. Sigo sin ver por qué tiene miedo.

Porque lo tengo todo a mi favor. Voy a despegar y aterrizar sano y salvo, y una vez que llegue a mi destino bajaré del avión vivito y coleando. Mejor para mí, dice usted, pero con eso no haría sino escupir en todas mis convicciones. Insulto a los muertos, doctor. Reduzco una tragedia a una simple cuestión de mala suerte. ¿Me entiende ahora? Le digo a los muertos que han muerto para nada.

Lo comprendió. No lo dije con esas mismas palabras, pero aquel médico era de una inteligencia sutil y refinada, y pudo imaginarse lo demás sin que se lo explicara todo. J. M. Singh, miembro del Real Colegio de Médicos, residente interno del Hospital de la Universidad de Georgetown, con su preciso acento británico y un pelo que le empezaba prematuramente a escasear, comprendió de pronto lo que estaba intentando decirle en aquel pequeño

cubículo de luces fluorescentes y brillantes superficies de metal. Yo seguía sentado en la camilla de reconocimiento, abrochándome la camisa y mirando al suelo (no quería mirarlo a él, no quería arriesgarme a sufrir el bochorno de que se me salieran las lágrimas), y justo entonces, después de lo que me pareció un largo y embarazoso silencio, me puso la mano en el hombro. Lo siento, me dijo. Lo siento, de verdad.

Era la primera vez que alguien me tocaba desde hacía meses, y me pareció penoso, casi repulsivo, verme convertido en objeto de tanta compasión.

No quiero su compasión, doctor, le dije. Sólo quiero sus pastillas.

Se apartó con una ligera mueca, se fue a un rincón y se sentó en un taburete. Cuando terminé de remeterme la camisa, vi que sacaba el talonario de recetas del bolsillo de la bata blanca.

Voy a extenderle la receta, anunció, pero antes de que se vaya quiero pedirle que reconsidere su decisión. Me hago cargo de todo lo que ha tenido usted que pasar, señor Zimmer, y no me parece bien ponerle en una situación que pudiera causarle semejante tortura. Pero hay otras formas de viajar, ya sabe. Quizá sería mejor que evitase los aviones, de momento.

Ya le he estado dando vueltas a eso, repuse, y me he decidido en contra. Es que las distancias son muy grandes. Mi siguiente parada es Berkeley, California, y después tengo que ir a Londres y París. A la Costa Oeste se tarda tres días en tren. Multiplíquelo por dos para tener en cuenta el viaje de vuelta y añada otros diez días para cruzar el Atlántico y volver, y tendremos un mínimo de dieciséis días perdidos. ¿A qué me voy a dedicar en todo ese tiempo? ¿A mirar por la ventanilla y hartarme de paisajes?

Ir más despacio no sería mala cosa. Serviría para reducir un poco la tensión.

Pero eso es justamente lo que necesito, tensión. Si ahora perdiera empuje, me desmoronaría. Saldría volando en cien direcciones diferentes, y nunca sería capaz de recomponerme.

Había algo tan vehemente en la forma en que pronuncié esas palabras, tanta gravedad y enajenación en el tono de mi voz, que el médico casi sonrió; o al menos, pareció contener una sonrisa. Bueno, no dejaremos que pase eso, ¿verdad? Si está tan resuelto a volar, pues entonces adelante. Vuele usted, pero asegúrese de que sea en una sola dirección. Y con esa sarcástica observación, se sacó un bolígrafo del bolsillo y garabateó una serie de indescifrables trazos en el talonario. Aquí tiene, me dijo, arrancando la hoja y tendiéndomela. Su billete para Air Xanax.

Nunca he oído hablar de Xanax.

Es una droga eficaz, pero muy peligrosa. Siga las instrucciones de uso, señor Zimmer, y se convertirá en un zombi, en un ser sin personalidad, en un pedazo de carne sin conciencia. Podrá volar a través de continentes y océanos enteros y le garantizo que ni siquiera se enterará de que ya no sigue en tierra.

Al día siguiente por la tarde estaba en California. Menos de veinticuatro horas después entraba en una sala de proyección privada del Pacific Film Archive para ver otras dos comedias de Hector Mann. *El lío del tango* resultó ser una de sus producciones más desenfrenadas, más efervescentes; *Casa y hogar*, una de las más esmeradas. Pasé más de dos semanas viendo esas películas, volviendo todos los días a la sala a las diez en punto de la mañana, y cuando cerraron (en Navidad y Año Nuevo) seguí trabajando en el hotel, leyendo libros y repasando las notas para prepa-

rar la siguiente etapa del viaje. El siete de enero de 1986 me tragué otras cuantas pastillas mágicas del doctor Singh y cogí un avión de San Francisco a Londres en vuelo directo: nueve mil kilómetros sin escala en el Catatonia Express. Esta vez era necesario aumentar la dosis, pero temiendo que no fuese suficiente, justo antes de subir al avión me tomé otra pastilla más. Debería haberme guardado mucho de no seguir las instrucciones del médico, pero la idea de despertarme en pleno vuelo me aterrorizaba tanto que a punto estuve de caer en el sueño eterno. En mi pasaporte viejo hay un sello que prueba que entré en Gran Bretaña el ocho de enero, pero no recuerdo nada del aterrizaje, de pasar por aduana ni de cómo llegué al hotel. Me desperté en una cama extraña el nueve de enero por la mañana, y ahí fue cuando mi vida empezó de nuevo. Nunca había perdido tan completamente la noción de mí mismo.

Quedaban cuatro películas —*Vaqueros* y *Don Nadie* en Londres; *Peleles* y *El utilero*, en París—, y comprendí que aquélla era mi única oportunidad de verlas. En caso necesario siempre podría volver a los archivos americanos, pero otro viaje al British Film Institute o a la Cinémathèque era totalmente impensable. Había logrado llegar a Europa, pero no tenía fuerzas para intentar lo imposible más de una vez. Por ese motivo, acabé pasando en Londres y París mucho más tiempo del que había previsto: casi siete semanas en total, la mitad del invierno, agazapado en mi refugio como un animal enloquecido en su madriguera subterránea. Hasta aquel momento había sido concienzudo y minucioso, pero ahora el proyecto alcanzó otro grado de intensidad, una determinación rayana en lo obsesivo. Mi propósito aparente consistía en estudiar la filmografía de Hector Mann hasta sabérmela al dedillo, pero lo cierto era que estaba intentando concentrarme,

aprendiendo a pensar exclusivamente en una sola cosa. Llevaba la vida de un monomaniaco, pero era la única manera de seguir viviendo sin que terminara hecho polvo. En febrero, cuando finalmente volví a Washington, combatí los efectos del Xanax durmiendo en un hotel del aeropuerto y luego, a primera hora de la mañana, recogí el coche en el aparcamiento de estancias largas y emprendí viaje a Nueva York. No me sentía con fuerzas para volver a Vermont. Si iba a escribir el libro, me hacía falta un sitio donde recluirme, y de todas las ciudades del mundo Nueva York me pareció la que menos me atacaría los nervios. Pasé cinco días buscando un apartamento en Manhattan, pero no encontré nada. Era en pleno apogeo de Wall Street, unos veinte meses antes de la crisis bursátil del 87, y escaseaban tanto los alquileres como los subarriendos. Al final acabé cruzando el puente a Brooklyn Heights y me quedé con lo primero que me enseñaron: un apartamento de un dormitorio en la calle Pierrepont que habían puesto en alquiler aquella misma mañana. Era caro, sombrío y estaba mal distribuido, pero me daba con un canto en los dientes por haberlo encontrado. Compré un colchón para el dormitorio y una mesa y una silla para el cuarto de estar, y me instalé. El contrato de arrendamiento duraba un año. A contar a partir del primero de marzo, día en que empecé a escribir el libro.

2

Antes del cuerpo, está la cara, y antes de la cara está la tenue línea negra entre la nariz y el labio superior. El bigote —filamento agitado de ansiedades, comba de saltos metafísicos, trémula hebra de azoramiento— es el sismógrafo de los estados de ánimo de Hector, y no sólo hace reír, sino que dice lo que Hector está pensando, permite realmente que el espectador acceda al mecanismo de sus pensamientos. Intervienen otros elementos —los ojos, la boca, los bandazos y traspiés sutilmente calculados—, pero el bigote es el instrumento de comunicación, y aunque hable un lenguaje sin palabras, sus sacudidas y estremecimientos son tan claros y comprensibles como un mensaje transmitido en alfabeto Morse.

Nada de eso sería posible sin la intervención de la cámara. La intimidad del bigote parlante es creación del objetivo. En todas las películas de Hector, el ángulo cambia en diversos momentos, y un primer plano sucede de pronto a un plano general o medio. El rostro de Hector llena la pantalla y, suprimida ya toda referencia al entorno, el bigote se convierte en el centro del mundo. Empieza a moverse, y como Hector es capaz de controlar los demás músculos de la cara, el bigote parece moverse por sí

solo, como un animalito dotado de conciencia y voluntad independiente. Las comisuras de los labios se curvan un poco, las aletas de la nariz se ensanchan apenas, pero mientras el bigote lleva a cabo sus grotescos virajes, el rostro permanece esencialmente quieto, y en esa inmovilidad se ve uno como en un espejo, porque en esos momentos es cuando Hector se muestra más plena y convincentemente humano, como un reflejo de lo que somos todos cuando estamos solos con nosotros mismos. Las secuencias en primer plano están reservadas para los pasajes críticos de la historia, las coyunturas de mayor tensión o sorpresa, y nunca duran más de cuatro o cinco segundos. Cuando aparecen, todo lo demás se detiene. El bigote se lanza a su soliloquio, y en esos pocos momentos preciosos la acción da paso al pensamiento. Podemos leer lo que ocurre en la mente de Hector como si estuviera escrito con todas las letras en la pantalla, y antes de que desaparezcan, esas letras no son menos visibles que un edificio, un piano o un pastel en la cara.

En movimiento, el bigote es un instrumento para expresar lo que todo hombre piensa. En reposo, es algo más que un adorno. Señala el lugar de Hector en el mundo, establece el tipo de personaje que debe representar, y define quién es a ojos de los demás; pero sólo pertenece a un hombre, y como se trata de un bigotito absurdamente fino y grasiento, no puede caber duda alguna de quién es ese hombre. Es el caballero sudamericano, el *latin lover*, el pícaro de tez morena con sangre ardiente corriendo por sus venas. Añádase el pelo lacio y brillante peinado hacia atrás y el omnipresente traje blanco, y el resultado es una inequívoca mezcla de elegancia y dinamismo. Ésa es la clave de las imágenes. El sentido se comprende de una sola ojeada, y como una cosa va dando inevitablemente paso a otra en ese universo minado de bromas, donde las

alcantarillas no tienen tapadera y los cigarros puros explotan, en cuanto se ve a un hombre vestido de blanco paseando por la calle ya se sabe que el traje le va a causar problemas.

Después del bigote, el traje es el elemento más importante del repertorio de Hector. El bigote es el vínculo con su fuero interno, una metonimia de impulsos, cogitaciones y tormentas mentales. El traje encarna su relación con el mundo social, y con su brillo de bola de billar resaltando entre los grises y negros que lo rodean, atrae la mirada como un imán. Hector lleva ese traje en todas las películas, y en cada una de ellas hay al menos una situación prolongada que gira en torno a los peligros que entraña mantenerlo limpio. Barro y aceite de coche, melaza y salsa de espaguetis, hollín de la chimenea y charcos que salpican: en uno u otro momento, todo líquido negruzco, toda sustancia oscura amenaza con manchar la prístina dignidad del traje de Hector. Es la posesión de la que se siente más orgulloso, y lo lleva con ese aire atildado y cosmopolita del hombre que sale a la calle a impresionar al mundo. Se lo pone todas las mañanas, del mismo modo que un caballero andante se reviste de su armadura, preparándose para las batallas que la sociedad le tenga reservadas para ese día, y ni una sola vez se detiene a considerar que está logrando lo contrario de lo que pretende. No se está protegiendo de los posibles tropiezos, se está convirtiendo en un objetivo, en el centro de todos los contratiempos que puedan ocurrir en un radio de cien metros en torno a su persona. El traje blanco es una señal de la vulnerabilidad de Hector, y confiere cierto patetismo a las bromas que el mundo le gasta. Obstinado en su elegancia, aferrado a la convicción de que el traje lo transforma en el hombre más deseable y seductor, Hector eleva su propia vanidad a una causa con la que los espectadores pueden

simpatizar. Hay que fijarse en cómo se quita motas de imaginario polvo de la chaqueta mientras llama al timbre de la casa de su novia en *Doble o nada*, para comprender que ya no se está viendo una demostración de amor propio: se contemplan los tormentos derivados de la timidez. El traje blanco convierte a Hector en un desvalido. Pone al público de su parte, y en cuanto un actor logra eso, ya puede hacer lo que le dé la gana.

Era demasiado alto para hacer simplemente de payaso, demasiado atractivo para interpretar el papel de ingenuo apocado, como tantos otros cómicos. Con sus expresivos ojos negros y su elegante nariz, Hector tenía aspecto de un primer actor mediocre, un personaje romántico y resultón que se había metido por equivocación en el plató donde se rodaba otra película. Era plenamente adulto, y la presencia misma de una persona así parecía ser contraria a las normas establecidas de la comedia. Los actores graciosos tenían que ser bajitos, contrahechos o gordos. Eran pillines y bufones, necios y parias, niños disfrazados de mayores o adultos con mentalidad infantil. No hay más que pensar en la juvenil redondez de Arbuckle, su timidez, la sonrisa tonta en los labios pintados, feminizados. Recordad el dedo índice que se lleva a la boca cada vez que le mira una chica. Repasad la lista de objetos de utilería y vestuario que forjaron la carrera de reconocidos maestros: el vagabundo de Chaplin, con los desmadejados zapatos y la harapienta ropa; el tímido de Lloyd, con sus gafas de montura de concha; el atontado de Keaton, de sombrero chato y facciones inertes; el imbécil de Langdon, de piel blanca como la tiza. Todos son inadaptados sociales, y como esos personajes no pueden ni amenazarnos ni ser merecedores de envidia, les deseamos suerte para que triunfen sobre sus enemigos y conquisten el corazón de la chica. El único problema es que no saben qué

hacer con la chica una vez que se quedan a solas con ella. Con Hector nunca nos asaltan esas dudas. Cuando guiña el ojo a la chica, lo más probable es que ella se lo guiñe a su vez. Y en ese momento está claro que ninguno de los dos está pensando en boda.

La risa, sin embargo, no está ni mucho menos garantizada. Hector no es lo que pudiera llamarse un personaje encantador, y tampoco alguien que necesariamente inspire compasión. Si logra conquistar la simpatía del espectador es porque nunca sabe cuándo renunciar. Trabajador y sociable, perfecta encarnación de *l'homme moyen sensuel*, no está en desacuerdo con el mundo, sino que es más bien una víctima de las circunstancias, un hombre con una inagotable habilidad para atraer la mala suerte. Hector siempre tiene un plan en la cabeza, un motivo que justifica sus actos, pero siempre ocurre algo que le impide realizar su objetivo. Sus películas están erizadas de extraños incidentes físicos, descabelladas averías mecánicas, objetos que se niegan a comportarse como deberían. Una persona con menos confianza en sí misma se dejaría derrotar por esos inconvenientes, pero aparte de algún que otro estallido de exasperación (limitado a los monólogos del bigote), Hector nunca se queja. Hay puertas que le pillan los dedos al cerrarse de golpe, abejas que le pican en el cuello, estatuas que le caen en la punta del pie, pero una y otra vez se sobrepone a sus infortunios y continúa su camino. Se le empieza a admirar por su perseverancia, por la tranquilidad de espíritu que se apodera de él frente a la adversidad, pero lo que mantiene la atención del espectador es la forma en que se mueve. Hector es capaz de cautivar a cualquiera con un solo gesto entre mil. Vivaracho y ágil, desenfadado hasta rozar la indiferencia, se abre paso en la carrera de obstáculos de la vida sin la menor muestra de torpeza ni miedo, deslumbrando al espectador

con sus cabriolas y regates, sus súbitas piruetas y convulsas pavanas, sus reacciones tardías, triples saltos y contoneos de bailarín de rumba. No hay más que observar el tamborileo, la impaciencia de los dedos, los suspiros, tan hábilmente calculados, la leve inclinación de cabeza cuando algo inesperado le llama la atención. Esas diminutas acrobacias caracterizan al personaje, pero también se disfrutan por sí solas. Incluso cuando el papel matamoscas le sobresale bajo la suela del zapato y el niño de la casa acaba inmovilizándolo con un lazo (amarrándole los brazos a los costados), Hector se mueve con insólita gracia y compostura, no dudando ni un momento de que pronto podrá salir del apuro; aunque le esté esperando el siguiente en la habitación de al lado. Mala suerte para Hector, desde luego, pero así son las cosas. Lo que importa no es la habilidad para evitar los problemas, sino la manera en que se enfrenta uno a ellos cuando se presentan.

La mayoría de las veces, Hector se encuentra en lo más bajo de la escala social. Sólo está casado en dos de sus películas *(Casa y hogar* y *Don Nadie)*, y salvo por el detective privado que interpreta en *El fisgón* y el papel de mago ambulante en *Vaqueros*, es un patán contratado para realizar trabajos ingratos, modestos y mal retribuidos. Camarero en *El Jockey Club*, chófer en *Fin de semana en el campo*, vendedor a domicilio en *Peleles*, profesor de baile en *El lío del tango*, empleado de banca en *La cuenta del contable*, Hector suele presentarse como un joven que empieza a abrirse camino en la vida. Sus perspectivas distan mucho de ser prometedoras, pero nunca da la impresión de ser un fracasado. Se comporta con demasiado orgullo para eso, y al verle trabajar, con ese aire de seguridad y competencia de quien tiene confianza en sus propios conocimientos, se comprende que es una persona destinada al éxito. En consecuencia, la mayoría de las películas de

Hector termina de dos maneras; o conquista a la chica o realiza un acto de heroísmo que llama la atención de su jefe. Y si su jefe es demasiado burro para darse cuenta (los ricos y las personas influyentes quedan casi siempre como estúpidos), la chica verá lo que ha pasado y eso será recompensa suficiente. Siempre que debe elegirse entre el amor y el dinero, el amor tendrá la última palabra. Trabajando de camarero en *El Jockey Club*, por ejemplo, Hector consigue pescar a un ladrón de joyas mientras sirve varias mesas de borrachos que asisten a un banquete en honor de una campeona de aviación, Wanda McNoon. Con la mano izquierda, deja sin sentido al ladrón con una botella de champán; con la derecha, sirve el postre en la mesa al mismo tiempo, y como el corcho sale disparado de la botella y el jefe de camareros recibe una ducha con un litro más o menos de Veuve Clicquot, Hector se queda sin trabajo. Pero no importa. La chispeante Wanda es testigo presencial de la hazaña de Hector. Le pasa con disimulo su número de teléfono, y en la escena final suben los dos al avión de ella y salen volando hacia las nubes.

De conducta imprevisible, lleno de impulsos y deseos contradictorios, el personaje de Hector está trazado con demasiada complejidad para que nos sintamos enteramente cómodos en su compañía. No es un personaje de repertorio ni un tipo normal, y por cada una de sus acciones que nos parezca lógica, siempre hay otra que nos confunde y nos deja desconcertados. Hace gala de la esforzada ambición de un inmigrante curtido, de una persona resuelta a superar todos los obstáculos y abrirse paso en la jungla norteamericana, pero la simple visión de una mujer hermosa es suficiente para apartarlo completamente de su camino, dispersando a los cuatro vientos sus bien trazados planes. Hector tiene la misma personalidad en todas sus películas, pero sus preferencias no tienen una je-

rarquía fija, no hay manera de saber cuál será su próximo capricho. A la vez hombre del pueblo y aristócrata, materialista y romántico, es un hombre de modales precisos, puntillosos, que nunca vacila en hacer grandes gestos. Entregará la última moneda que le quede a un mendigo de la calle, pero no le moverá tanto la caridad o la compasión como la poesía del acto mismo. Por mucho que trabaje, sea cual sea la diligencia que aplique a la realización de las ínfimas y a menudo absurdas tareas que le asignan, Hector transmite una sensación de distanciamiento, como si en cierto modo se estuviera burlando de sí mismo y felicitándose a la vez. Parece vivir en un estado de irónico desconcierto, participando en el mundo al tiempo que lo observa desde muy lejos. En la que quizá sea su mejor obra, *El utilero*, convierte esos dos puntos de vista opuestos en un principio unificado del caos. Era el noveno cortometraje de la serie, y Hector interpreta al director de escena de un pequeño y zarrapastroso grupo de teatro. La compañía recala en un pueblo llamado Wishbone Falls para representar durante tres días *A caballo regalado no se le mira el diente*, comedia de enredo del conocido dramaturgo francés Jean–Pierre Saint–Jean de la Pierre. Cuando abren el camión para descargar los decorados y meterlos en el teatro, descubren que han desaparecido. ¿Qué hacer? Sin ellos no pueden representar la obra. Hay que amueblar toda una sala de estar, por no mencionar la falta de otros accesorios importantes: una pistola, un collar de diamantes y un cerdo asado. A las ocho de la tarde del día siguiente se levantará el telón, y a menos que puedan crear un decorado de la nada, la compañía dejará de existir. El director del grupo, un presuntuoso fanfarrón con un pañuelo al cuello y un monóculo en el ojo izquierdo, mira en la parte de atrás del camión, le da un soponcio y se queda como muerto. El asunto

pasa a las manos de Hector. Después de unas breves pero incisivas observaciones de su bigote, sopesa la situación con calma, se alisa la pechera de su inmaculado traje blanco y se dispone resueltamente a ocuparse del asunto. Durante los siguientes nueve minutos y medio, la película se convierte en una ilustración de la famosa consigna anarquista de Proudhon: *toda propiedad es un robo*. En una serie de breves y frenéticos episodios, Hector corre de un lado para otro y roba la utilería. Vemos cómo intercepta una entrega de muebles al almacén de una galería comercial y se apodera de mesas, sillas y lámparas, que carga en su propio camión y conduce rápidamente al teatro. Roba cubiertos de plata, copas y un servicio completo de porcelana en la cocina de un hotel. Logra pasar a la trastienda de una carnicería con una falsa hoja de pedido de un restaurante de la ciudad y sale con la canal de un cerdo cargada al hombro. Por la noche, en una fiesta que dan a los actores los ciudadanos más importantes de la localidad, le quita al sheriff el revólver de la cartuchera. Poco después, abre hábilmente el pasador de un collar que lleva una mujer rechoncha de mediana edad, extasiada bajo los efectos de su encanto seductor. Nunca se muestra tan zalamero como en esta escena. Despreciable en sus simulaciones, odioso en la hipocresía de su ardor, también aparece como un bandido heroico, un idealista dispuesto a sacrificarse por el bien de la causa. Nos repelen sus tácticas, pero al mismo tiempo rezamos para que le salga bien el robo. El espectáculo tiene que proseguir, y si Hector no logra embolsarse las alhajas, se acabó la función. Para complicar la intriga aún más, Hector acaba de ver a la guapa de la ciudad (hija del sheriff, para más casualidad), e incluso sin interrumpir su asalto amoroso a la rolliza matrona, empieza a hacerle ojitos a escondidas a la joven belleza. Afortunadamente, Hector y su víctima se encuen-

tran detrás de una cortina de terciopelo. Está echada hasta la mitad, tapando el hueco que separa el vestíbulo del salón, y como Hector está situado a este lado de la mujer y no al otro, puede mirar al salón con sólo inclinar un poco la cabeza a la izquierda. Pero la mujer permanece oculta a la vista, y aun cuando Hector alcanza a ver a la chica y la chica puede ver a Hector, ella no sabe que la mujer está allí. Eso permite a Hector perseguir sus dos objetivos a la vez —la falsa y la verdadera seducción—, y cómo juega con ambos elementos al mismo tiempo, contraponiéndolos en una sabia mezcla de planos y ángulos de cámara, cada uno de ellos hace que el otro resulte más cómico de lo que habría sido por sí solo. Ésa es la esencia del estilo de Hector. Nunca se conforma con una sola gracia. En cuanto se ha establecido una situación, hay que añadir otro toque de humor, y luego un tercero y posiblemente hasta un cuarto. Los gags de Hector se despliegan como composiciones musicales, formando una confluencia de líneas y voces contrastantes, y cuantas más voces interactúan en el Conjunto, más precario e inestable resulta el mundo. En *El utilero*, Hector hace cosquillas en la nuca a la mujer detrás de la cortina, juega al cucú–trastrás con la chica en la otra habitación, y acaba escamoteando el collar cuando pasa un camarero y tropieza con el borde del vestido de la mujer, vertiéndole en la espalda toda una bandeja de bebidas, lo que da a Hector el tiempo preciso para desabrochar el cierre. Ha logrado lo que se proponía; pero sólo por casualidad, salvado una vez más por la imprevisible rebeldía de lo material.

A la tarde siguiente se levanta el telón, y la representación es un éxito clamoroso. El carnicero, el dueño de los grandes almacenes, el sheriff y la gorda están, sin embargo, entre el público y justo cuando los actores salen a saludar y a lanzar besos a la entusiasta multitud, un agente de policía le pone a Hector las esposas para llevárselo a la

cárcel. Pero Hector está feliz, y no da la más mínima muestra de arrepentimiento. Ha salvado la función, y ni siquiera la amenaza de perder la libertad hace mella en su triunfo. A cualquiera que conozca las dificultades con que Hector se encontraba mientras rodaba sus películas, le resulta imposible no interpretar *El utilero* como una parábola de su vida, marcada por el contrato con Seymour Hunt y las batallas libradas en Kaleidoscope Pictures para realizar su obra. Cuando se lleva todas las de perder, la única manera de ganar es rompiendo las reglas. Se ponen todos los medios en práctica, como suele decirse, y si a uno le terminan cogiendo con las manos en la masa, al menos se pierde luchando por una buena causa.

Ese jubiloso desdén hacia las consecuencias cobra un matiz sombrío en el undécimo film de Hector, *Don Nadie*. Ya se le estaba acabando el tiempo, y debía de saber que, una vez vencido el contrato, su carrera tocaría a su fin. Estaba llegando el sonoro. Eran cosas de la vida, un hecho inevitable que sin duda acabaría con todo lo realizado anteriormente, y el arte que Hector tanto se había esforzado en dominar dejaría de existir. Aunque hubiese sido capaz de transformar sus ideas para adaptarse al nuevo estilo, no le habría servido de nada. Hector hablaba con marcado acento español, y en cuanto abriera la boca, el público norteamericano lo rechazaría. En *Don Nadie* se permite un toque de amargura. El futuro era sombrío, y el presente estaba empañado por los crecientes problemas financieros de Hunt. De un mes a otro, los estragos se extendían a todas las actividades de Kaleidoscope. Se recortaban los presupuestos, no se pagaban los salarios y los elevados intereses de los préstamos a corto plazo dejaban a Hunt en una continua necesidad de liquidez. Pedía prestado a las distribuidoras con la garantía de los futuros ingresos de taquilla, y cuando incumplió varios de esos

compromisos, los cines se negaron a proyectar sus películas En aquellos momentos Hector estaba realizando sus mejores obras, pero lo triste del caso era que cada vez llegaban a un público más reducido.

Don Nadie es una respuesta a esa creciente frustración. El villano de la historia se llama C. Lester Chase, y una vez que se descifran los orígenes del extraño y artificial nombre de ese personaje, resulta difícil no verlo como un doble de Hunt. Si se traduce *hunt* al francés, tendremos *chasse* (caza); si quitamos la segunda *s* de *chasse*, acabaremos con *chase* (persecución). Si luego nos damos cuenta de que *Seymour* se lee igual que *see more* (ve más), y de que Lester puede abreviarse en *Les* (menos), lo que convierte C. Lester en C. *Les–see less* (ve menos), todo salta claramente a la vista. Chase es el personaje más malintencionado de todas las películas de Hector. Su único objetivo es destruir a Hector y despojarlo de su identidad, y pone su plan en práctica no disparándole un balazo en la espalda ni clavándole un cuchillo en el corazón, sino dándole a beber una poción mágica que le hace invisible. Eso es, efectivamente, lo que Hunt hizo con la carrera cinematográfica de Hector. Lo hacía aparecer en pantalla y luego todo eran impedimentos para que la gente lo viera. Hector no desaparece en *Don Nadie*, pero en cuanto se bebe la poción, nadie lo vuelve a ver. Sigue ahí, frente a nuestros ojos, pero los demás personajes de la película permanecen ciegos a su presencia. Se pone a saltar, agita los brazos, se desnuda en una esquina muy concurrida, pero nadie lo ve. Cuando grita a alguien a la cara, no se oye su voz. Es un fantasma de carne y hueso, un hombre que ha dejado de serlo. Sigue viviendo en el mundo, pero en el mundo ya no hay sitio para él. Lo han asesinado, pero nadie tiene la cortesía ni la amabilidad de quitarle la vida. Simplemente lo han borrado del mapa.

Es la primera y la única vez que Hector se presenta como un hombre adinerado. En *Don Nadie* tiene todo lo que una persona puede desear: una mujer hermosa, dos hijos pequeños y una enorme mansión con personal de servicio al completo. En la escena inicial, Hector está desayunando con su familia. Hay unos espléndidos efectos cómicos que giran en torno al hecho de untar mantequilla en una tostada y una avispa que aterriza en un frasco de mermelada, pero el propósito narrativo de la secuencia es presentarnos una estampa de felicidad. Nos están preparando para todas las calamidades que van a ocurrir, y sin esa visión de la vida privada de Hector (matrimonio ideal, hijos perfectos, armonía doméstica en su forma más idílica), los funestos acontecimientos que se avecinan no tendrían el mismo impacto. Dadas las circunstancias, lo que sucede a Hector nos deja anonadados. Se despide de su esposa con un beso, y en cuanto le da la espalda y sale de su casa, se mete de cabeza en una pesadilla.

Hector es fundador y presidente de una floreciente empresa de refrescos, la Fizzy Pop Beverage Corporation. Chase es vicepresidente y consejero de la compañía, supuestamente su mejor amigo. Pero Chase ha contraído enormes deudas de juego y los prestamistas le acosan para que pague lo que debe o se atenga a las consecuencias. Cuando Hector llega aquella mañana a la oficina y saluda a los empleados, Chase está en otro despacho hablando con dos tipos con aspecto de matones. No os preocupéis, les dice. Tendréis el dinero este fin de semana. Para entonces ya me habré hecho con el control de la empresa, y sólo las existencias valen millones. Los matones consienten en darle un poco más de tiempo. Pero es tu última oportunidad, le advierten. Otro retraso y te encontrarás nadando con los peces en el fondo del río. Los hombres

se marchan pisando fuerte. Chase se limpia el sudor de la frente y deja escapar un prolongado suspiro. Luego saca una carta del primer cajón de su escritorio. La mira un momento y parece enormemente satisfecho. Con una malévola sonrisita, la dobla y se la guarda en el bolsillo interior de la chaqueta. Indudablemente, las cosas marchan; pero no sabemos en qué dirección.

Corte al despacho de Hector. Entra Chase con algo que parece un termo grande y pregunta a Hector si le apetece probar el nuevo sabor. ¿Cómo se llama?, pregunta Hector. Jazzmatazz, contesta Chase, y Hector hace un signo de aprobación con la cabeza, impresionado por el pegadizo soniquete de la palabra. Sin sospechar nada, deja que Chase le sirva una generosa muestra del nuevo brebaje. Mientras Hector coge el vaso, Chase, muy atento, le observa con un destello en la mirada, esperando que el venenoso menjunje haga su efecto. En un primer plano medio, Hector se lleva el vaso a los labios y, vacilante, toma un pequeño trago. Arruga la nariz con desaprobación, pone los ojos como platos, le titila el bigote. El tono es absolutamente cómico, pero cuando, ante la insistencia de Chase, Hector se lleva el vaso a la boca para dar un segundo trago, las siniestras implicaciones de Jazzmatazz se van haciendo cada vez más evidentes. Hector ingiere otra dosis de la bebida. Chasquea los labios, sonríe a Chase y luego sacude la cabeza, como sugiriendo que al sabor le falta algo. Sin hacer caso de la crítica de su jefe, Chase baja la vista y mira el reloj, abre la mano derecha y empieza a contar cinco segundos con los dedos. Hector está desconcertado. Pero, antes de que pueda decir algo, Chase llega al quinto y último segundo, y de buenas a primeras, sin previo aviso, Hector se precipita hacia delante golpeándose la cabeza contra el tablero de la mesa. Suponemos que la bebida le ha dejado sin sentido, que va a permane-

cer un tiempo inconsciente, pero mientras Chase se queda mirándolo con ojos implacables y sin expresión, Hector empieza a desaparecer. Primero los brazos, que van perdiendo intensidad hasta desvanecerse en la pantalla, luego el torso y finalmente la cabeza. Un trozo de su cuerpo va siguiendo a otro hasta que todo él se disuelve en el aire. Chase sale del despacho y cierra la puerta. Haciendo una pausa en el corredor para saborear su triunfo, apoya la espalda en la puerta y sonríe. Aparece un letrero que dice: *Adiós*, *Hector*. *Ha sido un placer conocerte*.

Chase sale de cuadro. Una vez que desaparece de escena, la cámara se detiene unos momentos frente a la puerta, y luego, muy despacio, empieza a introducirse por el agujero de la cerradura. Es una toma encantadora, llena de misterio y expectación, y al tiempo que la abertura se va ensanchando, llenando la pantalla cada vez más, nuestra mirada va entrando en el despacho de Hector. Un momento después ya estamos dentro, y como esperamos encontrarlo vacío, nos llevamos una sorpresa ante lo que la cámara nos revela. Vemos a Hector derrumbado sobre el escritorio. Sigue sin conocimiento, pero vuelve a ser visible, y mientras tratamos de asimilar ese súbito y milagroso cambio sólo podemos llegar a una conclusión. Debe de haberse pasado el efecto de la pócima. Acabamos de ver cómo desaparecía, y si ahora estamos en condiciones de verlo de nuevo, es que el brebaje era menos fuerte de lo que pensábamos.

Hector empieza a despertarse. Nos reconforta ese signo de vida, volvemos a terreno seguro. Suponemos que se ha restablecido el orden en el universo y que Hector se dedicará ahora a vengarse de Chase y a desenmascararlo por sinvergüenza. Durante los veintitantos segundos siguientes, realiza uno de sus más sabrosos y expresivos números cómicos. Como quien intenta librarse de una bue-

na resaca, se levanta del sillón, atontado y confuso, y empieza a deambular haciendo eses por el despacho. Nos reímos. Damos crédito a nuestros ojos y, confiados en que Hector ha vuelto a la normalidad, nos hace gracia ese espectáculo de traspiés y rodillas temblorosas por el mareo. Pero entonces Hector se dirige al espejo que cuelga de la pared, y todo vuelve a cambiar. Quiere verse. Quiere peinarse y ajustarse la corbata, pero cuando mira al óvalo liso y reluciente del cristal, su cara no está allí. No tiene reflejo. Se palpa para asegurarse de que es real, para confirmar que su cuerpo es tangible, pero cuando mira de nuevo al espejo, sigue sin poder verse. Se queda perplejo, pero no le entra el pánico. A lo mejor es el espejo, que tiene algún defecto.

Sale al pasillo. En ese momento pasa una secretaria, cargada con un montón de papeles. Hector le sonríe, saludándola con la mano, pero ella parece no darse cuenta. Hector se encoge de hombros. Justo entonces, dos jóvenes empleados aparecen en sentido contrario. Hector les hace una mueca, gruñe. Saca la lengua. Uno de los empleados señala la puerta del despacho de Hector, ¿Todavía no ha venido el jefe?, pregunta. No sé, contesta el otro. No lo he visto. Cuando pronuncia esas palabras, desde luego, Hector está justo delante de él, a no más de quince centímetros de sus narices.

Cambio de escena, al salón de la casa de Hector. Su mujer deambula por la estancia, retorciéndose las manos, llorando y enjugándose las lágrimas con un pañuelo. No hay duda de que se ha enterado de la desaparición de su marido. Entra Chase, el ignominioso C. Lester Chase, autor de la diabólica trama para despojar a Hector de su imperio de refrescos. Pretende consolar a la pobre mujer, dándole palmaditas en la espalda y sacudiendo la cabeza con falsa desesperación. Saca la misteriosa carta del bolsi-

llo interior de la chaqueta y se la tiende a ella, explicándole que la ha encontrado por la mañana sobre el escritorio de Hector. Corte a un primerísimo plano de un extracto de la carta. *Queridísima mía*, leemos. *Te ruego que me perdones. El médico dice que padezco una enfermedad mortal y sólo me quedan dos meses de vida. Para evitarte esa agonía, he decidido acabar ya. No te preocupes por el negocio. Con Chase, la empresa está en buenas manos. Siempre te querré. Hector*. Esos engaños y mentiras no tardan en surtir efecto. En la siguiente toma, vemos que la carta resbala de los dedos de la mujer y cae revoloteando al suelo. Todo eso es demasiado para ella. El mundo se ha vuelto del revés, y lo que contenía se ha roto. Menos de un segundo después, se desmaya.

La cámara la sigue en su caída, y luego la imagen de su cuerpo tendido, inerte, se disuelve en un plano largo de Hector. Ha salido de la oficina y deambula por la calle, intentando comprender el extraño y terrible acontecimiento que acaba de sucederle. Para demostrar que no queda la más remota esperanza, se detiene en un cruce muy transitado y se queda en calzoncillos. Realiza una pequeña danza, camina con las manos, enseña el trasero a los coches que pasan, y como nadie le presta la menor atención, vuelve a vestirse con desánimo y se aleja arrastrando los pies. A partir de entonces, Hector parece resignarse a su destino. No se dedica a luchar contra su estado, sino más bien a tratar de entenderlo, y en vez de buscar un medio que le vuelva visible de nuevo (enfrentándose a Chase, por ejemplo, o intentando encontrar un antídoto que anule los efectos del brebaje), se dedica a hacer una serie de experimentos extraños e impulsivos, una investigación sobre quién es y en lo que se ha convertido. Inesperadamente, con un rápido movimiento de la mano, quita de golpe el sombrero a un viandante. De modo que

así son las cosas, parece decirse Hector. Aunque sea invisible para todos los que le rodean, su cuerpo aún puede relacionarse con el mundo. Se acerca otro transeúnte. Hector le pone la zancadilla y lo hace tropezar. Sí, no cabe duda de que su hipótesis es acertada, pero eso no significa que no haga falta investigar más. Empezando a tomarle gusto a la tarea, coge el borde del vestido de una mujer, lo levanta y le examina las piernas. Besa a otra en la mejilla, y a una tercera en los labios. Tacha las letras de una señal de *stop* y, un momento después, un motorista se estampa contra un tranvía. Se acerca sigilosamente a dos hombres y, dándoles golpecitos en la espalda y patadas en las espinillas, provoca una pelea. Hay algo cruel e infantil en esas travesuras, pero también resultan agradables de ver, y cada una de ellas añade otro elemento al creciente conjunto de pruebas. Entonces, al recoger una pelota de béisbol perdida que corre hacia él por la acera, Hector hace su segundo descubrimiento importante. En cuanto un hombre invisible coge algo, el objeto desaparece de la vista. No se queda flotando en el aire; se lo traga el vacío, la misma nada que envuelve al hombre, y en el momento en que entra en esa esfera embrujada, se evapora. El niño que ha perdido la pelota corre al sitio donde cree que debe de haber aterrizado. Las leyes de la física estipulan que la pelota debe estar allí, pero no está. El niño no entiende nada. Al verlo, Hector deja la pelota en el suelo y se marcha. El niño mira al suelo y, quién lo iba a decir, la pelota aparece allí, parada a sus pies. ¿Qué demonios ha ocurrido? El pequeño episodio concluye con un primer plano del perplejo rostro del niño.

Hector dobla la esquina y sigue andando por el siguiente bulevar. Casi inmediatamente se encuentra con un espectáculo repulsivo, algo que puede hacerle hervir la sangre a cualquiera. Un señor grueso y bien vestido está

robando un ejemplar del *Morning Chronicle* a un vendedor de periódicos ciego. El cliente se ha quedado sin monedas y como tiene prisa, y está demasiado apurado para cambiar un billete, se limita a coger un periódico y largarse. Indignado, Hector echa a correr tras él, y cuando el hombre se para en una esquina a esperar a que cambie el semáforo, le sustrae la cartera. La escena resulta a la vez divertida e inquietante. No sentimos la menor pena por la víctima, pero nos quedamos atónitos por la despreocupación con que Hector se ha tomado la justicia por su mano. Ni siquiera cuando regresa hacia el quiosco y devuelve el dinero al vendedor ciego, nos quedamos tranquilos. A raíz del robo, pasamos unos momentos creyendo que Hector va a quedarse con el dinero, y en ese pequeño y sombrío intervalo comprendemos que no ha robado al hombre gordo para enmendar una injusticia, sino sencillamente porque sabía que no iba a pasarle nada. Su generoso acto es simplemente algo que se le ocurrió después. Para él ya todo es posible, y no tiene que someterse a las normas. Puede hacer el bien si así lo quiere, pero también puede hacer el mal, y en ese momento no tenemos la menor idea del camino que va a tomar.

En casa de Hector, su mujer se ha metido en la cama.

En la oficina, Chase abre una caja fuerte y saca un abultado paquete de acciones. Se sienta frente al escritorio y empieza a contarlas.

Mientras, Hector está a punto de cometer su primer delito grave. Entra en una joyería y, delante de media docena de testigos que no le ven, nuestro impalpable y desconsiderado héroe desvalija una vitrina y se llena tranquilamente los bolsillos con puñados de relojes, collares y sortijas. Tiene un aire a la vez divertido y resuelto, y se dedica a la tarea con una tenue pero perceptible sonrisa en la comisura de los labios. Parece un acto caprichoso reali-

zado con total frialdad, y por las pruebas que se nos presentan ante los ojos no tenemos más remedio que concluir que Hector está perdido.

Sale de la tienda. Inexplicablemente, lo primero que hace es ir derecho a un cubo de basura que hay al borde de la acera. Mete bien el brazo entre los desperdicios y saca una bolsa de papel. Está claro que él mismo la ha metido allí, pero aunque está llena de algo, no sabemos lo que es. Cuando vuelve frente a la joyería, abre la bolsa y empieza a esparcir una sustancia pulverizada por la acera, nos quedamos completamente perplejos. Podría ser tierra, podría ser ceniza, podría ser pólvora; pero, sea lo que sea, no tiene sentido que Hector lo esté echando por el suelo. En cuestión de segundos, una fina línea oscura se extiende desde la entrada de la joyería hasta el bordillo de la acera. Cuando termina, Hector se adentra en la calzada. Sorteando coches, esquivando tranvías, dando saltos que alternativamente le libran del peligro y lo ponen en apuros, sigue vaciando la bolsa a medida que cruza la calle, como un campesino enloquecido que pretendiera plantar una hilera de semillas. La línea cruza ahora la avenida. Cuando Hector se sube al bordillo de la acera de enfrente y sigue extendiendo la línea, caemos de pronto en la cuenta. Está dejando un rastro. Todavía no sabemos adonde llevará, pero cuando abre el portal del edificio que tiene delante y desaparece por el umbral, sospechamos que estamos a punto de ser víctimas de otra jugarreta. El portal se cierra tras él, y el ángulo cambia bruscamente. Vemos un plano general del edificio donde Hector acaba de entrar: la sede de la Fizzy Pop Beverage.

A partir de entonces se acelera la acción. En una agitación de rápidas secuencias expositivas, el gerente de la joyería descubre que le han robado, sale corriendo a la acera, para a un policía, y entonces, con gestos precipitados,

dictados por el pánico, explica lo que ha pasado. El policía baja la vista, advierte la línea negra en la acera y la sigue luego con los ojos hasta el edificio de la Fizzy Pop, al otro lado de la calle. Parece una pista, dice. Veamos adonde lleva, sugiere el gerente, y ambos echan a andar hacia el edificio.

Plano de Hector. Ahora va por un pasillo, dando con mucho esmero los últimos toques a su rastro. Llega a la puerta de un despacho y, mientras vacía los últimos granos de polvo en la parte exterior del umbral, la cámara se inclina hacia arriba para mostrarnos el letrero escrito en el dintel: C. LESTER CHASE, VICEPRESIDENTE. Justo entonces, con Hector aún en cuclillas, la puerta se abre de golpe y sale el propio Chase. Hector logra retroceder en el último segundo —antes de que Chase tropiece con él—, y entonces, cuando la puerta empieza a cerrarse, se introduce por la abertura y entra en el despacho andando como un pato. Incluso cuando el melodrama se acerca a su punto culminante, Hector sigue acumulando las situaciones cómicas. Solo en el despacho, ve las acciones esparcidas sobre la mesa de Chase. Las recoge, iguala los bordes con aire meticuloso y se las guarda en la chaqueta. Luego, con una serie de rápidos y entrecortados movimientos, se va metiendo las manos en los bolsillos para sacar las joyas, dejando sobre el cartapacio de Chase un cúmulo de artículos robados. En cuanto el último anillo pasa a engrosar la colección, vuelve Chase, frotándose las manos y con aspecto de estar sumamente satisfecho consigo mismo. Hector retrocede. Ya ha terminado su tarea, y lo único que le queda es observar lo que se le viene encima a su enemigo.

Todo ocurre en un remolino de desconcierto y confusión, de justicia hecha y justicia burlada. Al principio, las joyas distraen a Chase, que no se da cuenta de que las ac-

ciones han desaparecido. Pierde tiempo sin hacer nada, y cuando por fin mete la mano bajo el reluciente montón y comprueba que las acciones no están allí, ya es demasiado tarde. La puerta se abre de golpe, y se precipitan en el despacho el policía y el gerente de la joyería. Las joyas se identifican, el delito queda resuelto y el ladrón es detenido. No importa que Chase sea inocente. El rastro ha llevado a su puerta, y lo han pillado in fraganti, con la mercancía en la mano. Protesta, desde luego, intenta escapar por la ventana, se pone a tirar botellas de Fizzy Pop a sus captores, pero después de unas desenfrenadas escenas en las que intervienen una porra y una bayoneta, terminan reduciéndolo. Hector se limita a mirar con sombría indiferencia. Incluso cuando esposan a Chase y se lo llevan del despacho, Hector no parece alegrarse mucho de su victoria. Su plan ha funcionado a la perfección, pero ¿de qué le ha servido? La jornada ya está tocando a su fin y él sigue siendo invisible.

Sale otra vez a la calle y se pone a caminar sin rumbo. Los bulevares del centro están desiertos, y es como si Hector fuese la última persona que queda en la ciudad. ¿Qué ha pasado con la multitud y la conmoción que antes había a su alrededor? ¿Dónde están los coches y los tranvías, el gentío que abarrotaba las aceras? Por un momento nos preguntamos si no se ha invertido el maleficio. A lo mejor Hector ha vuelto a ser visible, pensamos, y todo lo demás ha desaparecido. Entonces, de pronto, aparece un camión a toda velocidad. Pasa sobre un charco y el agua salta de la calzada, salpicando todo lo que hay alrededor. Hector queda empapado, pero cuando la cámara se pone frente a él para mostrarnos los estragos causados en el traje, vemos que está impecable. Tendría que resultar un momento divertido, pero no lo es, y como Hector hace deliberadamente que *no* resulte divertido (una larga y compungida

mirada al traje; la decepción cuando ve que no está salpicado de barro), ese simple truco cambia el tono de la película. Al caer la noche, lo vernos volver a casa. Entra, sube la escalera que lleva a la planta alta y entra en la habitación de sus hijos. La niña y el niño están dormidos, cada uno en una cama. Se sienta en la de la niña, observa su rostro un momento y alza la mano para acariciarle la cabeza. Pero justo cuando está a punto de tocarla se detiene de pronto, dándose cuenta de que su contacto puede despertarla, y si abre los ojos en el cuarto a oscuras y no ve a nadie se asustará. Es una secuencia conmovedora, y Hector la interpreta con sencillez y contención. Ha perdido el derecho a acariciar a su propia hija, e incluso cuando le vemos titubear y finalmente retirar la mano, nos damos plenamente cuenta de la maldición que pesa sobre él. En ese pequeño gesto —la mano quieta en el aire, la palma apenas a unos centímetros de la cabeza de la niña—, comprendemos que lo han reducido a la nada.

Como un fantasma, se pone en pie y sale del dormitorio. Sigue por el pasillo, abre una puerta y entra en una habitación. Es la suya, y ahí está su mujer, su esposa bienamada, dormida en la cama. Hector se detiene. Ella se revuelve en el lecho, cambiando bruscamente de postura y retirando las sábanas a patadas, presa de alguna horrible pesadilla. Hector se acerca a la cama y le coloca con cuidado las mantas, le ahueca la almohada y apaga la lámpara de la mesilla de noche. Empiezan a ceder los movimientos irregulares de su mujer, que al cabo de poco duerme con un sueño profundo y tranquilo. Hector retrocede, le lanza un beso con los dedos y se sienta en una butaca cerca de los pies de la cama. Parece que tenga intención de pasar allí la noche, vigilando su sueño como algún espíritu benevolente. Aunque no pueda tocarla ni hablar con ella, es capaz de protegerla y de sentir el influ-

jo de su presencia. Pero los hombres invisibles no son inmunes al agotamiento. Tienen cuerpos igual que todo el mundo, y han de dormir como cualquier otro mortal. Le empiezan a pesar los párpados. Se le caen y se le cierran, los vuelve a abrir y, aunque se remueve un par de veces para mantenerse despierto, está claro que es una batalla perdida. Un momento después, sucumbe.

La escena se funde en negro. Cuando vuelve la imagen, ya es de día y la luz entra a raudales a través de los visillos. Plano de la mujer de Hector, que sigue durmiendo en la cama. Luego, corte a Hector, dormido en la butaca. Lo vemos en una postura inconcebible, es un cómico enredo de miembros contorsionados y articulaciones dislocadas, y como no estamos preparados para el espectáculo que ofrece ese hombre dormido en forma de ocho, nos reímos, y con la risa el tono de la película cambia de nuevo. Su adorada esposa se despierta primero, y cuando abre los ojos y se incorpora, su rostro —que pasa de la alegría a la incredulidad y a un cauteloso optimismo— nos lo dice todo. Salta de la cama y se precipita hacia Hector. Le toca la cabeza (echada hacia atrás sobre el brazo de la butaca) y el cuerpo de Hector parece sufrir una serie de descargas eléctricas de alto voltaje, que le agitan de forma incontrolada brazos y piernas hasta incorporarlo finalmente en el asiento. Entonces abre los ojos. Involuntariamente, sin recordar que debe de seguir siendo invisible, sonríe a su mujer. Se besan, y en el momento en que sus labios se juntan, Hector retrocede, confuso. ¿Está allí de verdad? ¿Se ha roto el maleficio, o sólo está soñando? Se toca la cara, se pasa la mano por el pecho y luego mira a su mujer a los ojos. ¿Me ves?, le pregunta. Pues claro que te veo, dice ella y, con los ojos llenos de lágrimas, se inclina hacia él y lo vuelve a besar. Pero Hector no está convencido. Se aparta de la butaca y se pone frente a un espejo colgado

en la pared. Allí está la prueba: si logra ver su reflejo, sabrá sin duda que la pesadilla ha terminado. Damos por descontado que así será, pero lo bonito de esa escena es la lentitud de su reacción. Durante unos segundos, no se altera la expresión de su rostro, y cuando entorna los ojos frente al hombre que le mira fijamente desde la pared, es como si viese a un desconocido, como si contemplara el rostro de alguien que no hubiera visto en la vida. Entonces, mientras la cámara se va acercando para encuadrarlo en primer plano, Hector empieza a sonreír. Viniendo inmediatamente después de aquella escalofriante perplejidad, la sonrisa sugiere algo más que un simple redescubrimiento de sí mismo. Ya no está mirando al Hector de antes. Ahora es otra persona, y por mucho que se parezca a la anterior, lo han concebido de nuevo, lo han vuelto del revés y han producido un hombre nuevo. La sonrisa se ensancha, se hace más radiante, más satisfecha del rostro hallado en el espejo. Un círculo empieza a cerrarse en torno a ella, y al cabo de poco no vemos sino esos labios sonrientes, la boca y el bigote por encima. El bigote se agita unos instantes y el círculo se va haciendo cada vez más y más pequeño. Cuando por fin se cierra, se acaba la película,

En efecto, la carrera de Hector concluye con esa sonrisa. Cumple los términos de su contrato realizando otra película, pero *Doble o nada* no puede considerarse una obra nueva. Kaleidoscope estaba por entonces a punto de la bancarrota, y no quedaba dinero suficiente para montar otra producción de envergadura. Por eso, Hector sacó fragmentos de material sobrante de otros films y con ellos confeccionó como pudo una antología de situaciones cómicas, batacazos e improvisadas astracanadas. Fue una ingeniosa operación de salvamento, pero no nos enseña nada nuevo aparte de revelarnos la pericia de Hector

como montador. Para evaluar su obra con imparcialidad, tenemos que considerar *Don Nadie* como su última película. Es una reflexión sobre su propia desaparición, y pese a toda su ambigüedad y sus sesgadas insinuaciones, pese a todas las cuestiones morales que plantea y luego se niega a responder, se trata fundamentalmente de una película sobre la angustia de la propia identidad. Hector está buscando el modo de decirnos adiós, de despedirse del mundo, y para ello debe distanciarse de sí mismo. Se vuelve invisible, y cuando la magia se disipa finalmente y se hace visible de nuevo, no reconoce su propio rostro. Observamos cómo se mira, y en esa inquietante duplicación de perspectivas, le vemos afrontar el hecho de su propia aniquilación. Doble o nada. Así decidió titular su siguiente película. Esa expresión no guarda ni la más remota relación con nada de lo que ocurre en dieciocho minutos, en ese batiburrillo de cabriolas y proezas físicas. Hacen referencia a la escena del espejo de *Don Nadie*, y en el momento en que esa extraordinaria sonrisa se apodera del rostro de Hector, se nos ofrece un breve atisbo de lo que le reserva el futuro. Con esa sonrisa vuelve a nacer, pero ya no es el mismo, se acabó el Hector Mann que nos ha divertido y entretenido durante todo un año. Lo vemos transformado en alguien que ya no reconocemos, y antes de que podamos asimilar quién podría ser, el nuevo Hector desaparece. Un momento después, por primera y única vez en toda su filmografía, la palabra FIN aparece escrita en la pantalla, y eso fue lo último que llegó a verse de él.

3

Escribí el libro en menos de nueve meses. El manuscrito acabó teniendo más de trescientas páginas mecanografiadas, y cada una de ellas me costó una batalla. Si logré terminarlo, fue simplemente porque no hacía otra cosa. Trabajaba siete días a la semana, sentado a la mesa entre diez y doce horas dianas, y salvo por pequeñas excursiones a la calle Montague a hacer acopio de comida, papel, tinta y cintas para la máquina de escribir, rara vez salía del apartamento. No tenía teléfono, ni radio, ni televisión, ni vida social de especie alguna. Una vez en abril y otra en agosto fui en metro a Manhattan para consultar unos libros en la biblioteca pública, pero aparte de eso no me moví de Brooklyn. Aunque en realidad tampoco estaba en Brooklyn. Estaba en el libro, y el libro estaba en mi cabeza, y mientras siguiera allí dentro, podría seguir escribiéndolo. Era como vivir en una celda acolchada, pero de todas las vidas que podía haber llevado en aquel momento, era la única que tenía algún sentido para mí. No era capaz de relacionarme con el mundo, y sabía que si intentaba volver a él antes de que estuviera preparado, acabaría hecho trizas. Así que pasaba el tiempo encerrado en mi pequeño apartamento, escribiendo sobre Hector Mann.

Era un trabajo lento, y hasta absurdo, quizá, pero requirió toda mi atención durante nueve meses seguidos, y como estaba demasiado ocupado para pensar en otra cosa, probablemente me salvó de volverme loco.

A finales de abril, escribí a Smits para pedirle que me prolongara la excedencia durante el semestre de otoño. Seguía estando indeciso sobre mis planes a largo plazo, le decía, pero a menos que las cosas cambiaran radicalmente en los meses siguientes, probablemente dejaría la enseñanza; si no para siempre, al menos durante una buena temporada. Esperaba que me perdonase. No era que hubiese perdido el interés. Simplemente no estaba seguro de que me sostuvieran las piernas cuando me levantara para hablar delante de los alumnos.

Poco a poco me iba acostumbrando a estar sin Helen y los niños, pero eso no quiere decir que adelantara mucho. No sabía quién era, ni tampoco lo que quería, y hasta que encontrara la manera de volver a vivir con los demás, sólo seguiría siendo medio humano. Mientras estuve escribiendo el libro, fui aplazando intencionadamente el momento de pensar en el futuro. Lo más sensato habría sido quedarse en Nueva York, comprar algunos muebles para el apartamento que tenía alquilado y empezar allí una nueva vida, pero cuando llegó la hora de dar el paso, me decidí en contra y volví a Vermont. Me encontraba entonces a punto de concluir la revisión, disponiéndome a mecanografiar la versión definitiva para presentarla a los editores, cuando de pronto se me ocurrió que Nueva York era el libro, y una vez que lo terminara tendría que irme de allí y marcharme a otra ciudad. Vermont era probablemente el sitio menos indicado, pero era territorio conocido, y sabía que al volver estaría otra vez cerca de Helen, que podría respirar el mismo aire que habíamos respirado juntos cuando ella vivía. Esa idea me confortaba. No po-

día volver a la vieja casa de Hampton, pero no faltarían más casas en otras ciudades, y mientras permaneciera aproximadamente por aquella zona podría continuar con mi delirante y solitaria vida sin tener que volver la espalda al pasado. Todavía no estaba preparado para abandonarlo. Sólo había transcurrido año y medio, y quería seguir guardando luto. Lo único que necesitaba era otro proyecto en que trabajar, otro mar donde ahogarme.

Acabé comprando una casa en la ciudad de West T—, a unos cuarenta kilómetros al sur de Hampton. Era una casita ridícula, una especie de chalé de montaña prefabricado, con moqueta de pared a pared y una chimenea eléctrica, pero su fealdad era tan extrema que rayaba en lo precioso. No tenía encanto ni carácter, ni detalles amorosamente trabajados, nada que indujera a pensar que alguna vez podría convertirse en un hogar. Era un hospital para muertos vivientes, parada obligada de afligidos, y habitar en aquel interior anodino e impersonal equivalía a comprender que el mundo era una ilusión que había que reinventar cada día. Pese a todos sus fallos de concepción, sin embargo, las dimensiones de la casa me parecieron ideales. No era tan grande para que uno se sintiera perdido en ella, ni tan pequeña para tener la sensación de estar encerrado. Tenía una cocina con claraboyas en el techo; un salón a un nivel más bajo con un ventanal y dos paredes vacías lo bastante altas para poner estanterías donde colocar mis libros; una galería sobre el salón y tres habitaciones de proporciones idénticas: una para dormir, otra para trabajar y otra para almacenar las cosas que ya no era capaz de mirar pero que no me decidía a tirar. Por su forma y dimensiones era ideal para alguien que quisiera vivir solo, con la ventaja añadida de estar completamente aislada. Situada hacia la mitad de la ladera de una montaña y rodeada de espesos bosques de abedules, abe-

tos y arces, sólo era accesible por un camino de tierra. Si no me apetecía ver a nadie, no tenía por qué hacerlo. Y lo más importante, nadie tendría que verme a mí.

Me mudé justo después del primero de año, en 1987, y durante las seis semanas siguientes me dediqué a cosas prácticas: montar librerías, instalar una estufa de leña, vender el coche y sustituirlo por una camioneta con tracción a las cuatro ruedas. Cuando nevaba, la montaña se volvía traicionera, y como se pasaba nevando casi todo el tiempo, me hacía falta un vehículo que me permitiera bajar y subir sin que cada viaje se convirtiera en una aventura. Contraté a un fontanero y a un electricista para que arreglaran cañerías y cables, pinté paredes, apilé leña para todo el invierno y compré un ordenador, una radio y un aparato que era a la vez, teléfono y fax. Mientras, *El silencioso mundo de Hector Mann* iba abriéndose paso poco a poco entre los tortuosos canales de las editoriales universitarias. A diferencia de otros libros, las obras de erudición no se publican ni se rechazan según el criterio de un solo responsable de la editorial. Se envían copias del manuscrito a diversos especialistas en la materia de que se trate, y no se toma una decisión hasta que éstos hayan leído la propuesta y enviado sus respectivos informes. Por ese trabajo se pagan unos honorarios mínimos (unos doscientos dólares, en el mejor de los casos), y como los especialistas suelen ser profesores que se dedican a dar clase y a escribir sus propios libros, el proceso a veces se alarga demasiado. En mi caso, esperé desde mediados de noviembre hasta finales de marzo antes de recibir respuesta. Para entonces estaba tan absorto en otra cosa que casi se me había olvidado que les había mandado el manuscrito. Me alegré de que lo aceptaran, desde luego, estaba satisfecho de que mis esfuerzos hubieran dado un resultado concreto, pero no puedo decir que aquello significara mucho para mí.

Eran buenas noticias para Hector Mann, quizá, buena cosa para cazadores de antigüedades cinematográficas y aficionados a bigotes negros pero ahora que ya tenía esa experiencia en mi haber, rara vez volvía a pensar en ello. Y en las pocas ocasiones en que lo hacía, me parecía que el libro lo había escrito otra persona.

A mediados de febrero, recibí una carta de un antiguo compañero de estudios, Alex Kronenberg, que ahora era profesor en Columbia. Lo había visto por última vez en el funeral de Helen y los niños, y aunque no habíamos hablado desde entonces, seguía considerándolo un amigo de verdad. (Su carta de pésame había sido un modelo de elocuencia y compasión, la mejor de todas las que me enviaron.) Empezaba esta última disculpándose por no haberse puesto antes en contacto conmigo. Había pensado mucho en mí, decía, y se había enterado por radio macuto de que no estaba en Hampton, de que había pedido la excedencia para pasar una temporada en Nueva York. Lamentaba que no lo hubiera llamado entonces. De haber sabido que estaba en la ciudad, le habría dado una inmensa alegría verme. Ésas fueron sus palabras textuales —*una inmensa alegría*—, una expresión típica de Alex. En cualquier caso, añadía en el siguiente párrafo, la Universidad de Columbia le había encargado hacía poco que editara una nueva colección, la Biblioteca de Clásicos Mundiales. Un licenciado de la promoción de 1927 de la Escuela Técnica de Ingenieros de Columbia, que atendía por el incongruente nombre de Dexter Feinbaum, les había legado cuatro millones y medio de dólares para que pusieran en marcha la colección. La idea consistía en reunir indiscutibles obras maestras de la literatura universal con arreglo a una selección uniforme. Se incluiría todo desde Meister Eckhart a Fernando Pessoa, y siempre que las traducciones existentes se considerasen inadecuadas, se encargarían versiones nuevas.

Es una empresa de locos, escribía Alex, *pero me han puesto al frente de ella, nombrándome director literario, y pese al régimen de horas extraordinarias (ya no duermo más), debo admitir que estoy disfrutando mucho. En su testamento, Feinbaum elaboró una lista de los primeros cien libros que quería publicados. Se hizo rico fabricando revestimientos de aluminio, pero su gusto literario era impecable. Una de las obras incluidas en su lista es* Mémoires d'outre–tombe, *de Chateaubriand. Todavía no he leído la maldita cosa, nada menos que dos mil páginas, pero recuerdo lo que me dijiste una noche en 1971, en el campas de Yale —debía de ser cerca de aquella pequeña plaza que estaba justo frente al Beineke—, y te lo voy a repetir ahora. «Esta», me dijiste (enseñándome el primer volumen de la edición francesa y agitándolo en el aire), «es la mejor autobiografía jamás escrita.» No sé si todavía sigues pensando lo mismo, pero probablemente no tengo que decirte que desde la publicación del libro en 1848 sólo se han hecho dos traducciones. Una en 1849 y otra en 1902. Ya es hora de que se haga otra, ¿no te parece? No tengo idea de si te sigue interesando la traducción de libros, pero en caso de que así sea, me encantaría que nos hicieras ésta.*

Para entonces yo ya tenía teléfono. No es que esperase que me llamara alguien, pero pensé que debía ponerlo por si ocurría algo. No había vecinos por allá arriba, y si se me derrumbaba el tejado o se prendía fuego a la casa, quería estar en condiciones de pedir ayuda. Aquélla fue una de mis pocas concesiones a la realidad, un reconocimiento indirecto de que a fin de cuentas yo no era la única persona en el mundo. Normalmente, habría contestado a Alex por carta, pero dio la casualidad de que cuando abrí la carta aquella tarde estaba en la cocina, y tenía el teléfono allí mismo, justo en la encimera, a medio metro de mano. Alex se había mudado hacía poco, y debajo de la firma había escrito su nueva dirección y su número de

ahora. Era demasiado tentador no aprovechar todo eso a la vez, así que cogí el aparato y marqué.

El teléfono sonó cuatro veces al otro lado de la línea, y luego se puso en marcha un contestador automático. Inesperadamente, el mensaje lo decía un niño. Al cabo de tres o cuatro palabras reconocí la voz del hijo de Alex. Jacob debía de tener unos diez años por entonces, porque era más o menos año y medio mayor que Todd; o mejor dicho, año y medio mayor de lo que Todd habría sido en caso de que hubiera seguido viviendo. El niño dijo: Estamos al final de la novena. Las bases están ocupadas y hay dos jugadores eliminados. El marcador está cuatro a tres, mi equipo va perdiendo, y yo bateo. Si doy bola, ganamos el partido. Ahí viene el lanzamiento. Bateo. Es pelota rasa. Suelto el bate y echo a correr. El segunda base recoge la bola rasa, lanza a la primera y quedo eliminado. Sí, tíos, eso es; estoy eliminado. Jacob está fuera. Lo mismo que mi padre, Alex; mi madre, Barbara; y mi hermana, Julie. Ahora mismo toda la familia está fuera. Por favor, dejad un mensaje después del pitido y os llamaremos en cuanto recorramos las bases y volvamos a casa.

No era más que una simpleza encantadora, pero me descompuso. Cuando el pitido anunció el fin del mensaje, no se me ocurrió nada que decir, y en vez de dejar que la cinta siguiera corriendo en silencio, colgué. Nunca me había gustado hablar a esas máquinas. Me ponían nervioso, hacían que me sintiera incómodo, pero el escuchar a Jacob fue como una sacudida que me dejó hecho polvo, en un estado próximo a la desesperación. Su voz irradiaba demasiada felicidad, y entre las palabras resonaban demasiadas risas. Todd también había sido un niño inteligente y animado, pero no tenía ocho años y medio, sino siete, y seguiría teniendo siete incluso cuando Jacob fuese un hombre hecho y derecho.

Esperé unos minutos y luego lo volví a intentar. Ahora sabía lo que me esperaba, y cuando el mensaje se empezó a oír por segunda vez, me aparté el teléfono de la oreja para no tener que escucharlo. Parecía que el flujo de palabras no iba a acabar nunca, pero cuando el pitido lo cortó al fin, volví a ponerme el aparato en el oído y empecé a hablar. Alex, dije, acabo de leer tu carta, y quiero comunicarte que estoy dispuesto a hacer la traducción. Considerando la extensión del libro, no deberías esperar una versión definitiva hasta dentro de dos o tres años. Aunque supongo que eso ya lo sabes. Todavía estoy instalándome aquí, pero en cuanto sepa manejar el ordenador que me compré la semana pasada, pondré manos a la obra. Gracias por el ofrecimiento. Andaba buscando algo que hacer, y creo que esto me gustará. Recuerdos a Barbara y los niños. Ya charlaremos; espero que sea pronto.

Me llamó aquella misma noche, tan sorprendido como satisfecho de que hubiese aceptado. Te lo dije simplemente por decir, me explicó, pero no habría estado bien que no te lo ofreciera a ti primero. No te imaginas lo contento que estoy.

Me alegro, le contesté.

Les diré que te envíen el contrato mañana. Simplemente para confirmarlo todo.

Lo que tú digas. El caso es que me parece que ya he dado con la traducción del título.

Mémoires d'outre-tombe. *Memorias de ultratumba*.

Me resulta un poco burdo. En cierto modo es demasiado literal, y al mismo tiempo difícil de entender.

¿Y qué se te ha ocurrido?

Memorias de un muerto.

Interesante.

No está mal, ¿verdad?

No, no está nada mal. Me gusta mucho.

Lo importante es que tiene sentido. Chateaubriand tardó treinta y cinco años en escribir ese libro, y no quería que lo publicaran hasta cincuenta años después de su muerte. Está escrito literalmente con la voz de un muerto.

Pero no esperaron cincuenta años. Lo publicaron en 1848, el mismo año de su muerte.

Tuvo problemas financieros. Su carrera política acabó a raíz de la Revolución de 1830, y contrajo muchas deudas. Madame Récamier, su amante desde hacía doce años —sí, *esa* Madame Récamier—, le convenció para que hiciera unas cuantas lecturas de las *Memorias* ante un público selecto en el salón de su casa. La idea consistía en encontrar a un editor dispuesto a pagar un anticipo a Chateaubriand, darle dinero por una obra que no vería la luz hasta dentro de bastantes años. El plan fracasó, pero las reacciones ante el libro fueron extraordinariamente buenas. Las *Memorias* se convirtieron en el libro sin leer, inacabado e inédito más célebre de la historia. Pero Chateaubriand seguía arruinado. Así que a Madame Récamier se le ocurrió otra idea, y ésta sí que dio resultado; bueno, más o menos. Se creó una sociedad anónima, y los socios compraron acciones del manuscrito. Futuros literarios, podríamos llamar a eso, la misma operación que hacen en Wall Street especulando con el precio de la soja y los cereales. En efecto, Chateaubriand hipotecó su autobiografía para financiar su vejez. Le dieron un buen montón de dinero en mano, lo que le permitió pagar a sus acreedores y una renta vitalicia garantizada. Fue un arreglo espléndido. El único problema era que Chateaubriand seguía viviendo. La sociedad se creó cuando él andaba por los sesenta y cinco años, y aguantó hasta los ochenta. Para entonces, las acciones habían cambiado varias veces de manos, y los amigos y admiradores que invirtieron primero ya habían muerto tiempo atrás. Chateaubriand era propiedad de un

grupo de desconocidos. Lo único que les interesaba a éstos era cobrar los beneficios, y cuanto más tiempo seguía viviendo, más deseos tenían de que muriera. Esos últimos años debieron de ser muy deprimentes para él. Un anciano de salud delicada, casi inmovilizado por la artritis, Madame Récamier casi ciega, y todos sus amigos muertos y enterrados. Pero siguió revisando el manuscrito hasta el fin.

Qué historia tan agradable.

No muy divertida, supongo, pero puedo asegurarte que el viejo vizconde era capaz de escribir frases fabulosas. Es un libro increíble, Alex.

Así que me dices que no te importa pasarte dos o tres años de tu vida en compañía de un francés bastante lúgubre, ¿no es así?

Acabo de pasarme un año con un cómico del cine mudo, y me parece que un cambio no me sentaría mal.

¿Cine mudo? No he oído nada de eso.

De uno que se llamaba Hector Mann. El otoño pasado acabé un libro sobre él.

Has estado ocupado, entonces. Eso está bien.

Tenía que hacer algo. Así que me decidí por eso.

¿Cómo es que nunca he oído hablar de ese actor? No es que sepa mucho de cine, pero ese nombre no me suena.

Nadie lo conoce. Es mi cómico particular, un bufón que sólo actúa para mí. Durante doce o trece meses, he pasado con él todos los días de la mañana a la noche.

¿Quieres decir que estuviste con él de verdad? ¿O sólo es una forma de hablar?

Nadie ha estado con Hector Mann desde 1929. Está muerto. Tan muerto como Chateaubriand o Madame Récamier. Tanto como ese Dexter como se llame.

Feinbaum.

Tan muerto como Dexter Feinbaum.

Así que te has pasado un año viendo películas antiguas.

No exactamente. Me pasé tres meses viendo películas antiguas, y luego me encerré en una habitación y pasé nueve meses escribiendo sobre ellas. Probablemente sea lo más extraño que he hecho en la vida. Escribía sobre cosas que ya no podía ver, y tenía que representármelas en términos puramente visuales. Toda la experiencia fue como una alucinación.

¿Y qué me dices de los vivos, David? ¿Has pasado mucho tiempo con ellos?

El mínimo posible.

Eso pensaba que dirías.

El año pasado tuve una conversación en Washington con un hombre llamado Singh. El doctor J. M. Singh. Una excelente persona, y disfruté mucho de su compañía. Me hizo un gran favor.

¿Vas a algún médico ahora?

Por supuesto que no. Esta charla que estamos teniendo ahora es la conversación más larga que he mantenido con alguien desde entonces.

Debías haberme llamado cuando estuviste en Nueva York.

No estaba en condiciones.

Ni siquiera has cumplido los cuarenta, David. La vida sigue, ya sabes.

En realidad, los cumplo el mes que viene. El día quince voy a dar una fiesta monumental en el Madison Square Garden, y espero que Barbara y tú podáis asistir. Me sorprende que todavía no hayáis recibido la invitación.

Lo que pasa es que todo el mundo está preocupado por ti. No quiero meterme donde no me llaman, pero cuando alguien a quien aprecias se comporta de ese modo,

es difícil quedarse de brazos cruzados viendo lo que pasa. Ojalá me dejaras ayudarte.

Ya me has ayudado. Me has ofrecido trabajo, y te lo agradezco.

Eso es trabajo. Me refiero a la vida.

¿Y qué diferencia hay?

Mira que eres testarudo, joder.

Cuéntame algo sobre Dexter Feinbaum. Al fin y al cabo ese individuo es mi benefactor, y no tengo ni la menor idea de quién fue.

No querrás hablar de eso ahora, ¿verdad?

Como nuestro viejo amigo de la oficina de cartas no reclamadas solía decir: preferiría que no.[1]

Nadie puede vivir sin los demás, David. Sencillamente, no es posible.

Quizá no. Pero antes de mí no ha habido nadie como yo. A lo mejor yo soy el primero.

De la introducción a *Memorias de un muerto* (París, 14 de abril de 1846; revisada el 28 de julio):

Como me resulta imposible prever el instante de mi muerte, y como a mi edad los días concedidos a los hombres son únicamente momentos de gracia, o más bien de sufrimiento, me siento obligado a ofrecer unas palabras a modo de explicación.

El cuatro de septiembre cumpliré setenta y ocho años. Ya es hora de que deje un mundo que me está dejando rápidamente a mí, y al que no echaré de menos...

La triste necesidad, que siempre me ha tenido cogido por el cuello, me ha obligado a vender mis Memorias. *Nadie*

1. Se refiere a Bartleby, el personaje del relato de Melville. *(N. del T.)*

puede imaginarse lo que he sufrido al verme obligado a empeñar mi tumba, pero debo este último sacrificio a mis solemnes promesas y a la coherencia de mi actos... Yo pensaba legarlas a Madame Chateaubriand. Ella las habría revelado al mundo o las habría eliminado, según su conveniencia. Ahora más que nunca, creo que esta última solución habría sido preferible...

Las presentes Memorias *se han compuesto en diferentes épocas y en diversos países. Por ese motivo ha sido necesario que añadiera prólogos para describir los lugares que tenía ante los ojos y los sentimientos que albergaba mi corazón cuando retomaba el hilo de la narración. Las formas cambiantes de mi vida se entremezclan, pues, unas con otras. A veces, en mis momentos de prosperidad, me ha ocurrido tener que hablar de mis días de penalidades; y en mis horas de tribulación volver a los periodos de felicidad. La juventud entrando en la edad provecta, la gravedad de los últimos años tiñendo y entristeciendo los años de inocencia, los rayos del sol cruzándose y fundiéndose desde el momento de su salida hasta el instante de su ocaso, han producido en mis historias una especie de confusión o, si se prefiere, cierta unidad misteriosa. La cuna tiene algo de la tumba; la tumba, algo de la cuna; los sufrimientos se convierten en placeres, los placeres en dolores; y ahora que acabo de concluir la lectura de estas Memorias, ya no estoy seguro de si son el producto de una mente juvenil o de una cabeza que la edad ha vuelto gris.*

No sé si esta mixtura complacerá o desagradará al lector. Nada puedo hacer para remediarlo. Es el resultado de mi cambiante fortuna, de la incoherencia de mi suerte. Sus tempestades no me han dejado a menudo más mesa para escribir que la roca contra la cual naufragaba.

Me han instado a que publicara en vida mía algunas partes de estas Memorias, *pero prefiero hablar desde las profundidades de mi tumba. Mi narración irá así acompañada*

de aquellas voces que guardan en ellas algo sagrado porque salen del sepulcro. Si he sufrido lo suficiente en este mundo para convertirme en el otro en una sombra feliz, un rayo escapado de los Campos Elíseos arrojará una luz protectora sobre estas últimas imágenes mías. La vida me pesa demasiado; quizá la muerte me siente mejor.

Estas Memorias *tienen especial importancia para mí. A San Buenaventura le concedieron permiso para seguir escribiendo su libro después de la muerte. Yo no puedo esperar una gracia semejante, pero aunque sólo fuera eso me gustaría resucitar a media noche para corregir las pruebas del mío...*

Si alguna parte de esta tarea me ha resultado más satisfactoria que otras, es la relacionada con mi juventud: el rincón más oculto de mi vida. En ella he tenido que revivir un mundo únicamente conocido por mí, y al deambular por aquel reino desaparecido sólo encontré silencio y recuerdos. De todas las personas que he conocido, ¿cuántas seguirán hoy vivas?

... Si acaso muriera lejos de Francia, deseo que mis restos no se trasladen a mi país natal hasta que hayan pasado cincuenta años de su primera inhumación. Que a mi cuerpo se le evite una autopsia sacrílega; que nadie hurgue en mi cerebro sin vida ni en mi corazón extinto para descubrir el misterio de mi ser. La muerte no revela los secretos de la vida. La imagen de un cadáver viajando por correo me llena de horror, pero unos huesos secos y pulverizados se transportan fácilmente. Estarán menos fatigados en ese viaje final que cuando yo los arrastraba por este mundo, agobiados por la carga de mis penas.[1]

1. Este texto es traducción directa de la versión inglesa del autor, no del original francés. *(N. del T.)*

Empecé a trabajar en esas páginas a la mañana siguiente de mi conversación con Alex. Pude hacerlo porque disponía de un ejemplar del libro (en la edición en dos volúmenes de La Pléiade, a cargo de Levaillant y Moulinier, completa, con variantes, notas y apéndices) que había tenido en las manos tres días antes de recibir la carta de Alex. A principios de aquella semana, había terminado de montar las librerías. Me había pasado varias horas todos los días sacando los libros de las cajas y colocándolos en los estantes, y en medio de esa aburrida operación me encontré en un momento dado con Chateaubriand. Hacía años que no echaba una mirada a las *Memorias*, pero aquella mañana, en el caos de mi sala de estar de Vermont, rodeado de cajas vacías y torres de libros sin clasificar, movido por un impulso las volví a abrir. Mis ojos cayeron inmediatamente en un breve pasaje del primer volumen. En él, Chateaubriand habla de una excursión a Versalles en compañía de un poeta bretón en junio de 1789. Era menos de un mes antes de la toma de la Bastilla, y a media visita vieron pasar a María Antonieta con sus dos hijos. *Mirándome con una sonrisa, me saludó con la misma gracia con que lo había hecho el día de mi presentación. Jamás olvidaré aquella mirada suya, que pronto dejaría de existir. Cuando María Antonieta sonreía, los contornos de su boca eran tan nítidos que (¡horrible pensamiento!) el recuerdo de su sonrisa me permitió reconocer la mandíbula de aquella hija de reyes cuando se descubrió la cabeza de la infortunada mujer en las exhumaciones de 1815.*

Era una imagen truculenta, impresionante, y seguí pensando en ella después de cerrar el libro y colocarlo en el estante. La cabeza cercenada de María Antonieta, desenterrada entre una fosa de restos humanos. En tres frases breves, Chateaubriand abarca veintiséis años. Va de la

carne al hueso, de una vida chispeante a una muerte anónima, y en el abismo que se abre entre ambas yace la experiencia de toda una generación, los implícitos años de terror, brutalidad y locura. El pasaje me dejó anonadado, conmovido como no lo había estado en año y medio por influjo de palabra alguna. Y entonces, sólo tres días después de mi encuentro accidental con aquellas frases, recibí la carta de Alex en la que me pedía que tradujera el libro. ¿Se trataba de una coincidencia? Naturalmente que sí, pero en aquellos momentos tuve la impresión de que el acontecimiento era obra de mi voluntad, como si la carta de Alex hubiera completado en cierto modo una idea que yo había sido incapaz de articular. En el pasado, yo no me contaba entre los que creen en paparruchas místicas de ese tipo. Pero cuando se vive como yo vivía entonces, totalmente encerrado en mí mismo y sin molestarme en lanzar la más mínima mirada a mi alrededor, el punto de vista empieza a cambiar. Porque el caso era que la carta de Alex estaba fechada el lunes, día nueve, y yo la recibí el jueves, doce: tres días después. Lo que significaba que cuando él estaba en Nueva York escribiéndome acerca del libro, yo estaba en Vermont, con el libro en las manos. No quisiera insistir en la importancia de esa coincidencia, pero entonces no podía dejar de interpretarla como una señal. Era como si yo hubiera pedido algo sin saberlo, y de pronto mis deseos se viesen cumplidos.

Así que lo preparé todo y me puse a trabajar otra vez. Me olvidé de Hector Mann y pensé únicamente en Chateaubriand, enfrascándome en la monumental crónica de una existencia que no tenía nada que ver con la mía. Eso era lo que más me atraía del trabajo: la distancia, la tremenda lejanía que me separaba de lo que estaba haciendo. Me había gustado acampar durante un año en la Norteamérica del decenio de 1920; aún mejor era pasar un

tiempo en la Francia de los siglos XVIII y XIX. Nevaba en mi pequeña montaña de Vermont, pero yo apenas me daba cuenta. Me encontraba en Saint–Malo y París, en Ohio y Florida, en Inglaterra, Roma y Berlín. Gran parte del trabajo era mecánico, y como yo era el sirviente del texto y no su creador, me exigía un esfuerzo de distinta especie del que había realizado al escribir *El mundo silencioso*. Traducir es un poco como echar carbón. Se recoge con la pala y se lanza al horno. Cada trozo es una palabra, y cada palada es otra frase, y si se tiene una espalda recia y suficiente energía para seguir con la tarea ocho o diez horas seguidas, se podrá mantener un buen fuego. Con cerca de un millón de palabras a la vista, me sentía preparado para trabajar incansablemente el tiempo que fuese necesario, aunque el resultado fuese incendiar la casa.

Durante la mayor parte de aquel primer invierno, no salí a ningún sitio. Cada diez días, cogía el coche e iba a Brattleboro a comprar comida al Grand Union, pero eso era lo único con que me permitía interrumpir mi marcha habitual. Brattleboro quedaba bastante lejos, pero aquellos treinta kilómetros de más me evitaban encuentros fortuitos. La gente de Hampton solía hacer la compra en otro Grand Union, justo al norte de la universidad, y no había muchas probabilidades de que alguno de ellos apareciera en Brattleboro. Pero eso no significaba que no pudiera ocurrir, y pese a todos mis cautelosos planes, me salió el tiro por la culata. Una tarde de marzo, mientras cargaba el carro con papel higiénico en el pasillo seis, me encontré de frente con Greg y Mary Tellefson. Aquello terminó en una invitación a cenar, y aunque hice cuanto pude por librarme, Mary siguió haciendo malabarismos con las fechas hasta que me quedé sin excusas imaginarias. Doce noches después, cogí la camioneta y me dirigí a

su casa, al extremo del campus de Hampton, a eso de un kilómetro de donde había vivido con Helen y los chicos. Si sólo hubieran estado ellos dos no habría supuesto tal suplicio para mí, pero a Greg y Mary se les había ocurrido invitar a otras veinte personas, y yo no estaba preparado para afrontar semejante multitud. Todos se mostraban muy simpáticos, desde luego, y la mayoría de ellos probablemente se alegraba de verme, pero yo me sentía cohibido, fuera de mi elemento, y cada vez que abría la boca para decir algo, me encontraba diciendo lo que no debía. Ya no estaba al tanto de los cotilleos de Hampton. Todos suponían que quería enterarme de las últimas intrigas y situaciones embarazosas, los divorcios y aventuras extramaritales, los ascensos y las peleas del claustro, pero lo cierto era que todo eso me parecía insoportablemente aburrido. Me apartaba de una conversación, y un momento después me veía rodeado por otro grupo de gente que charlaba de lo mismo pero en términos diferentes. Ninguno tuvo la falta de tacto de mencionar a Helen (los profesores universitarios son demasiado educados para eso), y por tanto se limitaban a temas supuestamente neutrales: noticias recientes, política, deportes. Yo no tenía la menor idea de lo que hablaban. Hacía más de un año que no leía un periódico, y por lo que a mí respectaba, bien podían referirse a hechos que se hubieran producido en otro planeta.

La fiesta empezó con todo el mundo arremolinándose en la planta baja, entrando y saliendo de las habitaciones, juntándose durante unos minutos para luego separarse y formar otros grupos en otros cuartos. Yo fui del salón al comedor y de la cocina al estudio, y en algún momento Greg me abordó y me puso en la mano un whisky con soda. Lo cogí sin pensar y, como estaba inquieto y no me sentía cómodo, me lo bebí en unos veinticuatro segundos.

Era la primera copa que me tomaba en más de un año. Había sucumbido a las tentaciones de diversos minibares de hotel mientras me documentaba sobre Hector Mann, pero juré no volver a tomar una gota de alcohol cuando me mudé a Brooklyn y me puse a escribir. No es que me muriese especialmente de ganas por beber cuando no tenía alcohol a mano, pero era consciente de que me faltaba muy poco para caer en un grave problema. Mi comportamiento a raíz del accidente me había convencido de ello, y si no me hubiera armado de valor para salir de Vermont cuando lo hice, probablemente no habría vivido lo suficiente para asistir a la fiesta de Greg y Mary; por no hablar de estar en condiciones de preguntarme por qué coño había vuelto.

Cuando acabé la copa, me dirigí al bar para servirme otra, pero esta vez prescindí de la soda y sólo añadí hielo. Para la tercera, me olvidé del hielo y me lo serví seco.

Cuando la cena estuvo lista, los invitados se alinearon en torno a la mesa del comedor, se llenaron los platos y se dispersaron por las demás habitaciones de la casa en busca de sillas. Acabé en el estudio, apretujado entre el brazo del sofá y Karin Müller, lectora de alemán. Para entonces yo ya tenía la coordinación un poco floja, y estando allí sentado con un plato de estofado de ternera y ensalada en precario equilibrio sobre las rodillas, me volví para coger mi copa de detrás del sofá (donde la había dejado antes de sentarme), y nada más cogerla se me escapó de la mano. Un cuádruple Johnny Walker se derramó en la nuca de Karin y luego, una décima de segundo después, el vaso resonaba contra su espina dorsal. Se sobresaltó —¿cómo no iba a sobresaltarse?—, y al hacerlo se le cayó su plato de estofado y ensalada, que no sólo chocó con el mío haciendo que se estrellara contra el suelo, sino que aterrizó boca abajo sobre mis piernas.

No era precisamente una catástrofe irreparable, pero yo había bebido demasiado para entenderlo, y con los pantalones súbitamente empapados de aceite de oliva y la camisa salpicada de salsa, me dio por sentirme agraviado. No recuerdo lo que dije, pero fue algo insultante y cruel, una grosería totalmente gratuita, *¡Será patosa la bruja esta!*, creo que fue. Aunque en vez de patosa quizá dije *bruja imbécil*, o a lo mejor *será imbécil esta bruja patosa*. Cualquiera que fuese la expresión, indicaba una cólera que jamás debe manifestarse bajo ninguna circunstancia, y menos aún cuando se podía oír en toda una habitación llena de nerviosos y excitables profesores. Probablemente huelga decir que Karin no era ni patosa ni imbécil; y, lejos de parecer una bruja, era una mujer de treinta y tantos años, atractiva y de buena figura, que daba clases sobre Goethe y Hölderlin y siempre me había tratado con el mayor respeto y amabilidad. Unos momentos antes del incidente, me había invitado a dar una charla en una de sus clases, y yo estaba aclarándome la garganta y preparándome para decirle que tendría que pensarlo cuando se me cayó la copa. Fue enteramente culpa mía, y sin embargo di la vuelta de inmediato a la situación para echársela a ella. Fue un arranque de mal gusto, una prueba más de que no estaba preparado para salir de la jaula. Karin acababa de hacerme una insinuación amistosa, emitiendo, en realidad, tímidas y discretas señales de que estaba disponible para conversaciones más íntimas sobre otra serie de temas, y yo, que no había tocado a una mujer en casi dos años, me encontré respondiendo a aquellas indirectas casi imperceptibles e imaginando, de la forma grosera y vulgar en que suele hacerlo un hombre con demasiado alcohol en las venas, el aspecto que tendría completamente desnuda. ¿Fue por eso por lo que le solté aquella barbaridad? ¿Era tan grande mi odio hacia mí mismo que tuve

que castigarla por haber suscitado en mí un atisbo de excitación sexual? ¿O es que en mi fuero interno sabía que ella no pretendía nada por el estilo y que todo aquel drama insignificante era invención mía, un instante de deseo provocado por la cercanía de su perfumado y cálido cuerpo?

Para empeorar las cosas, cuando ella se puso a llorar no lo sentí en absoluto. Entonces ya estábamos los dos de pie, y al ver que el labio inferior de Karin empezaba a temblar y que el rabillo de los ojos se le llenaba de lágrimas, me alegré, casi exultante por la consternación que había causado. En aquel momento había otras seis o siete personas en el estudio, y todas se habían vuelto a mirarnos después del primer grito de sorpresa de Karin. El ruido de platos contra el suelo había atraído hacia el umbral a otros cuantos invitados, y cuando solté mi odiosa observación, la oyó al menos una docena de testigos. Y después todo quedó en silencio. Fue un momento de estupor colectivo, y durante los segundos siguientes todo el mundo se quedó callado, sin saber qué hacer. En aquel pequeño y asfixiante intervalo de incertidumbre, el dolor de Karin se convirtió en rabia.

No tienes derecho a hablarme así, David, me dijo. ¿Quién te crees que eres?

Afortunadamente, Mary era una de las personas que se habían congregado en la puerta, y antes de que las cosas empeoraran aún más, entró apresuradamente en el cuarto y me cogió del brazo.

David no lo decía en serio, aseguró a Karin. ¿Verdad, David? Sólo ha sido una de esas cosas que se dicen sin pensar.

Sentí deseos de contradecirle, de soltarle una buena réplica para demostrarle que lo había dicho muy en serio, pero me contuve. Me costó toda mi capacidad de auto-

control, pero Mary se estaba tomando muchas molestias para apaciguar los ánimos, y en cierto modo yo era consciente de que lamentaría causarle más problemas. Aun así, no me disculpé, y tampoco traté de mostrarme agradable. En vez de decir lo que quería decir, me liberé de su mano sacudiendo el brazo, salí del estudio y crucé el salón mientras mis antiguos colegas me miraban sin decir nada.

Fui derecho al piso de arriba, a la habitación de Greg y Mary. Pensaba coger mis cosas y marcharme, pero mi anorak estaba enterrado bajo un enorme montón de abrigos sobre la cama y no lo podía encontrar. Tras realizar algunas excavaciones, empecé a tirar abrigos al suelo, eliminando posibilidades para simplificar la búsqueda. Justo cuando había completado la mitad de la operación —más abrigos fuera que encima de la cama—, Mary apareció en la puerta. Era una mujer menuda, de cara redonda, mejillas rubicundas y pelo muy rizado, y al verla de pie en el umbral, con las manos en jarras, comprendí inmediatamente que estaba harta de mí. Me sentí como un niño a punto de ser reprendido por su madre,

¿Qué estás haciendo?, inquirió.

Buscando mi chaquetón.

Está en el armario de abajo. ¿No te acuerdas?

Creía que estaba aquí.

Está abajo. Greg lo colgó allí cuando llegaste. Tú mismo le buscaste una percha.

Vale, voy a buscarlo.

Pero Mary no estaba dispuesta a dejarme escapar tan fácilmente. Entró en la habitación, dio unos cuantos pasos, se agachó a recoger un abrigo y lo arrojó airadamente sobre la cama. Luego recogió otro y lo tiró también hacia la cama. Siguió recogiendo abrigos y cada vez que lanzaba uno a la cama, interrumpía a media frase lo que estaba diciendo. Los abrigos eran como signos de puntuación

—súbitos guiones, presurosos puntos suspensivos, violentas exclamaciones—, cada uno de los cuales separaba sus palabras como un hachazo.

Cuando vayas abajo, me dijo, quiero que... hagas las paces con Karin... No me importa que tengas que ponerte de rodillas... para pedirle perdón... Todo el mundo está hablando de eso... Y si ahora no haces esto por mí, David..., nunca volveré a invitarte a venir a esta casa.

En primer lugar yo no quería venir, le contesté. Si no me hubieras forzado, no habría estado aquí para insultar a tus invitados. Y la fiesta de hoy podría haber sido igual de sosa y aburrida que todas las que has dado.

Necesitas asistencia médica, David... No se me olvida todo lo que has pasado..., pero la paciencia tiene un límite... Vete a ver a un médico antes de que te destroces la vida.

Vivo la vida que es posible para mí. Lo que no incluye asistir a las fiestas que des en tu casa.

Mary arrojó el último abrigo sobre la cama, y entonces, sin motivo aparente alguno, se sentó bruscamente y rompió a llorar.

Escucha, gilipuertas, dijo con voz queda. Yo también la quería. Tú estabas casado con ella, de acuerdo, pero Helen era mi mejor amiga.

No, no lo era. Helen era mi mejor amiga. Y yo era su mejor amigo. Tú no tienes nada que ver, Mary.

Eso puso punto final a la conversación. Me había mostrado tan duro con ella, tan terminante en mi rechazo de sus sentimientos, que no se le ocurrió nada más que decir. Cuando salí del dormitorio, estaba sentada de espaldas a mí, sacudiendo la cabeza de un lado a otro y mirando los abrigos.

Dos días después de la fiesta, la Universidad de Pensilvania me envió la noticia de que quería publicar mi libro. En aquel momento llevaba casi cien páginas hechas de la traducción de Chateaubriand, y un año después, cuando se publicó *El silencioso mundo de Hector Mann*, ya había acabado otras mil doscientas. Si hubiera seguido trabajando a ese ritmo, lo habría terminado en otros siete u ocho meses. Añadamos a eso el tiempo necesario para las revisiones y modificaciones estilísticas, y en menos de un año podría haber entregado a Alex la traducción terminada.

Pero al final, aquel año sólo duró tres meses. Seguí adelante, acabando otras doscientas cincuenta páginas, y ya iba por el capítulo sobre la caída de Napoleón en el vigésimo tercer libro *(la desgracia y lo maravilloso son gemelos, nacieron a la vez)*, cuando, una tempestuosa y húmeda tarde de principios de verano, me encontré la carta de Frieda Spelling en el buzón. Reconozco que al principio me quedé pasmado, pero una vez que le envié mi respuesta y reflexioné un poco sobre el asunto, logré convencerme de que se trataba de una patraña. Eso no implicaba que el hecho de contestar a Frieda hubiese sido un error, pero ahora que me había cubierto las espaldas, supuse que nuestra correspondencia terminaría ahí.

Nueve días después, volví a tener noticias suyas. Esta vez había escrito una hoja entera, y como encabezamiento llevaba un membrete en relieve azul con su nombre y dirección. Pensé en lo fácil que era encargar papel de correspondencia con membrete falso, pero ¿por qué se molestaría alguien en hacerse pasar por una persona de la que yo no había oído hablar jamás? El nombre de Frieda Spelling no significaba nada para mí. Bien podría haber sido la mujer de Hector Mann, pero lo mismo era una loca que vivía sola en mitad del desierto; aunque, desde luego, ya no tenía sentido negar su existencia.

Querido profesor, escribía. *Sus dudas son perfectamente comprensibles, y no me sorprende en absoluto que se muestre reacio a creerme. La única manera de saber la verdad es aceptar la invitación que le hacía en mí anterior carta. Coja un avión, venga a Tierra del Sueño y conozca a Hector. Si le dijera que escribió y dirigió una serie de películas después de salir de Hollywood en 1929 —y que está dispuesto a proyectarlas aquí en el rancho, para usted—, quizá le interesaría venir. Hector tiene casi noventa años y su estado de salud no es muy bueno. Su testamento me ordena destruir las películas y los negativos a las veinticuatro horas de su muerte, y no sé cuánto tiempo durará. Le ruego que se ponga pronto en contacto conmigo. A la espera de su respuesta, reciba un cordial saludo, Frieda Spelling (Sra. de Hector Mann).*

Una vez más, dominé el entusiasmo. Mi respuesta fue concisa, formal, incluso un tanto descortés, quizá, pero antes de comprometerme a nada tenía que saber si era digna de confianza. *Quiero creerla*, escribí, *pero necesito pruebas. Si espera que yo vaya a Nuevo México, he de tener la seguridad de que sus afirmaciones son ciertas y de que, efectivamente, Hector Mann vive aún. En cuanto mis dudas se hayan resuelto, iré al rancho. Pero le advierto que no viajaré en avión, Cordialmente, D. Z.*

No cabía duda de que volvería a escribir, a menos que la hubiese asustado. En ese caso, admitiría tácitamente que me había engañado y ahí se acabaría la historia. Yo no creía que fuese así, pero con independencia de lo que Frieda estuviese tramando, no tardaría mucho en averiguar la verdad. El tono de su segunda carta había sido urgente, casi suplicante, y si en realidad era quien decía ser, no iba a perder el tiempo escribiéndome otra vez. El silencio significaría que su impostura habría quedado al descubierto, pero si contestaba —y yo confiaba plenamente en ello—, no tardaría mucho en recibir su carta. La últi-

ma había tardado nueve días en llegar. Si todo iba bien (sin retrasos ni meteduras de pata en correos), me figuraba que la siguiente tardaría todavía menos.

Hice lo que pude por estar tranquilo, por ceñirme a mi tarea y adelantar las *Memorias*, pero fue inútil. Estaba demasiado distraído, demasiado nervioso para prestarles la debida atención, y tras luchar por cumplir el cupo de páginas durante varios días seguidos, terminé por declarar una moratoria en el trabajo. A la mañana siguiente, muy temprano, me introduje en el armario de la habitación de invitados y saqué mis viejos archivos con la documentación sobre Hector, que había metido en cajas de cartón al terminar el libro. Eran seis cajas en total. Cinco de ellas contenían notas, esquemas y borradores de mi manuscrito, pero la última estaba repleta de toda clase de documentos preciosos: recortes, fotos, microfilmes, fotocopias de artículos, críticas de antiguas crónicas de sociedad, hasta la última referencia impresa a Hector Mann que había caído en mis manos. Hacía mucho tiempo que no miraba aquellos papeles, y como ya no tenía otra cosa que hacer sino esperar a que Frieda Spelling se pusiera de nuevo en contacto conmigo, me llevé la caja al estudio y pasé el resto de la semana rebuscando en ella. No creo que esperase descubrir algo que ya no supiera, pero el contenido de los archivos se me había vuelto un tanto borroso en la memoria, y tenía la impresión de que valía la pena echarle otra mirada. La mayor parte de la información que había recopilado no era muy fidedigna: artículos de la prensa sensacionalista, estupideces de revistas de admiradores, fragmentos de reportajes plagados de hipérboles, suposiciones erróneas y absolutas falsedades. Sin embargo, mientras tuviera presente que no debía creer lo que leyese, no veía motivo para que el ejercicio no resultase beneficioso.

Hector era objeto de cuatro reseñas entre agosto de 1927 y octubre de 1928. La primera apareció en el *Bulletin* de Kaleidoscope, órgano publicitario mensual de la recién creada compañía de producción de Hunt. En esencia, era un comunicado de prensa para anunciar el contrato que habían firmado con Hector, y como hasta el momento no era muy conocido, se encontraban en condiciones de inventar cualquier historia que sirviera a sus propósitos. Corrían los últimos días del *latin lover* de Hollywood, el periodo inmediatamente posterior a la muerte de Valentino, cuando los extranjeros morenos y exóticos aún atraían a las multitudes, y Kaleidoscope intentó capitalizar el fenómeno anunciando a Hector como *Don Disparate, el seductor sudamericano con un toque cómico*. Para apoyar la afirmación, le inventaron una intrigante serie de actividades artísticas, toda una carrera supuestamente anterior a su llegada a California: teatro de variedades en Buenos Aires, largas giras de vodevil por Argentina y Brasil, una serie de películas muy taquilleras producidas en México. Presentando a Hector como una estrella indiscutible, Hunt podía crearse buena reputación insinuando que tenía buen ojo para el talento artístico. No era un simple recién llegado al mundo del cine, sino un jefe de estudio inteligente y emprendedor que había ganado a sus competidores el derecho a traer a un artista extranjero para ofrecérselo al público norteamericano. Era fácil que la gente se tragase esa mentira. Al fin y al cabo, nadie prestaba atención a lo que ocurría en otros países, y con tantísimas posibilidades imaginativas para elegir, ¿por qué ceñirse a los hechos?

Seis meses después, un artículo del número de febrero de *Photoplay* presentaba una visión más sobria del pasado de Hector. Para entonces ya se habían distribuido varias de sus películas, y como el interés por su obra crecía

en todo el país, sin duda iba disminuyendo la necesidad de distorsionar su vida anterior. Firmaba el artículo una periodista de plantilla, Brigid O'Fallon, y por los comentarios que hacía en el primer párrafo sobre la *mirada penetrante* y la *elástica musculatura* de Hector, enseguida se comprendía que su única intención era halagarlo. Encantada por su marcado acento español y alabándolo al mismo tiempo por la soltura con que hablaba inglés, le pregunta por qué tiene nombre alemán. *Es muy sencillo*, contesta Hector. *Mis padres nacen en Alemania, y yo también. Todos emigramos a Argentina cuando soy niño. Hablo el alemán con ellos en casa; el español, en el colegio. El inglés viene después, cuando estoy en Estados Unidos. Todavía un poco verde*. La señorita O'Fallon le pregunta entonces cuánto tiempo lleva aquí, y Hector dice que tres años. Eso, desde luego, contradice la información publicada en el *Bulletin* de Kaleidoscope, y cuando Hector se pone a enumerar los trabajos que ha realizado desde su llegada a California (ayudante de camarero, vendedor de aspiradoras, peón caminero), no menciona ninguna ocupación anterior en el mundo del espectáculo. Nada que ver con la gloriosa carrera latinoamericana, según la cual era un personaje muy popular.

No es difícil rechazar las exageraciones del departamento de publicidad de Hunt, pero el simple hecho de que despreciaran la verdad no hacía que la historia de *Photoplay* fuese más exacta o verosímil. En el número de marzo de *Picturegoer*, un periodista llamado Randall Simms, contando una visita que hizo a Hector en el plató de *El lío del tango*, confiesa que se quedó enteramente pasmado al ver que *esa máquina de hacer reír argentina habla un inglés impecable, con apenas un leve acento extranjero. Si no se sabe de dónde es, se juraría que se ha criado en Sandusky, Ohio*. La intención de Simms es laudatoria,

pero su comentario suscita inquietantes cuestiones sobre los orígenes de Hector. Aunque se acepte que Argentina fue el país donde transcurrió su niñez, parece haberse marchado a Estados Unidos mucho antes de lo que sugiere el artículo. En el siguiente párrafo, Simms cita las siguientes palabras de Hector: *Fui un chico muy malo. Mis padres me echaron de casa cuando tenía dieciséis años, y nunca volví. Con el tiempo viajé al Norte y acabé en Estados Unidos. Desde el principio, sólo tenía una idea en la cabeza: triunfar en el cine*. El hombre que pronuncia esas palabras no se parece en absoluto al que Brigid O'Fallon había entrevistado un mes antes. ¿Utilizaba el marcado acento extranjero como recurso cómico, o es que Simms desfigura a propósito la verdad, poniendo de relieve el dominio de Hector de la lengua inglesa con objeto de convencer a los productores de sus posibilidades como actor del cine sonoro para los meses y años siguientes? Puede que ambos se confabulasen para hacer el artículo, o quizá hubo un tercero que sobornó a Simms; Hunt, posiblemente, quien para entonces tenía graves problemas económicos. ¿Acaso Hunt trataba de incrementar el valor de Hector en el mercado para traspasarlo a otra productora? Es imposible saberlo, pero cualesquiera que fuesen los motivos que impulsaron a Simms, y por mal que O'Fallon hubiese transcrito las declaraciones de Hector, ambos artículos no concuerdan, por mucho que quiera justificarse a los periodistas.

La última entrevista que publicaron de Hector apareció en el número de octubre de *Picture Play*. Por lo que dice a B. T. Barker —o al menos lo que Barker quiere hacernos creer que dijo—, parece probable que nuestro héroe contribuyó personalmente a crear esa confusión. Esta vez, sus padres proceden de la ciudad de Stanislav, en el extremo oriental del Imperio austrohúngaro, y la lengua ma-

terna de Hector es el polaco, no el alemán. Se marchan a Viena cuando él tiene dos años, se quedan allí seis meses, y luego se van a Estados Unidos, donde pasan tres años en Nueva York y un año en el Medio Oeste antes de levantar el campo de nuevo e instalarse en Buenos Aires. Barker lo interrumpe para preguntarle dónde vivían en el Medio Oeste, y Hector, con toda la calma, responde: En Sandusky, Ohio. Justo seis meses antes, Randall Simms había mencionado Sandusky en su artículo del *Picturegoer*, no como un sitio real, sino como una metáfora, un ejemplo de ciudad norteamericana. Ahora Hector se apropia de la ciudad y la incorpora a su historia, quizá por el simple motivo de que le atrae la áspera y cadenciosa música de las palabras. *Sandusky*, *Ohio*, tiene una agradable sonoridad, y el brusco y ternario ritmo sincopado se ajusta a las reglas de la métrica con toda la fuerza y precisión de un verso bien construido. Su padre, según afirma, era un ingeniero de caminos especializado en la construcción de puentes. Su madre, *la mujer más guapa del mundo*, era bailarina, cantante y pintora. Hector los adoraba a los dos, era un niño religioso, que se portaba muy bien (al contrario que el niño malo del artículo de Simms), y hasta su trágica muerte en un accidente de barco cuando él tenía catorce años, pensaba seguir los pasos de su padre y hacerse ingeniero. La muerte repentina de sus padres lo cambió todo. Desde el momento en que se quedó huérfano, sigue diciendo, su único sueño era volver a Estados Unidos y empezar allí una nueva vida. Hizo falta una larga serie de milagros antes de que eso pasara, pero ahora que ha vuelto, está seguro de que éste es el sitio donde siempre ha querido estar.

Puede que algunas de esas declaraciones sean ciertas, pero no muchas; quizá no lo sea ni una sola. Esa es la cuarta versión que da de su pasado, y aunque todas tienen

determinados elementos en común (padres que hablan alemán o polaco, temporada en Argentina, emigración del viejo al nuevo mundo), todo lo demás está sujeto a variaciones. En un momento dado, se muestra práctico y perspicaz en la versión que da de sí mismo; en otro momento, se vuelve asustadizo y sentimental. Frente a un periodista actúa como un provocador, pero ante otro se muestra humilde y gazmoño; nace rico, nace pobre; tiene marcado acento extranjero, habla sin ningún acento. Si se suman todas esas contradicciones, no se llega a nada concreto: el retrato de un hombre con tantas personalidades e historias familiares que se ve reducido a un montón de fragmentos, a un rompecabezas cuyas piezas ya no encajan. Cada vez que se le formula una pregunta, da una respuesta diferente. Un torrente de palabras fluye de sus labios, pero está resuelto a no decir lo mismo dos veces. Da la impresión de que oculta algo, de que protege un secreto, pero encara sus confusiones con tal gracia y chispeante buen humor que nadie parece darse cuenta. Para la prensa es irresistible. Hace reír a los periodistas, los divierte con pequeños trucos de magia, y al cabo de un tiempo dejan de insistir sobre los hechos y se rinden ante el magnífico espectáculo. Hector sigue improvisando sobre la marcha, pasando a una velocidad frenética de los adoquinados bulevares de Viena a las eufónicas llanuras de Ohio, y al cabo empieza uno a preguntarse si se trata de un juego de equívocos o simplemente de un desatinado intento de combatir el aburrimiento. Puede que sus mentiras sean inocentes. Quizá no pretenda engañar a nadie, sino que esté buscando un medio de entretenerse. Al fin y al cabo, las entrevistas pueden resultar un trámite aburrido. Si todo el mundo hace las mismas preguntas, a lo mejor hay que contestarlas de manera diferente, sólo para mantenerse despierto.

Nada era seguro, pero tras pasar por el tamiz todo ese revoltijo de recuerdos fraudulentos y anécdotas espurias, tuve la impresión de haber descubierto un dato de menor importancia. En las tres primeras entrevistas, Hector evita mencionar el lugar de su nacimiento. Cuando le pregunta O'Fallon, dice que Alemania; cuando le pregunta Simms, contesta que Austria; pero en ninguna de esas circunstancias facilita detalle alguno: ni pueblo, ni ciudad, ni región. Sólo cuando habla con Barker se abre un poco y colma las lagunas, Stanislav había formado parte de Austria–Hungría, pero tras la disolución del imperio y el fin de la guerra pasó a integrarse en Polonia. Para los estadounidenses, Polonia es un país remoto, aún más que Alemania, y con Hector haciendo todo lo que podía para difuminar sus orígenes extranjeros, era extraño que admitiese como lugar de nacimiento una ciudad con ese nombre. La única razón que podía haber tenido para hacerlo, en mi opinión, es que era cierto. No había manera de confirmar esa sospecha, pero no tenía sentido que Hector hubiera mentido en eso. Polonia no le convenía mucho, y si había decidido inventarse unos antecedentes falsos, ¿para qué iba a molestarse en mencionar siquiera ese país? Fue un error, una falta de atención, y en cuanto Barker se da cuenta del descuido, Hector intenta arreglar las cosas. Si acaba de revelarse como demasiado extranjero, ahora contrarrestará el fallo insistiendo en sus credenciales norteamericanas. Se sitúa en Nueva York, ciudad de emigrantes, y luego remacha el clavo trasladándose al interior, Y ahí es donde entra en escena Sandusky, Ohio, Se saca el nombre de la manga, recordándolo de una reseña publicada seis meses antes, y se lo suelta al confiado B. T. Barker. Eso sirve muy bien a sus propósitos. Desvía del tema al periodista, que, en lugar de hacerle preguntas sobre Polonia, se retrepa

en el asiento y se pone a recordar con Hector los campos de alfalfa del Medio Oeste.

Stanislav está situada un poco al sur del río Dniester, a medio camino entre Lvov y Czernowitz, en la provincia de Galitzia. Si ésa es su tierra natal, entonces sobran motivos para suponer que era judío. El hecho de que en esa región abundaban las colonias judías no fue suficiente para convencerme, pero asociando la población judía a la circunstancia de que su familia se marchara de la zona, el argumento resulta bastante convincente. En esa parte del mundo los únicos que emigraban eran judíos, y empezando con los pogromos rusos del decenio de 1880, centenares de miles de inmigrantes que hablaban yídish se dispersaron por Europa occidental y Estados Unidos. Muchos de ellos también se dirigieron a Sudamérica. Sólo en Argentina, la población judía pasó de seis mil a más de cien mil entre el cambio de siglo y el estallido de la Primera Guerra Mundial. Sin duda alguna, Hector y su familia contribuyeron a engrosar las estadísticas. Porque si no lo hicieron, sería casi imposible que hubieran acabado en Argentina. En aquel momento de la historia, las únicas personas que viajaban de Stanislav a Buenos Aires eran judíos.

Estaba orgulloso de mi pequeño descubrimiento, pero eso no quería decir que le atribuyera gran importancia. Si Hector ocultaba efectivamente algo, y si ese algo resultaba ser la religión en la que se había criado, entonces todo lo que yo había descubierto sería la forma más pedestre de hipocresía social. En aquellas fechas no era un delito ser judío en Hollywood. Era simplemente algo de lo que se prefería no hablar. Para entonces Jolson ya había realizado *El cantor de jazz*, y los cines y teatros de Broadway se llenaban de público que pagaba para ver a Eddie Cantor y Fanny Brice, para escuchar a Irving Berlin y a los Gershwin, para aplaudir a los Hermanos Marx. Ser judío pudo

haber sido una carga para Hector. Quizá le molestara ese hecho, e incluso lo avergonzara, pero me resultaba difícil imaginar que lo hubieran asesinado por eso. Siempre hay algún fanático por ahí suelto con suficiente odio en el pecho para matar judíos, desde luego, pero quien hace eso quiere que su crimen se conozca, desea utilizarlo como ejemplo para asustar a otros, y cualquiera que pudiese haber sido el destino de Hector, una cosa era cierta, y es que nunca se había hallado su cadáver.

Desde el día que firmó con Kaleidoscope hasta la fecha de su desaparición, la carrera de Hector duró diecisiete meses en total. Por breve que fuera ese periodo, alcanzó cierro grado de reconocimiento y, a principios de 1928, su nombre ya empegaba a figurar en las crónicas sociales de Hollywood. En el curso de mis viajes yo había conseguido recuperar unos veinte documentos de ese tipo en diversos archivos microfilmados. Tuvieron que escapárseme muchos otros, por no hablar de los que se habían destruido, pero por escasas e insuficientes que fueran, tales menciones demostraban que Hector no era de los que se quedan en casa después de anochecer. Se le veía en restaurantes y clubs nocturnos, en fiestas y estrenos cinematográficos, y casi siempre que aparecía impreso, su nombre iba acompañado de una alusión a su *fascinante magnetismo*, su *mirada arrebatadora* o su *rostro de deslumbrante atractivo*. Eso era especialmente cierto cuando el artículo lo firmaba una mujer, pero también los hombres sucumbían a sus encantos. Uno de ellos, que escribía con el nombre de Gordon Fly[1] (su columna se titulaba *La mosca en la pared*), llegó a afirmar que Hector estaba desperdiciando sus dotes de actor con la comedia y que debería dedicarse al drama. *Con ese perfil*, afirmaba Fly, *es un agra-*

1. «Mosca», en inglés. *(N. del T.)*

vio al sentido de la armonía estética ver cómo el elegante Señor[1] *Mann arriesga la nariz golpeándose una y otra vez con paredes y farolas. El público estaría mejor servido si dejara esos peligrosos números para dedicarse a besar a mujeres bonitas. Seguro que hay muchas actrices jóvenes en la ciudad que estarían dispuestas a aceptar ese papel. Mis fuentes me aseguran que Irene Flowers ya ha realizado varias audiciones, pero según parece el apuesto hidalgo ha echado el ojo a Constance Hart, la mismísima chica Vigor y Vitalidad, siempre tan popular. Esperamos con impaciencia los resultados de esas pruebas cinematográficas.*

Sin embargo, la mayor parte del tiempo Hector no recibía de los periodistas más que una atención breve y superficial. Todavía no daba para un artículo extenso, no era más que un prometedor recién llegado entre otros muchos, y al menos en la mitad de las reseñas que pude consultar aparecía únicamente su nombre: normalmente junto a alguna mujer, que tampoco era más que un nombre. Se vio a Hector Mann en compañía de Sylvia Noonan en el Feathered Nest. Hector Mann salió anoche a la pista de baile del Gibraltar Club con Mildred Swain. Hector Mann se rió mucho con Alice Dwyers, degustó unas ostras con Polly McCracken, hizo manitas con Dolores Saint John, entró discretamente en un tugurio clandestino con Fiona Maar. En total conté los nombres de ocho mujeres diferentes, pero ¿quién sabe con cuántas más salió aquel año? Mi información se limitaba a los artículos que había logrado encontrar, y esas ocho bien podrían haber sido veinte, o quizá más.

Cuando se publicó la noticia de la desaparición de Hector el siguiente mes de enero, poca atención se prestó a su vida amorosa. Seymour Hunt se había ahorcado en

1. *Sic*, en el original. *(N. del T.)*

su habitación justo tres días antes, y en vez de tratar de encontrar pruebas de algún amargo idilio o de una secreta aventura amorosa, la policía centró sus esfuerzos en las tormentosas relaciones de Hector con el corrupto banquero de Cincinnati. Probablemente resultaba demasiado tentador no establecer una conexión entre ambos escándalos. Tras la detención de Hunt, Hector había declarado, según decían, que se alegraba de ver que los norteamericanos aún tenían sentido de la justicia. Una fuente anónima, descrita como uno de sus amigos íntimos, informó de que Hector, en presencia de media docena de personas, había afirmado lo siguiente: *Ese individuo es un sinvergüenza. Me ha estafado miles de dólares y ha intentado destruir mi carrera. Me alegro de que lo hayan metido en la cárcel. Tiene lo que se merece, y no me inspira ninguna lástima*. En la prensa empezaron a circular rumores de que Hector había sido uno de los que delataron a Hunt a las autoridades. Los partidarios de esa teoría afirmaban que ahora que Hunt estaba muerto, sus socios habían eliminado a Hector con objeto de evitar que se filtraran más revelaciones al público. Algunas versiones llegaban incluso a sugerir que la muerte de Hunt no había sido un suicidio, sino un asesinato arreglado para que pareciese un suicidio: el primer paso de una minuciosa confabulación tramada por sus amigos de los bajos fondos para borrar el rastro de sus crímenes.

Esa versión era la que relacionaba los hechos con el mundo del hampa. En los Estados Unidos del decenio de 1920, tal enfoque debía de parecer bastante verosímil, pero sin un cadáver que respaldara la hipótesis la investigación policial empezó a zozobrar. La prensa siguió manipulando el asunto durante un par de semanas, publicando historias sobre las prácticas comerciales de Hunt y el ascenso del elemento delictivo en la industria cinematográfica,

pero cuando no pudo establecerse relación concreta alguna entre la desaparición de Hector y la muerte de su antiguo productor, los periodistas empezaron a buscar otros motivos y explicaciones. Todo el mundo estaba intrigado por la proximidad de ambos sucesos, pero desde el punto de vista de la lógica no tenía mucho fundamento suponer que uno de ellos fuera la causa del otro. De la contigüidad de los hechos no se infería necesariamente relación alguna, aunque su cercanía en el tiempo sugiriese otra cosa. Ahora bien, cuando empezaron a seguirse otras líneas de investigación, resultó que muchas de las pistas ya se habían enfriado. Dolores Saint John, mencionada en varios artículos anteriores como la prometida de Hector, se marchó discretamente de la ciudad para volver a casa de sus padres, en Kansas. Pasó un mes entero antes de que los periodistas la encontraran, y cuando lo consiguieron, Dolores se negó a hablar con ellos, alegando que estaba demasiado afligida por la desaparición de Hector para hacer declaraciones. Sólo formuló una observación: *Estoy deshecha*. Después de lo cual no volvió a saberse más de ella. Actriz joven y atractiva que había trabajado en media docena de películas (incluidas *El utilero* y *Don Nadie*, en las que hacía el papel de hija del sheriff y mujer de Hector, respectivamente), abandonó impulsivamente la carrera y desapareció del mundo del espectáculo.

Jules Blaustein, el cómico que había trabajado con Hector en las doce películas de Kaleidoscope, contó a un periodista de *Variety* que Hector y él habían estado colaborando en una serie de guiones para comedias sonoras, y que su socio literario había hecho gala de un *excelente ánimo*. Lo había visto todos los días desde mediados de diciembre y, a diferencia de todos a quienes hicieron entrevistas acerca de Hector, hablaba de él en tiempo presente. *Es cierto que con Hunt las cosas acabaron de manera*

bastante desagradable, reconocía Blaustein, *pero Hector no fue el único que recibió un trato injusto en Kaleidoscope. A todos nos dieron un buen palo, y aunque él se llevó la peor parte, no es de los que guardan rencor a nadie. Tiene todo el futuro por delante, y en cuanto su contrato con Kaleidoscope se acabó, empezó a pensar en otras cosas. Conmigo ha trabajado mucho, con mayor ahínco del que nunca le he visto, y la mente le bullía de ideas nuevas. Cuando lo perdí de vista, ya teníamos casi acabado nuestro primer guión —una comedia divertidísima, titulada* Punto y raya— *y estábamos a punto de firmar un contrato con Harry Cohn en Columbia. El rodaje debía empezar en marzo. Hector iba a dirigir e interpretar un papel mudo, pequeño pero muy cómico, y si a usted le parece que esa actitud es propia de alguien que está pensando en suicidarse entonces es que no conoce en absoluto a Hector. Es absurdo pensar que fuera a quitarse la vida. A lo mejor se la quitó alguien, pero eso supondría que tenía enemigos, y desde que lo conozco nunca he visto que le cayera gordo a nadie. Es todo un señor, y me gusta trabajar con él. Nos podemos pasar el día pensando en lo que ha pasado, pero apuesto lo que sea a que está vivo y anda por ahí, y que simplemente una noche tuvo una de esas furiosas inspiraciones suyas y se largó para estar solo durante una temporada. No hacen más que decir que está muerto, pero no me sorprendería que Hector apareciera ahora mismo por esa puerta, dejara el sombrero sobre la silla y dijera: «Venga, Jules, vamos a trabajar.»*

Columbia confirmó que estaban negociando con Hector y Blaustein un contrato de tres películas que incluía *Punto y raya* y otras dos comedias. Aún no había nada firmado, aseguró el portavoz, pero ya que las condiciones se habían resuelto a satisfacción de ambas partes, el estudio estaba deseando *dar la bienvenida a Hector en el seno de la familia*. Las observaciones de Blaustein, asocia-

das a la declaración de Columbia, rebaten la idea de que la carrera de Hector se encontraba en un callejón sin salida, en la que insistía cierta prensa sensacionalista como posible motivo de suicidio. Pero los hechos demostraban que las perspectivas de Hector distaban mucho de ser sombrías. El desastre de Kaleidoscope no *había quebrantado su ánimo*, según anunciaba *Los Angeles Record* el 18 de febrero de 1929, y como no apareció carta ni nota alguna para apoyar la posibilidad de que Hector se hubiera quitado la vida, la teoría del suicidio empezó a perder pie frente a una serie de azarosas conjeturas y suposiciones descabelladas: secuestros que salieron mal, accidentes extraños, acontecimientos sobrenaturales. Mientras, la policía no realizaba avance alguno en el caso Hunt, y aunque afirmaban que se estaban *siguiendo varias pistas prometedoras* (*Los Angeles Daily News*, 7 de marzo de 1929), nunca señalaron a más sospechosos. Si habían asesinado a Hector, no existían pruebas suficientes para acusar a nadie del crimen. Si se trataba de un suicidio, los motivos no estaban claros para nadie. Unos cuantos cínicos sugirieron que su desaparición no era sino un truco publicitario, una maniobra barata orquestada por Harry Cohn en Columbia para llamar la atención sobre su nueva estrella, y que cabía esperar su milagrosa reaparición el día menos pensado. Aquello parecía tener sentido, si bien de una manera un tanto disparatada, pero a medida que pasaban los días y Hector seguía sin aparecer, esa teoría demostró ser tan errónea como todas las demás. Cada uno tenía su propia opinión de lo que le había ocurrido a Hector, pero el caso era que nadie sabía una palabra a ciencia cierta. Y si alguien sabía algo, no abría la boca.

El asunto apareció en primera plana durante mes y medio, pero luego el interés empezó a decaer. No había nuevos descubrimientos de que informar, ni nuevas posi-

bilidades que examinar, y al final la prensa desvió la atención hacia otros asuntos, A finales de primavera, *Los Angeles Examiner* publicó el primero de una serie de artículos que apareció de manera intermitente a lo largo de los dos años siguientes en la cual siempre intervenía alguien que presuntamente había visto a Hector en un lugar improbable y remoto —los llamados avistamientos de Hector—, pero tales historias eran poco más que bagatelas, pequeños artículos de relleno escondidos al pie de la página del horóscopo, una especie de chiste permanente para los enterados de Hollywood. Hector en Utica, Nueva York, trabajando de contratista de mano de obra. Hector en la Pampa, con su circo itinerante. Hector en los barrios bajos. En marzo de 1933 Randall Simms, el periodista que lo había entrevistado para *Picturegoer* cinco años antes, publicó un artículo en el suplemento dominical del *Herald–Express* titulado «¿Qué ha sido de Hector Mann?». Prometía nuevos datos sobre el caso, pero aparte de insinuar un desesperado y complejo triángulo amoroso en el que Hector bien podría estar implicado o no, se trataba esencialmente de un refrito de las historias aparecidas en 1929 en los periódicos de Los Angeles. Un artículo similar, escrito por un tal Dabney Strayhorn, apareció en un número del *Collier's* de 1941, y un libro de 1957 con el titulito de *Escándalos y misterios de Hollywood*, escrito por Frank C. Klebald, dedicaba un breve capítulo a la desaparición de Hector, que tras un detenido examen resultaba ser un plagio casi palabra por palabra del artículo publicado por Strayhorn en la mencionada revista. Quizá se escribieran otros artículos y otros libros a lo largo de los años, pero yo no los conocía. Sólo contaba con el contenido de la caja, y lo que había dentro era todo lo que había podido descubrir.

4

Dos semanas después, seguía sin tener noticias de Frieda Spelling. Había imaginado llamadas en plena noche, cartas enviadas por correo urgente, telegramas, faxes, ruegos desesperados para que corriese a la cabecera de Hector, pero al cabo de catorce días de silencio dejé de concederle el beneficio de la duda. Volvió mi escepticismo, y poco a poco fui retrocediendo a la situación anterior. La caja volvió al armario, y, después de andar alicaído durante ocho o diez días, cogí el libro de Chateaubriand y me puse de nuevo a la faena. Me habían apartado de mi propósito durante casi un mes, pero, aparte de algunos vestigios de hastío y decepción, logré dejar de pensar en Tierra del Sueño. Hector estaba muerto otra vez. Había muerto en 1929, y si no, había muerto anteayer. No importaba cuál de las dos muertes era real. Hector ya no era de este mundo, y jamás tendría ocasión de conocerlo.

Volví a encerrarme en mí mismo. El tiempo se mostraba muy variable, con alternancia de periodos buenos y malos. Uno o dos días de resplandeciente luminosidad, seguidos de tormentas furiosas; chaparrones torrenciales, y luego cielos de un azul cristalino; viento y calma, calor y frío, niebla que se disolvía en claridad. En mi montaña

siempre hacía cinco grados menos que abajo, en el pueblo, pero algunas tardes podía pasearme en camiseta y pantalones cortos. En otras ocasiones, tenía que encender la chimenea y abrigarme con tres jerséis. Acabó junio y empezó julio. Para entonces llevaba unos diez días trabajando sin parar, recobrando poco a poco el ritmo de antes, empezando a dar lo que consideraba el empujón definitivo al trabajo. Poco después del fin de semana del Cuatro de Julio, lo dejé pronto y fui a Brattleboro a hacer la compra. Pasé unos cuarenta minutos en el Grand Union, y luego, tras cargar las bolsas en la cabina de la camioneta, decidí quedarme un poco por allí y meterme en el cine. No fue más que un impulso, un capricho repentino que tuve en el aparcamiento, mientras el último sol de la tarde me hacía entrecerrar los ojos. Ya había hecho el trabajo del día, y no se me ocurría nada que me hiciese cambiar de plan, no tenía motivos para volver corriendo a casa si no me apetecía. Llegué al cine Latches de la calle Main justo cuando el pase de las seis estaba a punto de empezar. Compré una Coca y una bolsa de palomitas, encontré un sitio en medio de la ultima fila y me quedé en la butaca durante toda la proyección de una de las películas de la serie *Regreso al futuro*. Resultó ser ridícula y divertida a la vez. Cuando terminó, decidí prolongar la salida yendo a cenar al restaurante coreano de la acera de enfrente. Ya había estado allí una vez y, para los criterios de Vermont, se comía bastante bien.

Me había pasado dos horas sentado en la oscuridad, y cuando salí del cine el tiempo había cambiado otra vez. Era una de esas mutaciones bruscas: se formaban gruesas nubes, caía la temperatura por debajo de los diez grados, empezaba a soplar el viento. Tras una jornada límpida y reluciente, aún debería haber luz a aquella hora, pero el sol había desaparecido poco antes del crepúsculo, y el lar-

go día de verano se había convertido en una noche húmeda y fría. Ya estaba lloviendo cuando crucé la calle y entré en el restaurante, y en cuanto me senté a una mesa de la parte de delante y pedí la cena, observé cómo iba cobrando fuerza la tormenta. Una bolsa de papel se alzó del suelo y fue volando hasta el escaparate de la tienda Sam's Army-Navy; una lata de gaseosa vacía rodó estrepitosamente por la calle hacia el río; proyectiles de lluvia acribillaron la acera. Empecé con una fuente de *kimchi*, regándolo con un trago de cerveza a cada par de bocados. Era un sabor fuerte que quemaba la lengua, y cuando acometí el plato principal seguí mojando la carne en la salsa picante, lo que supuso un continuo trasiego de cerveza. Debí de beberme unas tres cervezas en total, quizá cuatro, y cuando pagué la cuenta estaba un poco más achispado de lo conveniente. Con sobrado equilibrio para caminar en línea recta, supongo, lo bastante lúcido para que se me ocurrieran ideas interesantes sobre la traducción, pero quizá no lo suficientemente despejado para conducir.

Aunque no voy a echar la culpa a la cerveza de lo que ocurrió. Podía estar un poco lento de reflejos, pero también intervinieron otros factores y, si se hubiera eliminado la cerveza de la ecuación, dudo de que el resultado hubiese sido diferente. La lluvia seguía cayendo con fuerza cuando salí del restaurante, y como tuve que correr varios centenares de metros hasta el aparcamiento municipal, terminé calado hasta los huesos. El hecho de que no pudiera sacar las llaves de los pantalones mojados no facilitó mucho las cosas, y menos aún el que se me cayeran en un charco cuando ya había conseguido tenerlas en la mano, lo que supuso perder más tiempo para agacharme y buscarlas a oscuras. Cuando finalmente me puse en pie y subí a la camioneta, estaba tan empapado como si me hubiera metido en la ducha con la ropa puesta. Hay que culpar a

la cerveza, pero también a aquella ropa mojada y a las gotas de agua que se me metían en los ojos. Una y otra vez tuve que quitar una mano del volante para limpiarme la frente, y si se añade esa distracción a la incomodidad de un mal sistema para desempañar el parabrisas (lo que suponía que cuando no me estaba enjugando la frente, utilizaba esa misma mano par limpiar la luna empañada) y luego se agrava el problema rematándolo con unos limpiaparabrisas averiados (¿y cuándo no lo están?), se llega a la conclusión de que las condiciones de aquella noche no eran las más propicias para garantizar que nadie volviera a casa sano y salvo.

La ironía consistía en que yo era consciente de todo eso. Tiritando con la ropa húmeda, deseoso de llegar y ponerme encima algo de abrigo, hice a pesar de todo un esfuerzo para conducir lo más despacio posible. Eso es lo que me salvó, supongo, aunque al mismo tiempo pudo ser lo que causó el accidente. Si hubiera ido más deprisa, probablemente habría estado más alerta, más atento a los caprichos de la carretera; pero al cabo de un rato dejé vagar la imaginación y acabé sumiéndome en una de esas largas e inútiles meditaciones que únicamente parecen producirse cuando uno va solo en un coche. En esta ocasión, si no recuerdo mal, se trataba de cuantificar los actos efímeros de la vida cotidiana. ¿Cuánto tiempo había dedicado a atarme los zapatos en mis cuarenta años? ¿Cuántas puertas había abierto y cerrado? ¿Cuántas veces había estornudado? ¿Cuántas horas había perdido buscando objetos que no encontraba? ¿Cuántas veces me había dado con la cabeza o con la punta del pie contra algo o había parpadeado para quitarme una mota que se me había metido en el ojo? Descubrí que era un ejercicio más bien agradable, y seguí engrosando la lista mientras avanzaba chapoteando en la oscuridad. A unos treinta kilómetros

de Brattleboro, en un tramo despejado de carretera entre los pueblos de T— y West T—, a unos cuatro kilómetros y medio de la desviación hacia el camino de tierra que me llevaría a casa, los ojos de un animal destellaron a la luz de los faros. Un momento después, vi que era un perro. Lo tenía a unos veinte o treinta metros delante de mí, una pobre bestia escuálida y empapada que andaba dando tumbos en plena noche, y al contrario de lo que suelen hacer los perros perdidos, no circulaba por la cuneta, sino que iba trotando por el centro de la carretera, o un poco a la izquierda de la línea central, es decir, justo en medio de mi carril. Para no atropellarlo, di un volantazo y pisé el freno al mismo tiempo. Quizá no tenía que haber hecho eso, pero ya lo había hecho antes de que se me ocurriera otra cosa, y como la superficie de la carretera estaba húmeda y resbaladiza por la lluvia, las ruedas no agarraron. Derrapé, pasándome la línea amarilla, y antes de que pudiera girar de nuevo al otro lado, la camioneta se estrelló contra un poste de la luz.

Llevaba puesto el cinturón de seguridad, pero con la fuerza del impacto me di un golpe en el brazo izquierdo contra el volante, los comestibles salieron disparados de las bolsas, y una lata de zumo de tomate rebotó y me dio en la barbilla. El dolor que sentí en la cara me hizo ver las estrellas, y pensé que el brazo me iba a estallar, pero como aún era capaz de flexionar los dedos y podía abrir y cerrar la boca, deduje que no tenía ningún hueso roto. Debí haber sentido alivio al pensar en la suerte que había tenido de escapar sin lesiones graves, pero no estaba de humor para dar gracias ni consolarme con la idea de que podría haber sido mucho peor. Aquello ya era bastante grave, y estaba furioso conmigo mismo por haber dejado la camioneta hecha polvo. Tenía un faro aplastado; el parachoques, abollado; la parte delantera, destrozada. El motor

seguía funcionando, sin embargo, pero cuando traté de dar marcha atrás para seguir viaje, me di cuenta de que las ruedas delanteras estaban medio hundidas en el fango. Me pasé veinte minutos metido en el barro y bajo la lluvia empujando la camioneta para sacarla de allí, y ya estaba demasiado mojado y exhausto para molestarme en limpiar los comestibles que se habían desperdigado por toda la cabina. Me senté frente al volante, di marcha atrás y salí otra vez a la carretera. Tal como descubrí más tarde, hice el resto del viaje con un paquete de guisantes congelados clavado entre el asiento y los riñones.

Ya eran más de las once cuando paré delante de la puerta de casa. Tiritaba, me dolía horrorosamente la mandíbula y el brazo, y estaba de un humor de perros. Lo imprevisto sucede donde menos lo esperas, como se suele decir, pero una vez que ocurre, lo último que esperas es que vuelva a suceder. Tenía la guardia bajada, y como al salir de la camioneta aún estaba pensando en el perro y el poste de la luz, repasando una vez más los detalles del accidente, no vi el coche aparcado a la izquierda de la casa. El faro de la camioneta no había alumbrado en aquella dirección y cuando apagué la luz y quité el contacto, todo quedó a oscuras a mi alrededor. El aguacero había amainado para entonces, pero seguía lloviznando y en la casa no había una sola luz encendida. Pensando que estaría de vuelta antes de que se pusiera el sol, no me había molestado en encender el farol que había sobre la puerta de entrada. El cielo estaba negro. El suelo estaba negro. Me dirigí a tientas hacia la casa, guiándome por la memoria y el tacto, pero no veía absolutamente nada.

En el sur de Vermont era costumbre dejar la casa abierta, pero yo no lo hacía. Cada vez que salía, cerraba bien con llave. Era un perseverante ritual que me negaba

a romper, aunque sólo fuese a estar cinco minutos ausente. Y ahora, mientras manipulaba las llaves por segunda vez aquella noche, me di cuenta de lo estúpidas que eran tales precauciones. Me había quedado efectivamente fuera de casa, sin poder entrar. Tenía las llaves en la mano, pero entre las seis que colgaban del llavero no sabía cuál era la buena. Pasé la mano por la puerta, intentando localizar a tientas la cerradura. Una vez que la encontré, me decidí por una de las llaves al azar y me las arreglé para introducirla en el ojo de la cerradura. Entró hasta la mitad, pero se quedó atascada. Tendría que probar con otra, pero antes debía sacar la primera. Eso supuso más maniobras de lo previsto. En el último momento, justo cuando estaba saliendo la última muesca del agujero, la llave dio una pequeña sacudida y el llavero se me escapó de la mano. Resonó al caer en los escalones de madera, rebotó luego Dios sabe dónde y se perdió en la oscuridad. De esa manera, terminé el viaje igual que lo había empezado: arrastrándome a cuatro patas y blasfemando, buscando unas llaves invisibles.

No podían haber pasado más de unos segundos cuando se encendió una luz en el jardín. Alcé la vista, girando instintivamente la cabeza hacia la luz y, antes de que tuviera tiempo de asustarme, antes incluso de darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, vi que había un coche allí —un coche que no tenía por qué estar en mi casa— y que una mujer se estaba bajando de él. Abrió un enorme paraguas rojo, cerró de un portazo y se apagó la luz. ¿Quiere que le ayude?, preguntó. Me puse precipitadamente en pie, y en aquel momento se encendió otra luz. La mujer me apuntaba con una linterna a la cara.

¿Quién coño es usted?, inquirí.

Usted no me conoce, contestó ella, pero conoce a la persona que me ha enviado.

Eso no me dice nada. Dígame quién es usted, o llamo a la policía.

Me llamo Alma Grund. Llevo esperándolo aquí más de cinco horas, señor Zimmer, y necesito hablar con usted.

¿Y quién es esa persona que la envía?

Frieda Spelling. Hector no se encuentra muy bien. Ella quiere que usted lo sepa, y me ha encargado que le dijera que no queda mucho tiempo.

Encontramos las llaves con ayuda de su linterna y, cuando abrí la puerta y entré en casa, encendí las luces del cuarto de estar. Detrás de mí entró Alma Grund, una mujer menuda, de unos treinta y cinco o treinta y ocho años, vestida con una blusa de seda azul y sobrio pantalón gris. Pelo castaño ni corto ni largo, tacones altos, carmín en los labios y un amplio bolso de cuero colgado al hombro. Cuando di la luz, vi que tenía una marca de nacimiento en el lado izquierdo de la cara. Era una mancha púrpura del tamaño del puño de un hombre, lo bastante larga y ancha como para tener cierta semejanza con un país imaginario: un denso borrón que, empezando en el rabillo del ojo y siguiendo hasta la mandíbula, le cubría más de la mitad de la mejilla. Llevaba el pelo de tal modo que le tapaba la mitad del antojo, y mantenía la cabeza incómodamente inclinada para que no se le moviera el peinado. Era un gesto arraigado, supongo, un hábito adquirido a lo largo de toda una vida de inhibición, y le daba un aire ridículo y vulnerable, el aspecto de una chica tímida que prefería tener la vista fija en la alfombra en vez de mirarte a los ojos.

En cualquier otro momento, probablemente habría estado dispuesto a hablar con ella; pero aquella noche no.

Estaba fastidiado, muy molesto por todo lo que había pasado ya, y lo único que quería era quitarme la ropa húmeda, darme un baño caliente y meterme en la cama. Había cerrado la puerta justo después de dar la luz del cuarto de estar Ahora la volví a abrir y le pedí cortésmente que se marchara.

Deme sólo cinco minutos, pidió ella. Se lo explicaré todo.

No me gusta que la gente se presente en mi casa sin que la inviten, repuse yo, y no me gusta que nadie se me eche encima en plena noche. No querrá que la haga salir por la fuerza, ¿verdad?

Alzó entonces la cabeza para mirarme, sorprendida por mi vehemencia, asustada por el trasfondo de rabia que había en mi voz. Creí que quería ver a Hector, alegó ella, y al pronunciar esas palabras dio unos pasos hacia delante, apartándose de las inmediaciones de la puerta por si se me ocurría llevar a cabo mi amenaza. Cuando se volvió para mirarme de nuevo, sólo le vi el perfil derecho. Desde ese ángulo tenía un aspecto completamente diferente, y vi que tenía un rostro ovalado, de rasgos finos y piel muy suave. En una palabra, no carecía de atractivo; quizá fuese hasta bonita. Tenía los ojos azul oscuro, y había en ellos una inteligencia rápida y nerviosa que me recordaba un poco a Helen.

Ya no me interesa lo que Frieda Spelling tenga que decirme, repliqué. Me ha tenido esperando demasiado tiempo, y me ha costado mucho trabajo superarlo. Y ahora no voy a caer en lo mismo. Demasiadas esperanzas. Demasiada decepción. No tengo aguante para tanto. Por lo que a mí respecta, esta historia se ha acabado.

Antes de que pudiera contestarme, concluí mi pequeña arenga con unas agresivas palabras de despedida. Voy a darme un baño, anuncié. Cuando termine, espero que

se haya marchado de aquí. Y cierre la puerta al salir, por favor.

Le di la espalda y eché a andar hacia la escalera, resuelto a no hacerle caso y a lavarme las manos en todo aquel asunto. Cuando iba por la mitad de la escalera, oí que decía: Ha escrito usted un libro espléndido, señor Zimmer. Tiene derecho a conocer toda la historia. Y yo necesito su ayuda. Si no me escucha hasta el final, van a suceder cosas horribles. Sólo escúcheme cinco minutos. Eso es todo lo que le pido.

Estaba exponiendo sus argumentos de la manera más melodramática posible, pero yo no estaba dispuesto a dejarme ablandar. Cuando llegué al final de la escalera, me volví para dirigirme a ella desde la galería. No voy a concederle ni cinco segundos, le anuncié. Si quiere hablar conmigo, llámeme mañana. Mejor aún, escríbame una carta. Soy un poco torpe por teléfono. Y entonces, sin esperar su reacción, me metí en el baño y cerré la puerta con cerrojo.

Me quedé en la bañera quince o veinte minutos. Más los tres o cuatro que tardé en secarme, otros dos que empleé en examinarme la barbilla en el espejo, y luego otros seis o siete para ponerme ropa limpia, debí de estar en el piso de arriba una media hora. No tenía prisa alguna. Sabía que cuando volviera a bajar ella seguiría allí, y yo todavía estaba de un humor de perros, hirviendo de animosidad y violencia contenida. Alma Grund no me daba miedo, pero mi propia cólera me asustaba, y ya no tenía idea de lo que había en mi interior. Había tenido aquella explosión de ira en la fiesta de los Tellefson la primavera anterior, pero me había mantenido oculto desde entonces, perdiendo la costumbre de hablar con extraños. La única persona con la que sabía cómo comportarme era conmigo mismo; pero verdaderamente yo ya no era na-

die, no estaba realmente vivo. Sólo era alguien que fingía estar vivo, un muerto que pasaba el tiempo traduciendo el libro de un muerto.

Empezó con un torrente de excusas, la cabeza alzada hacia mí desde el piso de abajo cuando volví a aparecer en la galería, pidiéndome que la disculpara por sus malos modales y explicando lo mucho que sentía el haberse presentado en mi casa sin avisar. Ella no era de esas a las que les gusta merodear de noche por casa ajena, afirmó, y no había tenido intención de asustarme. Cuando llamó a mi puerta a las seis de la tarde, brillaba el sol. Supuso erróneamente que yo estaría en casa, y si acabó esperando todo ese tiempo en el jardín, fue sólo porque pensaba que volvería en cualquier momento.

Al bajar la escalera y dirigirme al cuarto de estar, vi que se había peinado y vuelto a pintar los labios. Ahora parecía más tranquila —menos desaliñada, más dueña de sí misma—, y mientras me acercaba a ella y la invitaba a sentarse, sentí que no era en absoluto tan frágil ni estaba tan intimidada como yo creía.

No voy a escucharla hasta que me conteste a unas preguntas, la previne. Si me doy por satisfecho con lo que usted me diga, le daré una posibilidad de hablar conmigo. En caso contrario, le diré que se marche y que no la quiero ver nunca más. ¿Está claro?

¿Quiere respuestas largas o breves?

Breves. Lo más posible.

Dígame por dónde empiezo, haré lo que pueda.

Lo primero que quiero saber es por qué Frieda Spelling no me ha vuelto a escribir.

Recibió su segunda carta, pero justo cuando se disponía a contestarle, sucedió algo y ya no pudo seguir adelante.

¿Durante todo un mes?

Hector se cayó por las escaleras. En una parte de la casa, Frieda acababa de sentarse frente a su escritorio con una pluma en la mano, y en la otra Hector se dirigía a la escalera. Es alucinante la proximidad de esos dos acontecimientos. Frieda escribió tres palabras —*Querido profesor Zimmer*—, y en ese mismo momento Hector tropezó y se cayó. Se rompió la pierna por dos sitios. Tuvo varias costillas fracturadas. Y un chichón tremendo cerca de la sien. Vino un helicóptero al rancho y se lo llevó a un hospital de Albuquerque. Mientras le operaban la pierna, tuvo un ataque al corazón. Lo trasladaron al servicio de cardiología y entonces, justo cuando parecía que se estaba recuperando, cogió una neumonía. Estuvo entre la vida y la muerte durante dos semanas. Hubo tres o cuatro momentos en que creímos que íbamos a perderlo. Sencillamente era imposible escribir, señor Zimmer. Ocurrían demasiadas cosas, y Frieda no podía pensar en nada más.

¿Sigue en el hospital?

Ayer lo llevaron a casa. Esta mañana cogí el primer avión, aterricé en Boston hacia las dos y media y alquilé un coche para venir hasta aquí. Es más rápido que escribir una carta, ¿no le parece? Un día en vez de tres o cuatro, y hasta cinco quizá. En cinco días, puede que Hector haya muerto.

¿Y por qué no me ha llamado por teléfono, simplemente?

No quise arriesgarme. Le habría sido muy fácil colgarme.

¿Y a usted qué más le da? Esa es mi siguiente pregunta. ¿Quién es usted, y por qué está metida en todo esto?

Los conozco de toda la vida. Son personas muy cercanas a mí.

No irá a decirme que es su hija, ¿verdad?

Soy hija de Charlie Grund. Quizá no recuerde ese

nombre, pero estoy segura de que lo ha oído alguna vez. Probablemente lo haya oído docenas de veces.

El cámara.

Exacto. Él filmó todas las películas de Hector en Kaleidoscope. Cuando Hector y Frieda decidieron volver a hacer cine, se marchó de California y se fue a vivir al rancho. Eso fue en 1940. Se casó con mi madre en 1946. Yo nací allí, y allí me crié. Es un sitio importante para mí, señor Zimmer. Todo lo que soy se lo debo a ese lugar.

¿Y nunca ha salido de allí?

A los quince años fui a un internado. Luego, a la universidad. Después he vivido en diversas ciudades. Nueva York, Londres, Los Angeles. He estado casada. Me divorcié, tuve varios trabajos. He hecho muchas cosas.

Pero ahora vive en el rancho.

Volví hace siete años. Mi madre murió y fui a casa al entierro. Después, decidí quedarme. Charlie murió dos años después, pero allí sigo.

¿Y a qué se dedica?

A escribir la biografía de Hector. Me ha costado seis años y medio, pero ya la tengo casi terminada.

Poco a poco, esto empieza a tener sentido.

Pues claro que tiene sentido. No habría recorrido tres mil quinientos kilómetros para ocultarle cosas, ¿no cree?

Esta es la siguiente pregunta. ¿Por qué yo? Entre todas las personas que hay en el mundo, ¿por qué me ha escogido a mí?

Porque necesito un testigo. En ese libro hablo de cosas que nadie más ha visto, y mis afirmaciones no tendrán credibilidad a menos que otra persona las avale.

Pero yo no tengo que ser necesariamente esa persona. Podría ser cualquiera. A su manera indirecta y cautelosa, acaba usted de decirme que esas últimas películas existen. Si están por descubrir otras obras de Hector, debería us-

ted ponerse en contacto con un estudioso del cine y proponerle que las viera. Le hace falta una autoridad que responda por usted, alguien que tenga una reputación en ese ámbito. Yo sólo soy un aficionado.

Puede que no sea un crítico profesional, pero es usted un experto en las comedias de Hector Mann. Ha escrito un libro extraordinario, señor Zimmer. Nadie va a escribir nunca nada mejor sobre esas películas. Es la obra definitiva.

Hasta aquel momento, me había prestado toda su atención. Paseando de un lado a otro frente a ella, sentada en el sofá, me había sentido como un fiscal que interroga a un testigo de la defensa. Yo jugaba con ventaja, y ella me miraba directamente a los ojos mientras contestaba mis preguntas. Ahora, de pronto, bajó la vista para consultar su reloj y empezó a removerse en el asiento. Noté que la atmósfera había cambiado.

Es tarde, declaró.

Interpreté mal su observación, en el sentido de que empezaba a cansarse. Y me pareció absurdo, un comentario completamente ridículo dadas las circunstancias. Esto lo ha empezado usted, le dije. No irá a dejarme ahora con un palmo de narices, ¿verdad? Sólo estamos entrando en materia.

Es la una y media. El avión sale de Boston a las siete y cuarto. Si nos marchamos dentro de una hora, probablemente lo alcanzaremos.

¿De qué está usted hablando?

No pensará que he venido a Vermont sólo para charlar un rato con usted, ¿verdad? Me lo llevo conmigo a Nuevo México. Creía que lo había entendido.

Tiene que estar de broma.

Es un viaje largo. Si tiene que hacerme más preguntas, se las contestaré con mucho gusto por el camino. Cuando lleguemos, sabrá usted tanto como yo. Se lo prometo.

Es usted demasiado inteligente para pensar que voy a hacer una cosa así. Ahora, no. En plena noche, no.

No tiene otro remedio. Veinticuatro horas después de la muerte de Hector, esas películas serán destruidas. Y puede que haya muerto ya. Podría haber fallecido hoy mismo, mientras yo venía hacia aquí. ¿Es que no lo entiende, señor Zimmer? Si no nos marchamos ya, a lo mejor llegamos tarde.

Se olvida de lo que le dije a Frieda en mi última carta. No viajo en avión. Va en contra de mi religión.

Sin decir palabra, Alma Grund abrió el bolso y sacó un sobrecito blanco. Llevaba un logotipo azul y verde, y debajo de la figura había unas líneas escritas. Desde donde yo estaba sólo podía leer una palabra, pero era la única que necesitaba para adivinar lo que había dentro del sobre. *Farmacia*.

No se me ha olvidado, repuso ella. He traído Xanax para facilitarle las cosas. Es eso lo que suele utilizar, ¿no?

¿Cómo lo sabe?

Ha escrito un libro magnífico, pero eso no significa que pudiéramos confiar en usted. He tenido que hurgar un poco por ahí e informarme acerca de usted. Hice ciertas llamadas, escribí algunas cartas, leí sus otros libros. Sé por lo que ha pasado usted, y lo siento mucho; lamento enormemente lo ocurrido a su mujer y sus hijos. Debe de haber sido terrible para usted.

No tiene ningún derecho. Es repugnante entrometerse así en la vida de una persona. ¿Tiene usted la cara de colarse en mi casa para pedirme ayuda y luego me sale con ésas? ¿Por qué iba a ayudarla? Me da usted ganas de vomitar.

Frieda y Hector no me habrían dejado invitarlo sin saber quién era usted. Tuve que hacerlo por ellos.

Eso no lo admito. No acepto ni una puta palabra de lo que acaba de decir.

Estamos en el mismo bando, señor Zimmer. No deberíamos gritarnos el uno al otro. Debemos trabajar juntos, como amigos.

Yo no soy su amigo. No soy nada suyo. Usted es un fantasma que ha surgido de la noche, y allí es donde quiero que vuelva ahora y me deje en paz.

No puedo hacer eso. Tengo que llevarlo conmigo, y debernos marcharnos ya. Por favor, no me obligue a amenazarlo. Es una forma muy absurda de resolver la cuestión.

No tenía la menor idea de lo que quería decir. Yo era veinte centímetros más alto que ella y por lo menos pesaba veinticinco kilos más —un hombre de respetable corpulencia a punto de perder los estribos, un desconocido que podía tener un estallido de violencia en cualquier momento—, y allí estaba ella hablándome de amenazas. Me quedé donde estaba, de pie tras la estufa de leña, observándola. Estábamos a tres o cuatro metros de distancia, y justo cuando se levantaba del sofá, un nuevo chaparrón se precipitó sobre el tejado, restallando en las tejas como una pedrea. Se sobresaltó ante el ruido, lanzando a su alrededor una mirada asustadiza y perpleja, y en aquel preciso momento supe lo que iba a pasar. No puedo explicar de dónde vino aquella certidumbre, pero cualquiera que fuese la premonición o percepción extrasensorial que me invadió al ver aquella expresión en sus ojos, supe que llevaba una pistola y que dentro de tres o cuatro segundos iba a meter la mano derecha en el bolso para sacarla.

Fue uno de los momentos más sublimes y excitantes de mi vida. Me encontraba medio paso por delante de la realidad, unos centímetros más allá de los confines de mi propio cuerpo, y cuando sucedió aquello, exactamente de la misma manera en que lo había previsto, sentí como si la piel se me hubiera vuelto transparente. Ya no ocupa-

ba espacio, me fundía en él. Lo que me rodeaba también estaba dentro de mí, y para ver el mundo sólo tenía que mirar en mi interior.

Ya empuñaba el arma. Era un pequeño revólver plateado con la culata de nácar, la mitad de grande que las pistolas de fulminantes con las que jugaba de niño. Cuando se volvió hacia mí levantó el brazo y, al final de aquel brazo, vi que le temblaba la mano.

No soy yo, dijo ella. Yo no hago cosas así. Pídame que la guarde y lo haré. Pero tenemos que irnos ya.

Era la primera vez que me apuntaban con una pistola, y me maravillé de lo cómodo que me sentía y con qué naturalidad aceptaba las posibilidades del momento. Un movimiento en falso, una palabra equívoca, y podía morir sin motivo alguno. Esa idea tendría que haberme aterrorizado. Debería haberme impulsado a salir corriendo, pero no sentí deseos de hacerlo, ninguna inclinación de interrumpir el flujo de los acontecimientos. Una inmensa y horripilante belleza se había abierto ante mí, y lo único que quería era contemplarla, seguir mirando a los ojos de aquella mujer con aquella extraña doble cara, en aquella habitación, escuchando la lluvia que batía sobre nuestras cabezas como diez mil tambores encargados de ahuyentar los demonios de la noche.

Vamos, dispare, le dije. Me haría un gran favor.

Las palabras salieron de mis labios antes de que supiera que iba a pronunciarlas. Me sonaron duras y terribles, de esas que sólo pronunciaría una persona desquiciada, pero una vez que las oí, me di cuenta de que no tenía intención de retirarlas. Me gustaban. Me agradaba su brusquedad y su franqueza, con su enfoque decisivo y pragmático del dilema al que me enfrentaba. Pese a todo el valor que me infundieron sigo ignorando, sin embargo, su verdadero significado. ¿Estaba pidiéndole realmente

que me matara, o buscando la manera de disuadirla y evitar que lo hiciera? ¿Quería realmente que apretase el gatillo, o intentaba forzarle la mano y confundirla para que soltara el revólver? En los últimos once años me he planteado muchas veces esas preguntas, pero nunca he sido capaz de dar con una respuesta concluyente. Lo único que sé es que no tenía miedo. Cuando Alma Grund sacó el revólver y me apuntó al pecho, llegué a sentir menos miedo que fascinación. Comprendí que las balas de aquella arma contenían una idea que nunca se me había ocurrido. El mundo estaba lleno de pequeñas cavidades, aberturas sin sentido, vacíos microscópicos que la mente podía cruzar, y una vez que se estaba al otro lado de esos huecos, uno se liberaba de sí mismo, se liberaba de la vida, se liberaba de la muerte, se liberaba de todo lo que le pertenecía. Por casualidad, yo me había encontrado con uno de ellos aquella noche en mi cuarto de estar. Apareció en forma de revólver, y ahora que yo estaba dentro de aquel revólver, me daba igual salir de él o no. Me sentía enteramente tranquilo y absolutamente enloquecido, totalmente preparado para aceptar lo que ofrecía el momento. Es rara una indiferencia de tal magnitud, y como sólo puede lograrla alguien que esté dispuesto a dejar de ser lo que es, exige respeto. Inspira un temor reverente en quienes la contemplan.

Me acuerdo de todo hasta ese momento, de todo hasta el instante en que pronuncié aquellas palabras y de algo más, pero después la secuencia se vuelve borrosa. Sé que grité, golpeándome el pecho y conminándola a apretar el gatillo, pero no puedo asegurar si lo hice antes o después de que se echara a llorar. Tampoco recuerdo nada de lo que me dijo. Eso quiere decir que no paré de hablar, aunque las palabras fluyeran de mis labios con tal rapidez que apenas sabía lo que estaba diciendo. Lo más impor-

tante es que ella tenía miedo. No contaba con que se cambiaran así las tornas, y cuando aparté la vista del revólver y volví a mirarla a los ojos, vi que no tenía valor para matarme. No era más que fingimiento y desesperación infantil, y en cuanto di un paso hacia ella, dejó caer el brazo. Un sonido enigmático se le escapó de la garganta —un aliento largo, contenido y ahogado, un ruido no identificable, a medias entre el quejido y el sollozo—, y mientras seguía atacándola con mis sarcasmos e insultos provocadores, gritando que se diera prisa y acabara de una vez, supe —con absoluta certeza, más allá de cualquier sombra de duda— que el revólver no estaba cargado. Una vez más, no pretendo saber de dónde venía aquella seguridad, pero en el instante en que vi que bajaba el brazo, comprendí que no iba a pasarme nada, y quise castigarla por eso, hacer que pagara por hacerse pasar por algo que no era.

Estoy hablando de unos segundos, toda una vida reducida a una cuestión de segundos. Di un paso, luego otro y, de pronto, me lancé sobre ella, retorciéndole el brazo y arrancándole el revólver de la mano. Ella ya no era el ángel de la muerte, pero yo conocía entonces el sabor de la muerte, y en la locura de los siguientes momentos hice lo que sin duda es la cosa más disparatada y absurda que haya hecho nunca. Sólo para demostrar algo. Únicamente para hacerle saber que era más fuerte que ella. Tras arrebatarle el revólver, retrocedí unos pasos y me apunté a la cabeza. Estaba descargado, desde luego, pero ella no sabía que yo lo sabía, y quería servirme de ese conocimiento para humillarla, para ofrecerle la imagen de un hombre que no tenía miedo a morir. Ella era quien había empezado todo, pero ahora iba a terminarlo yo. Para entonces ella estaba gritando, lo recuerdo, aún puedo oír sus gritos y súplicas para que no lo hiciera, pero ya nada iba a detenerme.

Esperaba oír un chasquido, seguido quizá de un breve eco de percusión en la recámara vacía. Puse el dedo en torno al gatillo, dirigí a Alma Grund lo que debió de ser una grotesca y nauseabunda sonrisa, y empecé a apretar. Ay, Dios mío, gritó. Ay, Dios mío, no lo haga. Apreté, pero el gatillo no se movió. Volví a intentarlo, y una vez más no pasó nada. Supuse que el gatillo se había atascado, pero cuando bajé el revólver para mirarlo bien, vi al fin cuál era el problema. Estaba puesto el seguro. El revólver estaba cargado y tenía el seguro puesto. Se había olvidado de quitarlo. De no haber sido por ese error, una de aquellas balas se habría alojado en mi cabeza.

Se sentó en el sofá y siguió llorando con la cara entre las manos. Yo no sabía cuánto tiempo iba a durar aquello, pero suponía que en cuanto se tranquilizase se pondría en pie y se marcharía. ¿Qué otra cosa podía hacer? Yo casi me había saltado la tapa de los sesos por su culpa, y ahora que había perdido nuestra desagradable pugna de voluntades, no me cabía en la cabeza que tuviera la cara dura de dirigirme siquiera la palabra.

Me guardé el revólver en el bolsillo. En cuanto dejé de tocarlo, sentí que la locura empezaba a abandonar mi cuerpo. Sólo quedaba el horror: una especie de secuela táctil, ardiente, el recuerdo de mi mano derecha apretando el gatillo, apoyando el rígido metal contra mi cráneo. Si ahora no había un agujero en ese cráneo, sólo se debía a que era un imbécil y a la vez un tipo afortunado, porque por primera vez en mi vida la suerte había triunfado sobre mi propia estupidez. Me había faltado un pelo para matarme. Una serie de accidentes me había robado la vida para luego devolvérmela, y en ese intervalo, en el

minúsculo vacío entre esos dos momentos, mi vida se había convertido en otra vida diferente.

Cuando Alma volvió a levantar al fin la cabeza, seguía teniendo las mejillas bañadas en lágrimas. Se le había corrido el maquillaje, dejándole un zigzag de líneas negras por el centro del antojo, y tenía un aspecto tan desastrado, estaba tan deshecha por la catástrofe que había desencadenado sobre sí misma, que casi sentí compasión de ella.

Ve a lavarte, le dije. Tienes un aspecto horroroso.

Me conmovió que no dijera nada. Era una mujer que creía en las palabras, que confiaba en su capacidad para salir de apuros mediante la palabra, pero cuando le di aquella orden, se levantó en silencio del sofá para hacer lo que acababa de decirle. Sólo el más tenue esbozo de sonrisa, un leve encogimiento de hombros. Cuando me dio la espalda para encaminarse al cuarto de baño, comprendí el alcance de su derrota, lo avergonzada que se sentía por lo que había hecho. Inexplicablemente, cuando la vi salir de la habitación algo se enterneció en mi interior. En cierto modo eso me hizo cambiar de actitud, y en aquel primer destello de simpatía y camaradería tomé de pronto una decisión, enteramente inesperada. En la medida en que tales cosas puedan determinarse, creo que aquella decisión constituyó el arranque de la historia que ahora estoy tratando de contar.

Mientras estaba en el baño, me dirigí a la cocina a buscar un sitio para ocultar el revólver. Tras abrir y cerrar los armarios de encima de la pila, y hurgar luego en diversos cajones y cajas de aluminio, me decidí a ponerlo en la nevera, dentro del congelador. Era mi primera experiencia con un arma, y no sabía si sería capaz de descargarla sin causar más problemas, por lo que la dejé en el congelador tal como estaba, con balas y todo, bien metida bajo una

bolsa de trozos de pollo y un paquete de raviolis. Sólo quería quitarla de la vista. Después de cerrar la puerta, sin embargo, me di cuenta de que no me corría prisa librarme de ella. No es que tuviera planes para utilizar de nuevo el revólver, pero me gustaba la idea de tenerlo cerca, y hasta que encontrara un sitio mejor para guardarlo, se quedaría en el congelador. Cada vez que abriera la puerta, recordaría lo que me había pasado aquella noche. Sería mi panteón particular, un monumento a mi roce con la muerte.

Ya llevaba mucho tiempo en el baño. Había dejado de llover y, en vez de quedarme esperando a que saliera, decidí arreglar el desorden de la camioneta y sacar la compra. Tardé algo menos de diez minutos. Cuando terminé de colocar las provisiones, Alma seguía en el cuarto de baño. Me acerqué a escuchar a la puerta, empezando a sentir ciertas punzadas de inquietud, preguntándome si no se habría metido allí para cometer alguna estúpida imprudencia. Cuando salí de casa, el agua del lavabo estaba corriendo. Al pasar frente al baño, los grifos estaban abiertos a tope, y entre el ruido del agua alcancé a oír sus sollozos. Ahora los grifos estaban cerrados y no se oía nada, lo que podía significar que su acceso de llanto había concluido y que se estaba cepillando el pelo y maquillándose tranquilamente. Y también que estuviera tendida en el suelo, fría y encogida, con veinte pastillas de Xanax en el estómago.

Llamé. Como no contestó, volví a llamar y pregunté si estaba bien. Ya salía, dijo, acabaría dentro de un momento, y entonces, tras una larga pausa, con una voz que parecía esforzarse por tomar aliento, me dijo que lo sentía, que lamentaba toda aquella espantosa escena. Preferiría morir antes que marcharse de mi casa sin que la hubiera perdonado, afirmó, me suplicaba que la perdonase, pero aun en el caso de que no pudiera hacerlo, se iba ya,

se marchaba de todas formas y no volvería a molestarme más.

Me quedé esperando frente a la puerta. Cuando salió, tenía esos ojos borrosos e hinchados que siguen a un prolongado ataque de llanto, pero sus cabellos estaban de nuevo peinados, y los polvos y el carmín lograban disimular el enrojecimiento del rostro. Tenía intención de pasar por mi lado sin detenerse, pero extendí el brazo y la detuve.

Son más de las dos de la mañana, le dije. Los dos estamos agotados y necesitamos dormir un poco. Puedes acostarte en mi cama. Yo dormiré abajo, en el sofá.

Se sentía tan avergonzada, que no tuvo valor para alzar la cabeza y mirarme de frente. No lo entiendo, declaró, dirigiendo sus palabras al suelo, y como yo no dije nada inmediatamente, lo repitió: No lo entiendo.

Nadie va a ningún sitio esta noche, repuse. Yo, no; y tú, tampoco. Mañana ya hablaremos, pero ahora nos quedamos aquí.

¿Qué significa eso?

Significa que Nuevo México está lejos. Mejor será que salgamos mañana, cuando hayamos descansado. Sé que tienes prisa; pero unas horas más o menos nos va a dar lo mismo.

Creí que querías que me marchase.

Así es. Pero he cambiado de idea.

Entonces levantó un poco la cabeza, y pude advertir lo absolutamente confusa que se sentía. No tienes que ser amable conmigo, advirtió. No es eso lo que te pido.

No te apures. Estoy pensando en mí mismo, no en ti. Mañana nos espera una dura jornada, y si no me meto en la cama ahora mismo, no podré tener los ojos abiertos. Y tengo que estar despierto para escuchar lo que vas a decirme, ¿no es verdad?

No estás diciendo que quieres venirte conmigo. No puedes decir eso. No es posible que me digas eso.

Me parece que mañana no tengo otra cosa que hacer. ¿Por qué no habría de ir?

No mientas. Si me mientes ahora creo que no podré resistirlo. Sería como arrancarme de cuajo el corazón.

Me llevó unos minutos convencerla de que realmente quería ir con ella. Mi cambio de actitud era demasiado radical para que lo comprendiera, y tuve que repetírselo varias veces antes de que consintiera en creerme. No le dije todo, desde luego. No me molesté en hablarle de vacíos microscópicos en el universo ni de los poderes redentores de la locura pasajera. Habría sido demasiado difícil, de manera que me limite a afirmarle que se trataba de una decisión personal y que no tenía nada que ver con ella. Los dos nos habíamos comportado mal, añadí, y yo era tan responsable por lo que había sucedido como ella. Ni reproche, ni perdón, nada de llevar un recuento de quién hizo esto o lo otro. O palabras parecidas, argumentos que acabaran demostrándole que yo tenía mis propias razones para conocer a Hector y que no iba para complacer a nadie sino en mi propio interés.

Siguieron unas arduas negociaciones. Alma no podía aceptar el ofrecimiento de mi cama. Ya me había causado bastantes molestias, y además yo aún estaba bajo los efectos del accidente de carretera que había tenido antes. Necesitaba descansar, cosa que no conseguiría si me pasaba la noche dando vueltas y más vueltas en el sofá. Insistí en que estaría bien, pero ella no quería ni oír hablar de eso, y así estuvimos un rato, cada uno tratando de complacer al otro en una estúpida comedia de buenos modales menos de una hora después de arrancarle de la mano un revólver con el que estuve a punto de dispararme un balazo en la sien. Pero estaba demasiado agotado para oponer mucha

resistencia, y al final dejé que se saliera con la suya. Fui a buscar sábanas y una almohada, las puse en el sofá, y luego le enseñé dónde podía apagar la luz. Eso fue todo. Dijo que no le importaba hacerse la cama, y después de darme las gracias por séptima vez en los últimos tres minutos, subí a mi habitación.

No cabía duda de que estaba cansado, pero una vez que me metí bajo las sábanas, me resultó difícil conciliar el sueño. Tumbado de espaldas, me quedé mirando las sombras del techo, y cuando eso dejó de parecer interesante, me puse de lado y escuché los tenues ruidos que hacía Alma al moverse en el piso de abajo. Alma, la forma femenina de *almus*, que significa nutricio, feraz. Finalmente, la luz desapareció por debajo de mi puerta, y oí chirriar los muelles del sofá cuando ella se acomodó para pasar la noche. Después debí de quedarme dormido un rato, pues no recuerdo que pasara nada hasta que abrí los ojos a las tres y media. Vi la hora en el reloj eléctrico de la mesilla, y como estaba grogui, flotando en un estado de duermevela, sólo vagamente comprendí que había abierto los ojos porque Alma estaba metiéndose en la cama a mi lado y estaba apoyando la cabeza en mi hombro. Me siento sola ahí abajo, explicó, no puedo dormir. Eso me pareció muy natural. Yo sabía perfectamente lo que era no poder dormir, y antes de que estuviera lo bastante despierto para preguntarle lo que estaba haciendo en mi cama, la rodeé con los brazos y la besé en la boca.

Salimos al día siguiente poco antes de mediodía. Alma quería conducir, así que yo fui en el asiento del pasajero y me ocupé de las tareas de navegación, diciéndole por dónde torcer y qué autopistas coger mientras ella conducía su Dodge azul alquilado en dirección a Boston. Aún

se veían vestigios de la tormenta —ramas caídas, hojas húmedas pegadas al techo de los coches, el mástil de una bandera tirado en el jardín de una casa—, pero el cielo volvía a estar claro y tuvimos sol durante todo el camino al aeropuerto.

Ninguno de nosotros dijo nada de lo que había pasado la noche anterior en mi habitación. Eso iba en el coche con nosotros como un secreto, como algo que pertenecía a un ámbito de cuartos estrechos y pensamientos nocturnos y no debía sacarse a la luz del día. Mencionándolo se corría el riesgo de destruirlo, y por tanto apenas fuimos más allá de una mirada furtiva de cuando en cuando, una sonrisa fugaz, una mano cautelosamente puesta en la rodilla del otro. ¿Cómo podía saber lo que pensaba Alma? Me alegraba de que se hubiera metido en mi cama, y me alegraba de aquellas horas que pasarnos juntos en la oscuridad. Pero se trataba de una sola noche, y no tenía la menor idea de lo que nos iba a pasar después.

La última vez que había ido al Aeropuerto Logan fue con Helen, Todd y Marco. La última mañana de su vida la pasaron en las mismas carreteras que Alma y yo recorríamos ahora. Curva a curva, habían hecho el mismo viaje; kilómetro a kilómetro, habían cubierto el mismo trayecto. La carretera 30 hasta la interestatal 91, de la 91 a la autopista de Massachusetts, de allí a la 93, de la 93 al túnel. En cierto modo agradecía aquella grotesca reconstrucción. Daba la impresión de que era una especie de castigo astutamente ideado, como si los dioses hubieran decidido que no se me permitiría tener futuro hasta que hubiera vuelto al pasado. La justicia dictaba, por tanto, que pasara mi primera mañana con Alma del mismo modo que había pasado mi última mañana con Helen. Debía subir a un coche para ir al aeropuerto, y tenía que

superar en quince y treinta kilómetros por hora el límite de velocidad para no perder el avión.

Los niños se habían ido peleando en el asiento de atrás, me acuerdo bien, y en un momento dado Todd se había armado de valor para asestar a su hermano pequeño un puñetazo en el brazo. Helen se volvió en el asiento para recordarle que no estaba bien tomarla con un niño de cuatro años, y nuestro primogénito, enfurruñado, se quejó de que era Marco quien había empezado y que, por tanto, sólo había recibido lo que se merecía. Si te dan un puñetazo, arguyó, tienes derecho a devolver el golpe. A lo cual respondí, haciendo lo que sería la última declaración paterna de mi vida, que nadie tenía derecho de pegar a alguien que fuese más pequeño que él. Pero Marco siempre será más pequeño que yo, protestó Todd. Lo que significa que nunca podré pegarle. Bueno, repuse yo, impresionado por la lógica de su argumentación, a veces la vida no es justa. Era una verdadera imbecilidad y recuerdo que Helen soltó una carcajada cuando me oyó decir aquel espantoso tópico. Era su forma de decirme que de las cuatro personas que iban en el coche aquella mañana, Todd era el que tenía más cerebro. Yo estaba de acuerdo, por supuesto. Ellos eran más inteligentes que yo, y no me cabía la menor duda de que no les llegaba a la suela del zapato.

Alma conducía bien. Mientras observaba como zigzagueaba entre el carril de la izquierda y el del centro, adelantando a todo vehículo que se le ponía por delante, le dije que estaba muy guapa.

Es porque me ves el perfil bueno, repuso ella. Si estuvieras sentado aquí, probablemente no dirías eso.

¿Por eso es por lo que querías conducir?

El coche está alquilado a mi nombre. Soy la única que puede conducirlo.

Y la vanidad no tiene nada que ver con eso.

Esto llevará tiempo, David. No tiene sentido pasarse cuando no hay necesidad.

No me molesta, ¿sabes? Ya me estoy acostumbrando.

No puede ser. En todo caso, todavía no. No me has mirado lo suficiente para saber lo que sientes.

Dijiste que has estado casada. Según parece, eso no ha impedido que los hombres te encontraran atractiva.

Me gustan los hombres. Al cabo de un tiempo, llego a gustarles. Puede que no haya tenido tantas aventuras como algunas chicas, pero no me han faltado experiencias. Pasa el tiempo suficiente conmigo, y ni lo verás siquiera.

Pero me gusta verlo. Te hace diferente, no te pareces a nadie. Eres la única persona que he conocido en la vida que sólo se parece a sí misma.

Eso es lo que decía mi padre. Aseguraba que era un don especial de Dios, y que me hacía más bonita que todas las demás chicas.

¿Le creías?

A veces. Otras veces me sentía maldita. Al fin y al cabo, es algo feo, y convierte a una niña en víctima fácil. No dejaba de pensar que algún día podría quitármelo, que algún médico me operaría y me dejaría con un aspecto normal. Siempre que soñaba conmigo por la noche, los dos lados de mi cara eran iguales. Lisos y suaves, perfectamente simétricos. Y fue así hasta los catorce años, más o menos.

Aprendías a vivir con ello.

Puede, no sé. Pero por entonces me ocurrió algo, y empecé a pensar de otra manera. Para mí fue una gran experiencia, un momento crucial en mi vida.

Un chico se enamoró de ti.

No, me regalaron un libro. Para las navidades de aquel año, mi madre me compró una antología de relatos de es-

critores norteamericanos. *Cuentos clásicos americanos*, un enorme volumen encuadernado en tela verde, y en la página cuarenta y seis había un relato de Nathaniel Hawthorne, *El antojo*. ¿Lo conoces?

Vagamente. Creo que no lo he leído desde el instituto.

Yo lo leí todos los días durante seis meses. Hawthorne lo escribió para mí. Era mi historia.

Un científico y su joven esposa. Ésa es la situación, ¿verdad? Intenta quitarle un antojo de la cara.

Un antojo escarlata. Del lado izquierdo de la cara.

No es extraño que te gustara.

Eso es decir poco. Me obsesionó. Ese relato me devoraba viva.

El antojo tiene la forma de una mano, ¿no es así? Ahora empiezo a acordarme. Hawthorne dice que parece la huella de una mano apretada contra su mejilla.

Pero pequeña. Es del tamaño de la mano de un pigmeo, la mano de una criatura.

La mujer sólo tiene ese pequeño defecto y, aparte de eso, su cara es perfecta. Es famosa por su extraordinaria belleza.

Georgiana. Hasta que se casa con Aylmer ni siquiera piensa que sea un defecto. Es él quien le enseña a odiarlo, quien la vuelve contra sí misma y le suscita el deseo de quitárselo. Para él, no es sólo un defecto, no es únicamente algo que destruye su belleza física. Es la señal de una corrupción oculta, una mancha en el alma de Georgiana, la marca del pecado, de la muerte y de la putrefacción.

El sello de nuestra condición mortal.

O simplemente de lo que consideramos humano. Eso es lo que hace tan trágico el relato. Aylmer va a su laboratorio y se pone a hacer experimentos con elixires y pócimas, intentando descubrir una fórmula para borrar la pavorosa mancha, y a la ingenua Georgiana todo le parece

bien. Por eso es tan tremendo. Ella desea que su marido la quiera. Eso es lo único que le importa, y si la supresión del antojo es el precio que tiene que pagar por su amor, está dispuesta a arriesgar la vida por ello.

Y él acaba asesinándola.

Pero no antes de que desaparezca el antojo. Eso es muy importante. En el último segundo, justo cuando está a punto de morir, la marca de la mejilla empieza a desvanecerse. Se está borrando, desaparece del todo, y sólo entonces, en ese preciso momento, es cuando muere la pobre Georgiana,

La marca de nacimiento es ella misma. Si desaparece, ella también desaparece.

No tienes idea del efecto que me produjo ese relato. Seguí leyéndolo, continué pensando en ello, y poco a poco empecé a verme tal como era. Los otros llevaban su humanidad dentro de ellos mismos, pero yo llevaba la mía en la cara. Ésa era la diferencia entre todos los demás y yo misma. A mí no se me permitía ocultar quién era. Cada vez que la gente se fijaba en mí, su mirada llegaba al fondo de mi alma. No era fea —eso lo sabía—, pero también era consciente de que siempre me definirían por la mancha púrpura que tenía en la cara. No servía de nada tratar de quitármela. Era el núcleo central de mi vida, y desear que desapareciera habría sido como pedir que me mataran. Nunca tendría una vida feliz, normal y corriente, pero después de leer aquel cuento me di cuenta de que tenía algo casi igual de bueno. Sabía lo que pensaban los demás. Lo único que debía hacer era mirarlos, observar su reacción cuando se fijaban en el lado izquierdo de mi cara, y sabía si podía tener confianza en ellos. La marca de nacimiento era la prueba de su humanidad. Medía el valor de su alma, y si me concentraba en ello, podía ver en su interior y saber quiénes eran. Desde los dieciséis o die-

cisiete años, era tan precisa en mis apreciaciones como un diapasón dando el tono. Lo que no quiere decir que no me haya equivocado con la gente, pero la mayor parte de las veces daba en el clavo. Sencillamente, no podía dejar de hacerlo.

Como anoche.

No; como anoche, no. Eso no fue un error.

Casi nos matamos el uno al otro.

Así tenía que ser. Cuando no hay tiempo, todo se acelera. No podíamos permitirnos el lujo de presentaciones formales, apretones de mano, conversaciones discretas con una copa en la mano. Debía haber violencia, como cuando chocan dos planetas en los confines del espacio.

No irás a decirme que no estabas asustada.

Estaba muerta de miedo. Pero no me he metido a ciegas en esto, ¿sabes? Tenía que estar preparada para cualquier cosa.

Te dijeron que estaba loco, ¿verdad?

Nadie empleó nunca esa palabra. La expresión más fuerte que utilizaron fue depresión nerviosa.

¿Y tu diapasón qué te dijo cuando llegaste aquí?

Ya conoces la respuesta a eso.

Tenías un miedo cerval, ¿eh? Te di un susto de muerte.

No sólo eso. Tenía miedo, pero al mismo tiempo estaba entusiasmada, casi temblando de felicidad. Mientras te miraba, hubo unos momentos en que era casi como si me mirase a mí misma. Eso nunca me había pasado antes.

Te gustó.

Me encantó. Estaba tan en las nubes, que creí que iba a derrumbarme en cualquier momento.

Y ahora confías en mí.

Tú no vas a fallarme. Y yo no voy a fallarte a ti. Eso lo sabemos los dos.

¿Qué más sabernos?

Nada. Por eso vamos juntos ahora en este coche. Porque somos iguales, y porque aparte de eso no sabemos nada más.

Nos sobraron veinte minutos para coger el vuelo de las cuatro a Albuquerque. Idealmente, tenía que haberme tomado el Xanax cuando pasamos por Holyoke o Springfield, por Worcester como muy tarde, pero estaba demasiado absorto hablando con Alma para interrumpir la conversación, y nunca veía el momento de hacerlo. Cuando pasamos frente a las señales que indicaban la salida 495, me di cuenta de que no tenía sentido molestarme en tomármelo. Alma llevaba las pastillas en el bolso, pero no había leído las indicaciones del prospecto. No sabía que para que hicieran efecto había que tomarlas con una o dos horas de antelación.

Al principio me alegré de no haber cedido. Todo lisiado tiembla ante la idea de dejar la muleta, pero si aguantaba el vuelo sin deshacerme en lágrimas ni en desvaríos frenéticos, al final quizá sería mejor así. Esa idea me animó durante otros veinte o treinta minutos. Luego, cuando nos acercábamos al extrarradio de Boston, comprendí que ya no se podía hacer nada. Llevábamos más de tres horas de viaje, y aún no habíamos hablado de Hector. Había supuesto que lo haríamos en el coche, pero acabamos charlando de otras cosas; cosas de las que sin duda había que hablar primero, que no eran menos importantes de las que nos esperaban en Nuevo México, y antes de que me diera cuenta, casi habíamos concluido la primera etapa del viaje. Ahora no podía hacerle una jugada y quedarme dormido. Tenía que permanecer despierto y escuchar la historia que había prometido contarme.

Nos sentamos en la zona de la puerta de embarque. Alma me preguntó si quería tomarme una pastilla, y entonces fue cuando le dije que no iba a tomar Xanax. Sólo tienes que cogerme de la mano, le dije, y no pasará nada. Me siento bien.

Me cogió la mano, y estuvimos un tiempo besuqueándonos delante de los demás pasajeros. Era un puro abandono adolescente —no de mi propia adolescencia, quizá, sino de la que siempre había deseado—, y besar a una mujer en público era una experiencia tan nueva que no tuve tiempo de pensar demasiado en el tormento que me aguardaba. Cuando embarcamos, Alma me iba frotando la mejilla para quitarme las manchas de carmín, y apenas me di cuenta de que cruzábamos el umbral y entrábamos en el avión. Recorrer el pasillo central no me supuso problema alguno, ni tampoco sentarme en mi asiento. Ni siquiera me inquieté a la hora de abrocharme el cinturón de seguridad, y menos aún cuando los motores rugieron a toda marcha y sentí en la piel la vibración del aparato, íbamos en primera clase. La carta decía que nos servirían pollo para comer. Alma, sentada junto a la ventanilla, a mi izquierda —y por tanto otra vez con el perfil derecho hacia mí—, puso mi mano en la suya, se la llevó a los labios y la besó.

Mi único error fue cerrar los ojos. Cuando el avión salió de la terminal en marcha atrás y empezó a rodar por la pista, me negué a ver cómo despegábamos. Aquél era el momento más peligroso, pensé, y si era capaz de sobrevivir a la transición entre la tierra y el aire, olvidarme sencillamente del hecho de que habíamos perdido el contacto con el suelo, me figuraba que tendría alguna posibilidad de salir con bien de todo lo demás. Pero me equivoqué al querer cerrar el paso a los sentidos, fue un error aislarme de aquel hecho que se estaba produciendo en la realidad

del instante. Experimentarlo habría sido doloroso, pero mucho peor fue distanciarme de ese dolor y ocultarme en el caparazón de mis pensamientos. El mundo del presente había desaparecido. No había nada que ver, nada que me distrajera, que me impidiera sucumbir a mis miedos, y cuanto más tiempo pasaba con los ojos cerrados, más horriblemente veía lo que mis miedos deseaban que viese. Siempre había lamentado no haber muerto con Helen y los chicos, pero nunca había llegado a imaginar plenamente lo que habían sido los últimos momentos de sus vidas, antes de que el avión se estrellara. Ahora, con los ojos cerrados, oí gritar a los niños, y vi cómo Helen los abrazaba, diciéndoles que los quería, murmurando entre los gritos de las otras ciento cuarenta y ocho personas que iban a morir que siempre los querría, y cuando la vi allí con los niños en los brazos, perdí el control y me eché a llorar. Exactamente como me había imaginado, me vine abajo y rompí a llorar.

Me llevé las manos a la cara, y durante un tiempo interminable seguí sollozando entre las manos saladas y pegajosas, incapaz de levantar la cabeza, de abrir los ojos y parar. Finalmente, sentí la mano de Alma en la nuca. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero en un momento dado empecé a sentirla, y al cabo de poco me di cuenta de que con la otra mano me estaba acariciando el brazo, de arriba abajo, con mucha suavidad, con el movimiento suave y rítmico de una madre que consuela a un niño abatido. Por extraño que parezca, en el momento en que tomé conciencia de esa idea, en que fui consciente de haber pensado en una madre y un niño, sentí que me había introducido en el cuerpo de Todd, mi propio hijo, y que era Helen quien me consolaba y no Alma. Aquella sensación sólo duró unos segundos, pero fue sumamente intensa, no tanto un producto de la imaginación como una

realidad, una verdadera metamorfosis que me transformó en otro, y en el momento en que empezó a disiparse, lo peor de lo que me había ocurrido pasó de pronto.

5

Media hora después, Alma empezó a hablar. Estábamos a once mil metros de altura, sobrevolando alguna región desconocida de Pensilvania u Ohio, y siguió hablando sin parar hasta Albuquerque. Hubo una breve pausa cuando aterrizamos, y luego la historia prosiguió después de que subiéramos a su coche para emprender las dos horas y media de viaje que nos separaba de Tierra del Sueño. Atravesamos el desierto por una serie de carreteras generales mientras la tarde daba paso al crepúsculo y luego al anochecer. Según recuerdo, no concluyó su relato hasta que llegamos a la verja del rancho; e incluso entonces no había acabado del todo. Estuvo hablando durante casi siete horas, pero no había habido tiempo para contarlo todo.

Al principio no hacía más que saltar de una cosa a otra, yendo y viniendo entre el pasado y el presente, y tardé un tiempo en orientarme y establecer la cronología de los acontecimientos. Todo estaba en su libro, afirmó, todos los nombres y las fechas, todos los hechos esenciales, y no había necesidad de volver sobre los detalles de la vida de Hector antes de su desaparición; no en aquella tarde del avión, en todo caso, no cuando tenía la oportunidad

de leer el libro por mí mismo en los días y semanas siguientes. Lo importante era lo que había marcado el destino de Hector como hombre oculto, los años que había pasado en el desierto escribiendo y dirigiendo películas que nunca se habían mostrado al público. Esas películas eran el motivo de que yo estuviese ahora viajando con ella a Nuevo México, y por interesante que quizá hubiera sido saber que el nombre de pila de Hector era Chaim Mandelbaum —y que había nacido en un vapor holandés en pleno Atlántico—, no constituía un dato de verdadera importancia. Daba lo mismo que su madre muriese cuando él tenía doce años y que a su padre, ebanista desinteresado de la política, casi lo matara de una paliza una turba antibolchevique y antisemita en la Semana Trágica de Buenos Aires de 1919. Eso produjo la marcha de Hector a Estados Unidos, pero su padre ya llevaba algún tiempo instándole a que emigrara, y la crisis de Argentina simplemente aceleró la decisión. No tenía sentido enumerar las dos docenas de empleos que tuvo tras llegar a Nueva York, y aún menos hablar de lo que le ocurrió cuando llegó a Hollywood en 1925. Yo sabía bastante sobre sus primeros trabajos de figurante, constructor de decorados y a veces interprete de pequeños papeles en montones de películas perdidas y olvidadas para que volviéramos a detenernos en ello. Su experiencia en la industria cinematográfica había terminado amargándole, afirmó Alma, pero aún no estaba dispuesto a renunciar, y hasta la noche del catorce de enero de 1929, lo último que se le podría haber pasado por la cabeza era que alguna vez tendría que marcharse de California.

Un año antes de su desaparición, Brigid O'Fallon le hizo una entrevista para *Photoplay*. La periodista llegó a casa de Hector en North Orange Drive un domingo a las tres de la tarde, y a las cinco estaban los dos tirados por el

suelo, rodando sobre la alfombra y buscándose mutuamente los pliegues y recovecos del cuerpo. Hector tenía tendencia a comportarse así con las mujeres, aseguró Alma, y aquélla no era la primera vez que ponía sus dotes de seducción al servicio de una rápida y decisiva conquista. O'Fallon, una brillante católica de Spokane recién licenciada en Smith, emigrada al Oeste para hacer carrera en el periodismo, sólo tenía veintitrés años. Daba la casualidad de que Alma también se había licenciado en Smith, y gracias a sus amistades de allí consiguió un ejemplar del anuario de 1926. La foto de O'Fallon no llamaba mucho la atención. Ojos un poco juntos, observó Alma, barbilla demasiado ancha y un pelo a lo paje que no le favorecía en nada. Pero tenía algo efervescente, una chispa de malicia o humor acechando en la mirada, un vivo impulso interior. En una fotografía de una representación de *La tempestad*, puesta en escena por el teatro universitario, aparecía O'Fallon caracterizada de Miranda con una leve túnica blanca y una sola flor blanca en el pelo, y Alma afirmó que estaba encantadora en aquella pose, pequeña y menuda, chispeante de vida y energía: la boca abierta, un brazo extendido hacia delante, declamando unos versos. Como periodista, O'Fallon escribía en el estilo de la época. Sus frases eran mordaces e incisivas, y poseía un don para salpicar sus artículos de ingeniosos apartes y sutiles juegos de palabras que contribuyeron a su rápido ascenso en las filas de la revista. El artículo sobre Hector era una excepción, mucho más serio y con mayor admiración hacia el sujeto de la entrevista que cualquier otro reportaje suyo que Alma hubiera leído. En cuanto al marcado acento extranjero, sin embargo, no era más que una leve exageración. O'Fallon cargó un poco las tintas para conseguir un efecto cómico, pero así era esencialmente como Hector hablaba en aquella época.

Su inglés fue mejorando con el tiempo, pero en las años veinte aún parecía que acababa de bajarse del barco. Por mucho que hubiera empezado en Hollywood con buen pie, la víspera de su llegada no era sino un extranjero más, perplejo, parado en el muelle, con todo lo que poseía en el mundo metido en una maleta de cartón.

En los meses siguientes a la entrevista, Hector siguió retozando con toda una serie de actrices jóvenes y guapas. Le gustaba que lo vieran en público junto a ellas, le encantaba irse a la cama con ellas, pero ninguna de aquellas aventuras duraba mucho. O'Fallon era más inteligente que las demás mujeres que conocía, y cuando Hector se cansaba de su último juguete, invariablemente llamaba a Brigid para decirle que quería volver a verla. Entre principios de febrero y últimos de junio, fue a su apartamento un promedio de una o dos veces por semana, y hacia la mitad de ese periodo, durante la mayor parte de abril y mayo, pasaba a su lado al menos una noche de cada tres. No cabía duda de que se había encariñado con ella. A medida que pasaban los meses, se fue creando entre ellos una confortable intimidad, pero mientras Brigid, menos experimentada, tomaba aquello como una muestra de amor eterno, Hector nunca se engañó a sí mismo pensando que eran algo más que buenos amigos. La veía como su compañera, como su pareja sexual, como su aliada fiel, pero eso no suponía que tuviese intención de proponerle matrimonio.

Ella era periodista, y debía saber lo que hacía Hector las noches que no dormía en su cama. No tenía más que abrir los periódicos de la mañana para seguir sus hazañas, para que le saltaran a la vista las insinuaciones sobre sus últimos escarceos y enamoramientos. Aunque la mayoría de las historias que leía acerca de él eran falsas, había pruebas más que suficientes para suscitar sus celos. Pero

Brigid no era celosa; o al menos no lo demostraba. Cada vez que Hector la llamaba, lo recibía con los brazos abiertos. Ella nunca mencionaba a las otras mujeres, y como no lo acusaba ni le hacía reproche alguno ni le pedía que cambiara de vida, el cariño que Hector sentía por ella no hacía sino aumentar. Ése era el plan de Brigid. Le había entregado su corazón, y antes que obligarlo a tomar una decisión prematura sobre su vida en común, decidió ser paciente. Tarde o temprano, Hector dejaría de andar saliendo por ahí. Algún día perdería el interés por correr frenéticamente detrás de las faldas. Se aburriría, se olvidaría de todo aquello, vería la luz. Y entonces ella estaría allí, para él.

Eso tramaba la lúcida e ingeniosa Brigid O'Fallon, y durante una temporada pareció que acabaría atrapando a su hombre. Envuelto en sus diversas disputas con Hunt, luchando contra la fatiga y la tensión de tener que realizar una nueva película cada mes, Hector se sentía cada vez menos inclinado a desperdiciar la noche en clubs de jazz y bares clandestinos, a malgastar sus fuerzas en seducciones inútiles. El apartamento de O'Fallon se convirtió en un refugio para él, y las apacibles noches que allí pasaban juntos le ayudaban a mantener en equilibrio la cabeza y la entrepierna. Brigid poseía un agudo sentido crítico, y como entendía más que él sobre la industria cinematográfica, Hector respetaba mucho sus opiniones. Fue ella, en realidad, quien sugirió la prueba para que Dolores Saint John hiciera el papel de hija del sheriff en *El utilero*, su siguiente comedia. Brigid llevaba unos meses estudiando la carrera de Saint John, y en su opinión aquella actriz de veintiún años tenía posibilidades de convertirse en algo grande, otra Mabel Normand o Gloria Swanson, otra Norma Talmadge.

Hector siguió su consejo. Cuando Saint John entró en

su despacho tres días después, ya había visto un par de películas suyas y estaba decidido a ofrecerle el papel. Brigid tenía razón en cuanto a las dotes interpretativas de Saint John, pero nada de lo que ella había dicho ni de lo que él había visto en el trabajo de la actriz le había preparado para el irresistible efecto que le causó su presencia. Una cosa era ver la actuación de alguien en una película muda, y otra muy distinta estrechar la mano de esa persona y mirarla a los ojos. Otras actrices quizá resultaban más impresionantes en el celuloide, pero en la vida real de sonido y color, en el mundo de carne y hueso, de tres dimensiones, de cinco sentidos, cuatro elementos y dos sexos nunca había conocido a una criatura como aquélla. No era que Saint John fuese más bella que otras mujeres, ni tampoco que dijera nada excepcional en los veinticinco minutos que estuvieron juntos aquella tarde. Para ser enteramente francos, parecía un poco sosa, de una inteligencia no superior a la media, pero tenía cierto aire salvaje, una energía animal que discurría bajo su piel e irradiaba de sus gestos, y a Hector le resultaba imposible dejar de mirarla. Los ojos que le devolvían la mirada eran del más pálido azul siberiano. Tenía la piel muy blanca, y sus cabellos pelirrojos tenían un matiz oscuro, tirando a caoba. A diferencia de la mayoría de las norteamericanas de junio de 1928, llevaba el pelo largo, en una melena que le caía hasta los hombros. Hablaron durante un rato sobre nada en particular. Luego, sin preámbulo alguno, Hector le dijo que el papel era suyo si lo quería, y ella aceptó. Nunca había trabajado en una comedia burlesca, le dijo, y aquel desafío le hacía mucha ilusión. Luego se levantó de la silla, le estrechó la mano y salió del despacho. Diez minutos después, con la cabeza aún llena de la ardiente imagen de su rostro, Hector decidió que Dolores Saint John era la mujer con la que iba a casarse. Era la mujer de su

vida, y si al final resultaba que no le quería, entonces no se casaría con nadie.

Desempeñó hábilmente su papel en *El utilero*, haciendo todo lo que Hector le indicaba e incluso contribuyendo con algunas florituras de su parte, pero cuando él trató de contratarla para su siguiente película, ella puso ciertos reparos. Le habían ofrecido el papel principal en una película de Allan Dwan, y la oportunidad era sencillamente demasiado grande para que pudiera rechazarla. Hector, que supuestamente tenía un toque mágico con las mujeres, no llegaba a parte alguna con ella. No encontraba palabras para decir lo que sentía en inglés, y siempre que estaba a punto de declararle sus intenciones, se volvía atrás en el último momento. Temía asustarla si se expresaba mal, destruyendo sus posibilidades para siempre. Mientras, seguía pasando varias noches a la semana en el apartamento de Brigid, y como nunca le había hecho promesas, como era libre de amar a quien le diera la gana, no le dijo nada acerca de Saint John. Cuando se acabó el rodaje de *El utilero* a finales de junio, Saint John fue a rodar exteriores en los montes Tehachapi. Trabajó cuatro semanas en la película de Dwan, y en ese tiempo Hector le escribió sesenta y siete cartas. Lo que había sido incapaz de decirle en persona, encontró al fin el valor de expresarlo por escrito. Se lo repitió una y otra vez, y aun cuando se lo decía de manera diferente cada vez que le escribía, el mensaje era siempre el mismo. Al principio, Saint John se quedó perpleja. Luego se sintió halagada. Después empezó a esperar las cartas con impaciencia, y al final comprendió que no podía vivir sin ellas. Cuando volvió a Los Angeles a principios de agosto, le dijo a Hector que la respuesta era sí. Sí, le quería. Sí, se convertiría en su mujer.

No fijaron fecha para la boda, pero hablaron de enero o febrero: tiempo suficiente para que Hector cumpliera el

contrato con Hunt y pensara en lo que haría después. Había llegado el momento de hablar con Brigid, pero siempre terminaba aplazándolo, nunca llegaba a decidirse del todo. Se quedaba trabajando hasta muy tarde con Blaustein y Murphy, le decía, estaba en la sala de montaje, iba a localizar exteriores, no se encontraba muy bien. Entre principios de agosto y mediados de octubre, inventó docenas de excusas para no verla, pero seguía sin decidirse a romper del todo con ella. Incluso en lo más álgido de su encaprichamiento con Saint John, siguió visitando a Brigid una o dos veces por semana, y cuando cruzaba el umbral del apartamento, volvía a sumirse en los cómodos hábitos de siempre. Bien podría acusársele de cobardía, desde luego, pero también podía afirmarse con la misma facilidad que era una persona que se encontraba en un conflicto. Quizá se estaba pensando mejor lo de casarse con Saint John. A lo mejor no estaba dispuesto a renunciar a O'Fallon. Tal vez se sentía desgarrado entre las dos mujeres y creía necesitar a ambas. El sentimiento de culpa puede hacer que alguien obre en contra de sus intereses, pero el deseo también puede conducir a lo mismo, y cuando la culpa y el deseo se mezclan a partes iguales en el corazón de un hombre, puede que ese hombre empiece a comportarse de manera extraña.

O'Fallon no sospechaba nada. En septiembre, cuando Hector contrató a Saint John para que desempeñara el papel de su mujer en *Don Nadie*, le felicitó por la inteligencia de su elección. Incluso cuando se filtraron rumores desde el estudio sobre la especial *intimidad* que existía entre Hector y su protagonista femenina, Brigid no se alarmó de manera indebida. A Hector le gustaba coquetear. Siempre se encaprichaba de las actrices con quienes trabajaba, pero una vez que el rodaje terminaba y todo el mundo se iba a casa, se olvidaba rápidamente de ellas. En este

caso, sin embargo, las historias persistían. Hector ya había pasado a *Doble o nada*, su última película para Kaleidoscope, y Gordon Fly murmuraba en su columna que estaban a punto de sonar campanas de boda para cierta sirena de larga melena y su cómico y mostachudo galán. Estaban entonces a mediados de octubre, y O'Fallon, que hacía cinco o seis días que no veía a Hector, llamó a la sala de montaje y le pidió que fuese a su apartamento aquella misma noche. Nunca le había pedido nada por el estilo, de manera que él canceló sus planes de cenar con Dolores y, en cambio, fue a casa de Brigid. Y allí, enfrentado a la cuestión cuya respuesta había aplazado a lo largo de los dos últimos meses, acabó diciéndole la verdad.

Hector confiaba en algo decisivo, un estallido de furia femenina que le enviara trastabillando a la calle y terminara de una vez para siempre con la historia, pero cuando le confesó la noticia Brigid se limitó a mirarlo, respiró hondo y le dijo que era imposible que estuviese enamorado de Saint John. Era imposible porque la quería a ella. Sí, convino Hector, la quería y nunca dejaría de quererla, pero el caso era que iba a casarse con Saint John. Brigid rompió a llorar entonces, pero siguió sin acusarlo de traición, no mencionó sus propias virtudes ni gritó encolerizada por la horrible manera en que la había engañado. Se engañaba a sí mismo, además, y cuando comprendiera que nadie le querría jamás como ella, volvería otra vez. Dolores Saint John era un objeto, afirmó, no una persona. Era un objeto luminoso y embriagador, pero bajo la piel era grosera, superficial y estúpida, y no merecía ser su esposa. Hector habría debido replicar en aquel momento. La ocasión le exigía lanzar alguna observación hiriente y brutal que destruyera para siempre las esperanzas de Brigid, pero el dolor y la devoción de aquella mujer eran emociones demasiado intensas para él, y al verla hablar

con aquellas frases breves y entrecortadas, fue incapaz de hacer algo así. Tienes razón, contestó. Probablemente no durará más de un año o dos. Pero tengo que pasar por ello. Tiene que ser mía, y después todo se arreglará por sí solo.

Acabó pasando la noche en el apartamento de Brigid. No porque pensara que les serviría de algo, sino porque ella le rogó que se quedara por última vez, y fue incapaz de negárselo. A la mañana siguiente, él se marchó sigilosamente antes de que ella despertara y, desde aquel mismo momento, las cosas empezaron a cambiar para él. Concluyó su contrato con Hunt, empezó a trabajar con Blaustein en *Punto y raya*, tomaron forma sus planes de boda. Al cabo de dos meses y medio, seguía sin tener noticias de Brigid. Encontraba su silencio un tanto molesto, pero lo cierto era que estaba demasiado preocupado con Saint John como para pensar demasiado en el asunto. Si Brigid había desaparecido, sólo podía ser porque era una persona de palabra y demasiado orgullosa para interponerse en su camino. En el momento en que le declaró sus intenciones, ella se había alejado para dejarle que se hundiera o saliera a flote por sí solo. Si salía a flote, probablemente no volvería a verlo más. Si se hundía, quizá apareciese en el último momento para intentar sacarlo del agua.

Hector debió de sentir menos cargo de conciencia al pensar así de O'Fallon, tomándola por una especie de ser superior que no sentía dolor alguno cuando le clavaban puñales en el cuerpo, que no sangraba cuando la herían. Pero a falta de hechos comprobables, ¿por qué no acomodar la realidad con el deseo? Quería creer que le iban bien las cosas, que seguía valerosamente con su vida. Se dio cuenta de que sus artículos habían dejado de aparecer en *Photoplay*, pero eso probablemente quería decir que se había ido de la ciudad o tenía trabajo en otra parte, y de

momento se negó a investigar posibilidades más sombrías. No fue hasta que ella emergió de nuevo a la superficie (echándole una carta por debajo de la puerta en Nochevieja) cuando comprendió lo horriblemente que se había equivocado. En octubre, dos semanas después de que la abandonara, se había cortado las venas en la bañera. Si no hubiera sido porque el agua se filtró al apartamento de abajo, su casera no habría abierto la puerta, y no habrían encontrado a Brigid hasta que hubiera sido demasiado tarde. La llevaron en ambulancia al hospital. Se recuperó al cabo de dos días, pero mentalmente estaba deshecha, le escribía, lloraba a cada momento y manifestaba un comportamiento tan incoherente, que los médicos decidieron mantenerla en observación. Lo que condujo a una estancia de dos meses en un pabellón psiquiátrico. Estaba dispuesta a pasar allí el resto de su existencia, pero sólo porque ahora su único propósito en la vida era encontrar la forma de suicidarse, y daba igual el sitio donde la pusieran. Entonces, justo cuando se disponía a hacer un nuevo intento, ocurrió un milagro. O mejor dicho, descubrió que ya había ocurrido un milagro y que hacía dos meses que vivía bajo su influjo. Cuando los médicos le confirmaron que se trataba de un hecho real y no de un producto de su imaginación, ya no deseó morir. Había perdido la fe años atrás, continuaba. No se confesaba desde el instituto, pero cuando la enfermera llegó aquella mañana para darle los resultados del análisis, sintió como si Dios hubiese puesto su boca sobre la suya y le hubiera insuflado de nuevo la vida. Estaba embarazada. Había ocurrido en el otoño, la última noche que pasaron juntos, y ahora llevaba el hijo de Hector en las entrañas.

Cuando le dieron el alta del hospital, dejó el apartamento. Tenía ahorrado algo de dinero, pero no lo suficiente para seguir pagando el alquiler sin volver al trabajo;

y eso era imposible, porque ya había renunciado a su empleo en la revista. Encontró una habitación barata por ahí, proseguía la carta, un cuarto con una cama de hierro, un crucifijo de madera en la pared y una colonia de ratones viviendo bajo el entarimado, pero no iba a decirle ni el nombre del hotel ni tampoco el de la ciudad donde se encontraba. Sería inútil que saliera a buscarla. Se había registrado con nombre falso, y trataría de pasar inadvertida hasta que su embarazo estuviera un poco más avanzado, cuando ya no fuera posible que él intentara convencerla para que abortase. Había tomado la decisión de que el niño viviese, y tanto si Hector estaba dispuesto a casarse con ella como si no, estaba resuelta a ser la madre de aquella criatura. Su carta concluía: *El destino nos ha reunido, querido mío, y adondequiera que yo vaya, tú siempre estarás conmigo.*

Luego, más silencio. Pasaron otras dos semanas y Brigid cumplió su promesa de mantenerse oculta. Hector no mencionó a Saint John la carta de O'Fallon, pero sabía que sus posibilidades de casarse con ella ya eran mínimas. No podía pensar en su futura vida en común sin pensar también en Brigid, sin atormentarse con imágenes de su ex amante embarazada, encerrada en un hotel de mala muerte en algún barrio ruinoso, hundiéndose lentamente en la locura mientras su hijo iba creciendo en su seno. No quería renunciar a Saint John. No quería renunciar al sueño de acostarse con ella todas las noches y sentir aquel cuerpo suave y eléctrico contra su piel desnuda, pero un hombre ha de ser responsable de sus actos, y si aquel niño debía nacer, no podía sustraerse a su obligación. Hunt se suicidó el once de enero, pero Hector ya no pensaba en Hunt, y cuando oyó la noticia al día siguiente, no sintió nada. El pasado carecía de importancia. Sólo el futuro contaba para él, y el futuro se llenaba súbitamente de in-

terrogantes. Iba a tener que romper su compromiso con Dolores, pero era imposible hacerlo hasta que Brigid volviese a aparecer, y como no sabía dónde encontrarla, no podía hacer nada, no podía moverse del sitio donde el presente le había varado. A medida que pasaba el tiempo, empezó a sentirse como si le hubieran clavado los pies al suelo.

Al anochecer del catorce de enero, a las siete, terminó de trabajar con Blaustein. Saint John le esperaba a las ocho para cenar en su casa de Topanga Canyon. Hector tenía que haber llegado mucho antes, pero por el camino tuvo problemas con el coche y cuando finalmente cambió la rueda de su DeSoto azul, había perdido tres cuartos de hora. De no haber sido por el pinchazo, el acontecimiento que alteró el curso de su existencia nunca se habría producido, porque fue precisamente entonces, en el momento en que se agachaba en la oscuridad justo a la salida de La Cienega Boulevard para levantar con el gato la parte delantera del coche, cuando Brigid O'Fallon llamaba a la puerta de Dolores Saint John, y al terminar Hector su pequeña tarea y volver a sentarse frente al volante, Saint John disparó accidentalmente una bala del calibre treinta y dos en el ojo izquierdo de O'Fallon.

Eso es lo que dijo, en todo caso, y por la perpleja y horrorizada mirada con que lo recibió nada más pasar por la puerta, Hector no vio motivo alguno para dudar de su palabra. No sabía que la pistola estaba cargada, afirmó ella. Se la había dado su agente tres meses atrás, cuando se mudó a aquella casa aislada del valle. Debía servir para protegerla, y cuando Brigid empezó a decir toda clase de tonterías, despotricando sobre el niño de Hector, las muñecas cortadas, los barrotes en las ventanas del manicomio y la sangre de las heridas de Cristo, Dolores se asustó y le pidió que se marchara. Pero Brigid no se iba, y unos

momentos después acusó a Dolores de haberle robado a su hombre, amenazándola con absurdos ultimátums y llamándole demonio, furcia asquerosa y puta barata. Sólo seis meses antes, Brigid había sido una amable periodista de *Photoplay*, de encantadora sonrisa y agudo sentido del humor, pero ahora se había vuelto loca, era peligrosa, iba y venía dando tumbos por el salón, gritando a pleno pulmón, y Dolores ya no la soportaba un momento más. Entonces fue cuando se acordó del revólver. Estaba en el cajón central del escritorio de tapa corrediza, a menos de tres metros de donde ella se encontraba, de manera que dio unos pasos y abrió el cajón del medio. No había pretendido apretar el gatillo. Sólo pensaba que nada más ver el revólver Brigid se asustaría lo suficiente para marcharse. Pero cuando lo sacó del cajón y levantó el brazo, se le disparó en la mano. No hizo mucho ruido. Sólo un pequeño «pum», dijo Dolores, y entonces Brigid dejó escapar un extraño gruñido y cayó al suelo.

Dolores no quiso pasar con él al salón (Es demasiado horrible, dijo, no puedo mirarla), de modo que fue él solo. Brigid yacía boca abajo en la alfombra, frente al sofá. Su cuerpo no se había enfriado, y le seguía saliendo sangre de la nuca. Hector le dio la vuelta y cuando le miró la cara destrozada y vio el agujero en el sitio donde había tenido el ojo izquierdo, se le cortó la respiración. No podía mirarla y respirar al mismo tiempo. Para volver a tomar aliento, tuvo que apartar la vista, y, una vez hecho eso, le fue imposible mirarla otra vez. Ya no había nada en ella. Todo había desaparecido. Y el niño también, muerto y bien muerto en sus entrañas. Finalmente, se puso en pie y fue al pasillo, donde encontró una manta en un armario. Cuando volvió al salón, la miró por última vez, sintió que le faltaba de nuevo la respiración, abrió la manta y cubrió con ella el menudo y trágico cuerpo.

Su primer impulso fue llamar a la policía, pero Dolores tenía miedo. ¿Qué pensarían de su historia cuando le preguntaran por el revólver, dijo ella, cuando la obligaran a repasar por duodécima vez la inverosímil secuencia de acontecimientos y le hicieran explicar por qué una mujer de veinticuatro años, embarazada, yacía muerta en el salón? Aunque la creyeran, aun cuando estuvieran dispuestos a aceptar que el revólver se le había disparado accidentalmente, el escándalo sería su perdición. Acabaría con su carrera, y con la de Hector también, por añadidura, ¿y por qué había de sufrir por algo que no había sido culpa suya? Tenían que llamar a Reggie, dijo —refiriéndose a Reginald Dawes, su agente, el mismo cretino que le había dado el revólver—, y dejar que él se ocupase del asunto. Reggie era listo, se sabía todos los trucos. Si se lo contaban, seguro que encontraría un medio de salvarles el pellejo.

Pero Hector sabía que él ya no tenía salvación. Si hablaban, los esperaba el escándalo y la humillación pública; si no decían nada, sería aún peor. Podrían inculparlos de asesinato, y una vez que el asunto fuese a juicio, ni una sola persona en el mundo creería que la muerte de Brigid había sido un accidente. Había que elegir entre dos males. Era Hector quien decidía. Tenía que resolver por los dos, y no existía una opción buena y otra mala. Olvídate de Reggie, le dijo. Si Dawes se enteraba de lo que había hecho, ella le pertenecería. Se pasaría la vida arrastrándose a sus pies con las rodillas ensangrentadas. No podía haber nadie más. Era o coger el teléfono y llamar a la poli, o no hablar con nadie. Y si decidían esto último, entonces tendrían que ocuparse ellos mismos del cadáver.

Era consciente de que ardería en el infierno por decir aquello, y también de que nunca volvería a ver a Dolores, pero lo dijo de todos modos, y entonces se decidieron y lo

hicieron. Ya no era cuestión de lo que estaba bien y mal. Sino de evitar males mayores dadas las circunstancias, de no destruir otra vida para nada. Cogieron el Chrysler de Dolores y fueron a la montaña, a una hora al norte de Malibú, con el cuerpo de Brigid en el maletero. El cadáver seguía envuelto en la manta, que a su vez habían enrollado en una alfombra, y en el maletero llevaban también una pala. Hector la había encontrado en la cabaña del jardín, detrás de la casa de Dolores, y ésa fue la herramienta que utilizó para cavar la fosa. Al menos le debía eso, pensó. La había traicionado, después de todo, y lo extraordinario era que Dolores siguió teniendo confianza en él. Las historias de Brigid no habían surtido efecto en ella. Las había descartado, calificándolas de delirios, enloquecidas mentiras contadas por una mujer celosa y desquiciada, y aun cuando le hubiesen puesto la prueba justo debajo de su bonita nariz, se habría negado a aceptarlo. Quizá fuese vanidad, desde luego, una vanidad monstruosa que sólo veía del mundo lo que quería ver, pero también podía ser amor verdadero, un amor tan ciego que Hector apenas podía imaginar lo que estaba a punto de perder. Ni que decir tiene que jamás supo lo que era. Cuando volvieron de su escalofriante misión en la montaña, Hector regresó a su casa en su propio coche y no volvió a verla más.

Entonces fue cuando desapareció. Salvo por la ropa con que iba vestido y el dinero que llevaba en la cartera, lo dejó todo y a la mañana siguiente, a las diez, subió a un tren en dirección norte con destino a Seattle. Estaba completamente convencido de que lo atraparían. Una vez denunciada la desaparición de Brigid, no pasaría mucho tiempo sin que alguien estableciese una relación entre ambas ausencias. La policía querría interrogarle, y a partir de ese momento empezarían a buscarlo en serio. Pero Hector se equivocaba en eso, igual que se había equivocado en

todo lo demás. El desaparecido era él, y de momento nadie sabía siquiera que Brigid se había ido de la ciudad. Ya no tenía trabajo ni dirección fija, y cuando no volvió a su habitación del Fitzwilliam Arms en el centro de Los Angeles durante el resto de aquella semana de principios de 1929, el recepcionista hizo que bajaran sus pertenencias al sótano y dio su habitación a otro inquilino. No había nada extraño en eso. La gente desaparecía a todas horas, y no se podía tener una habitación vacía cuando otra persona estaba dispuesta a pagar por ocuparla. Aunque el recepcionista se hubiese preocupado lo suficiente para ponerse en contacto con la policía, los agentes no habrían podido hacer nada de todos modos. Brigid se había registrado con un nombre falso, ¿y cómo podía buscarse alguien que no existía?

Dos meses después, su padre llamó por teléfono desde Spokane y habló con un inspector de Los Angeles llamado Reynolds, que siguió trabajando en el caso hasta que se jubiló en 1936. Veinticuatro años después, se exhumaron finalmente los restos de la hija del señor O'Fallon. Una excavadora los desenterró en un solar donde iban a construir una nueva urbanización al pie de los montes Simi. Los enviaron al laboratorio forense de Los Angeles, pero los papeles de Reynolds se encontraban por entonces en el fondo de un cúmulo de expedientes archivados, y ya no fue posible identificar a la persona a quien habían pertenecido.

Alma sabía lo de los restos porque se había empeñado en descubrirlo. Hector le había dicho dónde estaba la fosa, y cuando visitó la urbanización a principios de los años ochenta, habló con las suficientes personas como para confirmar que la habían encontrado en aquel sitio.

Para entonces, Saint John también llevaba ya mucho tiempo muerta. Tras volver a casa de sus padres en Wichi-

ta después de la desaparición de Hector, hizo una declaración a la prensa y se dedicó a llevar una vida retirada. Año y medio después, se casó con un banquero de la localidad llamado George T. Brinkerhoff. Tuvieron dos hijos, Willa y George. En 1934, cuando el mayor de sus hijos aún no había cumplido tres años, Saint John perdió el control del coche una noche de noviembre, cuando volvía a casa bajo una lluvia torrencial. Se estrelló contra un poste de teléfono, y el impacto de la colisión la lanzó a través del parabrisas, que le seccionó la arteria carótida y el cuello. Según el informe policial de la autopsia, murió desangrada sin haber recobrado el conocimiento.

Dos años más tarde, Brinkerhoff volvió a casarse. Cuando Alma le escribió en 1983 para pedirle una entrevista, su viuda contestó que había muerto de insuficiencia renal el otoño anterior. Los hijos vivían, sin embargo, y Alma habló con los dos; uno estaba en Dallas, Texas, y el otro en Orlando, Florida. Ni uno ni otro aportaron gran cosa. Eran muy jóvenes en la época, dijeron. Conocían a su madre por fotografías, y no guardaban recuerdo alguno de ella.

Cuando Hector llegó a la estación central el quince de enero por la mañana, su bigote ya había desaparecido. Se había disfrazado eliminando su rasgo más reconocible, trasformando su rostro en otro distinto mediante una simple sustracción. Los ojos y las cejas, la frente y el pelo lacio y brillante peinado hacia atrás también habrían sugerido algo a una persona que conociera sus películas, pero no mucho después de comprar el billete, Hector también halló la solución a ese problema. Y al mismo tiempo, añadió Alma, también encontró un nuevo nombre.

No se podía subir al tren de las nueve y veintiuno para Seattle hasta al cabo de una hora. Hector decidió matar el tiempo en la cantina de la estación, tomando un café, pero en cuanto se sentó frente a la barra y empezó a respirar el olor a panceta y huevos friéndose en la plancha se sintió invadido por una oleada de náusea. Acabó en los servicios, encerrado a cuatro patas en uno de los cubículos, vomitando el contenido de su estómago en la taza del retrete. Sus entrañas lo arrojaban todo, en amargos fluidos verdosos y parduzcos coágulos de alimentos sin digerir, una trémula purga de vergüenza, miedo y repulsión, y cuando se le pasó el ataque se dejó caer al suelo y permaneció allí un buen rato, luchando por recobrar el aliento. Tenía la cabeza apoyada contra la pared del fondo, y desde aquel ángulo se encontraba en posición de ver algo que de otro modo habría escapado a su observación. En el codo de la cañería curva que había justo detrás de la taza del retrete, se habían dejado una gorra. Hector la retiró de su escondite y descubrió que era una gorra de obrero, una sólida y resistente prenda de lana con una visera corta en la parte delantera: no muy diferente de la que él había llevado una vez, en su época de recién llegado a Estados Unidos. La volvió del revés para ver si había algo dentro, si no estaba demasiado sucia ni olía demasiado mal para ponérsela. Entonces fue cuando vio el nombre del dueño escrito con tinta en la parte de atrás, en la banda de cuero del interior: Herman Loesser. Le pareció un buen nombre, quizá incluso excelente, y en todo caso un nombre no peor que cualquier otro. ¿Acaso no era él Herr Mann? Si decidía llamarse Herman, podía cambiar de identidad sin renunciar enteramente a ser quien era. Eso era lo importante: liberarse de sí mismo para los demás, pero tampoco olvidarse de quién era. No porque quisiera recordarlo, sino precisamente porque no quería.

Herman Loesser. Unos lo pronunciarían *Lesser* (menor) y otros dirían *Loser* (perdedor). En cualquier caso, Hector pensó que había encontrado el nombre que merecía.

La gorra le quedaba bastante bien. Ni muy suelta ni demasiado ajustada, y cedía lo suficiente para que pudiera echarse la visera sobre la frente y disimular el sesgo característico de sus cejas, ensombreciendo la intensa claridad de su mirada. Tras la sustracción, por tanto, una adición. Hector menos el bigote, y Hector más la gorra. Ambas operaciones le anulaban, y cuando aquella mañana salió de los servicios se parecía a un hombre cualquiera, nadie en particular, el vivo retrato de Don Nadie.

Vivió seis meses en Seattle, pasó un año en Portland y luego volvió al norte de Washington, donde permaneció hasta la primavera de 1931. Al principio, sólo le movía el terror. Hector creía que le iba la vida en aquella huida, y en la época inmediatamente posterior a su desaparición sus ambiciones no eran muy distintas de las de cualquier delincuente: si eludía su captura veinticuatro horas más, daba la jornada por bien empleada. Por la mañana y por la tarde leía lo que decían de él los periódicos, siguiendo la evolución del asunto para ver si estaban sobre su pista. Lo que escribían le dejaba perplejo, le asombraban los escasos esfuerzos que habían hecho por conocerle. Hunt era un personaje de mínima importancia, y sin embargo todos los artículos empezaban y terminaban con él: manipulaciones bursátiles, inversiones ficticias, los negocios de Hollywood en todo su corrompido esplendor. Nunca mencionaban el nombre de Brigid, y mientras no volvió a Kansas nadie se había preocupado de hablar con Dolores. Día tras día menguaba la tensión, y al cabo de cuatro semanas sin avances la prensa hablaba cada vez menos del asunto y su pánico empezó a calmarse. Nadie sospechaba

de él. Podría haber vuelto a su casa si hubiera querido. Con sólo coger un tren para Los Angeles, habría reanudado su vida exactamente donde la había dejado.

Pero Hector no fue a parte alguna. No había nada que le apeteciera más que estar en su casa de North Orange Drive, sentado con Blaustein en el porche, bebiendo té con hielo y dando los últimos toques a *Punto y raya*. Hacer cine era como vivir en un delirio. Era el trabajo más duro y exigente que se hubiera inventado jamás, y cuanto más difícil resultaba, más estimulante lo encontraba. Estaba aprendiendo cómo funcionaba todo, dominando poco a poco las sutilezas del oficio, y tenía la certeza de que con algo más de tiempo se le podría haber dado muy bien. Ésa había sido siempre su única ambición: ser uno de los buenos. Sólo eso había deseado, y eso era precisamente lo que ya no se permitiría hacer más. Uno no vuelve loca a una chica inocente, ni la deja embarazada, ni sepulta su cadáver a dos metros y medio bajo tierra para luego seguir su vida como si no hubiera pasado nada. Quien hiciera lo que él había hecho merecía un castigo. Si el mundo no se lo imponía, entonces tendría que hacerlo él mismo.

Alquiló una habitación en una pensión cerca del mercado de Pike Place, y cuando se le acabó finalmente el dinero de la cartera, encontró trabajo en una pescadería de la plaza. Levantándose a las cuatro de la mañana, descargaba camiones entre la niebla que precede al amanecer, levantaba cajas y barriles mientras la humedad de Puget Sound le agarrotaba los dedos y le calaba hasta los huesos. Luego, tras una breve pausa para fumar un cigarrillo, colocaba cangrejos y ostras sobre lechos de hielo picado, antes de que la luz del día diera paso a las ocupaciones repetitivas de la jornada: el ruido metálico de los caparazones al caer en el platillo de la balanza, las bolsas de papel

marrón, las ostras que abría con su corta y mortífera cimitarra. Cuando no trabajaba, Herman Loesser leía libros de la biblioteca pública, llevaba un diario y no hablaba con nadie a menos que fuera absolutamente necesario. Su objetivo, explicó Alma, era padecer al máximo todos los rigores que se había impuesto, crearse la mayor incomodidad posible. Cuando el trabajo se le hizo demasiado fácil, se mudó a Portland, donde encontró trabajo de vigilante nocturno en una fábrica de barriles. Tras el clamor del mercado cubierto, el silencio de sus pensamientos. Sus decisiones no seguían pauta alguna, observó Alma. Su penitencia era una obra en continuo desarrollo, y los castigos que se imponía a sí mismo cambiaban en función de lo que en un momento dado considerase como sus mayores carencias. Ansiaba compañía, deseaba estar de nuevo con una mujer, quería cuerpos y voces a su alrededor, y por eso se amurallaba en aquella fábrica vacía, esforzándose por aprender los aspectos más sutiles de la abnegación. La Bolsa se hundió mientras él estaba en Portland, y cuando la Compañía de Barriles Comstock fue a la quiebra a mediados de 1930, Hector se encontró sin trabajo. Por entonces había leído de cabo a rabo varios centenares de libros, comenzando por las novelas clásicas del siglo XIX de las que siempre hablaba todo el mundo pero que él nunca se había molestado en leer (Dickens, Flaubert, Stendhal, Tolstoi), y luego, cuando creyó que había adquirido práctica, empezando otra vez desde cero con idea de instruirse de manera sistemática. Hector no sabía casi nada. A los dieciséis años dejó el colegio y nadie se había preocupado nunca de decirle que Sócrates y Sófocles no eran el mismo individuo, que George Eliot era una mujer o que *La divina comedia* era un poema sobre la otra vida y no una comedia de enredo en la que todos los personajes acaban casándose con la persona que les convie-

ne. Siempre había vivido acuciado por las circunstancias, y nunca había tenido tiempo para preocuparse de esas cosas. Ahora, de pronto, disponía de todo el tiempo del mundo. Encarcelado en su Alcatraz particular, pasó sus años de cautividad adquiriendo un nuevo lenguaje para meditar en las condiciones de su supervivencia, para entender el continuo e implacable dolor de su espíritu. Según Alma, el rigor de su formación intelectual lo fue transformando poco a poco en una persona diferente. Aprendió a distanciarse de sí mismo, a considerarse en primer lugar como un hombre entre los hombres, luego como un conjunto aleatorio de partículas de materia, y finalmente como una simple mota de polvo; y cuanto más se alejaba de su punto de partida, afirmó ella, más cerca estaba de la grandeza. Le había enseñado sus diarios de la época, y cincuenta años después de aquellos acontecimientos, Alma pudo asistir directamente a la desesperación de su conciencia. *Nunca más perdido que ahora*, me recitó ella, evocando un pasaje de memoria, *nunca tan solo y tan inquieto; pero nunca tan vivo*. Escribió esas palabras menos de una hora después de marcharse de Portland. Luego, casi como una ocurrencia de último momento, volvió a ponerse a escribir, añadiendo un párrafo al final de la página: *Ahora sólo hablo con los muertos. Sólo en ellos confío, son los únicos que me comprenden. Como ellos, vivo sin futuro.*

Corría el rumor de que había trabajo en Spokane. Al parecer las serrerías buscaban gente, y se decía que contrataban leñadores en algunos campamentos del Este y el Norte. A Hector no le interesaban esos trabajos, pero una tarde, poco después del cierre de la fábrica de barriles, oyó hablar a dos tipos sobre las oportunidades que se presentaban allá arriba y se le ocurrió una idea, y una vez que le empezó a dar vueltas a la cabeza, ya no pudo resistirlo.

Brigid se había criado en Spokane. Su madre había muerto, pero su padre aún vivía, sin contar con sus dos hermanas pequeñas. De todas las torturas que Hector era capaz de imaginar, de todos los dolores que podía infligirse a sí mismo, ninguno era peor que la idea de ir a la ciudad donde vivía esa familia. Si llegaba a ver al señor O'Fallon y a las dos chicas, sabría cómo eran, y entonces, cada vez que pensara en el daño que les había causado, sus rostros acudirían a su mente. Se merecía ese padecimiento, pensó. Tenía la obligación de integrarlos en la realidad, de hacer que en su memoria fueran tan reales como la propia Brigid.

Conocido aún por el color de pelo de su infancia, Patrick O'Fallon poseía y regentaba una tienda de artículos deportivos llamada El Pelirrojo desde hacía veinte años. La mañana en que llegó, Hector encontró un hotel barato a dos manzanas al oeste de la estación de ferrocarril, pagó una noche por adelantado y luego salió a buscar la tienda. Tardó cinco minutos en encontrarla. No había pensado en lo que iba a hacer cuando llegara allí, pero se le ocurrió que lo más prudente sería quedarse fuera y tratar de ver a O'Fallon a través del escaparate. No sabía si Brigid había hablado de él en alguna de las cartas que escribía a su casa. Si así era, la familia sabría que hablaba con un marcado acento español. Pero lo más grave sería que en 1929 habría prestado especial atención a su desaparición, y como ya habían pasado casi dos años de la propia desaparición de Brigid, podrían ser los únicos en todo el país en haber establecido una relación entre ambos casos. No tenía más que entrar en la tienda y abrir la boca. Si O'Fallon conocía la existencia de Hector Mann, lo más probable era que empezara a sospechar al cabo de tres o cuatro frases.

Pero a O'Fallon no se le veía en parte alguna. Con la

nariz pegada al cristal, haciendo como que examinaba un juego de palos de golf expuesto en el escaparate, Hector veía con claridad el interior de la tienda, y en la medida en que podía estar seguro desde su ángulo de visión, dentro no había nadie. Ni clientes ni empleados detrás del mostrador. Todavía era temprano —poco más de las diez—, pero el letrero de la puerta decía ABIERTO, y en vez de quedarse en la calle llena de gente y correr el riesgo de llamar la atención, Hector abandonó su plan y decidió entrar. Si descubrían quién era, pensó, ya vería lo que pasaba.

La puerta se abrió con un tintineo y el entarimado crujió bajo sus pies cuando se acercó al mostrador del fondo. El local no era grande, pero los estantes estaban repletos de artículos, y parecía haber todo lo que un deportista pudiera desear: cañas de pescar y carretes, aletas de goma y gafas de agua, escopetas y rifles de caza, raquetas de tenis, guantes de béisbol, balones de fútbol y de baloncesto, hombreras y cascos, zapatos con clavos y botas con tacos, *tees* de todas clases, juegos de bolos, pesas y pelotas de gimnasia. Dos hileras de columnas regularmente espaciadas a todo lo largo de la tienda sustentaban el techo, y en cada una había una fotografía enmarcada de O'Fallon el Pelirrojo. Se las habían tomado de joven, y todas le mostraban entregado a alguna forma de actividad atlética. Llevando un equipo de béisbol en una, de fútbol americano en otra, pero la mayoría de las veces corriendo en competiciones con el breve atuendo de un corredor de fondo. En una foto, el cámara lo había inmovilizado en plena zancada, con los pies en el aire, dos metros por delante de su competidor más próximo. En otra, estrechaba la mano a un individuo vestido con frac y sombrero de copa, recibiendo una medalla de bronce en los Juegos Olímpicos de Saint Louis de 1904.

Cuando Hector se acercaba al mostrador, una mujer joven salió de la trastienda, secándose las manos con una toalla. Iba mirando al suelo, con la cabeza inclinada hacia un lado, pero aunque no llegaba a verle la cara, había algo en su forma de andar, en la caída de sus hombros, en la manera de pasarse los dedos por la toalla que le dio la impresión de estar viendo a Brigid. Por espacio de unos segundos, fue como si los últimos diecinueve meses no hubiesen existido. Brigid ya no estaba muerta. Había salido de la fosa, abriéndose paso con las uñas a través de la tierra que él había arrojado con la pala sobre su cuerpo, y allí estaba ahora, intacta y respirando de nuevo, sin el agujero donde había tenido el ojo, trabajando de ayudante en la tienda de su padre en Spokane, Washington.

La mujer siguió andando hacia el, deteniéndose sólo para dejar la toalla sobre una caja de cartón sin abrir, y lo asombroso de lo que ocurrió a continuación fue que incluso cuando ella levantó la cabeza y le miró a los ojos, la ilusión persistió. También tenía la cara de Brigid. Era la misma mandíbula y la misma boca, la misma frente y la misma barbilla. Cuando le sonrió un momento después, vio que también era la misma sonrisa. Sólo cuando estuvo a metro y medio de él empezó a notar alguna diferencia. Tenía el rostro cubierto de pecas, lo que no podía decirse de Brigid, y los ojos de un verde más oscuro. También los tenía más separados, un poco más retirados del puente de la nariz, y esa minúscula alteración de los rasgos realzaba la armonía general de su rostro, haciéndola un poco más bonita de lo que había sido su hermana. Hector le devolvió la sonrisa, y cuando ella llegó al mostrador y le habló con la voz de Brigid, preguntándole si podía servirle en algo, él ya no tenía la sensación de que estaba a punto de caerse redondo al suelo.

Buscaba al señor O'Fallon, dijo él, y se preguntaba si

sería posible hablar con él. No hacía esfuerzo alguno por disimular su acento, pronunciando la palabra *señor* con una exagerada vibración en la erre, y entonces se inclinó hacia ella, observando su rostro en busca de alguna reacción. Nada ocurrió, o mejor dicho, la conversación prosiguió como si nada hubiera pasado, y en ese momento Hector comprendió que Brigid había mantenido en secreto su relación con él. Se había criado en una familia católica, y debió de mostrarse reacia ante la idea de dejar que su padre y sus hermanas se enterasen de que estaba acostándose con un hombre prometido a otra mujer y de que ese hombre, cuyo pene estaba circunciso, no tenía intención de romper su compromiso para casarse con ella. De ser así, probablemente tampoco se habrían enterado de que estaba embarazada. Ni de que se había cortado las venas en la bañera; ni de que había pasado dos meses en un hospital soñando con formas mejores y más eficaces de suicidarse. Incluso era posible que hubiese dejado de escribirles antes de que Saint John apareciese en escena, cuando aún tenía plena confianza en que todo iba a salir como ella esperaba.

Para entonces los pensamientos de Hector iban a galope tendido, precipitándose en todas direcciones a la vez, y cuando la mujer de detrás del mostrador le dijo que su padre estaba fuera de la ciudad, que se había ido a hacer unas gestiones a California y no vendría hasta la semana siguiente, Hector supo sin ningún género de dudas de qué gestiones se trataba. O'Fallon el Pelirrojo había ido a Los Angeles a hablar con la policía sobre la desaparición de su hija. A instarles a que hicieran algún avance en una investigación que venía alargándose desde hacía ya demasiados meses, y a decirles que si no estaba satisfecho con sus respuestas, contrataría a un detective privado para que emprendiera la búsqueda desde el principio. A la mierda

los gastos, probablemente dijo a su hija antes de marcharse de Spokane. Había que hacer algo antes de que fuese demasiado tarde.

La hija explicó que se ocupaba de la tienda hasta la vuelta de su padre, pero si Hector deseaba dejar su nombre y su número, le daría el recado cuando volviese, el viernes siguiente. No es necesario, repuso Hector, el viernes vendría él personalmente, y entonces, por simple cortesía, o quizá porque quería causarle buena impresión, le preguntó si la habían dejado a ella sola a cargo de todo. La tienda parecía demasiado grande para que se ocupara de ella una persona sola.

Tenía que haber tres personas, contestó ella, pero el subgerente se había puesto enfermo aquel día y la semana anterior habían despedido al mozo de almacén por robar guantes de béisbol y venderlos a mitad de precio a los chicos de su barrio. Lo cierto era que se sentía un poco perdida, añadió. Hacía siglos que no ayudaba en la tienda, ya no sabía la diferencia entre un *putter* y una madera, apenas era capaz de utilizar la caja registradora sin equivocarse veinte veces de tecla y liarse en la cuenta.

Era una charla muy agradable, muy abierta. Le hacía partícipe de aquellas confidencias sin pensárselo dos veces, y a medida que proseguía la conversación, Hector se enteró de que había estado fuera los últimos cuatro años, estudiando pedagogía en algún sitio que ella llamaba State y que resultó ser la Universidad del Estado de Washington, en Pullman. Se había licenciado en junio, acababa de volver a casa a vivir con su padre y estaba a punto de empezar su vida profesional como maestra de cuarto curso en el colegio de enseñanza primaria Horace Greeley. Tenía una suerte increíble, le aseguró. Era el mismo colegio al que había asistido de niña, y tanto sus dos hermanas mayores como ella habían tenido a la señorita Neergaard de

maestra en cuarto curso. La señorita Neergaard había dado clase allí durante cuarenta y dos años, y le parecía casi un milagro que su antigua maestra se jubilase justo cuando ella empezaba a trabajar. En menos de seis semanas, estaría de pie en la tarima del aula en que se había sentado diariamente cuando era una colegiala de diez años, ¿y no era extraño, concluyó, no era curioso ver las vueltas que daba a veces la vida?

Sí, muy curioso, convino Hector, muy extraño. Ahora sabía que estaba hablando con Nora, la pequeña de las hermanas O'Fallon, y no con Deirdre, la que se había casado a los diecinueve años y vivía en San Francisco. Después de estar tres minutos con ella, Hector decidió que Nora era completamente distinta de su hermana muerta. Sin duda se parecía a Brigid, pero no tenía nada de esa tensa energía de quien se lo sabe todo, nada de su ambición, nada de su inteligencia rápida y nerviosa. Aquélla era más tierna, más ingenua, estaba más a gusto consigo misma. Recordó que una vez Brigid se había descrito a sí misma como la única de las hermanas O'Fallon con sangre de verdad en las venas. Lo de Deirdre era vinagre, y Nora sólo tenía leche tibia. Ella era quien merecía haberse llamado Brigid, añadió, en honor de Santa Brígida, patrona de Irlanda, porque si había una persona destinada a entregarse a una vida de sacrificio y buenas obras, era su hermana pequeña, Nora.

Una vez más, Hector estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse, y de nuevo hubo algo que lo retuvo. Otra idea se le había metido en la cabeza: un loco impulso, algo tan arriesgado y autodestructivo, que le dejó atónito incluso el mero hecho de haberlo pensado, por no hablar de que creía tener valor para llevarlo a cabo.

Quien nada arriesga, nada gana, dijo a Nora, sonriendo a modo de excusa y encogiéndose de hombros, pero el

caso era que había ido allí aquella mañana para pedir trabajo al señor O'Fallon. Se había enterado del asunto con el mozo y se preguntaba si aún estaba libre el puesto. Qué raro, observó Nora. Sólo hacía unos días que había ocurrido el incidente, y aún no se habían preocupado de poner un anuncio. No pensaban hacerlo hasta que su padre volviera de viaje. Bueno, se corre la voz, aventuró Hector. Sí, será eso, repuso Nora, pero ¿por qué quería ser mozo de almacén, en cualquier caso? Era un trabajo para gente sin formación, para individuos de espalda fuerte, poco cerebro y ninguna ambición; seguro que el podía aspirar a algo más. No necesariamente, afirmó Hector. Eran tiempos difíciles, y cualquier trabajo con el que se ganase dinero era bien recibido en aquellos días. ¿Por qué no le ponía a prueba? Ella estaba sola en la tienda, y era evidente que necesitaba un poco de ayuda. Si estaba contenta de su trabajo, quizá podría recomendarle a su padre. ¿Qué decía señorita O'Fallon? ¿Estaba de acuerdo?

Llevaba en Spokane menos de una hora, y Herman Loesser ya tenía trabajo de nuevo. Nora le estrechó la mano, riendo ante la audacia de su propuesta, y entonces Hector se quitó la chaqueta (la única prenda de ropa decente que poseía) y empezó a trabajar. Se había convertido en una mariposa de luz, y pasó el resto del día revoloteando en torno a la ardiente llama de una vela. Sabía que sus alas podían prenderse en cualquier momento, pero cuanto más cerca estaba de tocar el fuego, más sensación tenía de estar cumpliendo su destino. Como escribió en su diario aquella noche: *Si pretendo salvar mi vida*, *tengo que estar a un paso de destruirla*.

Contra toda probabilidad, Hector aguantó casi un

año. Al principio de mozo en el almacén de la trastienda, luego de dependiente principal y subgerente, a las órdenes directas del propio O'Fallon. Nora le dijo que su padre tenía cincuenta y tres años, pero cuando se lo presentaron al lunes siguiente, Hector pensó que parecía más viejo; podía tener sesenta años o más, incluso cien. El antiguo atleta ya no era pelirrojo, ni su torso antaño esbelto estaba ya en forma, y cojeaba alguna que otra vez por los efectos de una rodilla artrítica. O'Fallon se presentaba cada mañana en la tienda a las nueve en punto, pero estaba claro que el trabajo no le interesaba, y por lo general volvía a marcharse a las once o las once y media. Si no le molestaba la pierna, cogía el coche, se iba al club de campo y hacía unos cuantos hoyos con dos o tres amigotes suyos. Si no, iba pronto a almorzar y se quedaba un buen rato en el Bluebell Inn, el restaurante que estaba justo en la acera de enfrente, y luego volvía a su casa y pasaba la tarde en su habitación, leyendo los periódicos y bebiendo botellas de Jameson, el whisky irlandés que todos los meses traía de contrabando de Canadá.

Nunca criticaba a Hector ni se quejaba de su trabajo. Pero tampoco le hacía cumplidos. O'Fallon manifestaba su satisfacción no diciendo nada, y alguna que otra vez, cuando se sentía comunicativo, saludaba a Hector con un minúsculo movimiento de cabeza. Durante varios meses, apenas hubo más contacto entre ellos. Al principio, Hector lo encontró irritante, pero a medida que pasaba el tiempo aprendió a no tomárselo como algo personal. Aquel nombre vivía en un ámbito de muda interioridad, de perpetua resistencia contra el mundo, y era como si se pasara el día flotando sin más objeto que el de consumir las horas lo menos dolorosamente posible. Nunca perdía los estribos, rara vez esbozaba una sonrisa. Era imparcial e indiferente, estaba ausente incluso estando presente, y no

mostraba más compasión o simpatía por sí mismo de la que expresaba hacia cualquier otro.

En la misma medida en que O'Fallon se mostraba cerrado y distante, Nora era abierta y sensible. Al fin y al cabo, era ella quien había contratado a Hector, y seguía sintiéndose responsable de él, tratándole alternativamente como su amigo, su protegido y su obra de rehabilitación humana. Cuando su padre volvió de Los Angeles y el dependiente principal se recuperó de su acceso de herpes, los servicios de Nora dejaron de ser requeridos en la tienda. Aunque estaba muy ocupada preparándose para el nuevo curso escolar, visitando a antiguas compañeras de clase y haciendo malabarismos con las atenciones de varios jóvenes, durante el resto del verano siempre se las arregló para pasar un momento por la tienda a primera hora de la tarde y ver cómo le iba a Hector. Sólo habían trabajado juntos cuatro días, pero en ese tiempo establecieron la tradición de compartir bocadillos en el almacén durante la media hora de pausa del almuerzo. Ahora ella seguía apareciendo con sus bocadillos de queso, y pasaban media hora hablando de libros. Para Hector, autodidacta en ciernes, era una oportunidad de aprender algo. Para Nora, recién salida de la universidad y dedicada a instruir a los demás, era una ocasión de impartir conocimientos a un alumno inteligente y motivado. Aquel verano, Hector, con bastante dificultad, intentaba leer a Shakespeare y Nora leía las obras con él, ayudándole con las palabras que no entendía, explicándole uno u otro momento histórico o alguna convención teatral, explorando la psicología y las motivaciones de los personajes. En una de las sesiones de la trastienda, tras tropezar en la pronunciación de las palabras *Thou ow'st* del tercer acto de *El rey Lear*, le confesó lo mucho que le avergonzaba su acento. Nunca aprendería a hablar bien aquel puñetero idioma, le dijo, y siempre pa-

recía un cretino cuando se expresaba ante personas como ella. Nora se negó a aceptar ese pesimismo. En State había estudiado logopedia como asignatura secundaria, le dijo, y existían soluciones concretas, técnicas y ejercicios prácticos que permitían mejorar. Si estaba dispuesto a enfrentarse al desafío, le prometió que le libraría del acento, que haría desaparecer de su pronunciación hasta el último vestigio de acento español. Hector le recordó que no se encontraba en posición de pagarle las clases. ¿Quién ha dicho algo de dinero?, replicó Nora. Si estaba dispuesto a trabajar, ella le ayudaría con mucho gusto.

En septiembre, cuando empezó el colegio, la nueva maestra de cuarto curso ya no estaba libre a la hora del almuerzo. En cambio, ella y su alumno trabajaban por la noche, reuniéndose los martes y los jueves de siete a nueve en el salón de O'Fallon. Hector pasaba muchos apuros con la *i* y la *e* breves, la *r* semivocal y el sonido ceceante de la *th*. Vocales mudas, oclusivas interdentales, inflexiones labiales, fricativas, oclusivas palatales, fonemas diversos. La mayor parte del tiempo no entendía nada de lo que explicaba Nora, pero el ejercicio pareció dar resultado. Su lengua empezó a formar sonidos que nunca había producido antes, y finalmente, al cabo de nueve meses de esfuerzos y repetición, había realizado progresos hasta el punto de que cada vez era más difícil adivinar dónde había nacido. No parecía norteamericano, quizá, pero tampoco un inmigrante grosero e inculto. El ir a Spokane quizá fuese uno de los peores errores que Hector cometió en la vida, pero de todas las cosas que le ocurrieron allí, las clases de pronunciación de Nora tuvieron probablemente el efecto más profundo y duradero. Cada palabra que dijo en los cincuenta años siguientes llevaba la impronta de aquellas clases, que permanecieron grabadas en él durante el resto de su vida.

Los martes y los jueves, si no salía a jugar al póquer con unos amigos, O'Fallon solía quedarse en su habitación de arriba. Una noche de primeros de octubre, sonó el teléfono en medio de una clase y Nora fue a cogerlo al vestíbulo. Habló unos momentos con la operadora, y luego, con voz tensa y excitada, llamó a su padre y le dijo que Stegman estaba al teléfono. Llamaba de Los Angeles, le explicó, y quería hablar a cobro revertido. ¿Debía aceptar la llamada o no? O'Fallon contestó diciendo que bajaba enseguida. Nora cerró las puertas correderas que separaban el salón del vestíbulo para que su padre hablase con más tranquilidad, pero O'Fallon ya estaba un poco ebrio y hablaba en voz lo bastante alta para que Hector distinguiera algunas de las cosas que decía. No todo, pero sí lo suficiente para saber que no eran buenas noticias.

Diez minutos después volvieron a abrirse las puertas correderas y O'Fallon entró en el salón arrastrando los pies. Calzaba unas viejas zapatillas de piel y los tirantes, caídos de los hombros, le colgaban hasta las rodillas. Se había quitado la corbata y el cuello de la camisa, y tenía que agarrarse al borde de la mesa de nogal para no perder el equilibrio. Durante unos minutos, habló directamente con Nora, que estaba sentada junto a Hector en el sofá, en medio de la estancia. A juzgar por la atención que prestaba a Hector, el alumno de su hija bien podría haber sido invisible. No es que O'Fallon no le hiciese caso, ni que hiciera como si no estuviese allí. Sencillamente no se fijaba en su presencia. Y Hector, que comprendía todos los matices de la conversación, no se atrevió a ponerse en pie para marcharse.

Stegman tiraba la toalla, anunció O'Fallon. Llevaba meses trabajando en el caso, y no había descubierto una sola pista prometedora. Se estaba cansando, dijo. Ya no quería cogerle el dinero.

Nora preguntó a su padre cómo había contestado a eso y O'Fallon dijo que le había preguntado por qué demonios había llamado a cobro revertido si le sentaba tan mal coger su dinero. Y luego añadió que hacía fatal su trabajo. Si Stegman no quería seguir con el asunto, buscaría a otro.

No, papá, repuso Nora, te equivocas. Si Stegman no podía encontrarla, eso significaba que nadie más podría hacerlo. Era el mejor detective privado de la Costa Oeste. Lo había dicho Reynolds, que era una persona en la que se podía confiar.

A la mierda con Reynolds, exclamó O'Fallon. A la mierda con Stegman. Que dijeran lo que se les antojase, coño, que él no iba a rendirse.

Nora sacudió la cabeza de atrás adelante, los ojos llenos de lágrimas. Era hora de afrontar los hechos, afirmó. Si Brigid estuviera viva en alguna parte, habría escrito una carta. Habría llamado. Les habría hecho saber dónde estaba.

Y unos cojones, replicó O'Fallon. No había escrito una carta en cuatro años. Había roto con la familia, y ése era el hecho que tenían que afrontar.

Con la familia no, dijo Nora. Con él. A ella, Brigid no había dejado de escribirle. Cuando estudiaba en Pullman, recibía una carta cada tres o cuatro semanas.

Pero O'Fallon no quería saber nada de eso. No quería discutir más, y si ella ya no iba a respaldarle, entonces él seguiría solo y ella y sus puñeteras opiniones podían irse a la mierda. Y con esas palabras, O'Fallon se soltó de la mesa, se tambaleó precariamente unos instantes mientras trataba de recobrar el equilibrio, y luego salió de la habitación haciendo eses.

Hector no debía haber presenciado esa escena. Sólo era el mozo de almacén, no un amigo íntimo, y no era

asunto suyo escuchar conversaciones privadas entre padre e hija, no tenía derecho a estar sentado en el salón mientras su jefe iba tambaleándose de un sitio a otro, desaliñado, en estado de embriaguez. Si Nora le hubiera pedido que se marchase en aquel momento, el asunto se habría zanjado para siempre. No habría oído lo que había oído, no habría visto lo que había visto, y nunca se habría vuelto a mencionar el tema. Sólo tenía que decirle una frase, ponerle una simple excusa, y él se habría levantado del sofá y habría dado las buenas noches. Pero Nora no poseía el don del disimulo. Aún tenía lágrimas en los ojos cuando O'Fallon salió de la habitación, y ahora que el tema prohibido había salido finalmente a la luz, ¿para qué seguir ocultando las cosas?

Su padre no había sido siempre así, explicó. Cuando sus hermanas y ella eran pequeñas, su padre parecía una persona diferente, y resultaba difícil reconocerle ahora, difícil recordar lo que había sido en aquella época. O'Fallon el Pelirrojo, el Relámpago del Noroeste. Patrick O'Fallon, marido de Mary Day. Papi O'Fallon, emperador de las niñas. Pero pensando en los últimos seis años, añadió Nora, teniendo en cuenta todo lo que había sufrido, quizá no fuese tan extraño que su mejor amigo fuese un tal Jameson: aquel tipo lúgubre y silencioso que vivía con él en el piso de arriba, atrapado en todas aquellas botellas de líquido ambarino. El primer golpe vino con la pérdida de su madre, muerta de cáncer a los cuarenta y cuatro años. Eso ya había sido bastante duro, añadió Nora, pero luego siguieron ocurriendo cosas, una conmoción familiar después de otra, un puñetazo en el estómago y luego otro en la cara, una serie de calamidades que poco a poco le fueron dejando para el arrastre. Menos de un año después del entierro, Deirdre se quedó embarazada, y como no quería casarse a la fuerza con el marido que su padre le había bus-

cado O'Fallon la echó de casa. Pero con eso también se puso a Brigid en contra, apuntó Nora. Su hermana mayor estaba en el último año en el Smith, justo al otro extremo del país, pero cuando se enteró de lo que había pasado, escribió a su padre y le dijo que no le dirigiría la palabra nunca más si no dejaba que Deirdre volviera a casa. Aquello no le sentó bien a O'Fallon. Estaba pagando los estudios de Brigid, ¿quién se creía que era para decirle lo que debía hacer? Brigid se pagó ella misma el último semestre, y después, cuando se licenció, se fue derecha a California para hacerse escritora. Ni siquiera pasó por Spokane para ir a verlos. Era tan obstinada como su padre, afirmó Nora, y Deirdre era el doble de testaruda que su padre y su hermana juntos. No importaba que Deirdre ya estuviera casada y hubiese dado a luz otro niño. Seguía sin querer hablar con su padre, lo mismo que Brigid. Entretanto, Nora se fue a estudiar a Pullman. Se mantuvo en contacto periódico con sus dos hermanas, pero Brigid era la mejor corresponsal, y raro era el mes que Nora no recibía al menos una carta de ella. Entonces, cuando Nora empezaba el penúltimo año de carrera, Brigid dejó de escribir. Al principio, no parecía un motivo de preocupación, pero al cabo de tres o cuatro meses de prolongado silencio, Nora escribió a Deirdre preguntándole si había tenido noticias de Brigid últimamente. Cuando Deirdre le contestó diciéndole que no sabía nada de ella desde hacía seis meses, Nora empezó a inquietarse. Habló con su padre, y el pobre O'Fallon, desesperado por enmendar las cosas, abatido por los remordimientos de lo que había hecho a sus dos hijas mayores, se puso inmediatamente en contacto con el Departamento de Policía de Los Angeles. Asignaron el caso a un inspector llamado Reynolds. La investigación se puso rápidamente en marcha, y al cabo de unos días ya se habían establecido varios hechos esenciales: que Brigid había dejado el trabajo

en la revista, que había acabado en el hospital después de un intento de suicidio, que estaba embarazada, que se había marchado de su apartamento sin dejar dirección, que efectivamente había desaparecido. Por sombrías que fuesen las noticias, por terrible que fuese pensar en lo que implicaban tales hechos, parecía que Reynolds se encontraba a punto de descubrir lo que le había pasado realmente a su hermana. Entonces, poco a poco, la pista se fue enfriando. Pasó un mes, pasaron tres meses, después ocho, y Reynolds no tenía nada nuevo de que informar. Hablaron con todos los que la conocían, prosiguió Nora, hicieron todo lo humanamente posible, pero cuando la pista los condujo al Fitzwilliam Arms, tropezaron con un muro. Frustrado por aquella falta de progresos, O'Fallon decidió dar un impulso a las cosas contratando los servicios de un detective privado. Reynolds recomendó a un tal Frank Stegman, y de momento O'Fallon recobró las esperanzas. Sólo vivía para la investigación, explicó Nora, y siempre que Stegman informaba del más mínimo dato nuevo, del más leve indicio de una pista, su padre cogía el primer tren con destino a Los Angeles, viajando toda la noche si era preciso, para llamar a la puerta del despacho de Stegman a primera hora de la mañana. Pero el detective se había quedado ya sin ideas, y estaba dispuesto a abandonar. Hector ya lo había oído. A eso venía la llamada de teléfono, insistió ella, y nadie podía verdaderamente reprocharle que quisiera dejarlo. Brigid estaba muerta. Ella lo sabía, Reynolds y Stegman lo sabían, pero su padre seguía sin aceptarlo. Se echaba la culpa de todo, y a menos que tuviera algún motivo de esperanza, a menos que pudiera hacerse la ilusión de creer que iban a encontrar a Brigid, no podría ya vivir en paz consigo mismo. Era así de sencillo, concluyó Nora. Se moriría. Sería demasiado dolor para él, y simplemente se vendría abajo y se moriría.

A partir de aquella noche, Nora empezó a contárselo todo. Era natural que quisiera compartir sus problemas con alguien, pero entre toda la gente que había en el mundo, de todos los posibles candidatos entre los que podía haber elegido, Hector fue el que consiguió el puesto. Se convirtió en el confidente de Nora, en el depositario de la información sobre su propio crimen, y todos los martes y jueves por la noche, sentado junto a ella en el salón hasta que acababa la dura clase, sentía que el cerebro se le desintegraba un poco más en la cabeza. La vida era un sueño febril, descubrió, y la realidad un universo sin fundamento, un mundo hecho de fantasías y alucinaciones, donde todo lo imaginario se hacía real. ¿Sabía él quién era Hector Mann? Una noche, Nora le hizo efectivamente esa pregunta. Stegman había establecido una nueva teoría, anunció, y después de haber abandonado el asunto dos meses antes, el detective había llamado un fin de semana a O'Fallon para pedirle otra oportunidad. Acababa de descubrir que Brigid había escrito un artículo sobre Hector Mann. Once meses después, Mann había desaparecido, y se preguntaba si era simple coincidencia que la desaparición de Brigid se hubiera producido en la misma época. ¿Y si había una relación entre aquellos dos asuntos sin resolver? Stegman no estaba en condiciones de prometer resultados, pero al menos ahora tenía algo para trabajar, y con el permiso de O'Fallon deseaba seguir esa pista. Si podía demostrar que Brigid había seguido viendo a Mann después de escribir el artículo, habría motivos para ser optimista.

No, contestó Hector, nunca había oído hablar de él. ¿Quién era aquel Hector Mann? Nora tampoco sabía mucho acerca de él. Un actor, explicó ella. Había hecho unas

comedias mudas algunos años atrás, pero ella no había visto ninguna. En la facultad no había tenido mucho tiempo para ir al cine. No, convino Hector, él tampoco iba muy a menudo. Costaba dinero, y una vez había leído en alguna parte que era malo para los ojos. Nora dijo que se acordaba vagamente del caso, pero que lo había seguido con atención en su momento. Según Stegman, Mann llevaba casi dos años desaparecido. ¿Y por qué se había marchado?, quiso saber Hector. Nadie sabía nada, contestó Nora. Simplemente desapareció un día, y desde entonces no se había vuelto a tener noticias de él. No parecía haber muchas esperanzas, observó Hector. Nadie puede estar escondido durante tanto tiempo. Si no lo han encontrado ya, es que a lo mejor está muerto. Sí, probablemente, convino Nora, y Brigid quizá estuviera muerta también. Pero había rumores, prosiguió ella, y Stegman iba a comprobarlos. ¿Qué tipo de rumores?, preguntó Hector. Que quizá haya vuelto a Sudamérica, contestó Nora. Era de allí. Brasil, Argentina, ya no recordaba de qué país, pero era increíble, ¿verdad? ¿Cómo increíble?, preguntó Hector. Que Hector Mann procediese de la misma parte del mundo que él. ¿Qué había de raro en eso?, preguntó Hector. Se olvidaba de que Sudamérica era muy grande. Había sudamericanos por todas partes. Sí, ya lo sabía, insistió Nora, pero, aun así, ¿no sería increíble que Brigid se hubiera ido allí con él? Sólo con pensarlo se sentía feliz. Dos hermanas, dos sudamericanos. Brigid en un sitio con el suyo, y ella en otro con el suyo.

No habría sido tan terrible si ella no le hubiera gustado tanto, si una parte de él no se hubiera enamorado de ella el primer día que la vio. Hector sabía que le estaba vedada, que incluso contemplar la posibilidad de tocarla habría sido un pecado imperdonable, y sin embargo siguió acudiendo a su casa todos los martes y jueves por la no-

che, muriendo un poco cada vez que ella se sentaba a su lado en el sofá y recostaba su cuerpo de veintidós años en los cojines de terciopelo color vino. Qué fácil habría sido extender el brazo, acariciarle la nuca, cogerla del hombro, volverse hacia ella y besarle las pecas de la cara. Por grotescas que a veces fuesen sus conversaciones (Brigid y Stegman, el deterioro de su padre, la búsqueda de Hector Mann), vencer esos impulsos le resultaba aún más difícil, y tenía que emplear todas sus fuerzas para no pasarse de la raya. Tras dos horas de tormento, muchas veces iba directamente de la clase al río, cruzando la ciudad a pie hasta un pequeño barrio de casas ruinosas y hoteles de dos pisos donde podían comprarse mujeres durante veinte minutos o media hora. Era una solución deprimente, pero no tenía alternativa. Menos de dos años antes, las mujeres más atractivas de Hollywood se peleaban por acostarse con Hector. Ahora él tenía que pagar por ello en los barrios bajos de Spokane, derrochando el jornal de medio día por unos minutos de alivio.

En ningún momento se le ocurrió a Hector que Nora pudiera sentir algo por él. Era un personaje lamentable, un tipo que no merecía consideración, y si ella estaba dispuesta a dedicarle tanto tiempo, sólo sería porque le daba lástima, porque era una persona joven y apasionada que se tomaba por salvadora de almas perdidas. Santa Brígida, como la había llamado su hermana, la mártir de la familia. Hector era el salvaje desnudo de África, y Nora la norteamericana misionera que se había abierto camino a través de la selva para mejorar su suerte. Nunca había conocido a una persona tan ingenua, tan confiada, tan ignorante de las fuerzas oscuras que obraban en el mundo. Unas veces, se preguntaba si no era simplemente estúpida. Otras veces, parecía estar poseída de una sabiduría singular, refinada. Y en algunas ocasiones, cuando se volvía a

mirarlo con aquella expresión intensa y obstinada en los ojos, Hector creía que se le iba a romper el corazón. En eso consistió la paradoja del año que pasó en Spokane. Nora le hacía la vida intolerable, y sin embargo ella era lo único por lo que vivía, el único motivo por el que no había hecho la maleta para largarse.

La mitad del tiempo, tenía miedo de confesárselo todo. La otra mitad, tenía miedo de que lo capturasen. Stegman siguió la pista de Hector Mann durante tres meses y medio antes de abandonar otra vez. Donde la policía había fracasado, el detective privado fracasó a su vez, pero eso no significaba que la posición de Hector fuese ahora más segura. O'Fallon había ido varias veces a Los Angeles en el otoño y el invierno, y parecía lógico suponer que en algún momento de esas visitas Stegman le hubiera enseñado fotografías de Hector Mann. ¿Y si O'Fallon hubiera notado el parecido entre su diligente empleado y el actor desaparecido? A principios de febrero, no mucho después de volver de su último viaje a California, O'Fallon empezó a mirar a Hector de otra manera. Parecía más atento, más curioso, en cierto sentido, y Hector no pudo evitar preguntarse si el padre de Nora estaba sobre su pista. Tras meses de silencio y desprecio apenas contenido, el viejo empezaba de pronto a prestar atención al humilde mozo que trabajaba sin descanso cargando cajas en el almacén de su tienda. Las indiferentes inclinaciones de cabeza se mudaron en sonrisas, y de cuando en cuando, sin motivo aparente alguno, daba a su empleado unas palmaditas en el hombro y le preguntaba qué tal le iba. Lo más extraño era que empezó a abrir la puerta de su casa cuando Hector llegaba para sus clases nocturnas. Le estrechaba la mano como si fuera un huésped bien recibido, y luego, con cierta torpeza, pero con evidente buena voluntad, se quedaba un momento por allí haciendo observaciones so-

bre el tiempo antes de subir al piso de arriba y retirarse a su habitación. En cualquier otra persona, ese comportamiento habría sido normal, el estricto mínimo exigido por la buena educación, pero en O'Fallon resultaba del todo desconcertante, y Hector no se fiaba. Había demasiado en juego para dejarse embaucar por unas cuantas sonrisas corteses y unas palabras amistosas, y cuanto más duraba aquella amabilidad fingida, más se iba asustando Hector. A mediados de febrero, se dio cuenta de que sus días en Spokane estaban contados. Le estaban tendiendo una trampa, y tenía que estar preparado para largarse de la ciudad en cualquier momento, para escaparse en plena, noche y no volver a aparecer por allí.

Pero al fin se aclararon las cosas. Justo cuando Hector pensaba en soltar su discurso de adiós a Nora, O'Fallon lo acorraló una tarde en la trastienda y le preguntó si le interesaría un aumento de sueldo. Goines se ha despedido, explicó. El subgerente se mudaba a Seattle para llevar la imprenta de su cuñado, y O'Fallon quería cubrir el puesto lo antes posible. Sabía que Hector no tenía experiencia en ventas, pero le había estado observando, le confesó, había estado viendo cómo cumplía con su trabajo, y no creía que tardara mucho tiempo en aprender sus nuevas funciones. Tendría más responsabilidad y un horario más largo, pero ganaría el doble de su sueldo actual. ¿Necesitaba tiempo para pensarlo, o estaba dispuesto a aceptar ya? Hector estaba dispuesto a aceptar. O'Fallon le estrechó la mano, le felicitó por el ascenso y luego le dio el resto del día libre. Pero cuando Hector estaba a punto de salir de la tienda, O'Fallon le llamó y le dijo que volviera. Abra la caja y saque un billete de veinte dólares, le dijo el jefe. Luego vaya al final de la manzana, a la sastrería Pressler, y cómprese un traje, camisas blancas y dos pajaritas. Ahora va a trabajar en la tienda, y debe estar más presentable.

Prácticamente hablando, O'Fallon había entregado a Hector el manejo del negocio. Le había dado el título de subgerente, pero el caso era que el *sub* estaba de más. Él era quien se ocupaba de la marcha de la tienda, y O'Fallon, gerente oficial de su propia empresa, no hacía absolutamente nada. El Pelirrojo pasaba muy poco tiempo en el local como para preocuparse de pequeños detalles, y cuando comprendió que aquel extranjero de espíritu dinámico era capaz de desempeñar las responsabilidades del nuevo puesto, a duras penas se molestaba siquiera en pasar por allí. Estaba tan harto del negocio, que jamás se aprendió el nombre del nuevo mozo de almacén.

Hector descolló en las tareas de gerente de facto de la tienda de deportes. Tras el año de aislamiento en la fábrica de barriles de Portland y del confinamiento solitario en la trastienda de O'Fallon, acogió con agrado la ocasión de volver a vivir entre la gente. La tienda era como un pequeño teatro, y el papel que le habían asignado era esencialmente el mismo que había desempeñado en sus películas: Hector, el concienzudo subalterno, el elegante empleado con pajarita. La única diferencia consistía en que ahora se llamaba Herman Loesser, y en que era un papel serio. Nada de payasadas ni batacazos, nada de darse golpes en la cabeza o en la punta del pie. Su trabajo consistía en persuadir, en supervisar las cuentas y en exaltar las virtudes del deporte. Pero nadie dijo que debía hacerlo con una expresión sombría en el rostro. Volvía a tener un auditorio frente a él y toda la utilería que pudiera desear, y una vez que entendió cómo funcionaba todo, rápidamente le volvieron sus viejos instintos de actor. Seducía a los clientes con sus locuaces peroratas, los cautivaba con sus demostraciones de guantes de béisbol y técnicas de la pesca con mosca, se ganaba su fidelidad con su disposición a rebajarles el cinco, el diez y hasta el quince por

ciento de la lista de precios. Las carteras no abultaban mucho en 1931, pero el deporte era una distracción barata, un buen modo de no pensar en lo que uno no podía permitirse, y la tienda del Pelirrojo siguió siendo un negocio decente. Los niños jugarían al balón con independencia de las circunstancias, y los hombres nunca dejarían de lanzar el sedal al río ni de disparar las escopetas contra los animales del bosque. Y eso, sin olvidar la cuestión del vestuario. No sólo para los equipos de los institutos y facultades de la región, sino también para los doscientos miembros de la federación de bolos del Club Rotary, las diez agrupaciones de la asociación de baloncesto de Auxilio Católico, y las alineaciones de las tres docenas de conjuntos de *softball* aficionado. Unos quince años antes, O'Fallon había acaparado ese mercado y cada temporada le seguían llegando los pedidos, de forma tan precisa y regular como las fases de la luna.

Una noche de mediados de abril, mientras Hector y Nora llegaban al final de su clase del martes, Nora se volvió hacia él y le anunció que acababa de recibir una proposición de matrimonio. Aquella observación se formuló de improviso, sin relación alguna con nada de lo que estaban diciendo, y durante unos momentos Hector no estuvo seguro de haber entendido bien. Un anuncio de aquella clase solía ir acompañado de una sonrisa, incluso de ruidosas expresiones de alegría, pero Nora no sonreía, y no parecía contenta en absoluto de comunicarle la noticia. Hector le preguntó el nombre del afortunado joven. Nora sacudió la cabeza, fijó la vista en el suelo y se puso a manosear su vestido de algodón azul. Cuando volvió a levantar la cabeza, había lágrimas brillando en sus ojos. Empezó a mover los labios, pero antes de que lograra decir algo, se levantó bruscamente del sofá, se llevó la mano a la boca y salió corriendo del salón.

Desapareció antes de que él comprendiese lo que había pasado. Ni siquiera tuvo tiempo de llamarla, y cuando oyó que Nora subía corriendo las escaleras y luego cerraba de golpe la puerta de su habitación, comprendió que aquella noche no volvería a bajar. La clase había terminado. Debía marcharse, dijo para sí, pero pasaron unos minutos y no se movió del sofá. Finalmente, O'Fallon entró en el salón. Eran poco más de las nueve, y el Pelirrojo se encontraba en su habitual condición nocturna, pero no hasta el punto de perder el equilibrio. Clavó los ojos en Hector, y pasó largo rato observando a su empleado, mirándolo de arriba abajo mientras una pequeña y retorcida sonrisa se insinuaba en la parte inferior de su boca. Hector no habría sabido decir si era una sonrisa de lástima o de burla. Parecía las dos cosas, en cierto modo, una especie de compasivo desdén, si es que era posible algo así, y Hector lo encontró inquietante, una señal de enconada hostilidad que O'Fallon no mostraba desde hacía meses. Hector se levantó al fin y preguntó: ¿Es que va a casarse Nora? Su jefe dejó escapar una risita sarcástica. ¿Cómo coño voy a saberlo yo?, replicó. ¿Por qué no se lo pregunta usted? Y entonces, gruñendo en respuesta a su propia carcajada, O'Fallon dio media vuelta y salió de la habitación.

Dos noches después, Nora se disculpó por su arrebato. Ya se encontraba mejor, aseguró, y la crisis había pasado. Lo había rechazado, y eso era todo. Asunto concluido; nada de que preocuparse. Aunque buena persona, Albert Sweeney no era más que un crío, y estaba cansada de salir con críos, sobre todo con los que vivían a costa del dinero de su padre. Si se casaba alguna vez, sería con un hombre, con alguien que conociera el mundo y fuese capaz de abrirse paso en la vida por sí solo. Hector dijo que no podía reprocharse nada a Sweeney por el hecho de tener un padre rico. No era culpa suya, y, además, ¿qué había de malo en ser rico, de todos

modos? Nada, contestó Nora. Sólo que no quería casarse con él, eso era todo. El matrimonio era para siempre, y ella no daría el sí hasta que se presentara el hombre adecuado.

Nora pronto recobró su buen humor, pero las relaciones de Hector con O'Fallon parecieron haber entrado en una fase nueva e inquietante. El momento decisivo había sido el enfrentamiento en el salón, con la larga mirada y la risita desdeñosa y burlona, y a partir de aquella noche Hector se sintió vigilado. Cuando O'Fallon pasaba ahora por la tienda, no participaba en las transacciones ni en los tratos con los clientes. En vez de echar una mano o ponerse detrás de la caja registradora cuando había mucho movimiento, se instalaba en una butaca junto al expositor de raquetas de tenis y guantes de golf y se ponía a leer tranquilamente la prensa de la mañana, alzando la vista de cuando en cuando con aquella sonrisa cáustica que esbozaba con el labio inferior. Era como si considerase al subgerente como un divertido animal de compañía o un juguete mecánico. Hector le hacía ganar buen dinero, trabajando diez y once horas diarias para que él llevara prácticamente una vida de jubilado, pero todos sus esfuerzos sólo servían para que O'Fallon se mostrase más escéptico, más condescendiente. Sin abandonar su actitud cautelosa, Hector fingía no darse cuenta. No le venía mal que le tomaran por un bobo entusiasmado con el trabajo, razonaba él, y quizá tampoco que le llamasen *muchacho* o *el señor*[1], pero no podía sentirse mucho apego por un tipo así, y siempre que aparecía en la habitación, había que asegurarse de tener la espalda vuelta a la pared.

Pero cuando te invitaba a su club de campo, proponiéndote que le acompañaras para hacer dieciocho hoyos en una radiante mañana de domingo de primeros de

1. *Sic*, en el original. *(N. del T.)*

mayo, no se podía declinar la invitación. Y tampoco se le decía que no cuando te invitaba a comer en el Bluebell Inn, no ya una sino dos veces en el espacio de una sola semana, insistiendo en ambas ocasiones en que escogieras los platos más caros de la carta. Mientras siguiera sin conocer tu secreto, mientras no sospechara lo que estabas haciendo en Spokane, podías soportar la tensión de su continua vigilancia. La tolerabas precisamente porque te resultaba insoportable estar con él, porque te compadecías del ruinoso estado al que había llegado, porque cada vez que oías la cínica desolación que destilaba su voz, sabías que tú eras en parte responsable de todo aquello.

Su segundo almuerzo en el Bluebell Inn se produjo un miércoles de finales de mayo. Si Hector hubiese estado preparado para lo que iba a suceder, probablemente habría reaccionado de distinta manera, pero al cabo de veinticinco minutos de conversación insustancial, la pregunta de O'Fallon le cogió desprevenido. Aquella noche, cuando Hector volvió a su pensión, al otro extremo de la ciudad, escribió en su diario que, para él, el universo había cambiado de forma en un solo instante. *Me lo he perdido todo. Todo lo he entendido mal. La tierra es el cielo, el sol es la luna, los ríos son montañas. Miraba al mundo al revés.* Y seguidamente, con los acontecimientos de aquella tarde aún frescos en su memoria, escribió una transcripción literal de su conversación con O'Fallon.

Bueno, Loesser, le dijo súbitamente O'Fallon, explícame cuáles son tus intenciones.

No entiendo esa expresión, repuso Hector. Tengo un espléndido filete delante de mí y desde luego voy a comérmelo. ¿Es a eso a lo que se refiere?

Eres un tipo listo, *chico*.[1] Ya sabes lo que quiero decir.

1. *Sic*, en el original. *(N. del T.)*

Discúlpeme usted, señor, pero esas intenciones me confunden. No entiendo.

Intenciones a largo plazo.

Ah sí, ya entiendo. Se refiere al futuro, a mis planes para el futuro. Puedo decirle tranquilamente que mis únicas intenciones consisten en seguir como hasta ahora. Seguir trabajando para usted. Hacer todo lo que pueda por la tienda.

¿Y que más?

No hay más, señor O'Fallon. Se lo digo de corazón. Me ha dado usted una gran oportunidad, y estoy decidido a aprovecharla al máximo.

¿Y quién crees que me convenció para que te diera esa oportunidad?

No sé. Siempre pensé que era decisión suya, que era usted quien me la había dado.

Fue Nora.

¿La señorita O'Fallon? Nunca me ha dicho nada. No tenía ni idea de que fuese obra suya. Con tantas cosas como ya le debo, y ahora resulta que estoy aún más en deuda con ella. Me inclino humildemente ante lo que me acaba de decir.

¿Y te gusta verla sufrir?

¿Es que la señorita Nora sufre? ¿Y por qué habría de sufrir? Es una muchacha extraordinaria, llena de vida, y todo el mundo la admira. Sé que hay penas de familia que pesan en su corazón (tanto como en el suyo, señor), pero aparte de las lágrimas que de vez en cuando vierte por su hermana ausente, nunca la he visto de otro modo que alegre y optimista.

Es fuerte. Pone buena fachada.

Me duele oír eso.

Albert Sweeney le propuso matrimonio el mes pasado, y ella lo rechazó. ¿Por qué cree usted que lo hizo? El padre

de ese chico es Hiram Sweeney, el senador del Estado, el republicano más influyente del condado. Habría podido vivir de las rentas durante los próximos cincuenta años, y dijo que no. ¿Qué te parece, Loesser?

Me dijo que no le quería.

Exacto, porque quiere a otro. ¿Y quién crees que es ese otro?

Me resulta imposible contestar a esa pregunta. No sé nada sobre los sentimientos de la señorita Nora, señor.

No serás mariquita, ¿verdad, Herman?

¿Cómo dice, señor?

Mariquita. Sarasa. Homosexual.

Por supuesto que no.

¿Por qué no haces algo, entonces?

Habla usted en clave, señor O'Fallon. No comprendo.

Estoy cansado, hijo. Ya no tengo motivos para vivir, aparte de una cosa, y cuando ese asunto esté arreglado, lo único que quiero es estirar tranquilamente la pata. Ayúdame, y estoy dispuesto a hacer un trato contigo. No tienes más que decir una palabra, *amigo*,[1] y todo será tuyo. La tienda, el negocio, todo el tinglado.

¿Me está proponiendo venderme su negocio? No tengo dinero. No estoy en situación de hacer tales tratos.

El verano pasado te presentaste en la tienda pidiendo trabajo, y ahora estás llevando la tienda. Se te da bien, Loesser. Nora no se equivocaba contigo, y no voy a interponerme en su camino. Ya he dejado de interponerme en el camino de nadie. Lo que quiera, lo tendrá.

¿Por qué no hace más que hablar de la señorita Nora? Creía que me estaba proponiendo un trato de negocios.

Así es. Pero a condición de que estés dispuesto a hacerme ese favor. Y no es que te pida algo que no quieras

1. *Sic*, en el original. *(N. del T.)*

hacer. Me doy perfectamente cuenta de la forma en que os miráis los dos. Lo único que tienes que hacer es dar el paso.

Pero ¿qué está diciendo, señor O'Fallon?

Contéstate tú mismo.

No puedo, señor. No puedo, es la verdad.

Nora, estúpido. Es de ti de quien está enamorada.

Pero yo no soy nada, nada en absoluto. Nora no puede quererme.

Puede que tú creas eso, y que yo también lo crea, pero los dos nos equivocamos. La chica tiene el corazón destrozado, y maldita sea si voy a quedarme de brazos cruzados viéndola sufrir. Ya he perdido a dos hijas, y eso no va a pasarme más.

Pero yo no debo casarme con Nora. Soy judío, y esas cosas no están permitidas.

¿Qué clase de judío?

Un judío. Sólo hay una clase de judío.

¿Crees en Dios?

¿Y qué más da? No soy como usted. Vengo de otro mundo.

Contesta a la pregunta. ¿Crees en Dios?

No, no creo en Dios. Creo que el hombre es la medida de todas las cosas. Las buenas y las malas.

Entonces somos de la misma religión. Somos iguales, Loesser. La única diferencia es que tú entiendes el dinero mejor que yo. Lo que significa que serás capaz de ocuparte de ella. Eso es lo único que quiero. Ocúpate de Nora, y luego podré morirme en paz.

Me pone en una situación difícil, señor.

Tú no sabes lo que es difícil, *hombre*.[1] Le haces la proposición antes de fin de mes o te despido. ¿Entiendes? Te

1. *Sic*, en el original. *(N. del T.)*

pongo de patitas en la calle y luego te mando fuera del estado de una patada en el culo.

Hector le ahorró la molestia. Cuatro horas después de salir del Bluebell Inn, cerró la tienda por última vez, volvió a su habitación y se puso a hacer la maleta. En un determinado momento de la noche, pidió prestada la Underwood a su patrona y escribió una carta a Nora, firmando al pie de la página con las iniciales H. L. No podía correr el riesgo de dejarle una muestra de su escritura, pero tampoco podía marcharse sin una explicación, sin inventarse alguna historia que justificase su repentina y misteriosa marcha.

Le dijo que estaba casado. Era la mentira más grande que se le ocurrió, pero en el fondo era menos cruel de lo que habría sido un rechazo total y absoluto. Su mujer había caído enferma en Nueva York, y tenía que volver corriendo para atender la emergencia. Nora se quedaría pasmada, desde luego, pero una vez que comprendiera que nunca había habido la menor esperanza para ellos, que Hector no era libre desde el principio, sería capaz de rehacerse de la decepción sin que le quedaran cicatrices duraderas. O'Fallon quizá percibiese el engaño, pero aun cuando el viejo comprendiera la verdad, no era probable que se la comunicase a Nora. Su preocupación consistía en proteger los sentimientos de su hija, ¿y por qué iba a poner objeciones a la supresión de aquel incómodo don nadie que se había metido como un gusano en su corazón? Se alegraría de librarse de Hector, y poco a poco, a medida que se fuera asentando la polvareda, el joven Sweeney empezaría a volver por allí, y Nora recobraría el sentido común. En la carta, Hector le agradecía todas las amabilidades que había tenido para con él. Jamás la olvi-

daría, afirmaba. Era un espíritu luminoso, una mujer que sobresalía entre todas las demás, y sólo el hecho de conocerla en el breve tiempo que había pasado en Spokane había cambiado su vida para siempre. Todo cierto, y a la vez, todo falso. Cada frase una mentira, pese a la convicción con que estaba escrita cada palabra. Esperó hasta las tres de la mañana, y entonces volvió a la casa y metió la carta por debajo de la puerta principal: igual que su hermana muerta, Brigid, en un gesto similar dos años y medio antes, había deslizado una carta bajo la puerta de su casa.

Intentó suicidarse al día siguiente en Montana, contó Alma, y tres días después volvió a intentarlo en Chicago. La primera vez, se metió el revólver en la boca; la segunda, apoyó el cañón contra el ojo izquierdo. Pero en ninguna de ambas ocasiones fue capaz de llevarlo a término. Se había alojado en un hotel de South Wabash, en la periferia del Barrio Chino, y después del segundo intento fallido salió a la sofocante noche de junio, buscando un sitio para emborracharse. Si podía meterse el alcohol suficiente en las venas, quizá tuviera valor para saltar al río y ahogarse antes de que acabara la noche. Ese era su plan, en cualquier caso, pero no mucho después de salir en busca de la botella, dio por casualidad con algo mejor que la muerte, mejor que la simple condenación que andaba buscando. Se llamaba Sylvia Meers, y bajo su dirección Hector aprendió que podía continuar suicidándose sin tener que concluir la tarea. Fue ella quien le enseñó a beber su propia sangre, quien le instruyó en los placeres de devorar su propio corazón.

La encontró en un tugurio de la calle Rush, de pie frente a la barra cuando él fue a pedir la segunda copa.

No era gran cosa, pero el precio que pedía era tan insignificante que Hector se sorprendió aceptando sus condiciones. De todas formas estaría muerto antes de que acabara la noche, ¿y qué podía ser más apropiado que pasar sus últimas horas de vida con una puta?

Lo llevó a una habitación del White House, un hotel de la acera de enfrente, y cuando concluyeron su asunto en la cama, ella le preguntó si quería hacerlo otra vez. Hector declinó la invitación, explicando que no tenía dinero para otra ronda, pero cuando ella le dijo que no le cobraría, Hector se encogió de hombros y dijo por qué no, antes de proceder a montarla por segunda vez. El bis acabó pronto con otra eyaculación, y Sylvia Meers sonrió. Felicitó a Hector por su hazaña, y luego le preguntó si creía que era capaz de repetirla. No inmediatamente, repuso Hector, pero si le daba media hora, probablemente no habría dificultad. Eso no me satisface, dijo ella. Si podía lograrlo en veinte minutos, le invitaría otra vez, pero se le tenía que volver a enderezar en diez. Echó un vistazo al reloj de la mesilla de noche. Diez minutos a partir de ahora, anunció, desde el momento en que el segundero pasara de las doce. Ese era el trato. Diez minutos para ponerse a funcionar, y luego otros diez para terminar la tarea. Pero si se le aflojaba en cualquier momento de la operación, tendría que pagarle la vez anterior. Esa era la multa. Tres veces por el precio de una, o si no apoquinaba por la sesión entera. ¿Qué iba a hacer? ¿Quería marcharse ya, o creía que era capaz de lograrlo aunque lo presionaran de aquella forma?

Si no hubiera sonreído mientras le hacía la pregunta, Hector habría pensado que estaba loca. Las putas no iban ofreciendo sus servicios gratis, y no lanzaban desafíos a la virilidad de sus clientes. Eso correspondía a las especialistas del látigo y a las que odiaban secretamente a los hom-

bres, a las que traficaban con el sufrimiento y las humillaciones estrafalarias, pero Meers tenía aspecto de chica corriente y desenfadada, y antes que burlarse de él lo que pretendía era convencerle para que se prestara a un juego. No, no a un juego exactamente, sino a un experimento, a una investigación científica sobre la capacidad copulativa de un miembro por dos veces agotado. ¿Podía resucitarse a un muerto?, parecía preguntarle. Y en caso afirmativo, ¿cuántas veces? No se admitían conjeturas. Con objeto de llegar a resultados concluyentes, el estudio debía llevarse a cabo en estrictas condiciones de laboratorio.

Hector le devolvió la sonrisa. Meers estaba despatarrada en la cama con un cigarrillo en la mano: confiada, tranquila, enteramente a gusto con su desnudez. ¿Qué ganaría ella con eso?, quiso saber Hector. Dinero, contestó ella. Montones de dinero. Ésa sí que era buena, observó Hector. De modo que estaba ofreciéndoselo por nada, y al mismo tiempo hablaba de enriquecerse. ¿No era de tontos? De tontos no, replicó ella, de listos. Se podía ganar dinero, y si en los próximos nueve minutos se le empinaba otra vez, él también podía ganárselo.

Apagó el cigarrillo y empezó a pasarse las manos por el cuerpo, acariciándose los pechos y alisándose el vientre con la palma de las manos, deslizándose la punta de los dedos por el interior de los muslos, tocándose el vello púbico, la vulva y el clítoris, abriéndose a él mientras le enseñaba la lengua entre los labios separados. Hector no era inmune a aquellas clásicas provocaciones. Lenta pero firmemente, el muerto iba saliendo de su tumba, y cuando observó lo que pasaba, Meers emitió un leve y obsceno plañido gutural, una sola nota prolongada que parecía aunar la aprobación y el estímulo. Lázaro respiraba de nuevo. Se puso boca abajo, murmurando una retahíla de indecencias y gimiendo de fingida excitación, y luego le-

vantó el culo en el aire y le dijo que se metiera dentro de ella. Hector no estaba preparado del todo, pero cuando apretó el pene contra los rojizos pliegues de sus labios, se le endureció lo suficiente para penetrarla. No le quedaba mucho, al final, pero algo le salió además de sudor, lo bastante para hacer una demostración válida, en cualquier caso, y cuando se apartó de ella y se derrumbó entre las sábanas, ella se volvió hacia él y lo besó en los labios. Diecisiete minutos, anunció. Lo había hecho tres veces en menos de una hora, y eso era justo lo que ella andaba buscando. Si quería entrar en el negocio, lo aceptaba como pareja.

Hector no tenía idea de lo que estaba hablando. Meers se lo explicó, y como seguía sin entender lo que intentaba decirle, se lo volvió a explicar. Había hombres, le dijo, millonarios de Chicago, ricachones de todo el Medio Oeste que estaban dispuestos a pagar buen dinero por ver follar a la gente. Ah, repuso Hector, te refieres a películas verdes, a cine porno. No, replicó Meers, nada de trucos de ésos. Números en vivo. Polvos de verdad delante de un público de verdad.

Llevaba un tiempo haciendo eso, le informó, pero el mes pasado habían detenido a su pareja por un robo con escalo que terminó en chapuza. Pobre Al. De todos modos, bebía demasiado y le costaba trabajo empalmarse. Aunque no lo hubieran puesto fuera de servicio, probablemente habría sido hora de buscarle un sustituto. En los últimos quince días, tres o cuatro candidatos habían sobrevivido a la prueba, pero ninguno de aquellos tipos podía compararse con Hector. Le gustaba su cuerpo, le dijo, le gustaba sentir su polla, y pensaba que los rasgos de su cara eran tremendamente atractivos.

Ah, no, replicó Hector. No enseñaría la cara. Si quería que trabajase con ella, tendría que llevar una máscara.

No era por escrúpulos. Sus películas habían tenido éxito en Chicago, y no podía correr el riesgo de que lo reconociesen. Ya iba a ser bastante difícil cumplir su parte del trato, y no veía cómo podría hacerlo si estaba muerto de miedo, si cada vez que se presentara delante del público temiese que alguien dijera su nombre en voz alta. Aquélla era su única condición, concluyó. Si le dejaba taparse la cara, podía contar con él.

Meers no estaba convencida. ¿Por qué iba a enseñar la minina a todo el mundo y no dejar que nadie le viese la cara? Si ella fuese hombre, le aseguró, estaría orgullosa de tener lo que él tenía. Querría que todo el mundo supiese que era suyo.

Pero el público no iría a verlo a él, arguyó Hector. La estrella era Meers, y cuanto menos pensara el público en quién era él, más excitante resultaría su espectáculo. Si se tapaba con una máscara, ya no tendría personalidad, ni rasgos característicos, nada que se interpusiera en las fantasías de los hombres que acudieran a verlos. No querían verle joder a él, afirmó Hector, sino imaginar que eran ellos quienes se la estaban follando a ella. Convertido en un personaje anónimo, sólo sería el motor del deseo masculino, el representante de todos los hombres del público. Don Semental, el de rígida planta, tirándose sin parar a la insaciable Doña Coño. Todos los hombres, y por tanto, cualquier hombre. Pero sólo una mujer, concluyó Hector, una sola mujer por siempre jamás, que se llamaba Sylvia Meers.

A Meers le convenció el argumento. Era su primera lección de táctica del espectáculo, y aunque no entendía todo lo que Hector le explicaba, le gustaba el tono de su discurso, le encantaba que quisiera dejarle el papel de estrella. Para cuando la llamó Doña Coño, se estaba riendo a carcajadas. ¿Dónde había aprendido a hablar así?, le pre-

guntó. Nunca había conocido a un hombre capaz de hacer que algo pareciese tan sucio y tan bonito a la vez.

Lo sórdido tiene sus compensaciones, repuso Hector, utilizando deliberadamente un lenguaje superior. Si un hombre decide alojarse en su propia tumba, ¿qué mejor compañía podría tener que una mujer de sangre ardiente? Así morirá *más* despacio, y mientras esté unido carnalmente a ella, podrá vivir del olor de su propia corrupción.

Meers volvió a reír, incapaz de comprender el significado de las palabras de Hector. Le parecían sacadas de la Biblia, como las que utilizaban los predicadores y los evangelistas itinerantes, pero el pequeño poema de Hector sobre muerte y degeneración fue recitado con tanta calma, con una sonrisa tan amable y simpática en el rostro, que supuso que le estaba gastando una broma. Ni por un momento comprendió que acababa de confesarle sus secretos más íntimos, que tenía delante a un hombre que cuatro horas antes estaba sentado en la cama de la habitación de su hotel apoyándose en los sesos un revólver cargado por segunda vez en aquella semana. Hector se alegró. Cuando vio la falta de comprensión en sus ojos, se sintió afortunado por haber caído con una fulana tan lerda, tan corta de luces. Por mucho tiempo que pasara con ella, sabía que siempre estaría solo cuando estuvieran juntos.

Meers tenía poco más de veinte años y era una campesina de Dakota del Sur que, tras escaparse de casa a los dieciséis años, aterrizó en Chicago un año después y empezó a hacer la calle el mismo mes que Lindbergh atravesó el Atlántico. No tenía nada que cautivase, nada que la distinguiera de las mil putas que en aquel momento hubiera en otras tantas habitaciones de hotel. Rubia teñida, de cara redonda, ojos grises sin brillo y mejillas salpicadas de cicatrices de acné, se comportaba con cierta desen-

voltura de mujer fácil, pero no tenía magia alguna, ni encanto que mantuviera vivo durante algún tiempo el interés de nadie. Tenía el cuello demasiado corto en relación con el cuerpo, los senos menudos, un tanto caídos, y ya una leve acumulación de grasa en nalgas y caderas. Mientras establecían los términos del acuerdo (un reparto a sesenta y cuarenta, que a él le pareció más que generoso), Hector le dio de pronto la espalda, pensando que le resultaría, imposible seguir adelante si continuaba mirándola. ¿Qué ocurre, Herm?, le preguntó ella. ¿No te encuentras bien? Estoy perfectamente, repuso Hector, con los ojos todavía fijos en un trozo de escayola descascarillada en el otro extremo de la habitación. Nunca me he sentido mejor en la vida. Estoy tan contento, que me dan ganas de abrir la ventana y ponerme a gritar como un loco. Fíjate lo bien que me siento, cariño. Estoy verdaderamente loco, loco de alegría.

Seis días después, Hector y Sylvia dieron su primera representación pública. Entre su compromiso inicial a primeros de junio y su último espectáculo a mediados de diciembre, Alma calculaba que habían aparecido juntos unas cuarenta y siete veces. La mayor parte del tiempo trabajaban en Chicago y sus alrededores, pero a veces les llegaban reservas de sitios tan lejanos como Minneapolis, Detroit y Cleveland. Los locales iban desde clubs nocturnos a *suites* de hotel, de almacenes y burdeles a edificios de oficinas y casas particulares. Su público más numeroso se compuso de unos cien espectadores (en la fiesta de una asociación estudiantil de Normal, en Illinois), y el más reducido consistió en uno solo (en diez ocasiones distintas, repetidas para el mismo hombre). La actuación variaba en función de los deseos de los clientes. Unas veces, Hector y

Sylvia montaban pequeñas obras, con vestuario, diálogo y todo; y otras, se limitaban a aparecer desnudos y a joder en silencio. Las escenas se basaban en las más elementales ensoñaciones eróticas, y solían dar mejor resultado frente a un público reducido o medio. El número más famoso era el de enfermera y paciente. Parecía que a la gente le gustaba ver cómo Sylvia se despojaba del blanco uniforme almidonado, y nunca dejaba de aplaudir cuando empezaba a quitar las vendas de gasa del cuerpo de Hector. También estaba el Escándalo del Confesionario (que terminaba con el cura violando a la monja) y, más elaborada, la historia de los dos libertinos que se conocían en un baile de máscaras en la Francia prerrevolucionaria. En casi todos los casos, los espectadores eran exclusivamente masculinos. Las sesiones más concurridas solían ser más escandalosas (fiestas de solteros, celebraciones de aniversario), mientras que los pequeños grupos rara vez hacían ruido. Banqueros y abogados, políticos y hombres de negocios, atletas, corredores de bolsa y representantes de la riqueza ociosa: todos miraban con embelesada fascinación. La mayoría de las veces, al menos dos o tres se desabrochaban los pantalones y empezaban a masturbarse. Un matrimonio de Fort Wayne, en Indiana, que contrató los servicios del dúo para una representación privada en su casa, llegó a desnudarse y a hacer el amor durante la representación. Meers no se había equivocado, descubrió Hector. Podía ganarse mucho dinero si uno se atrevía a dar a la gente lo que quería.

Alquiló un apartamento pequeño en el North Side y, por cada dólar ganado, daba setenta y cinco centavos para fines benéficos. Introducía billetes de diez y veinte dólares en el cepillo de la iglesia Saint–Anthony, enviaba donaciones anónimas a la congregación B'nai Avraham, y repartía incalculables cantidades de monedas entre los mendigos

ciegos y tullidos que encontraba por las aceras de su barrio. Cuarenta y siete representaciones hacían un promedio de dos funciones a la semana. Lo que dejaba cinco días libres, que en su mayor parte Hector pasaba recluido, encerrado en su apartamento, leyendo libros. Su mundo se había escindido en dos, observó Alma, y su mente y su cuerpo ya no se hablaban. Era exhibicionista y ermitaño, depravado furibundo y monje solitario, y si logró sobrevivir durante tanto tiempo a esas contradicciones internas, sólo fue porque adormeció voluntariamente su conciencia. Se acabó la lucha por ser bueno, se terminó la farsa de creer en las virtudes de la renunciación. Su cuerpo había tomado ahora el mando, y cuanto menos pensaba en lo que hacía su cuerpo, más satisfactoriamente lograba hacerlo. Alma observó que durante ese periodo dejó de escribir en su diario. Las únicas anotaciones eran breves y escuetas indicaciones de la hora y el lugar de sus trabajos con Sylvia: página y media en seis meses. Ella lo interpretaba como una señal del miedo que tenía a mirarse a sí mismo, el comportamiento de alguien que hubiera tapado todos los espejos de su casa.

Sólo tuvo algún problema la primera vez, o justo antes de la primera vez, cuando aún no estaba seguro de si estaría a la altura de las circunstancias. Afortunadamente, Sylvia había concertado aquella representación para un público compuesto por un solo hombre. Eso lo hizo soportable en cierta medida: mostrarse en público de forma privada, con sólo dos ojos fijos en él, y no veinte o cincuenta, o incluso cien. En aquella ocasión, los ojos eran de Archibald Pierson, un juez jubilado de setenta años, que vivía solo en un caserón estilo Tudor en Highland Park. Sylvia ya había ido una vez con Al, y cuando ella y Hector subieron a un taxi en la noche de marras y se dirigieron a su destino en los barrios residenciales, le advirtió

que probablemente tendrían que hacerlo dos veces, incluso tres quizá. El vejestorio se había encaprichado de ella, le dijo. Llevaba semanas llamándola, desesperado por saber cuándo volvía, y poco a poco ella fue regateando el precio hasta conseguir doscientos cincuenta dólares por polvo, el doble de la ultima vez. Yo no soy manca cuando se trata de sacar pasta, declaró con orgullo. Si dejamos satisfecho a ese primo, mi querido Hermie, nos vamos a llenar los bolsillos.

Resultó que Pierson era un anciano tímido y nervioso, delgado como el punzón de un zapatero, con una abundante y repeinada cabellera blanca y enormes ojos azules. Se había puesto para la ocasión una chaqueta de esmoquin de terciopelo verde, y mientras acompañaba a Hector y a Sylvia al salón, no hacía más que aclararse la garganta y alisarse la parte delantera de la chaqueta, como si se sintiera incómodo con aquel atuendo de petimetre. Primero les ofreció cigarrillos y una copa (que ambos declinaron), y luego les anunció que como acompañamiento a su representación pensaba poner en el fonógrafo un disco del *Sexteto de cuerda número uno en si bemol* de Brahms. Sylvia soltó una risita tonta al oír la palabra *sexteto*, sin saber que se refería al número de instrumentos de la composición, pero el juez no hizo comentario alguno. Pierson felicitó entonces a Hector por la máscara —que Hector se había puesto antes de entrar en la casa— y dijo que la encontraba fascinante, un toque magistral. Creo que me va a gustar, afirmó. La felicito, Sylvia, por la elección de su pareja. Este es infinitamente más apuesto que Al.

Al juez le gustaban las cosas sencillas. No le interesaban ni los vestidos provocativos, ni los diálogos sensuales ni las escenas artificialmente dramáticas. Lo único que quería era mirar sus cuerpos, les dijo, y una vez acabada la conversación preliminar, les ordenó que fueran a desnu-

darse a la cocina. Durante su ausencia, puso la música, apagó las luces y encendió velas en media docena de sitios diferentes de la estancia. Era teatro sin teatro, una cruda representación de la vida misma. Hector y Sylvia tenían que entrar desnudos en la habitación, y luego dedicarse directamente al asunto en la alfombra persa. Eso era todo. Hector haría el amor con Sylvia, y cuando llegara el momento culminante, debía retirarse de ella y eyacular sobre sus pechos. A eso se reducía todo, comentó el juez. El chorro era esencial, y cuanto más distancia recorriera por el aire, más satisfecho quedaría.

Cuando se hubieron desnudado en la cocina, Sylvia se acercó a Hector y empezó a pasarle las manos por el cuerpo. Le besó en el cuello, le echó hacia atrás la máscara para besarle en el rostro y, ahuecando la mano, le cogió el fláccido pene y lo acarició hasta que se puso tieso. Hector se alegró de que se le hubiera ocurrido lo de la máscara. Le hacía menos vulnerable, le daba menos vergüenza exhibirse ante el anciano, pero seguía nervioso, y acogió con alivio el cálido contacto de Sylvia, agradeciendo que intentara quitarle la crispación. Por muy estrella que fuera, sabía que la carga de la prueba recaía sobre él. Hector no podía fingir como ella; no podía limitarse a repetir los gestos de un placer simulado y hacer como que disfrutaba. Tenía que emitir algo tangible al final del espectáculo, y a menos que se entregara a ello con auténtica convicción, no tendría la menor posibilidad de conseguirlo.

Aparecieron en el salón cogidos de la mano, dos salvajes desnudos en un jungla de espejos con marco dorado y escritorios Luis XV. Pierson ya estaba instalado en su butaca al fondo de la estancia: un enorme sillón de orejas, de cuero, que parecía engullirlo, haciéndole aún más delgado y más seco de lo que era. A su derecha tenía el fonógrafo, con el sexteto de Brahms dando vueltas en el plato. A su

izquierda, un mueble bajo, de caoba, cubierto de cajas lacadas, estatuillas de jade y otros costosos objetos chinos. Era una habitación llena de nombres y objetos inamovibles, un enclave de pensamientos. Nada podía haber resultado más incongruente en aquella atmósfera que la erección que Hector llevaba con él, que el espectáculo de verbos que de pronto empezó a desarrollarse a tres metros del sillón del juez.

Si el anciano disfrutaba de lo que veía, no mostraba signo exterior alguno de placer. Se puso en pie dos veces durante la representación para cambiar el disco, pero aparte de esas breves interrupciones mecánicas, permaneció todo el tiempo en la misma postura, sentado en su trono de cuero con una pierna cruzada sobre la otra y las manos en el regazo. No se tocó, no se desabotonó los pantalones, no sonrió, no hizo el menor ruido. Sólo al final, en el momento en que Hector se retiró de Sylvia y se produjo la deseada erupción, pareció que un leve y tembloroso eco contraía la garganta del juez. Casi como un sollozo, pensó Hector; o quizá, apenas nada en absoluto.

Esa fue la primera vez, dijo Alma, pero también fue la quinta y la undécima y la decimoctava y otras seis veces más, Pierson se convirtió en su cliente más fiel, y una y otra vez volvieron a la casa de Highland Park para revolcarse en la alfombra y recoger su dinero. Nada hacía a Sylvia más feliz que aquel dinero, según comprendió Hector, y al cabo de un par de meses había ganado con el espectáculo lo suficiente para dejar de vender sus encantos en el hotel White House. No todo iba a su bolsillo, pero incluso después de entregar el cincuenta por ciento al hombre que llamaba su protector, ganaba dos o tres veces más que antes. Sylvia era una paleta inculta, una arribista zafia y semianalfabeta que se expresaba en una confusión de incongruencias y alucinantes despropósitos, pero de-

mostró tener buena cabeza para los negocios. Era ella quien contrataba las representaciones, negociaba con los clientes y se ocupaba de todas las cuestiones prácticas: el transporte hasta el lugar de trabajo y la vuelta, alquiler de vestuario, búsqueda de nuevos contratos. Hector nunca tenía que ocuparse de esos detalles. Sylvia le llamaba para comunicarle cuándo y dónde tenían que presentarse, y lo único que debía hacer era esperar que ella pasara por su apartamento a recogerlo en taxi. Aquéllas eran las normas tácitas, las fronteras de su relación. Trabajaban, follaban, ganaban dinero juntos, pero nunca intentaron hacer amistad, y excepto por las veces que tenían que ensayar un nuevo número, sólo se veían a la hora del espectáculo. Desde el principio, Hector supuso que estaba a salvo con ella. No le hacía preguntas ni hurgaba en su pasado, y en los seis meses y medio que trabajaron juntos, nunca la vio mirar un periódico y menos aún interesarse por las noticias. Una vez, de manera indirecta, él mencionó de pasada al cómico del cine mudo que había desaparecido unos años atrás. ¿Cómo se llamaba?, preguntó, chasqueando los dedos y fingiendo buscar la respuesta en su memoria, pero cuando Sylvia reaccionó con aquella mirada suya, perdida e indiferente, Hector pensó que nunca había oído hablar del suceso. En cierto momento, sin embargo, alguien debió de contárselo. Hector nunca se enteró de quién había sido, pero sospechaba que era el novio de Sylvia, su presunto chulo, Biggie Lowe, una masa de ciento veinte kilos de peso que había empezado de gorila en una sala de baile de Chicago y ahora trabajaba de gerente nocturno del hotel White House. Quizá fue Biggie quien se lo propuso, llenándole la cabeza con historias de dinero fácil y planes infalibles de chantaje, o puede que Sylvia actuara por su cuenta y riesgo, tratando de sacarle unos cuantos dólares más. Fuera como fuese, la avaricia se

apoderó de ella, y una vez que Hector descubrió lo que estaba planeando, no pudo hacer otra cosa que largarse.

Ocurrió en Cleveland, menos de una semana antes de Navidad. Habían ido en tren, invitados por un acaudalado fabricante de neumáticos, acababan de hacer el número de los libertinos franceses ante un público de unas tres docenas de hombres y mujeres (que se habían reunido en casa del industrial para participar en una orgía semestral privada) y estaban en el asiento trasero de la limusina de su anfitrión, de camino al hotel donde pararían a dormir unas horas antes de volver a Chicago la tarde siguiente. Les habían pagado una suma sin precedentes: mil dólares por una sola sesión de cuarenta minutos. La parte de Hector debía sumar cuatrocientos dólares, pero cuando Sylvia contó el dinero del magnate de los neumáticos, sólo entregó a su socio doscientos cincuenta.

Eso es el veinticinco por ciento, objetó Hector. Todavía me debes un quince.

Me parece que no, replicó Meers. Eso es lo que te toca, Herm, y yo en tu lugar daría gracias por la suerte que tienes.

¿Ah, sí? ¿Y a qué se debe ese repentino cambio en la política fiscal, querida Sylvia?

Nada de política, tío. Se trata de dólares y centavos. Resulta que tengo pruebas que acusan a cierto individuo, y si no quieres que empiece a darle a la lengua por toda la ciudad, te conformarás con el veinticinco. Se acabó el cuarenta. Esa época está muerta y enterrada.

Follas como una princesa, cariño. Entiendes la jodienda mejor que ninguna mujer que haya conocido, pero te encuentras con muchas carencias a la hora de pensar, ¿verdad? Que quieres establecer un nuevo acuerdo, pues vale. Me lo dices y hablamos. Pero no cambies las normas sin consultarme primero.

Muy bien, mister Hollywood. Entonces deja de ponerte la máscara. Si te la quitas, a lo mejor reconsidero las cosas.

Ya veo. Así que a eso es a lo que vamos.

Cuando un tío no quiere que le vean la cara, es que tiene un secreto, ¿no? Y cuando una chica se entera de cuál es ese secreto, el panorama cambia totalmente. Yo hice un trato con Herm. Pero al final resulta que no es Herm, ¿verdad? Se llama Hector, y ahora tenemos que empezar otra vez desde el principio.

Ella podía empezar de nuevo tantas veces como quisiera, pero no iba a ser con él. Cuando la limusina paró frente al hotel Cuyahoga unos segundos después, Hector le dijo que seguirían hablando por la mañana. Quería consultarlo con la almohada, le dijo, pensarlo un poco antes de tomar una decisión, pero estaba seguro de que llegarían a un arreglo satisfactorio para los dos. Luego le besó la mano, como siempre hacía al separarse de ella después de una representación: el gesto entre burlón y caballeresco que se había convertido en su despedida habitual. Por la sonrisita triunfal que apareció en el rostro de Sylvia cuando le cogió la mano y se la llevó a los labios, Hector comprendió que no tenía ni idea de lo que acababa de hacer. Con aquel chantaje no lograría incrementar su parte de las ganancias, sino que se había cargado el espectáculo.

Subió a su habitación, al séptimo piso, y durante veinte minutos permaneció inmóvil frente al espejo, apretándose el cañón del revólver contra la sien derecha. Estuvo a punto de apretar el gatillo, prosiguió Alma, mucho más cerca que las otras dos veces, pero cuando de nuevo le flaqueó la voluntad, dejó el revólver sobre la mesa y se marchó del hotel. Eran las cuatro y media de la mañana. Ca-

minó hasta la estación de autobuses Greyhound, a doce manzanas hacia el norte, y sacó un billete para el siguiente autocar, o para el que venía después del siguiente. El de las seis iba a Youngstown, en dirección este, y el de las seis y cinco se dirigía en dirección contraria. La novena parada del autobús que iba hacia el oeste era Sandusky, la ciudad donde nunca había pasado su infancia. Recordando lo bonita que una vez le había parecido esa palabra, Hector decidió encaminarse allí; sólo para ver cómo era su pasado imaginario.

Era la mañana del veintiún de diciembre de 1931. Sandusky estaba a noventa kilómetros, y se pasó durmiendo la mayor parte del viaje, despertándose sólo cuando el autobús llegó a la terminal dos horas y media después. Llevaba un poco más de trescientos dólares en el bolsillo; los doscientos cincuenta de Meers, otros cincuenta que había metido en la cartera antes de salir de Chicago el día veinte, y el cambio de los diez con que había pagado el billete. Fue a la cantina de la estación y pidió el desayuno especial: huevos con jamón, tostada, patatas fritas, zumo de naranja y café a voluntad. A mitad de la tercera taza, preguntó al camarero de detrás de la barra si había algo que ver en la ciudad. Estaba de paso, explicó, y dudaba de que pudiera volver por allí otra vez. Sandusky no es gran cosa, contestó el camarero. No es más que una ciudad pequeña, ya sabe, pero yo en su lugar iría a ver Cedar Point. Allí está el parque de atracciones. Hay montañas rusas, tiovivos, el tren fantasma, la ola, todas esas cosas. Ahí fue donde Knute Rockne inventó el pase hacia delante, a propósito, por si es usted aficionado al fútbol americano. Está cerrado durante el invierno, pero quizá valga la pena echarle un vistazo.

El camarero le dibujó un pequeño plano en una servilleta de papel, pero en vez de torcer a la derecha al pasar la

estación de autobuses, Hector tomó por la izquierda. Lo que le condujo a la calle Camp en lugar de a la avenida Columbus, y entonces, para agravar la equivocación, volvió a torcer a la izquierda por West Monroe en lugar de a la derecha. Hasta que no se encontró en la calle King no se dio cuenta de que iba en dirección equivocada. Por ningún sitio veía la península, y en vez de norias y tiovivos se encontró con una deprimente explanada de fábricas ruinosas y almacenes vacíos. Un tiempo frío y gris, amenaza de nieve en el aire, y un perro sarnoso con sólo tres patas, la única criatura viviente en un radio de cien metros.

Hector dio media vuelta y empezó a volver sobre sus pasos, y en ese mismo instante, explicó Alma, le invadió un sentimiento de inutilidad, un cansancio tan grande, tan implacable, que tuvo que apoyarse en la fachada de un edificio para no caerse. Un viento helador soplaba del lago Erie, y aun cuando sintió su acometida en el rostro, no estaba seguro de si el viento era real o fruto de su imaginación. No sabía en qué mes estaban, qué año era. No recordaba su nombre. Ladrillos y adoquines, su aliento flotando en el aire, y el perro de tres patas que daba cojeando la vuelta a la esquina y se perdía de vista. Era una imagen de su propia muerte, comprendió más tarde, el retrato de un alma perdida, y mucho después de recobrar el aliento y seguir adelante, una parte de él siguió allí, de pie en aquella calle desierta de Sandusky, Ohio, respirando con dificultad mientras se le escapaba lentamente la existencia.

A las diez y media se encontraba en la avenida Columbus, abriéndose paso entre una muchedumbre que hacía las compras de Navidad. Pasó frente al cine Warner Bros., el salón de manicura Ester Ging y la zapatería Capozzi, vio cómo la gente entraba y salía de Kresge's,

Montgomery Ward y Woolworth's, observó a un solitario Santa Claus del Ejército de Salvación que tocaba una campanilla de bronce. Al llegar al Commercial Banking and Trust Company, decidió entrar para cambiar un par de billetes de cincuenta por unos cuantos de cinco, diez y uno. Era una operación insignificante, pero no se le ocurría otra cosa que hacer en ese momento, y en vez de seguir deambulando en círculos, pensó que no sería mala idea estar dentro aunque sólo fuese unos minutos, para entrar un poco en calor.

Para su sorpresa, el banco estaba lleno de clientes. Hombres y mujeres hacían cola de ocho y diez en fondo frente a las cuatro ventanillas con rejas de los cajeros, alineadas a lo largo de la pared de la izquierda. Hector se dirigió al final de la cola más larga, que era la segunda a partir de la puerta. Un momento después de ponerse en su sitio, una joven se puso en la cola que había a su izquierda. Parecía tener poco más de veinte años, y llevaba un grueso abrigo de lana con cuello de piel. Como no tenía nada mejor que hacer en aquel momento, Hector se puso a estudiarla con el rabillo del ojo. Tenía un rostro admirable y a la vez interesante, pensó, de pómulos altos y barbilla graciosamente definida, y le gustaba la mirada reflexiva y autosuficiente que descubrió en sus ojos. En los viejos tiempos, habría empezado a hablar inmediatamente con ella, pero ahora se contentó sólo con mirar, preguntándose cómo sería el cuerpo que ocultaba el abrigo e imaginando los pensamientos que bullían en el interior de aquella cabeza atractiva y encantadora. En un momento dado, ella dirigió inadvertidamente la mirada hacia donde él estaba y, al darse cuenta de la avidez con que tenía clavados los ojos en ella, le dedicó una sonrisa breve y enigmática. Hector movió la cabeza en respuesta a su sonrisa, al tiempo que le sonreía a su vez, y un momento

después la expresión de la muchacha cambió. Entrecerró los ojos con aire de perplejidad, lo miró con ceño inquisitivo y Hector comprendió que le había reconocido. No cabía duda: había visto sus películas. Su rostro le resultaba conocido, y aunque no recordaba quién era, no tardaría más de treinta segundos en encontrar la respuesta.

Aquello le había ocurrido varias veces en los últimos tres años, y siempre se las había arreglado para largarse antes de que empezaran a hacerle preguntas. Pero justo cuando se disponía a hacerlo otra vez, se armó un gran revuelo. La muchacha estaba en la cola más próxima a la entrada, y como se había vuelto ligeramente hacia Hector, no vio que se abría una puerta a su espalda y entraba precipitadamente un hombre con un pañuelo rojo y blanco tapándole la cara. Llevaba un petate vacío en una mano y una pistola cargada en la otra. Era fácil saber que la pistola estaba cargada, observó Alma, porque lo primero que hizo el atracador fue disparar un tiro al techo. Al suelo, gritó, todo el mundo al suelo, y mientras los aterrorizados clientes hacían lo que el atracador les ordenaba, alargó el brazo y agarró a la primera persona que le pilló por delante. Todo fue una cuestión de distribución, arquitectura, topografía. La joven que estaba a la izquierda de Hector era la persona más próxima a la entrada, y por tanto fue a ella a quien cogió el atracador, que acabó apuntándole a la cabeza con la pistola. Que nadie se mueva, advirtió el hombre, que nadie se mueva o le salto la tapa de los sesos a esta pájara. Con gesto brusco y violento, la levantó en volandas y, medio a empujones medio arrastrándola, avanzó hacia las ventanillas. La llevaba cogida por detrás, rodeándole los hombros con el brazo izquierdo, el petate colgado del puño cerrado y, por encima del pañuelo, los ojos borrosos, desencajados, incandescentes de miedo. No

es que Hector tomase la decisión consciente de hacer lo que hizo, sino que en el momento en que su rodilla tocó el suelo, se puso de nuevo en pie. No pretendía hacerse el héroe, y desde luego tampoco quería que lo matasen, pero fuera cuales fuesen sus emociones del momento, el caso era que no sentía miedo. Rabia, quizá, y más que una ligera inquietud por si ponía en peligro a la chica, pero no miedo por él mismo. Lo importante era el ángulo de aproximación. Una vez que diera el paso, no habría tiempo de detenerse ni de corregir la dirección, pero si se precipitaba sobre el atracador a toda velocidad, embistiéndolo por el lado derecho —por donde llevaba el petate—, no tendría más remedio que apartarse de la muchacha para apuntarle a él con la pistola. Era la única reacción lógica. Cuando una bestia salvaje ataca de pronto, se olvida uno de todo menos de la bestia.

Y hasta ahí llegaba la historia de Hector, anunció Alma. Era capaz de contar todo lo sucedido hasta aquel momento, hasta el instante en que echó a correr hacia el atracador, pero no guardaba recuerdo alguno de la detonación, no se acordaba de la bala que le perforó el pecho derribándolo al suelo, no recordaba haber visto cómo se liberaba Frieda del atracador. Frieda se encontraba en mejor posición de ver lo que pasaba, pero como su única preocupación consistía en liberarse del abrazo del malhechor, también se perdió gran parte de lo que ocurrió a continuación. Vio que Hector caía al suelo, vio el agujero abierto en su chaqueta y la sangre que le brotaba a chorros, pero perdió de vista al asaltante y no se enteró de que trataba de huir. El disparo aún resonaba en sus oídos, y con tanta gente gritando y chillando a su alrededor, no oyó los otros tres tiros que el guardia del banco disparó por la espalda al atracador.

Pero ambos estaban seguros de la fecha. Quedó graba-

da en su memoria, y cuando Alma fue a consultar las microfichas en los sótanos del *Sandusky Evening Herald*, el *Plain Dealer* de Cleveland y otros periódicos locales, extintos y supervivientes, estuvo en condiciones de reconstruir por sí misma el resto de la historia. BAÑO DE SANGRE EN LA AVENIDA COLUMBUS. ATRACADOR MUERTO EN UN TIROTEO. EL HÉROE, TRASLADADO URGENTEMENTE AL HOSPITAL, decían algunos titulares. El hombre que casi acaba con la vida de Hector se llamaba Darryl Knox, alias Nutso Knox, de veintisiete años, antiguo mecánico de coches buscado en cuatro estados por una serie de asaltos a bancos y atracos a mano armada. Todos los periodistas celebraban su fallecimiento, llamando especialmente la atención sobre el magnífico disparo del guardia —que logró abatir a Knox justo cuando se escapaba por la puerta—, pero lo que más les interesaba era la audacia de Hector, que ensalzaban como la mayor demostración de valor que se había visto en aquellos parajes desde hacía muchos años. *La muchacha estaba perdida*, dijo uno de los testigos presenciales. *Si ese tío no hubiera cogido al toro por los cuernos, no me atrevo a pensar dónde estaría ahora esa chica.* La chica era Frieda Spelling, de veintidós años, descrita de forma muy diversa: a veces como pintora, a veces como recién licenciada en la Universidad Bernard (*sic*)[1] y hasta como hija del difunto Thaddeus P. Spelling, notable filántropo y banquero de Sandusky. En un artículo tras otro, expresaba su agradecimiento al hombre que le había salvado la vida. Había tenido tanto miedo, declaró, había estado tan convencida de que iba a morir... Rezaba para que se recuperase de las heridas.

La familia Spelling se ofreció a pagar los gastos médi-

1. «Barnard», famosa universidad de Nueva York, pionera en el acceso de las mujeres a la enseñanza superior. *(N. del T.)*

cos del héroe, pero durante las primeras setenta y dos horas no era seguro que fuera a salvarse. Estaba inconsciente cuando lo llevaron al hospital, y con aquel traumatismo y tanta pérdida de sangre, sólo le daban una mínima posibilidad de superar los peligros de la conmoción y la infección, y de salir de allí por su propio pie. Los médicos le extirparon el pulmón izquierdo, que había quedado destrozado, le quitaron las esquirlas de metralla alojadas en los tejidos cercanos al corazón, y le volvieron a coser. Para bien o para mal, Hector había encontrado su bala. No había pretendido que ocurriera de aquella manera, dijo Alma, pero lo que no había logrado hacer por sí solo, otro lo había hecho por él, y la ironía estaba en que Knox acabó haciendo una pifia. Hector sobrevivió a su cita con la muerte. Simplemente se quedó dormido y, al despertar de su largo sueño, olvidó que alguna vez había querido suicidarse. El dolor era demasiado espantoso para reflexionar sobre algo tan complejo. Le ardían las entrañas, y en lo único que podía pensar ahora era en respirar una vez más, en seguir respirando sin que lo consumieran las llamas.

Al principio, sólo tenían una idea muy vaga de quién era. Le vaciaron los bolsillos y examinaron el contenido de su cartera, pero no hallaron ni carné de conducir, ni pasaporte, ni documentos de identidad de clase alguna. Lo único que tenía nombre era una tarjeta de lector de una sucursal del distrito norte de la Biblioteca Pública de Chicago. H. Loesser, decía, pero no había ni dirección ni número de teléfono, nada que indicara su domicilio. Según los artículos publicados en la prensa a raíz del tiroteo, la policía estaba intentando obtener más información sobre él.

Pero Frieda sabía quién era; o al menos, creía saberlo. Había estudiado en una universidad de Nueva York, y en 1928, cuando tenía diecinueve años y estaba en segundo

de carrera, tuvo ocasión de ver seis o siete de las doce películas de Hector Mann. No porque le interesara el género cómico, sino porque las ponían con otros films, formaban parte del programa de dibujos animados y noticiarios que precedían a la película principal, de manera que conocía su personaje lo bastante bien como para reconocerlo a primera vista. Tres años después, cuando vio a Hector en el banco, la ausencia de bigote la desconcertó al principio. Su cara le sonaba, pero no estaba segura de quién era, y antes de que pudiera recordar su nombre, Knox apareció a su espalda y le puso la pistola en la cabeza. Pasaron veinticuatro horas antes de que pudiera pensar de nuevo en ello, pero cuando el terror de haber estado a punto de morir empezó a suavizarse un poco, la respuesta le vino en un destello de súbita y abrumadora certidumbre. No importaba que, según parecía, se llamara Loesser. Había leído las noticias sobre la desaparición de Hector en 1929, y si no estaba muerto, como creía la mayoría de la gente, entonces estaba viviendo con nombre supuesto. Lo que no tenía sentido es que hubiese aparecido en Sandusky, Ohio, pero lo cierto era que había muchas cosas incomprensibles, y si las leyes de la física estipulaban que toda persona ocupaba una determinada cantidad de espacio en el mundo —lo que significaba que todo el mundo debía encontrarse necesariamente en algún sitio—, entonces ¿por qué no podía ser ese sitio Sandusky, Ohio? Tres días después, cuando Hector salió del coma y empezó a hablar con los médicos, Frieda fue a verlo al hospital para darle las gracias por lo que había hecho. No podía hablar mucho, pero lo poco que dijo llevaba la huella indiscutible de cierto acento extranjero. Su voz le resolvió la cuestión, y cuando se inclinó para darle un beso en la frente antes de marcharse del hospital, supo sin ningún género de dudas que debía la vida a Hector Mann.

6

El aterrizaje me resultó menos difícil que el despegue. Me había preparado para tener miedo, para ser presa de otro frenesí de absurda sensiblería y disfunción espiritual, pero curiosamente, cuando el comandante nos anunció que íbamos a iniciar el descenso, me quedé impasible, sin inmutarme. Debe de haber una diferencia entre la subida y la bajada, razoné, entre la pérdida de contacto con el suelo y la vuelta a tierra firme. La primera era una despedida, la segunda una salutación, y quizá los principios eran más soportables que los finales, pensé, o a lo mejor es que había descubierto (simple y llanamente) que los muertos no están autorizados a gritar dentro de nosotros más que una vez al día. Me volví hacia Alma y la cogí del brazo. Había llegado a las primeras etapas del idilio de Hector con Frieda, y estaba contando la noche en que se derrumbó y le confesó todo para pasar luego a describir la sorprendente respuesta que dio Frieda a aquella confesión (La bala te absuelve, afirmó; tú me has devuelto la vida, ahora yo te devuelvo la tuya), pero cuando le puse la mano en el brazo, Alma dejó bruscamente de hablar, interrumpiéndose en medio de una frase, en medio de un pensamiento. Sonrió, se volvió hacia mí y me besó; pri-

mero en la mejilla, luego en la oreja y después en plena boca. Perdieron la cabeza el uno por el otro, declaró. Si no tenemos cuidado, a nosotros nos va a ocurrir lo mismo.

Escuchar aquellas palabras también debió de contribuir a aquella diferencia —ayudándome a tener menos miedo, menos tendencia al cataclismo interior—, pero que apropiado, finalmente, que el verbo *perder* apareciese en las dos frases que resumían mi historia de los últimos tres años. Un avión cae del cielo y todos los pasajeros pierden la vida. Una mujer pierde la cabeza por un hombre y un hombre también la pierde por ella, y ni por un instante mientras el avión desciende ninguno de ellos piensa en la muerte. En el aire, mientras la tierra giraba a nuestros pies mientras describíamos el último círculo, comprendí que Alma me estaba dando la posibilidad de una segunda vida, que aún tenía un futuro por delante de mí si me quedaba valor para avanzar hacia él. Escuché la música de los motores, que cambiaban de tonalidad. El ruido se intensificó en la cabina, las paredes vibraron, y entonces, casi como una ocurrencia de último momento, las ruedas del aparato tocaron tierra.

Tardamos algún tiempo en ponernos de nuevo en marcha. Hubo la apertura de la puerta hidráulica, la caminata para atravesar la terminal, la parada en los servicios de señoras y de caballeros, la búsqueda de un teléfono para llamar al rancho, la compra de agua para el viaje a Tierra del Sueño (Bebe todo lo que puedas, aconsejó Alma; las alturas engañan mucho por aquí, y es fácil deshidratarse), el rastreo del aparcamiento de larga estancia para encontrar la ranchera Subaru de Alma, y luego la última pausa para llenar el depósito de gasolina antes de salir a la carretera. Era la primera vez que estaba en Nuevo México. En circunstancias normales, habría contemplado

boquiabierto el panorama, señalando formaciones rocosas y cactus de contornos demenciales, preguntando el nombre de este monte o de aquel arbusto retorcido, pero ahora estaba demasiado pendiente de la historia de Hector para preocuparme de eso. Alma y yo atravesábamos uno de los parajes más Impresionantes de Norteamérica, pero a juzgar por el efecto que nos hacía bien podríamos estar sentados en una habitación con la luz apagada y las persianas echadas. En los días siguientes iba a recorrer varias veces aquella carretera, pero apenas recuerdo algo de lo que vi en aquel primer trayecto. Siempre que pienso en el viaje en el baqueteado coche amarillo de Alma, lo único que me viene a la memoria es el sonido de nuestras voces —su voz y mi voz, mi voz y su voz— y la suavidad del aire que entraba por un resquicio de la ventanilla. Pero el paisaje mismo permanece invisible. Tenía que estar allí, pero ahora me pregunto si me molestaría en mirarlo una sola vez. Y en caso de que lo hiciera, si no estaba demasiado distraído para darme cuenta de lo que veía.

Lo tuvieron en el hospital hasta principios de febrero, prosiguió Alma. Frieda iba a verlo todos los días, y cuando los médicos finalmente dictaminaron que se encontraba lo bastante fuerte para marcharse, convenció a su madre para que le permitiera restablecerse en su casa. Aún no estaba bien del todo. Tardó otros seis meses en valerse normalmente por sí mismo.

¿Y la madre de Frieda no puso inconvenientes? Seis meses es muchísimo tiempo.

Estaba encantada. Frieda era una rebelde por entonces, una de esas chicas liberadas que se habían criado en la bohemia de los últimos años veinte, y sólo sentía desprecio por Sandusky, Ohio. Los Spelling habían sobrevivido a la Gran Depresión con el ochenta por ciento de su fortuna intacta, lo que significaba que seguían formando

parte de lo que Frieda denominaba *el núcleo de la alta «buyuasí» del Medio Oeste*. Era un mundo estrecho de miras, de republicanos carcamales y mujeres chapadas a la antigua, donde los entretenimientos principales consistían en aburridos bailes en el club de campo y cenas prolongadas y embrutecedoras. Una vez al año, Frieda apretaba los dientes y volvía a casa a pasar las vacaciones de Navidad, soportando aquel ambiente horripilante para complacer a su madre y a su hermano casado, Frederick, que seguía viviendo en la ciudad con su mujer y sus dos hijos. El día dos o tres de enero regresaba a Nueva York, jurando no volver nunca más. Aquel año, por supuesto, no asistió a ninguna fiesta; pero tampoco volvió a Nueva York. En cambio, se enamoró de Hector. Por lo que a su madre tocaba, todo lo que retuviera a Frieda en Sandusky era algo positivo.

¿Quieres decir que tampoco ponía objeciones al matrimonio?

Frieda había declarado su rebelión mucho tiempo atrás. Justo la víspera del tiroteo, había anunciado a su madre que pensaba irse a vivir a París y que probablemente no volvería a poner los pies en Estados Unidos. Por eso estaba en el banco aquella mañana, para sacar dinero de su cuenta y comprar el billete. Lo último que la señora Spelling pensaba oír de labios de su hija era la palabra *matrimonio*. En vista de aquel milagroso cambio de actitud, ¿cómo no aceptar a Hector y acogerle en la familia con los brazos abiertos? La madre de Frieda no sólo no se opuso, sino que se encargó personalmente de organizar la boda.

Así que la vida de Hector empieza en Sandusky, al fin y al cabo. Elige por las buenas el nombre de una ciudad, se inventa un montón de mentiras y luego hace que esas mentiras se conviertan en realidad. Es muy extraño, ¿no

te parece? Chaim Mandelbaum pasa a ser Hector Mann, Hector Mann se transforma en Herman Loesser, ¿y luego qué? ¿En quién se convierte Herman Loesser? ¿Aún sabía quién era?

Volvió a ser Hector. Así es como lo llamaba Frieda, Así es como lo llamamos todos. Cuando se casaron, Hector volvió a ser Hector.

Pero no Hector Mann. No habría cometido semejante imprudencia, ¿verdad?

Hector Spelling. Tomó el apellido de Frieda.

¡Fantástico!

Fantástico, no. Práctico, simplemente. Ya no quería ser Loesser. Ese nombre representaba todo lo que le había salido mal en la vida, y si iba a empezar a llamarse de otra manera, ¿por qué no utilizar el nombre de la mujer que amaba? No es que haya seguido cambiando. Se llama Hector Spelling desde hace más de cincuenta años.

¿Cómo acabaron en Nuevo México?

Fueron al Oeste en viaje de novios y decidieron quedarse. Hector tenía bastantes problemas respiratorios, y resultó que el aire seco le sentaba bien.

En aquella época había montones de artistas por allí. El grupo de Mabel Dodge en Taos, D. H. Lawrence, Georgia O'Keeffe. ¿Tuvieron algo que ver con ellos?

Nada en absoluto. Hector y Frieda vivían en otra parte del estado. Ni siquiera llegaron a conocerlos.

Vinieron aquí en 1932. Ayer me dijiste que Hector empezó a hacer cine otra vez en 1940. Es decir, ocho años después. ¿Qué pasó entretanto?

Compraron un terreno de ciento sesenta hectáreas. Los precios eran increíblemente bajos en aquella época, y no creo que pagaran más de unos miles de dólares por toda la propiedad. Aunque era de familia rica, Frieda no poseía una gran fortuna personal. Una pequeña herencia

de su abuela; diez o quince mil dólares, algo así. Su madre siempre quería pagarle las facturas, pero Frieda no aceptaba su ayuda. Demasiado orgullosa, demasiado testaruda, demasiado independiente. No quería considerarse un parásito. De manera que Hector y ella no estaban en condiciones de contratar a grandes cuadrillas de obreros para que les construyeran la casa. Ni arquitecto, ni contratista; no podían permitirse esas cosas. Afortunadamente, Hector sabía lo que hacía. Su padre le había enseñado el oficio de carpintero, y había trabajado en el cine haciendo decorados, de modo que aprovecharon esa experiencia para reducir los gastos al mínimo. Hector se encargó personalmente de los planos, y luego Frieda y él construyeron la casa prácticamente con sus propias manos. Era muy sencilla. Una vivienda de adobe de seis habitaciones. Una sola planta, y la única ayuda que tuvieron fue la de una cuadrilla de tres hermanos mexicanos, jornaleros sin empleo que vivían en los alrededores del pueblo. Durante los primeros años, ni siquiera tuvieron electricidad. Tenían agua, por supuesto, el agua era imprescindible, pero tardaron dos meses en encontrarla y en empezar a excavar el pozo. Ése fue el primer paso. Luego eligieron el emplazamiento de la casa. Después trazaron los planos y empezaron la construcción. Todo eso llevó tiempo. Sencillamente, no se instalaron nada más llegar. Era un espacio salvaje y desierto, y tuvieron que construirlo todo desde el principio.

¿Y luego, qué? Una vez que tuvieron la casa lista, ¿a qué se dedicaron?

Frieda era pintora. Hector leía libros y mantenía el diario actualizado, pero sobre todo plantaba árboles. Ésa constituyó su principal ocupación, su trabajo de los siguientes años. Desbrozó un par de hectáreas de terreno en torno a la casa, y luego, poco a poco, instaló un complejo

sistema de irrigación hecho con tuberías subterráneas. Gracias a eso pudo cultivar el terreno para hacer un jardín, y entonces se dedicó a los árboles. Nunca he llegado a contarlos todos, pero debe de haber doscientos o trescientos. Alamos y enebros, sauces y chopos, pinos y robles. Antes, allí no crecía nada más que yuca y artemisa. Hector lo ha convertido en un bosque. Dentro de unas horas lo apreciarás por ti mismo, pero para mí es uno de los sitios más hermosos de la tierra.

Eso es lo último que habría esperado de él. Hector Mann, horticultor.

Era feliz. Probablemente más que en cualquier otra época de su vida, pero esa felicidad llevaba aparejada una total falta de ambición. Lo único que le interesaba era cuidar de Frieda y ocuparse de su parcela. Después de todo lo que había pasado en los últimos años, aquello le parecía suficiente, más que suficiente. Seguía haciendo penitencia, ¿comprendes? Pero ya no intentaba destruirse. Incluso ahora, habla de esos árboles como si fueran su obra más importante. Más que sus películas, dice, más que cualquier cosa que haya hecho en la vida.

¿Qué hacían para conseguir dinero? Si la situación era tan difícil, ¿cómo se las arreglaban para salir adelante?

Frieda tenía amigos en Nueva York, y muchos de ellos tenían contactos. Le encontraban trabajos. Ilustraciones de libros para niños, dibujos para revistas, encargos de cualquier clase. No es que ganara mucho, pero eso los ayudaba a mantenerse a flote.

Debía de tener bastantes cualidades, entonces.

Estamos hablando de Frieda, David, no de una niña de clase alta que se las da de interesante. Poseía grandes dotes, verdadera pasión por la creación artística. Una vez me dijo que no creía tener madera de gran pintora, pero luego añadió que si no hubiera conocido a Hector en

aquel preciso momento, probablemente se habría pasado la vida tratando de serlo. Hacía años que no pintaba, pero seguía dibujando como una posesa. Líneas fluidas, sinuosas, con un tremendo sentido de la composición. Cuando Hector empezó a hacer cine de nuevo, ella se encargaba de dibujar la secuencia de las tomas, diseñaba los decorados y el vestuario y ayudaba a dar el tono a las películas. Formaba parte integrante de todo el proceso.

Sigo sin entender. Llevaban una vida de lo más ascética en pleno desierto. ¿De dónde sacaron el dinero para ponerse a hacer películas?

La madre de Frieda murió. Su fortuna ascendía a más de tres millones de dólares. Frieda heredó la mitad; la otra mitad fue a su hermano, Frederick.

Eso explicaría la financiación, ¿no?

En aquella época, era un montón de dinero.

Hoy también es un montón de dinero, pero en esa historia hay algo más que dinero. Hector se había jurado que nunca volvería a hacer cine. Sólo hace unas horas que me lo has dicho, y de pronto ahora vuelve a dirigir películas. ¿Qué le hizo cambiar de opinión?

Frieda y Hector tenían un hijo, y le pusieron el nombre del padre de ella, Thaddeus Spelling II. Taddy para la familia, o Tad, o Tadpole; le llamaban por muchos nombres. Nació en 1935 y murió en 1938. Le picó una abeja una mañana, en el jardín de su padre. Lo encontraron tirado en el suelo, todo hinchado y lleno de ganglios, y cuando llegaron a la consulta del médico, a cuarenta kilómetros de allí, ya había muerto. Figúrate cómo se quedaron después de eso.

Me lo puedo imaginar. Si hay algo que sea capaz de imaginarme, es eso.

Lo siento. Ha sido una idiotez decir eso.

No lo sientas. Pero sé lo que quieres decir. No es pre-

ciso hacer gimnasia mental para entender la situación. Tad y Todd. No puede haber mayor parecido, ¿verdad?

De todas formas...

Nada de eso. Sigue hablando...

Hector se desmoronó. Pasaron los meses, y no hacía nada. No salía de la casa, miraba al cielo por la ventana del dormitorio, se examinaba el dorso de las manos. No es que Frieda no lo estuviera pasando mal, también, pero él era más frágil que ella, estaba sin defensas. Ella era lo bastante dura para comprender que la muerte del niño había sido un accidente, que había muerto porque era alérgico a las abejas, pero Hector lo vio como una especie de castigo divino. Últimamente era demasiado feliz. La vida se estaba portando demasiado bien con él, y ahora el destino le daba una lección.

Lo de las películas fue idea de Frieda, ¿verdad? Cuando recibió la herencia, convenció a Hector de que volviera a trabajar.

Más o menos. Le faltaba poco para caer en una depresión nerviosa, y Frieda era consciente de que tenía que intervenir y hacer algo. No sólo para salvarlo a él, sino para salvar su matrimonio, para salvar su propia vida.

Y a Hector le pareció bien.

Al principio, no. Pero luego le amenazó con dejarle, y terminó cediendo. Sin muchas reticencias, debería añadir. Estaba loco por empezar de nuevo. Durante diez años había soñado con ángulos de cámara, iluminaciones, ideas para guiones. Era lo único que le apetecía hacer, lo único en el mundo que tenía sentido para él.

Pero ¿y su promesa qué? ¿Cómo justificó que rompía su palabra? Por todo lo que me has contado de él, no entiendo cómo pudo hacer una cosa así.

Pues hilando muy fino, y luego haciendo un pacto con el diablo. Si un árbol cae en el bosque y nadie lo oye, ¿ha

hecho ruido o no? Hector había leído mucho para entonces, y conocía todas las tretas y argumentos de los filósofos. Si alguien hace una película y nadie la ve, ¿existe esa película o no? Así es como justificó lo que hizo. Haría películas que nunca se proyectarían al público, haría cine por el puro placer de hacer cine. Fue un acto de increíble nihilismo, y sin embargo ha cumplido el trato desde entonces. Imagínate que algo se te da bien, lo haces tan bien que el mundo se quedaría boquiabierto si pudiera verlo, pero prefieres mantener tu obra oculta y guardar el secreto. Hacía falta una gran capacidad de abstracción y mucho rigor para hacer lo que hizo Hector, y también un toque de locura. Hector y Frieda están un poco locos los dos, supongo, pero han logrado algo excepcional. Emily Dickinson trabajó en la oscuridad, pero al menos intentaba publicar sus poemas. Van Gogh procuraba vender sus cuadros. Por lo que yo sé, Hector es el primer artista que produce su obra con la intención consciente y premeditada de destruirla. Está Kafka, claro, que dijo a Max Brod que quemara sus manuscritos, pero cuando llegó la hora de la verdad, Brod fue incapaz de hacerlo. Pero Frieda lo hará. De eso no cabe duda. Al día siguiente de la muerte de Hector, llevará sus películas al jardín y las quemará todas: cada prueba, cada negativo, hasta el último fotograma que haya tomado. Eso, garantizado. Y tú y yo seremos los únicos testigos.

¿Y cuántas películas son?

Catorce. Once largometrajes de noventa minutos o más, y otras tres de menos de una hora,

No puedo imaginarme que siguiera haciendo comedias, ¿eh?

Informe del antimundo, *La balada de Mary White*, *Viajes en el scriptorium*, *Emboscada en Standing Rock*. Ésos son algunos de los títulos. No parecen muy divertidos, ¿verdad?

No, no es lo que llamaríamos el clásico tubo de la risa. Pero tampoco son demasiado sombrías, espero.

Depende de cómo definas esa palabra. Yo no las encuentro sombrías. Serias, sí, y a menudo bastante extrañas, pero no sombrías.

¿Cómo defines tú la palabra extrañas?

Las películas de Hector son sumamente intimistas, están muy a ras del suelo, tienen un tono nada pretencioso. Pero siempre transcurre por ellas un elemento fantástico, una rara especie de poesía. Ha roto montones de normas. Ha hecho cosas que los directores de cine no deben hacer.

¿Como cuáles?

Voces en *off*, para empezar. La narración se considera un defecto en el cine, una señal de que las imágenes no funcionan, pero Hector la utilizó mucho en una serie de películas suyas. Una de ellas, *Historia de la luz*, no tiene una palabra de diálogo. Es una narración total, de principio a fin.

¿Qué otra cosa hizo mal? Mal a propósito, quiero decir.

Estaba fuera del circuito comercial, y eso significaba que podía trabajar sin coacciones. Hector utilizó su libertad para explorar aspectos que a otros realizadores no se les permitía tocar, sobre todo en los años cuarenta y cincuenta. El desnudo. El acto sexual sin tapujos. El parto. Micción, defecación. Son escenas un poco chocantes al principio, pero la impresión desaparece enseguida. Son facetas naturales de la vida, al fin y al cabo, pero no estamos habituados a contemplarlas directamente en imágenes, de manera que nos llaman la atención durante unos segundos. Hector no insistía mucho en ello. Desde el momento en que entendemos lo que es posible en su obra, los presuntos tabúes y las escenas de carácter explícito se funden en la textura general de la historia. En cierto

modo, esas secuencias eran una especie de protección para él por si alguien trataba de largarse con una de las copias. Tenía que asegurarse de que sus películas no podrían proyectarse.

Y a tus padres les parecía bien eso.

Era una empresa colectiva, en la que todo el mundo participaba. Hector escribía, dirigía y montaba las películas. Mi padre las iluminaba y las filmaba, y cuando se terminaba el rodaje, mi madre y él se encargaban del trabajo de laboratorio. Revelaban las secuencias, cortaban los negativos, mezclaban el sonido y se ocupaban de todo hasta que la versión definitiva estaba en la lata.

¿Allí mismo, en el rancho?

Hector y Frieda convirtieron su propiedad en un pequeño estudio de cine. Su construcción duró de mayo de 1939 a marzo de 1940, y acabaron creando un universo independiente, un ámbito particular de producción cinematográfica. En un edificio había una doble nave de rodaje, junto a otras zonas dedicadas a taller de carpintería y sastrería, a vestuarios y almacenes para guardar los decorados. Otro edificio servía para la posproducción. No podían arriesgarse a enviar sus películas a un laboratorio comercial, de manera que construyeron su propio laboratorio. Ocupaba un ala entera. En la otra mitad se encontraba el cuarto de montaje, la sala de proyección y un sótano para archivar las copias y los negativos.

Todo ese equipo no debió de resultar barato.

Ponerlo todo a punto les costó más de ciento cincuenta mil dólares. Pero se lo podían permitir, y bastaba con comprar una sola vez los elementos del equipo. Varias cámaras, pero sólo una moviola, dos proyectores y una impresora óptica. Cuando dispusieron de todo lo necesario, se ajustaban a un presupuesto estrictamente controlado. La herencia de Frieda les rendía intereses, y echaban

mano lo menos posible del capital principal. Trabajaban a pequeña escala. No les quedaba otro remedio, si querían estirar el dinero para que les durase hasta el final.

Y Frieda se encargaba de los decorados y el vestuario.

Entre otras cosas. También era ayudante de montaje de Hector, y durante la realización de las películas, se ocupaba de toda una serie de tareas. Supervisaba el guión, llevaba la jirafa, colocaba los focos: todo lo que fuese necesario aquel día, en aquel momento.

¿Y tu madre?

Mi Faye. Mi preciosa y querida Faye. Era actriz. Llegó al rancho en 1945 para hacer un papel en una película y se enamoró de mi padre. Entonces tenía poco más de veinte años. Actuó en todas las películas que realizaron después, casi siempre haciendo el papel principal femenino, pero también ayudaba en otros frentes. Cosía el vestuario, pintaba decorados, asesoraba a Hector en el guión, trabajaba con Charlie en el laboratorio. Era eso, la aventura. Allí nadie hacía sólo una cosa. Todos participaban, y todos hacían jornadas increíblemente largas. Meses y meses de laboriosos preparativos, meses y meses de posproducción. Hacer cine es una empresa lenta y compleja, y con tan pocas personas ocupándose de tantas cosas, avanzaban milímetro a milímetro. Por lo general tardaban unos dos años en acabar un proyecto.

Entiendo por qué Hector y Frieda querían vivir allí —o lo entiendo en parte, estoy intentando comprenderlo—, pero lo de tu padre y tu madre me sigue teniendo perplejo. Charlie Grund era un buen cámara. He estudiado su obra, conozco lo que hizo con Hector en 1928, y no tiene sentido que abandonara su carrera.

Mi padre acababa de divorciarse. Tenía treinta y cinco años, iba a cumplir treinta y seis y aún no había llegado a lo más alto de Hollywood. Al cabo de quince años en el oficio,

seguía haciendo películas de serie B; y eso, cuando tenía trabajo. Películas del Oeste, de Boston Blackie, seriales infantiles. Charlie tenía un enorme talento, es cierto, pero era de esas personas calladas, que nunca parecen estar muy a gusto consigo mismas, y la gente solía confundir aquella timidez con arrogancia. Seguían escapándosele los trabajos buenos, y al cabo del tiempo eso empezó a afectarlo, a corroer la confianza que tenía en sí mismo. Cuando su primera mujer lo abandonó, vivió en un infierno durante unos meses. Bebía mucho, se compadecía de sí mismo, no cumplía con su trabajo. Y entonces fue cuando le llamó Hector; justo cuando había llegado al fondo de aquel agujero.

Eso sigue sin explicar por qué se prestó a hacerlo. Nadie hace películas con la pretensión de que el público no las vea. Sencillamente, eso no se hace. ¿Qué sentido tiene poner película en la cámara, entonces?

Le daba igual. Sé que te resulta difícil creerlo, pero el trabajo era lo único que le interesaba. Los resultados eran algo secundario, apenas tenían importancia. En el cine hay mucha gente así; sobre todo los de la parte de abajo del escalafón, los obreros, la clase de tropa. Disfrutan resolviendo problemas. Les encanta manipular los aparatos para que hagan cosas por ellos. No es cuestión de arte ni de ideas, sino de trabajar en un proyecto y llevarlo a buen término. Mi padre tuvo sus altibajos en la industria cinematográfica, pero era un buen cineasta y Hector le dio la oportunidad de hacer películas sin tener que preocuparse de su carrera. Si hubiera sido otro, dudo que hubiese aceptado. Pero mi padre adoraba a Hector. Siempre decía que el año que trabajó con él en Kaleidoscope había sido el más feliz de su vida.

Debió de llevarse un buen susto cuando recibió la llamada de Hector. Pasan más de diez años, y de pronto se encuentra con un muerto al teléfono.

Pensó que le estaban gastando una broma. La otra posibilidad era que estuviese hablando con un fantasma, y como mi padre no creía en fantasmas, mandó a Hector a tomar por culo y colgó. Hector tuvo que llamarle tres veces más antes de que se lo creyera.

¿Cuándo fue eso?

A finales del treinta y nueve. Noviembre o diciembre, poco después de la invasión de Polonia por los alemanes. A principios de febrero, mi padre estaba viviendo en el rancho. Hector y Frieda ya habían acabado su nueva casa, y él se instaló en la antigua, en la vivienda que habían construido nada más llegar. Ahí es donde viví con mis padres de pequeña, y ahí es donde vivo ahora; en aquella casa de adobe de seis habitaciones, a la sombra de los árboles de Hector, escribiendo mi libro interminable y demencial.

Pero ¿qué me dices de la gente que aparecía por el rancho? Iban actores, según has dicho, y tu padre debió de necesitar algún ayudante. No es posible hacer una película sólo con cuatro personas. Hasta yo lo sé. Quizá pudieran hacer la preparación y la posproducción ellos solos, pero no la realización propiamente dicha. Y una vez que viene gente de fuera, ¿cómo hacer para seguir como antes? ¿Cómo impedir que hablen?

Les dices que estás trabajando para otra persona. Pretendes que te ha contratado un millonario excéntrico de la Ciudad de México, un tipo tan enamorado del cine estadounidense que ha construido su propio estudio en un desierto norteamericano y te ha encargado que le hagas películas; películas que nadie verá salvo el propio millonario. Ése era el trato. Si vienes al Rancho Piedra Azul a hacer una película, lo haces a sabiendas de que tu trabajo lo verá un público de una sola persona.

Eso es absurdo.

Puede que sí, pero mucha gente se tragó esa historia.

Hay que estar muy desesperado para creer una cosa así.

No conoces mucho a los actores, ¿verdad? Es la gente más desesperada del mundo. El noventa por ciento están sin empleo, y si les ofreces un papel con un salario decente, no te hacen muchas preguntas. Lo único que quieren es una oportunidad de trabajar. Hector no andaba detrás de grandes nombres. Las estrellas no le interesaban. Sólo quería profesionales competentes, y como escribía los guiones para un elenco reducido —a veces sólo dos o tres personajes—, no le resultaba difícil encontrarlos. Cuando terminaba una película y empezaba otra, ya había una nueva hornada de actores donde elegir. Aparte de mi madre, nunca utilizó dos veces al mismo actor.

Bueno, vamos a olvidarnos de los demás. ¿Y tú, qué? ¿Cuándo oíste por primera vez el nombre de Hector Mann? Lo conocías como Hector Spelling. ¿Qué años tenías cuando te diste cuenta de que Hector Spelling y Hector Mann eran la misma persona?

Siempre lo he sabido. En el rancho teníamos la colección completa de las películas de Kaleidoscope, y de niña debí de verlas unas cincuenta veces. En cuanto aprendí a leer, me enteré de que el apellido de Hector era Mann, no Spelling. Le pregunté a mi padre y me dijo que Hector había actuado con ese nombre cuando era joven, pero que como ahora no actuaba, había dejado de utilizarlo. Me pareció una explicación completamente plausible.

Creía que esas películas se habían perdido.

A punto estuvieron. Dadas las circunstancias, tendrían que haberse perdido. Pero justo cuando Hunt se disponía a declarar la quiebra, unos dos días antes de que los alguaciles se presentaran para embargarle los muebles y sellarle la puerta, mi padre y Hector se introdujeron por la fuerza

en la oficina de Kaleidoscope y robaron las películas. Los negativos no estaban allí, pero se marcharon con copias de las doce comedias. Hector se las dio a mi padre para que las pusiera a buen recaudo, y dos meses después Hector desapareció. Cuando mi padre se fue a vivir al rancho en 1940, se llevó las películas.

¿Y qué le pareció eso a Hector?

No entiendo. ¿Qué debía parecerle?

Eso es lo que te pregunto. ¿Se alegró o se molestó?

Se alegró. Se llevó una alegría, naturalmente. Estaba orgulloso de aquellas películas cortas, y se alegró de recuperarlas.

Entonces, ¿por qué esperó tanto tiempo antes de ponerlas de nuevo en circulación por el mundo?

¿Y qué te hace pensar que fue él?

Pues no sé, supuse que...

Creía que lo habías entendido. Fui yo. Eso lo hice yo.

Me lo imaginaba.

Entonces, ¿por qué no has dicho nada?

Me parecía que no tenía derecho. Por si era un secreto.

Yo no tengo secretos para ti, David. Quiero que sepas todo lo que yo sé. ¿Es que no lo entiendes? Yo envié esas películas a ciegas, y tú fuiste quien las encontró. Eres la única persona en el mundo que las encontró todas. Eso nos convierte en viejos amigos, ¿no te parece? Puede que no nos hayamos conocido hasta ayer, pero hace años que trabajamos juntos.

Has hecho una maniobra increíble. He hablado con los conservadores de todas las instituciones a las que he acudido, y ninguno tenía la menor idea de quién eras. Cuando estuve en California, almorcé una vez con Tom Luddy, el director del Pacific Film Archive. Fue el último sitio que recibió uno de aquellos misteriosos paquetes de

Hector Mann. Cuando lo recibieron, tú ya llevabas años haciendo eso, y se había corrido la voz. Tom dijo que ni siquiera se molestó en abrir el paquete. Se lo llevó directamente al FBI para que buscaran huellas dactilares, pero no encontraron ninguna en la caja, ni una sola. No dejaste el menor rastro.

Me ponía guantes. Ya que me tomaba la molestia de mantenerlo en secreto, desde luego no iba a pasar por alto un detalle como ése.

Eres una chica lista, Alma.

Puedes estar seguro de que soy lista. Soy la chica más lista de este coche, y te desafío a que demuestres lo contrario.

Pero ¿cómo podías justificar el hecho de actuar a espaldas de Hector? Tomar esa decisión era cosa de él, no tuya.

Hablé con él primero. Fue idea mía, pero no seguí adelante hasta que él no me dio el visto bueno.

¿Qué te dijo?

Se encogió de hombros. Y luego esbozó una sonrisa. No importa, me dijo. Haz lo que quieras, Alma.

Así que no te lo impidió, pero tampoco te ayudó. No hizo nada.

Fue en noviembre del ochenta y uno, hace casi siete años. Yo acababa de volver al rancho para el entierro de mi madre, y era un mal momento para todos nosotros, el principio del fin, en cierto modo. No me lo tomé bien. Lo admito. Sólo tenía cincuenta y nueve años cuando le dimos sepultura, y yo no estaba preparada para eso. Hecha polvo. Es la única descripción que se me ocurre. Pulverizada de dolor. Como si todo lo que había en mi interior se hubiera convertido en polvo. Los demás ya eran muy viejos. Levanté la cabeza y de pronto me di cuenta de que estaban acabados, de que el gran experimento ha-

bía llegado a su fin. Mi padre tenía ochenta años; Hector, ochenta y uno, y la próxima vez que alzara la vista, todos habrían desaparecido. Eso me causó una impresión tremenda. Todas las mañanas iba a la sala de proyección a ver las películas de mi madre, y cuando salía, llorando a moco tendido, fuera ya estaba oscuro. Al cabo de dos semanas de lo mismo, decidí volver a casa. Por entonces vivía en Los Angeles. Trabajaba en una compañía de producción independiente, y necesitaban que volviese. Estaba preparada para marcharme. Ya había llamado a las líneas aéreas para reservar el billete, pero en el último momento —literalmente, en mi última noche en el rancho—, Hector me pidió que me quedara.

¿Te dio algún motivo?

Dijo que estaba dispuesto a hablar, y que necesitaba que alguien le ayudase. No podía hacerlo solo.

¿Te refieres a que el libro fue idea suya?

Todo se le ocurrió a él. Yo nunca habría pensado en eso. Y aunque lo hubiera hecho, no habría hablado del asunto con él. No me habría atrevido.

Perdió el valor. Es la única explicación. O perdió el valor o empezó a chochear.

Eso es lo que pensé yo también. Pero estaba equivocada, igual que tú ahora. Hector cambió de opinión por mí. Me dijo que tenía derecho a conocer la verdad, y que si estaba dispuesta a quedarme y a escucharle, prometía contarme toda la historia.

Vale, eso lo acepto. Formas parte de la familia, y ahora que ya eres adulta, tienes derecho a conocer los secretos familiares. Pero ¿cómo se convierte esa confesión en un li bro? Una cosa es que te cuente sus penas para desahogarse, pero un libro termina publicándose, y en el momento en que todo el mundo conozca su historia, su vida dejará de tener sentido.

Sólo si sigue viviendo cuando se publique. Pero no será así. Le he prometido que no se lo enseñaré a nadie hasta que él haya muerto. Él me prometió la verdad, y yo le prometí eso.

¿Y nunca se te ha ocurrido que podría estar utilizándote? Tú escribes tu libro, vale, y si todo va bien, lo considerarán un libro importante, pero al mismo tiempo Hector va a sobrevivir gracias a ti. No por sus películas —que ni siquiera existirán ya—, sino por lo que tú has escrito sobre él.

Puede, todo es posible. Pero en cualquier caso sus motivos no me conciernen. Aunque le hubiera impulsado el miedo, la vanidad o una punzada de arrepentimiento de última hora, me contó la verdad. Eso es lo único que importa. Decir la verdad es difícil, David, y Hector y yo hemos vivido muchas cosas juntos durante estos últimos siete años. Lo ha puesto todo a mi disposición: todos sus diarios, su correspondencia, hasta el último documento que ha podido caer en sus manos. En estos momentos, ni siquiera pienso en la publicación. Tanto si se publica como si no, escribir este libro ha sido la experiencia más importante de mi vida.

¿Y dónde encaja Frieda en todo esto? ¿Os ha ayudado, o no?

Ha sido duro para ella, pero ha hecho lo que ha podido para colaborar con nosotros. No creo que esté de acuerdo con Hector, pero no quiere interponerse en su camino. Es complicado. Con Frieda todo es complicado.

¿En qué momento te decidiste a enviar las películas de Hector?

Eso fue justo al principio. Aún no sabía si podía confiar en él, y se lo propuse como una prueba, para ver si era honrado conmigo. De haberse negado, no creo que hubiese seguido. Yo necesitaba que hiciera algún sacrificio,

que me diera una señal de su buena fe. Y lo entendió. Nunca hablamos de ello con muchas palabras, pero lo entendió. Por eso no hizo nada por impedirlo.

Eso sigue sin demostrar que se portara honradamente contigo. Pusiste sus antiguas películas en circulación. ¿Qué hay de malo en eso? Ahora la gente se acuerda de él. Incluso un profesor chiflado de Vermont ha escrito un libro sobre él. Pero la historia no cambia nada por eso.

Cada vez que me contaba algo, yo iba a comprobarlo. He ido a Buenos Aires, he seguido la pista de los restos de Brigid O'Fallon, he sacado a la luz los viejos artículos de prensa sobre el tiroteo del banco de Sandusky, he hablado con más de una docena de actores que trabajaron en el rancho en los años cuarenta y cincuenta. No hay contradicciones. No pude encontrar a algunos, desde luego, y resultó que otros habían muerto. Jules Blaustein, por ejemplo. Y sigo sin tener nada sobre Sylvia Meers. Pero fui a Spokane y hablé con Nora.

¿Vive todavía?

Ya lo creo. Al menos vivía hace tres años.

¿Y?

Se casó en 1933 con un tal Faraday y tuvieron cuatro hijos. Esos hijos les dieron once nietos, y justo en la época en que fui a verlos, uno de los nietos estaba a punto de convertirlos en bisabuelos.

Estupendo. No sé por qué digo eso, pero me alegro de oírlo.

Dio clases de cuarto durante quince años, y luego la nombraron directora del colegio. Cargo que siguió ocupando hasta 1976, año en que se jubiló.

En otras palabras, Nora siguió siendo Nora.

Tenía setenta y tantos años cuando fui a verla, pero daba la impresión de que era la misma persona que Hector me había descrito.

¿Y Herman Loesser? ¿Se acordaba de él?

Cuando dije su nombre, lloró.

¿Que lloró? ¿Qué quieres decir?

Que se echó a llorar. Quiero decir que los ojos se le llenaron de lágrimas, y que las lágrimas le corrieron por las mejillas. Que lloró como tú y como yo. Igual que llora todo el mundo.

Santo Dios.

Se quedó tan sorprendida y avergonzada, que tuvo que levantarse y salir de la habitación. Cuando volvió, me cogió la mano y dijo que lo sentía. Le había conocido hacía mucho tiempo, explicó, pero nunca había podido dejar de pensar en él. Pensaba en él todos los días desde hacía cincuenta y cuatro años.

Eso te lo estás inventando.

No me invento nada. Si no hubiera estado allí, yo tampoco me lo habría creído. Pero eso es lo que pasó. Todo sucedió como dijo Hector. Cada vez que pienso que me ha mentido, resulta que me ha dicho la verdad. Y eso es lo que hace tan imposible su historia, David. Porque todo lo que me ha contado es verdad.

7

Aquella noche no había luna. Cuando salí del coche y puse los pies en el suelo, recuerdo que dije para mis adentros: Alma lleva carmín en los labios, el coche es amarillo y esta noche no hay luna. En la oscuridad, tras el edificio principal, apenas distinguía el contorno de los árboles de Hector: grandes masas de sombra agitadas por el viento.

Las *Memorias de un muerto* empiezan con un pasaje sobre árboles. Me sorprendí pensando en eso mientras nos acercábamos a la puerta de entrada, intentando recordar mi traducción del tercer párrafo de las dos mil páginas del libro de Chateaubriand, el que empieza con las palabras *Ce lieu me plaît; il a remplacé pour moi les champs paternels*[1] y concluye con las siguientes frases: *Tengo apego a estos árboles. Les he dedicado elegías, sonetos, odas. No hay uno solo entre ellos que no haya cuidado con mis propias manos, que no haya librado del gusano que atacaba su raíz, de la oruga pegada a sus hojas. Los conozco a todos por su nombre, como si fueran mis hijos. Son mi familia. No tengo otra, y espero morir cerca de ella.*[2]

1. En francés en el original: «Me gusta este lugar; ha sustituido en mí a los campos paternos.» *(N. del T.)*

2. En inglés en el original: versión del autor. *(N. del T.)*

No contaba con verle aquella misma noche. Cuando Alma llamó desde el aeropuerto, Frieda había advertido que Hector probablemente estaría dormido para cuando nosotros llegáramos al rancho. Aún aguantaba, añadió, pero no creía que estuviera en condiciones de hablar conmigo hasta la mañana siguiente; suponiendo que lograra durar hasta entonces.

Once años después, me sigo preguntando lo que habría pasado si me hubiese parado, si hubiese dado media vuelta antes de llegar a la puerta. ¿Y si en vez de rodear los hombros de Alma con el brazo y andar resueltamente hacia la casa, me hubiese detenido un momento para mirar a la otra mitad del cielo y descubrir que una enorme luna redonda lo bañaba todo con su luz? ¿Seguiría siendo cierto decir que aquella noche no había luna? Si no me hubiera molestado en dar media vuelta para mirar detrás de mí, sin duda, seguiría siendo cierto. Si no vi la luna, es que no había luna en el cielo.

No estoy sugiriendo que no me molesté en mirar. Mantuve los ojos abiertos, intenté absorber todo lo que ocurría a mi alrededor, pero seguro que también se me escaparon muchas cosas. Me guste o no, sólo puedo escribir de lo que vi y oí, y de nada más. Esto no es el reconocimiento de un fracaso, sino una afirmación metodológica, una declaración de principios. Si no vi la luna, es que no había luna en el cielo.

Menos de un minuto después de entrar en la casa, Frieda me llevaba a la planta alta, a la habitación de Hector. No tuve tiempo de nada, salvo para una rapidísima mirada a mi alrededor, la más breve de las primeras impresiones —sus cabellos blancos cortados casi al rape, la firmeza de su apretón de manos, el cansancio de sus ojos—, y antes de que pudiera decir alguna de las cosas que habría debido decir (gracias por recibirme, espero que Hector se

encuentre mejor), me informó de que estaba despierto. Le gustaría verle ahora, anunció, y de pronto me vi mirándola a la espalda mientras me conducía escaleras arriba. No tuve tiempo de observar la casa —salvo para darme cuenta de que era espaciosa y estaba amueblada con sencillez, con muchos dibujos y cuadros colgando de las paredes (quizá de Frieda, quizá no)—, ni de pensar en el increíble personaje que había abierto la puerta, un hombre tan diminuto que ni siquiera lo vi hasta que Alma se agachó y le besó en la mejilla. Frieda entró en la habitación un momento después, y aunque recuerdo el abrazo de las dos mujeres, no logro acordarme de si Alma iba conmigo al subir las escaleras. Parece que siempre le pierdo el rastro en ese momento. La busco en mi memoria, pero nunca logro localizarla. Cuando llego a lo alto de la escalera, Frieda también desaparece inevitablemente. No puede haber pasado de esa manera, pero así es como lo recuerdo. Cada vez que me veo entrar en la habitación de Hector, siempre entro solo.

Lo que más me asombró, creo, fue el mero hecho de que tuviera cuerpo. Hasta que lo vi acostado allí, en su cama, no estoy seguro de haber creído en él plenamente alguna vez. No como una persona auténtica, en cualquier caso, no de la manera en que creía en Alma o en mí mismo, no del modo en que creía en Helen o incluso en Chateaubriand. Me quedé atónito al comprobar que Hector tenía manos y ojos, uñas y hombros, cuello y oreja izquierda: que era tangible, que no era un ser imaginario. Lo había tenido durante tanto tiempo en la cabeza, que parecía imposible que pudiera existir en otra parte.

Las manos huesudas, cubiertas de manchas de vejez; los dedos nudosos y las venas gruesas, prominentes; piel replegada bajo el mentón; la boca entreabierta. Cuando entré en la habitación estaba tumbado de espaldas, los

brazos encima de la colcha, despierto pero inmóvil, mirando al techo en una especie de trance. Pero cuando se volvió hacia mí, vi que sus ojos eran los ojos de Hector. Mejillas apergaminadas, frente marchita, cuello arrugado, cabeza canosa, de pelo apelmazado; y sin embargo en aquella cara reconocí la cara de Hector. Habían pasado sesenta años desde que se quitó el bigote y la camisa blanca, pero aún conservaba un aire. Había envejecido, se había hecho infinitamente viejo, pero una parte de él seguía estando allí.

Zimmer, me saludó. Siéntese a mi lado, Zimmer, y apague la luz.

Tenía la voz débil y enredada en flemas, un sordo murmullo de suspiros y semiarticulaciones, pero lo bastante sonora para distinguir lo que decía. La *r* al final de mi nombre vibraba un poco, y cuando alargué la mano para apagar la luz de la mesilla, me pregunté si no le resultaría más fácil que siguiéramos en español. Después de apagar, sin embargo, vi que había más luz al otro extremo de la habitación —una lámpara de pie con una amplia pantalla de vitela—, donde una mujer estaba sentada en una butaca. Se levantó en el mismo momento en que la miré, y entonces debí de sobresaltarme un poco; no sólo por la sorpresa, sino porque era minúscula, tan diminuta como el hombre que nos había abierto la puerta. Ninguno de los dos podría medir más de un metro veinte. Creí oír que Hector se reía a mi espalda (un silbido, un susurro, la más tenue carcajada), y luego la mujer me saludó con una inclinación de cabeza y salió de la habitación.

¿Quién es?, pregunté.

No se alarme, contestó Hector. Se llama Conchita. Es como de la familia.

Es que no la había visto, eso es todo. Me sorprendió.

Su hermano Juan también vive aquí. Son gente menu-

da. Extraña gente menuda que no puede hablar. Son de toda confianza.

¿Quiere que apague la otra lámpara?

No, así está bien. No me hace daño a los ojos. Estoy cómodo.

Me senté en la silla que había junto a la cama y me incliné hacia delante, tratando de ponerme lo más cerca posible de sus labios. La lámpara del otro extremo de la habitación no iluminaba más que una vela, pero había luz suficiente para ver la cara de Hector, para mirarlo a los ojos. Un pálido destello flotaba sobre la cama, un aire amarillento mezclado con sombras y oscuridad.

Siempre llega demasiado pronto, declaró Hector, pero no tengo miedo. Un hombre como yo tiene que estar machacado. Gracias por haber venido, Zimmer. No esperaba verlo por aquí.

Alma fue muy convincente. Hace tiempo que debía haberla mandado a buscarme.

Me ha causado usted una gran impresión, señor mío. Al principio, no podía aceptar lo que había hecho. Ahora creo que me alegro.

Yo no he hecho nada.

Ha escrito un libro. He leído y releído ese libro, y cada vez me hacía la misma pregunta: ¿por qué se habrá fijado en mí? ¿Qué propósito le movía, Zimmer?

Usted me hizo reír. Eso fue todo. Rompió la cáscara que me envolvía, y después se convirtió en mi pretexto para seguir viviendo.

Su libro no trata de eso. Hace honor a mi antiguo trabajo con el bigote, pero no habla de usted.

No tengo costumbre de hablar de mí mismo. Me pone incómodo.

Alma ha mencionado una gran tristeza, un dolor in-

descriptible. Si le he ayudado a sobrellevar ese dolor, quizá sea lo mejor que haya hecho en la vida.

Quería morirme. Después de escuchar lo que Alma me ha dicho esta tarde, deduzco que usted también ha pasado por eso.

Alma ha hecho bien en contarle esas cosas. Soy un hombre ridículo. Dios me ha gastado muchas bromas, y cuanto más las conozca usted, mejor entenderá mis películas. Estoy ansioso por escuchar lo que tenga usted que decir sobre ellas. Su opinión es muy importante para mí, Zimmer.

Yo no sé nada de cine.

Pero estudia la obra de los demás. También he leído esos libros. Sus traducciones, sus escritos sobre los poetas. No es casualidad que haya dedicado años a la cuestión de Rimbaud. Usted comprende lo que significa volver la espalda a algo. Admiro a alguien que sea capaz de pensar así. Eso hace que su opinión sea esencial para mí.

Pues hasta ahora se las ha arreglado sin la opinión de nadie. ¿A qué viene esa súbita necesidad de saber lo que piensan los demás?

Porque no estoy solo. Hay otros que también viven aquí, y no debo pensar sólo en mí mismo.

Por lo que me han dicho, su mujer y usted siempre han trabajado juntos.

Sí, eso es cierto. Pero también tenemos que contar a Alma.

¿La biografía?

Sí, el libro que está escribiendo. Tras la muerte de su madre, comprendí que le debía eso. Alma tiene tan poco, que me pareció conveniente renunciar a ciertas ideas mías para darle una oportunidad en la vida. He empezado a comportarme como un padre. No es lo peor que podría haberme pasado.

Creía que Charlie Grund era su padre.

Lo era. Pero yo también lo soy. Alma es la hija de esta casa. Si consigue hacer un libro con mi vida, entonces a lo mejor empiezan a irle bien las cosas. Aunque sólo fuera por eso, es una historia interesante. Una historia estúpida, quizá, pero no sin algunos momentos de interés.

¿Me está diciendo que ya no se preocupa de sí mismo, que ha abandonado?

Nunca me he preocupado de mí mismo, ¿Por qué habría de molestarme en servir de ejemplo a los demás? Puede que eso haga reír. Sería un buen desenlace, hacer reír a la gente otra vez. Usted se ha reído, Zimmer. A lo mejor se ríen otros, como usted.

Sólo estábamos calentándonos, apenas empezando a coger el ritmo de la conversación, pero antes de que se me ocurriera una respuesta a la última observación de Hector, Frieda entró en la habitación y me tocó en el hombro.

Creo que debemos dejarlo descansar ya, dijo. Podrán seguir hablando por la mañana.

Desmoralizaba que le cortaran así a uno, pero no me encontraba en situación de poner objeciones. Frieda me había dejado menos de cinco minutos con él, y ya me había conquistado, ya se había ganado mi simpatía más allá de lo que yo había considerado posible. Si un moribundo puede ejercer ese poder, pensé para mí, imagínate lo que debió de ser con plenas facultades.

Sé que me dijo algo antes de que saliera de la habitación, pero no me acuerdo de lo que era. Una despedida sencilla y cortés, pero ahora se me escapan las palabras exactas. *Continuará*, creo que fue; o si no, *Hasta mañana, Zimmer*, una frase trivial que no significaba nada importante; salvo, quizá, que seguía creyendo que tenía un futuro, por breve que pudiera ser. Cuando me levanté de la silla, alzó la mano y me cogió del brazo. De eso sí me

acuerdo. Recuerdo su contacto frío, como de garra, y recuerdo que pensé para mí: esto es de verdad. Hector Mann está vivo, y su mano me está tocando en este momento. Recuerdo que entonces me dije que debía acordarme de aquel contacto. Si no sobrevivía hasta la mañana, sería la única prueba de que lo había visto vivo.

Después de aquellos minutos febriles, hubo un periodo de calma que duró varias horas. Frieda permaneció en la planta alta, sentada en la silla que yo había ocupado durante mi entrevista con Hector, y Alma y yo bajamos a la cocina, que resultó ser una estancia amplia, bien iluminada, con paredes de piedra, una chimenea y una serie de electrodomésticos antiguos que parecían fabricados a principios de los años sesenta. Era agradable estar allí, y me gustaba estar sentado frente a la larga mesa de madera junto a Alma, sintiendo su contacto en mi brazo en el mismo sitio en que sólo unos momentos atrás había sentido la mano de Hector. Dos gestos diferentes, dos recuerdos distintos: uno encima del otro. Mi piel se había convertido en un palimpsesto de sensaciones fugitivas, y cada capa llevaba la marca de lo que yo era.

La cena consistió en una azarosa sucesión de platos calientes y fríos: guisado de lentejas, salchichón, queso, ensalada y una botella de vino tinto. Nos la sirvieron Juan y Conchita, *la extraña gente menuda que no puede hablar*, y aunque no niego que me ponían un poco nervioso, estaba demasiado absorto en otras cosas para prestarles verdadera atención. Eran hermanos gemelos, me explicó Alma, y empezaron a trabajar para Hector y Frieda a los dieciocho años, hacía ya más de veinte. Me fijé en la perfecta forma de sus cuerpos minúsculos, sus zafios rostros de campesinos, sus animadas sonrisas y evidente buena voluntad,

pero encontraba más interesante observar cómo Alma hablaba con las manos que mirar cómo los gemelos se comunicaban con ella. Me intrigaba el hecho de que Alma fuese tan diestra en el lenguaje de los signos, de que fuese capaz de lanzar frases formando un veloz revuelo con los dedos, y como se trataba de los dedos de Alma, eran los únicos dedos que yo quería mirar. Se estaba haciendo tarde, después de todo, y no tardaríamos mucho en irnos a la cama. Pese a todas las demás cosas que estaban ocurriendo justo en aquel momento, aquélla era la cuestión en que yo prefería pensar.

¿Recuerdas a los tres hermanos mexicanos?, me preguntó Alma.

¿Los que ayudaron a construir la primera casa?

Los hermanos López. También había cuatro chicas en su familia, y Juan y Conchita son los hijos pequeños de la tercera hermana. Los hermanos López construyeron la mayor parte de los decorados de las películas de Hector. Entre todos tuvieron once hijos, y mi padre enseñó la técnica del oficio a seis o siete. Ellos formaban el equipo. Los padres construían el decorado, y los hijos cargaban las cámaras o manejaban la plataforma móvil, además de grabar el sonido, ocuparse de la utilería y hacer de tramoyistas y electricistas. Eso duró años. Yo jugaba con Juan y Conchita cuando éramos pequeños. Son los primeros amigos que he tenido en el mundo.

Finalmente, bajó Frieda y se sentó con nosotros a la mesa de la cocina. Conchita lavaba un plato (de pie sobre un taburete, trabajando con eficiencia de adulto en su cuerpo de niña de siete años), y en cuanto vio a Frieda, le lanzó una larga mirada inquisitiva, como esperando instrucciones. Frieda asintió con la cabeza, y Conchita dejó el plato, se secó las manos con un trapo de cocina y se marchó. No habían cruzado una palabra, pero era eviden-

te que subía a sentarse frente a Hector, a quien vigilaban por turnos.

Según mis cálculos, Frieda Spelling tenía setenta y nueve años. Tras oír las descripciones que Alma había hecho de ella, me esperaba a alguien implacable —una mujer brusca, intimidante, un personaje exagerado—, pero la persona que se sentó con nosotros aquella noche era discreta, de voz suave y actitud casi reservada. Ni carmín ni maquillaje, ninguna preocupación por el peinado, pero aún femenina, todavía hermosa de una forma depurada, incorpórea. Mientras la miraba, empecé a notar que era una de esas raras personas en las que el espíritu acaba triunfando sobre la materia. La edad no disminuye a esas personas. Hace que envejezcan, pero no alteran lo que son, y cuanto más tiempo vivan, más plena e implacablemente se encarnan a sí mismas.

Disculpe el desorden, profesor Zimmer, me dijo. Ha venido usted en un momento difícil. Hector ha pasado una mala mañana, pero cuando le dije que usted y Alma venían de camino, insistió en seguir despierto. Espero que no haya sido demasiado para él.

Hemos mantenido una buena conversación, repuse. Creo que se alegra de que haya venido.

No sé si será alegría, pero siente algo parecido, algo muy profundo. Ha armado usted un gran revuelo en esta casa, profesor. Estoy segura de que es consciente de ello.

Antes de que pudiera contestar, Alma intervino para cambiar de tema. ¿Te has puesto en contacto con Huyler?, le preguntó. Parece que no respira bien, ¿sabes? Tiene la respiración bastante peor que ayer.

Frieda suspiró, luego se pasó las manos por la cara: agotada por la falta de sueño, de tanta inquietud y agitación. No pienso llamar a Huyler, declaró (hablando más para sí que para Alma, como repitiendo un argumento

que ya había desarrollado docenas de veces), porque lo único que dirá Huyler es *Llévelo al hospital*, y Hector no quiere ir al hospital. Está harto de hospitales. Me lo ha hecho prometer, y yo le he dado mi palabra. Se acabaron los hospitales, Alma. Así que ¿qué sentido tiene llamar a Huyler?

Hector tiene neumonía, objetó Alma. Sólo tiene un pulmón, y ya casi no puede respirar. Por eso debes llamar a Huyler.

Quiere morir en casa, le recordó Frieda. Me lo viene repitiendo a cada momento desde hace dos días, y no voy a contrariarle. Le he dado mi palabra.

Yo lo llevaré a Saint Joseph si tú estás demasiado cansada, se ofreció Alma.

Sin su permiso no, insistió Frieda. Y ahora no podemos hablar con él porque se ha dormido. Lo intentaremos por la mañana, si quieres, pero no voy a hacerlo sin su permiso.

Mientras las dos mujeres proseguían su conversación, alcé la cabeza y vi a Juan, subido a un taburete frente al fogón, haciendo huevos revueltos en una sartén. Cuando tuvo la comida lista, la puso en un plato y la llevó adonde Frieda estaba sentada. Los huevos, calientes y amarillos, soltaban volutas de vapor sobre la porcelana azul, como si su olor se hubiera hecho visible. Frieda los miró un momento, pero no pareció entender lo que eran. Bien podrían haber sido un montón de grava, o un ectoplasma surgido del espacio exterior, pero no comida, y aunque se hubiera dado cuenta de que eran para comer, no tenía la menor intención de llevárselos a la boca. Se sirvió un vaso de vino, en cambio, pero después de un sorbito volvió a dejar el vaso sobre la mesa, y luego, con la otra mano, apartó los huevos con mucha delicadeza.

No hay tiempo, me dijo. Esperaba tener ocasión de

hablar con usted, de intentar conocerlo un poco, pero me parece que no va a ser posible.

Pero tenemos mañana, aventuré.

Puede, repuso ella. En este momento, sólo pienso en ahora mismo.

Deberías echarte un poco, Frieda, terció Alma. ¿Desde cuándo no has dormido nada?

No me acuerdo. Desde anteayer, me parece. La noche anterior a tu marcha,

Pues ya he vuelto, y David también está aquí. No tienes por que ocuparte tú de todo.

Yo no lo hago todo, objetó Frieda, en absoluto. La gente menuda me ayuda mucho, pero tengo que estar allí para hablar con él. Ya está muy débil para entenderse por señas.

Descansa un poco, insistió Alma. Yo me quedaré con él. Podemos hacerlo David y yo.

Espero que no te importe, repuso Frieda, pero estaría mucho más tranquila si esta noche te quedaras aquí. El profesor Zimmer puede dormir en tu casa, pero preferiría que te quedaras arriba conmigo. Por si ocurre algo. ¿Te parece bien? Ya he dicho a Conchita que haga la cama en la habitación grande de invitados.

Me parece estupendo, contestó Alma, pero David no tiene por qué dormir en mi casa. Puede quedarse conmigo.

¡Ah!, exclamó Frieda, totalmente sorprendida. ¿Y qué dice a eso el profesor Zimmer?

El profesor Zimmer aprueba el plan, sentencié.

¡Ah!, repitió ella, y por primera vez desde que entró en la cocina, Frieda sonrío. Me pareció una sonrisa fabulosa, llena de perplejidad y estupefacción, y mientras paseaba la mirada entre la cara de Alma y la mía, fue ampliándose más y más. ¡Dios Santo!, exclamó, si que vais deprisa, ¿no? ¿Quién se habría esperado *eso*?

Nadie, estuve a punto de decir, pero antes de que pudiera articular una sílaba, sonó el teléfono. Fue una interrupción extraña, y como se produjo tan rápidamente después de que Frieda pronunciara la palabra *eso*, pareció haber una relación entre los dos hechos, como si el teléfono hubiera sonado en respuesta directa a la palabra. Cambió el ambiente por completo, apagando el destello de alegría que había iluminado su semblante. Frieda se puso en pie, y mientras se dirigía hacia el teléfono (que estaba colgado en la pared, junto a la puerta abierta, a unos seis o siete pasos a su derecha), se me ocurrió que el objeto de la llamada era decirle que no le estaba permitido sonreír, que en la casa de la muerte estaba prohibido sonreír. Era una idea ridícula, pero eso no significaba que mi intuición fuese falsa. *Nadie*, había estado a punto de decir, y cuando Frieda cogió el teléfono y preguntó quién era, resultó que no había nadie al otro lado de la línea. Diga, ¿quién es?, y cuando no contestaron a su pregunta, volvió a repetirla y luego colgó. Se volvió hacia nosotros con expresión angustiada. Nadie, dijo. Maldita sea, nadie.

Hector murió unas horas después, entre las tres y las cuatro de la mañana. Alma y yo estábamos dormidos cuando pasó, desnudos bajo las sábanas, en la cama de la habitación de invitados. Habíamos hecho el amor, charlado, vuelto a hacer el amor, y no sé muy bien cuándo acabaron fallándonos las fuerzas. En el espacio de dos días, Alma había atravesado dos veces el país, había conducido centenares de kilómetros yendo y viniendo de los aeropuertos, y sin embargo aún tuvo fuerzas para levantarse desde las profundidades del sueño cuando Juan llamó a la puerta. Yo fui incapaz. Seguí durmiendo entre el ruido y la conmoción y acabé perdiéndomelo todo. Al cabo de

años de insomnio y malas noches, por fin dormía a pierna suelta, y fue justo cuando debía haber estado despierto.

No abrí los ojos hasta las diez. Alma estaba sentada al borde de la cama, acariciándome la mejilla, musitando mi nombre con voz suave pero urgente, e incluso después de sacudirme las telarañas e incorporarme sobre el codo, no me comunicó la noticia hasta diez o quince minutos más tarde. Primero hubo besos, seguidos por una conversación muy íntima sobre el estado de nuestros sentimientos, y luego me dio un tazón de café, dejando que me lo bebiera hasta el fondo antes de empezar. Siempre la he admirado por tener la fuerza y la disciplina de hacer esas cosas. Al no hablar inmediatamente de Hector, me estaba diciendo que no consentiría que nos ahogáramos en el resto de la historia. Acabábamos de empezar nuestra propia historia, y era tan importante para ella como la otra: la de su vida, la que había sido su vida entera hasta el momento en que me conoció a mí.

Se alegraba de que hubiera estado dormido mientras pasaba todo, me dijo. Eso le había dado ocasión de estar cierto tiempo a solas y derramar algunas lágrimas, de pasar lo peor antes de que empezara el ajetreo. Iba a ser un día duro, prosiguió, un día duro y cargado de acontecimientos para nosotros dos. Frieda estaba en pie de guerra: atacando en todos los frentes, preparándose para quemarlo todo tan pronto como pudiera.

Creí que teníamos veinticuatro horas, dije.

Eso es lo que yo pensaba, también. Pero Frieda dice que tiene que hacerse *dentro de* las veinticuatro horas. Hemos tenido una buena pelea por eso antes de que se marchara.

¿Se ha marchado? ¿Es que no está en el rancho?

Fue una escena increíble. Diez minutos después de la muerte de Hector, Frieda estaba al teléfono, hablando con

la funeraria Vista Verde de Albuquerque. Les pidió que enviaran un coche cuanto antes. Vinieron sobre las siete o siete y media, lo que significa que estarán llegando allí en estos momentos. Tiene la intención de que incineren a Hector hoy mismo.

¿Y lo puede hacer? ¿No tiene que cumplir un montón de trámites primero?

Lo único que necesita es el certificado de defunción. Una vez que el médico examine el cadáver y certifique que Hector ha muerto por causas naturales, podrá hacer lo que quiera.

Debía de tenerlo pensado desde siempre. Lo que pasa es que no te lo había dicho.

Es grotesco. Cuando nosotros estemos en la sala de proyección, viendo las películas de Hector, estarán metiendo su cadáver en un horno, para convertirlo en un montón de cenizas.

Y cuando ella vuelva, las películas también quedarán reducidas a cenizas.

Sólo disponernos de unas horas. No va a haber tiempo de verlas todas, pero si empezamos ahora mismo podremos poner dos o tres.

No es gran cosa, ¿verdad?

Estaba dispuesta a quemarlas todas esta mañana. Al menos he logrado convencerla de que no lo hiciera.

Por la forma que tienes de decirlo, es como si hubiera perdido la cabeza.

Su marido ha muerto, y lo primero que tiene que hacer es destruir su obra, aniquilar todo lo que han hecho juntos. Si se detiene a pensarlo, no será capaz de seguir adelante. Claro que ha perdido la cabeza. Hizo esa promesa casi cincuenta años atrás, y hoy ha llegado el momento de cumplirla. Si yo estuviera en su lugar, querría terminar cuanto antes. Acabar de una vez, y luego de-

rrumbarme. Por eso es por lo que Hector sólo le dio veinticuatro horas. No quería que tuviese tiempo de pensarlo mejor.

Alma se puso entonces en pie, y mientras daba la vuelta a la habitación subiendo las persianas, me levanté de la cama y me vestí. Quedaban muchas cosas por decir, pero tendríamos que aplazarlas hasta que hubiéramos visto las películas. El sol entraba a raudales por las ventanas mientras Alma subía las persianas, inundando el cuarto con una luz cegadora de media mañana. Llevaba vaqueros, lo recuerdo bien, y un jersey blanco de algodón. Ni zapatos ni calcetines, y las uñas de sus espléndidos deditos de los pies, pintadas de rojo. Las cosas no tenían que haber pasado así. Yo contaba con que Hector hubiera seguido viviendo para ofrecerme una serie de lentas y contemplativas jornadas en el rancho sin otra cosa que hacer que ver sus películas y sentarme frente a él en la penumbra de su habitación. Era difícil elegir entre una y otra decepción, decidir cuál era la mayor frustración: no volver a hablar con él o saber que iban a quemar sus películas antes de que yo tuviera ocasión de verlas todas.

Al bajar pasamos frente a la habitación de Hector, y cuando miré al interior vi que la gente menuda estaba quitando las sábanas de la cama. La habitación estaba ahora completamente vacía. Habían desaparecido los objetos que abarrotaban la superficie de la cómoda y de la mesilla de noche (frascos de pastillas, vasos, libros, termómetros, toallas), y salvo por las mantas y almohadas tiradas por el suelo, nada sugería que un hombre acababa de morir allí sólo siete horas antes. Los vi en el momento en que quitaban la sábana de abajo. Estaba cada uno a un lado de la cama, las manos flotando en el aire, a punto de doblar la sábana por las dos esquinas al mismo tiempo. Tenían que coordinar los movimientos debido a su pequeña esta-

tura (la cabeza apenas les sobresalía del colchón), y mientras la sábana se hinchaba momentáneamente sobre la cama, vi que estaba sucia de manchas y señales diversas, los últimos vestigios íntimos de la presencia de Hector en el mundo. Todos morimos soltando sangre y meados, cagándonos como niños recién nacidos, ahogándonos en nuestros propios mocos. Un segundo después, la sábana volvió a alisarse, y los criados sordomudos empezaron a caminar a lo largo de la cama, moviéndose de la cabecera a los pies mientras la sábana se plegaba sobre sí misma y luego caía silenciosamente al suelo.

Alma había preparado bocadillos y bebidas para llevarlos a la sala de proyección. Mientras ella iba a la cocina a ponerlo todo en una cesta, deambulé por la planta baja mirando las obras de arte que colgaban de las paredes. Debía de haber tres docenas de cuadros y dibujos sólo en el cuarto de estar, y otra docena en el pasillo: abstracciones luminosas y ondulantes, paisajes, retratos, apuntes a lápiz y plumilla. Ninguno llevaba firma, pero todos parecían obra de una misma persona, lo que significaba que Frieda debía de ser la autora. Me detuve frente a un pequeño dibujo que colgaba sobre el mueble del tocadiscos. No iba a tener tiempo de mirarlo todo, así que decidí concentrarme en aquél y no fijarme en el resto. Era un niño pequeño visto desde arriba: una criatura de unos dos años, tumbada de espaldas con las piernas abiertas y los ojos cerrados, evidentemente dormida en su cuna. El papel se había puesto amarillo y empezaba a desmigajarse un poco por los bordes, y cuando vi lo antiguo que era, tuve la certidumbre de que el niño del dibujo era Tad, el hijo muerto de Hector y Frieda. Brazos y piernas al aire, doblados de cualquier manera; torso desnudo; pañal de algodón, fruncido y sujeto con un imperdible; sugerencia de barrotes en la cuna, justo detrás de la coronilla del

niño. Las líneas daban una impresión de rapidez, de espontaneidad: un remolino de trazos vibrantes, seguros, probablemente ejecutados en menos de cinco minutos. Traté de imaginarme la escena, remontarme al momento en que el lápiz se apoyó por primera vez en el papel. Una madre sentada frente a su hijo, que duerme su siesta de media tarde. Ella lee un libro, pero cuando alza la vista y lo observa en aquella postura indefensa —cabeza atrás y echada hacia un lado—, saca un lapicero del bolsillo y empieza a dibujarlo. Como no tiene papel, utiliza la última hoja del libro, que por casualidad es blanca. Cuando acaba el dibujo, arranca la hoja y la guarda; o la deja en el libro y se olvida del dibujo. Y si se olvida, pasan años antes de que vuelva a abrir ese libro y descubra el dibujo perdido. Sólo entonces separa la quebradiza hoja de su encuadernación, la enmarca y la cuelga en la pared. Era imposible saber cuándo podía haber pasado eso. Cuarenta años atrás, quizá, o el mes pasado, pero cuando encontró ese dibujo de su hijo, el niño ya estaba muerto; tal vez llevara muerto mucho tiempo, puede que más años de los que yo llevaba viviendo.

Cuando Alma volvió de la cocina, me tomó de la mano, me sacó del cuarto de estar y me llevó a un pasillo adyacente, de muros encalados y suelo de baldosas rojas. Quiero que veas una cosa, me anunció. Sé que andamos faltos de tiempo, pero sólo será un momento.

Fuimos hasta el fondo del pasillo, pasando frente a dos o tres puertas, y nos detuvimos frente a la última. Alma dejó en el suelo la cesta del almuerzo y sacó un llavero del bolsillo. Debía de haber unas quince o veinte llaves, pero encontró enseguida la que quería y la introdujo en la cerradura. El estudio de Hector, explicó. Aquí pasaba más tiempo que en ningún otro sitio. El rancho era su mundo, pero éste era el centro de ese mundo.

La estancia estaba llena de libros. Fue lo primero que observé al entrar: la cantidad de libros que había. Tres de las cuatro paredes estaban cubiertas de estanterías del suelo al techo, y hasta el último centímetro de aquellos estantes estaba atestado de libros. Los había también amontonados y apilados en sillas y mesas, en la alfombra, en el escritorio. En tapa dura y ediciones de bolsillo, nuevos y viejos, en inglés, español, francés e italiano. El escritorio era una larga mesa de madera en medio de la habitación —gemela de la que había en la cocina— y entre los títulos que vi recuerdo *Mi último suspiro*, de Luis Buñuel. Como el libro estaba abierto y boca abajo frente a la butaca, me pregunté si Hector no habría estado leyéndolo el día que se cayó y se rompió la pierna: la última vez que estuvo en el estudio. Estaba a punto de cogerlo para ver dónde se había quedado, cuando Alma volvió a tomarme de la mano y me condujo frente a una estantería al fondo del estudio. Creo que esto te va a interesar, me dijo. Señaló una hilera de libros que había a varios centímetros por encima de su cabeza (pero exactamente a la altura de mis ojos), y vi que todos eran de autores franceses: Baudelaire, Balzac, Proust, La Fontaine. Un poco más a la izquierda, dijo Alma, y al mover los ojos en aquella dirección, escudriñando el lomo de los libros para ver lo que quería enseñarme, me encontré de pronto con el verde y dorado de la familiar edición en dos volúmenes de La Pléiade de las *Mémoires d'outre-tombe* de Chateaubriand.

No debería haberme afectado, pero lo hizo. Chateaubriand no era un autor desconocido, pero me conmovió saber que Hector había leído aquel libro, entrando en el mismo laberinto de recuerdos por el que yo erraba desde hacía dieciocho meses. Era otro punto de contacto, en cierto modo, otro eslabón en la cadena de encuentros fortuitos y afinidades curiosas que me habían atraído hacia él

desde el principio. Saqué el primer volumen del estante y lo abrí. Sabía que Alma y yo debíamos darnos prisa, pero no pude resistir el impulso de pasar la mano por un par de páginas, de tocar algunas de las palabras que Hector había leído en el sosiego de aquella habitación. El libro se abrió por la mitad y vi que había una frase subrayada con un tenue trazo a lápiz. *Les moments de crise produisent un redoublement de vie chez les hommes*. Los momentos de crisis producen una vitalidad redoblaba en los hombres. O más sucintamente, quizá: los hombres sólo empiezan a vivir plenamente cuando se ven entre la espada y la pared.

A toda prisa, salimos al calor de aquella mañana de verano con nuestros bocadillos y bebidas frías. La mañana anterior, habíamos viajado entre los vestigios de un temporal de Nueva Inglaterra. Ahora estábamos en el desierto, caminando bajo un cielo sin nubes, respirando un aire suave que olía a enebro. A la derecha veía los árboles de Hector, y mientras bordeábamos la sinuosa línea del jardín, oíamos cantar a las cigarras entre la alta hierba. Destellos de milenrama, coniza y galio. Me sentía sumamente alerta, lleno de una especie de demencial resolución, en un estado donde se mezclaban el miedo, la expectación y la felicidad; como si tuviera tres intelectos, diferentes pero que funcionaran todos a la vez. Un gigantesco lienzo de montañas se extendía a lo lejos; un cuervo volaba en círculos sobre nuestras cabezas; una mariposa azul se posó en una piedra, A menos de cien metros de la casa, ya notaba que el sudor se me adensaba en la frente. Alma señaló un edificio rectangular de una planta, de adobe, con unos escalones de cemento resquebrajado donde crecían unos hierbajos. Los actores y los técnicos dormían allí durante la realización de las películas, me informó,

pero ahora las ventanas estaban cerradas con tablones y no había agua ni luz. Los locales de posproducción se encontraban a otros cincuenta metros de allí, pero el edificio que me llamó la atención fue el que estaba más lejos. El estudio de sonido era una construcción descomunal, deslumbrante a pleno sol, un enorme cubo blanco que allí resultaba raro, más semejante a un hangar de avión o un garaje de camiones que a un estudio cinematográfico. Impulsivamente, apreté la mano de Alma y luego deslicé mis dedos entre los suyos, entrelazándolos. ¿Qué vamos a ver primero?, le pregunté.

La vida interior de Martin Frost.

¿Por qué ésa y no otra?

Porque es la más corta. Podremos verla desde el principio hasta el final, y si Frieda no ha vuelto cuando hayamos terminado de verla, pondremos la más corta después de ésa. No se me ha ocurrido otra manera de hacerlo.

Es culpa mía. Tenía que haber venido aquí hace un mes. No te imaginas lo estúpido que me siento.

Las cartas de Frieda no eran muy amables. De haber estado en tu situación, yo también habría dudado.

No podía admitir que Hector estuviera vivo. Y luego, una vez que lo acepté, me negué a admitir que se estaba muriendo. Esas películas llevan años ahí. Si hubiera reaccionado enseguida, habría podido verlas todas. Podría haberlas visto dos o tres veces, aprendérmelas de memoria, asimilarlas. Y ahora tenemos que darnos prisa para ver sólo una. Es absurdo.

No te mortifiques, David. Yo tardé un año entero en convencerlos de que tenías que venir al rancho. Si alguien tiene la culpa, soy yo. Soy yo quien no ha estado muy despabilada. Soy yo quien se siente como una estúpida.

Alma abrió la puerta con otra de sus llaves, y en el momento en que franqueamos el umbral y entramos en

el edificio, la temperatura bajó diez grados. Estaba puesto el aire acondicionado, y a menos que estuviera funcionando todo el tiempo (cosa que dudaba), aquello suponía que Alma había pasado por allí a primera hora de la mañana. Parecía un hecho insignificante, pero cuando pensé en ello unos momentos, sentí una enorme oleada de lástima por ella. Había visto cómo Frieda se marchaba con el cadáver de Hector a las siete o siete y media, y entonces, en vez de subir a despertarme, se dirigió al edificio de posproducción para poner en marcha el aire acondicionado. Durante las dos horas y media siguientes, había estado allí sola, llorando a Hector mientras el edificio se refrescaba, incapaz de verme frente a frente hasta que se le hubieran acabado las lágrimas. Podríamos haber pasado ese tiempo viendo una película, pero como ella no se había sentido preparada para empezar, una parte del día se nos había escapado entre los dedos. Alma no era dura. Era más valiente de lo que yo pensaba, pero no era dura, y mientras la seguía por el fresco corredor hacia la sala de proyección, acabé comprendiendo lo terrible que iba a ser aquel día para ella, lo terrible que ya había sido.

Puertas a la izquierda, puertas a la derecha, pero sin tiempo para abrir ninguna, sin tiempo para entrar y echar un vistazo a la sala de montaje o al estudio de mezcla de sonido, ni siquiera para preguntar si el equipo seguía allí. Al final del corredor, torcimos a la izquierda, fuimos por otro pasillo con paredes de bloques de hormigón (azul claro, lo recuerdo), y luego pasamos por unas puertas dobles a la pequeña sala de proyección. Había tres filas de butacas tapizadas, de asiento abatible —aproximadamente de ocho a diez por fila—, y el suelo descendía suavemente hacia delante. La pantalla estaba fija en la pared, sin escenario ni telón: un rectángulo opaco de plástico blanco con diminutas perforaciones y un lustroso brillo oxidado.

Las luces estaban encendidas, y cuando me di la vuelta para echar una mirada, lo primero en que me fijé fue en que había dos proyectores, cada uno de ellos cargado con un rollo de película.

Salvo por unas cuantas fechas y cifras, Alma no me había dicho mucho de la película. *La vida interior de Martin Frost* era la cuarta película que Hector había hecho en el rancho, me explicó, y cuando terminó el rodaje, en marzo de 1946, trabajó en ella otros cinco meses antes de proyectar la versión definitiva en una sesión privada el doce de agosto. Duraba cuarenta y un minutos. Igual que todas las películas de Hector, se había filmado en blanco y negro, pero *Martin Frost* era algo diferente de las demás en el sentido de que podía describirse como una comedia (o como una película con elementos cómicos) y, por tanto, era la única obra del último periodo que guardaba alguna relación con los cortometrajes cómicos de los años veinte. Alma la eligió por su duración, según había dicho, pero eso no significaba que no fuese una buena muestra para empezar. Su madre había interpretado el papel protagonista, y si no era la obra más ambiciosa que Hector y ella hicieron juntos, probablemente era la más encantadora. Alma apartó un momento la vista. Luego, tras respirar hondo, se volvió de nuevo hacia mí y dijo: Faye estaba tan viva entonces, tan llena de vitalidad... Nunca me canso de verla.

Esperé que prosiguiera, pero aquel fue el único comentario que hizo, la única observación que se parecía a la manifestación de una opinión subjetiva. Después de otro breve silencio, abrió la cesta del almuerzo y sacó un cuaderno y un bolígrafo, que estaba provisto de una luz para escribir en la oscuridad. Por si quieres hacer alguna anotación, me dijo. Cuando me los dio, se inclinó un poco y me besó en la mejilla —un besito, un beso de cole-

giala—, y luego se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Veinte segundos después, oí unos golpecitos. Alcé la vista y allí estaba otra vez, saludándome con la mano tras el cristal de la cabina de proyección. Le devolví el saludo —quizá hasta le lancé un beso— y entonces, justo cuando me estaba sentando en medio de la primera fila, Alma fue atenuando las luces. No volvió a bajar hasta que se acabó la película.

Tardé un tiempo en entrar en el asunto, en enterarme de lo que pasaba. La acción estaba filmada con un realismo tan inexpresivo, con una atención tan escrupulosa a los detalles de la vida cotidiana, que no percibí la magia que rodeaba el meollo de la trama. La película empezaba como cualquier otra comedia sentimental, y durante los primeros doce o quince minutos Hector se apegaba a las trilladas convenciones del género: el encuentro accidental entre el galán y la chica, el malentendido que los empuja a separarse, el cambio súbito y el estallido de deseo, la zambullida en el delirio, el surgimiento de dificultades, el enfrentamiento con la duda y su superación; todo lo cual conduciría (o eso creía yo) a un desenlace triunfal. Pero entonces, transcurrida más o menos la tercera parte de la narración, me di cuenta de que no lo había entendido bien. Pese a todas las apariencias, el escenario de la película no era Tierra del Sueño ni el territorio del Rancho Piedra Azul, sino el interior de la cabeza de un hombre; y la mujer que había entrado en aquella cabeza no era una mujer de carne y hueso, sino un espíritu, una criatura nacida de la imaginación del hombre, un ser efímero enviado para servirle de musa.

Si la película se hubiese filmado en cualquier otro sitio, puede que no hubiera sido tan lento de entendederas.

La inmediatez del paisaje me desconcertó, y durante los dos primeros minutos debí luchar contra la impresión de que estaba viendo una especie de película casera, muy elaborada y habilidosa. La casa de la película era la casa de Hector y Frieda, el jardín era su jardín, la carretera era su carretera. Incluso salían los árboles de Hector; con un aspecto más joven y descarnado que ahora, quizá, pero seguían siendo los mismos frente a los que había pasado de camino al edificio de posproducción no hacía ni diez minutos. Salía la habitación en la yo había dormido, la piedra en la que había visto posarse a la mariposa, la mesa de cocina de la que Frieda se había levantado para contestar al teléfono. Hasta que empezó a proyectarse la película en la pantalla frente a mis ojos, todas esas cosas habían sido reales. Ahora, en las imágenes en blanco y negro salidas de la cámara de Charlie Grund, se habían convertido en elementos de un mundo de ficción. Yo debía interpretarlas como sombras, pero mi cerebro no se ajustó con la suficiente rapidez. Una y otra vez, las veía como eran, no como lo que pretendían ser.

Los títulos de crédito aparecieron en silencio, sin música de fondo, sin señales auditivas que preparasen al espectador para lo que iba a venir. Una sucesión de carteles blancos sobre fondo negro anunciaba los aspectos más destacados. *La vida interior de Martin Frost*. Guión y dirección: Hector Spelling. Reparto: Norbert Steinhaus y Faye Morrison. Cámara: C. P. Grund. Decorados y vestuario: Frieda Spelling. El nombre de Steinhaus no me decía nada, y cuando ese actor apareció en escena unos momentos después, tuve la seguridad de que nunca lo había visto. Era un individuo alto y desgarbado, de treinta y tantos años, mirada aguda y perspicaz, y una leve calvicie. De aspecto no especialmente atractivo ni heroico, pero simpático, humano, con un rostro lo bastante expresivo

como para sugerir cierta actividad mental. No me sentí incómodo viéndolo y no me resistí a creer en su actuación, cosa que me resultaba más difícil con respecto a la madre de Alma. No porque no fuese buena actriz, ni tampoco porque me sintiera decepcionado (era encantadora, y estaba excelente en su papel), sino simplemente porque era la madre de Alma. No cabe duda de que eso contribuyó a la sensación de desplazamiento y confusión que experimenté al comienzo de la proyección. Ahí tenía a la madre de Alma —pero a la madre de Alma de joven, con quince años menos de los que ahora tenía Alma—, y no pude dejar de buscar en ella signos de su hija, indicios de cierta semejanza entre ellas. Faye Morrison era más morena y más alta que Alma, indiscutiblemente más hermosa que ella, pero sus cuerpos tenían una forma similar, y en la expresión de los ojos, la inclinación de la cabeza y el tono de voz también se apreciaban similitudes. No quiero sugerir que fuesen iguales, pero sí existían suficientes paralelismos, bastantes ecos genéticos para imaginarme que estaba viendo a Alma sin la marca de nacimiento, Alma antes de que la conociera, Alma con veintidós o veintitrés años, viviendo a través de su madre en una versión alternativa de su propia vida.

La película empieza con una toma lenta y metódica del interior de la casa. La cámara se desliza sobre las paredes, pasa por encima de los muebles del salón, y acaba deteniéndose frente a la puerta. *No había nadie en casa*, nos dice una voz en *off* y un momento después se abre la puerta y aparece Martin Frost, llevando una maleta en una mano y una bolsa de comestibles en la otra. Mientras cierra la puerta con el pie al entrar, prosigue la narración en *off. Acababa de pasar tres años escribiendo una novela y estaba agotado, necesitaba un descanso. Cuando los Spelling decidieron pasar el invierno en México, se ofrecieron a dejar-*

me la casa. Hector y Frieda eran muy buenos amigos míos, y los dos sabían cuánto me había exigido el libro. Me imaginé que me vendría bien un par de semanas en el desierto, de manera que una mañana me subí al coche, salí de San Francisco y vine a Tierra del Sueño. No hice planes. Lo único que quería era estar sin hacer nada, vivir como vive una piedra. Mientras escuchamos el relato de Martin, lo vemos deambular por diversas partes de la casa. Lleva los comestibles a la cocina, pero en el momento en que la bolsa toca la encimera, la escena cambia al salón, donde lo encontramos frente a la librería. Está examinando los libros, y cuando alarga la mano para coger uno, saltamos a una habitación de la planta alta, donde está abriendo y cerrando cajones de la cómoda, colocando sus cosas. Un cajón se cierra de golpe, y un instante después Martin está sentado en la cama, probando la resistencia del colchón. Es un montaje fragmentado, organizado con eficacia, que combina primeros planos y planos medios en una sucesión de ángulos levemente anómalos, ritmos cambiantes y pequeñas sorpresas visuales. Normalmente cabría esperar música de fondo en una secuencia de ese tipo, pero Hector prescinde de los instrumentos en favor de los ruidos naturales: el chirrido de los muelles de la cama, los pasos de Martin por el suelo de baldosas, el crujido de la bolsa de papel. La cámara se detiene en las manillas de un reloj, y mientras escuchamos las últimas palabras del monólogo introductorio (*Lo único que quería era estar sin hacer nada, vivir como vive una piedra*), la imagen empieza a hacerse borrosa. Sigue un silencio. Durante unos momentos, es como si todo se hubiese interrumpido —la voz, los ruidos, las imágenes—, y luego, de forma muy brusca, la escena nos lleva al exterior. Martin está paseando por el jardín. A un plano largo sucede un primer plano; el rostro de Martin y, seguidamen-

te, un detenido examen del ambiente que le rodea: árboles y maleza, cielo, un cuervo que se posa en la rama de un chopo. Cuando la cámara vuelve a él, Martin está en cuclillas, observando un cortejo de hormigas. Oímos que el viento sopla con fuerza entre los árboles: un silbido prolongado, que recuerda el fragor del oleaje. Martin alza la cabeza, protegiéndose los ojos del sol, y de nuevo la cámara nos lleva a otra parte del paisaje: una peña por la que repta un lagarto. La cámara se eleva unos centímetros y, obteniendo un efecto panorámico, en la parte superior del cuadro vemos una nube que pasa sobre la peña. *¿Y yo qué sabía?*, dice Martin. *Unas horas de silencio, unas bocanadas de aire del desierto, y de buenas a primeras me empieza a rondar por la cabeza una idea para un relato. Así es como pasa siempre con los cuentos. En un momento dado no hay nada. Y al instante siguiente ya lo tienes ahí, trepando en tu interior.*

La cámara pasa de un primer plano de la cara de Martin a un plano general de los árboles. El viento sopla de nuevo, y mientras hojas y ramas empiezan a temblar ante su asalto, el sonido asciende, se amplifica en una oleada de percusiones, vibra como una respiración, flota en el aire como un clamor de suspiros. La toma dura tres o cuatro segundos más de lo que esperábamos. Tiene un efecto extrañamente etéreo, pero justo cuando estamos a punto de preguntamos lo que puede significar ese curioso énfasis, vuelven a transportarnos al interior de la casa. Es una transición súbita, violenta. Martin está sentado frente a una mesa en una de las habitaciones de arriba, escribiendo frenéticamente a máquina. Oímos el repiqueteo de las teclas, le vemos trabajar en su relato desde diversos ángulos y distancias. *No iba a ser larga*, dice la voz. *Veinticinco o treinta páginas, cuarenta todo lo más. No sabía cuánto tiempo me llevaría escribirlo, pero decidí quedarme*

en aquella casa hasta haberlo terminado. Escribiría el relato, y no me marcharía hasta acabarlo.

La imagen se funde en negro. Cuando se reanuda la acción es por la mañana. Un primerísimo plano del rostro de Martin nos los muestra dormido, con la cabeza apoyada en la almohada. El sol entra a raudales por las rendijas de las persianas, y mientras observamos cómo abre los ojos y se despierta a duras penas, la cámara retrocede para revelarnos algo que no puede ser cierto, que desafía las leyes del sentido común. Martin no ha pasado la noche solo. Hay una mujer en la cama con él, y mientras la cámara sigue retrocediendo por la habitación, la vemos durmiendo bajo las sábanas, tendida de costado y vuelta hacia Martin: el brazo izquierdo indolentemente apoyado en el torso de él, los largos cabellos negros esparcidos sobre la otra almohada. Saliendo poco a poco de su sopor, Martin observa el brazo desnudo que le cruza el pecho, se da cuenta de que el brazo está unido a un cuerpo, y se incorpora bruscamente en la cama con la expresión de quien acaba de recibir una descarga eléctrica.

Zarandeada por esos movimientos súbitos, la joven emite un gruñido, hunde la cabeza en la almohada y luego abre los ojos, Al principio, no parece darse cuenta de la presencia de Martin. Casi dormida aún, esforzándose todavía por recuperar la conciencia, se pone boca arriba y bosteza. Al estirar los brazos, su mano derecha roza el cuerpo de Martin. Nada ocurre durante unos segundos, pero luego, muy despacio, se incorpora, mira el rostro confuso y horrorizado de Martin, y grita. Un instante después, retira las sábanas de golpe y salta de la cama, precipitándose por la habitación en un frenesí de miedo y vergüenza. No lleva nada encima. Ni un paño, ni una tirita, ni el menor rastro de sombra que obstaculice la visión, Sensacional en su desnudez, con los pechos y el vientre a

plena vista de la cámara, se lanza hacia el objetivo, coge su bata del respaldo de una silla y hunde apresuradamente los brazos en las mangas.

Se tarda un buen rato en aclarar el malentendido. Martin, no menos inquieto y desconcertado que su misteriosa compañera de cama, se levanta despacio y se pone los pantalones, preguntándole luego quién es y qué está haciendo allí. La pregunta parece ofenderla. No, replica, quién es *él* y qué está *él* haciendo allí. Martin adopta una expresión de incredulidad. Pero ¿qué dice?, protesta. Me llamo Martin Frost —aunque eso no es asunto suyo—, y si no me dice ahora mismo quién es usted, llamaré a la policía. Inexplicablemente, esa declaración la deja pasmada. ¿Es usted Martin Frost?, le pregunta. ¿El auténtico Martin Frost? Eso acabo de decir, responde Martin, cuyo humor empeora a cada momento, ¿es que tengo que repetirlo? Bueno, es que yo lo conozco a usted, contesta la joven. No es que lo conozca realmente, pero sé quién es. Es amigo de Hector y Frieda.

¿Qué relación tiene usted con Hector y Frieda?, quiere saber Martin, y cuando ella le informa de que es sobrina de Frieda, él pregunta por tercera vez cómo se llama. Claire, contesta finalmente ella. ¿Claire qué más? Ella vacila un momento y luego dice: Claire... Martin. Martin suelta un bufido de indignación. ¿Qué es esto?, inquiere, ¿qué clase de broma es ésta? Yo no tengo la culpa, protesta Claire. Me llamo así.

¿Y qué está haciendo usted aquí, Claire *Martin*?

Me ha invitado Frieda.

Cuando Martin reacciona con aire de incredulidad, ella coge su bolso de una silla. Tras hurgar varios segundos en su interior, saca una llave y se la enseña a Martin. ¿Ve usted?, le dice. Me la envió Frieda. Es la llave de la puerta de entrada.

Con creciente irritación, Martin hunde la mano en el bolsillo y saca una llave idéntica que muestra airadamente a Claire, poniéndosela delante de las narices. Entonces, ¿por qué Hector me ha mandado a mí ésta?, pregunta,

Porque..., contesta Claire, retrocediendo y apartándose de él, porque... es Hector. Y Frieda me envió ésta a mí porque es Frieda. Siempre están haciendo cosas así.

Hay una lógica irrefutable en las palabras de Claire. Martin conoce a sus amigos lo suficiente para comprender que son perfectamente capaces de un enredo semejante. Invitar a su casa a dos personas al mismo tiempo es algo que puede esperarse de los Spelling.

Con expresión derrotada, Martin empieza a deambular por la habitación. No me gusta esto, declara. He venido para estar solo. Tengo que trabajar, y con usted rondando por aquí no..., bueno, eso no es estar solo, ¿verdad?

No se preocupe, lo anima Claire. No le molestaré. Yo también he venido para trabajar.

Resulta que Claire es estudiante. Está preparando un examen de filosofía, anuncia, y tiene que leer muchos libros; en un par de semanas debe empollarse el programa de todo un semestre. Martin se muestra escéptico. ¿Qué tienen que ver las chicas guapas con la filosofía?, parece preguntarse, y entonces la somete a un interrogatorio sobre sus estudios, preguntándole a qué universidad va, el nombre del profesor que le da esa asignatura, el título de los libros que ha de leer, y así sucesivamente. Claire hace como que no se da cuenta del carácter insultante de esas preguntas. Va a Berkeley, California, le contesta. Su profesor se llama Norbert Steinhaus, y la asignatura es «De Descartes a Kant: fundamentos de la indagación filosófica moderna».

Le prometo que no haré nada de ruido, añade Claire.

Pondré mis cosas en otra habitación y ni siquiera se dará cuenta de que estoy aquí.

Martin se ha quedado sin argumentos. Muy bien, dice a regañadientes, dándose por vencido. Yo no la molestaré a usted y usted no me molestará a mí. ¿De acuerdo?

De acuerdo. Cierran el trato con un apretón de manos, y mientras Martin sale pisando fuerte de la habitación, la cámara gira en redondo, acercándose despacio al rostro de Claire. Es una toma sencilla pero emocionante, la primera ocasión de ver a la chica con detenimiento, y gracias a la paciencia y fluidez, con que está realizada, nos damos cuenta de que la cámara no pretende tanto revelarnos a Claire como entrar en ella y leer sus pensamientos, acariciarla. La muchacha sigue a Martin con los ojos, observándolo mientras sale del dormitorio, y un momento después de que la cámara se quede fija frente a ella oímos el ruido metálico del pestillo de la puerta. Adiós, Martin, dice ella. Habla en voz baja, casi en un murmullo.

Durante el resto del día, Martin y Claire trabajan cada uno en un sitio. Martin, sentado frente al escritorio del estudio, escribe a máquina, mira por la ventana y vuelve al teclado, releyendo con un murmullo lo que acaba de escribir. Claire, que tiene aspecto de estudiante con vaqueros y camiseta, está tumbada en la cama leyendo los *Principios del conocimiento humano* de George Berkeley. En un momento dado observamos que el nombre del filósofo está escrito en letras mayúsculas en la parte delantera de la camiseta: BERKELEY, que también es el nombre de su universidad. ¿Tiene eso algún significado, o sólo se trata de un juego de palabras visual? Mientras la cámara pasa de una habitación a otra, escuchamos a Claire, que lee en voz alta: *Y no parece menos evidente que las diversas sensaciones o ideas grabadas en los sentidos, por mezcladas o combinadas que estén, no pueden existir si no es en el espíri-*

tu que las percibe. Y luego: *En segundo lugar, se objetará que hay una gran diferencia entre el fuego real y la idea del fuego, entre soñar o imaginar una quemadura y quemarse verdaderamente*.

A última hora de la tarde, se oye llamar a la puerta. Claire sigue leyendo, pero cuando una segunda llamada, más fuerte, sucede a la primera, deja el libro y dice a Martin que entre. La puerta se abre unos centímetros, y Martin asoma la cabeza. Lo siento, dice. Esta mañana no he sido muy amable con usted. No debí haberme comportado así. Se disculpa con torpeza y vacilación, de manera tan brusca y forzada que Claire no puede dejar de sonreír con satisfacción, quizá también con un asomo de lástima. Le queda un capítulo por leer, dice. ¿Por qué no se encuentran en el salón dentro de media hora para tomar una copa? Buena idea, aprueba Martin. Ya que se ven obligados a convivir, mejor será que se comporten como personas civilizadas.

La acción se reanuda en el salón. Martin y Claire han abierto una botella de vino, pero él sigue pareciendo nervioso, no muy seguro de lo que hacer con aquella extraña y atractiva estudiante de filosofía. En un torpe intento de decir algo gracioso, señala la camiseta de Claire y dice: ¿Pone Berkeley porque estás leyendo a Berkeley? ¿Te pondrás una que ponga Hume cuando empieces a leer a Hume?

Claire ríe. No, no, contesta. Las dos palabras se pronuncian de manera diferente. *Berk–ley y Bark–ley*. La primera es la universidad, la segunda es la persona. Ya lo sabes. Todo el mundo lo sabe.

Se escriben igual, objeta Martin. Por tanto, es la misma palabra.

Se escriben igual, confirma Claire, pero son dos palabras distintas.

Claire está a punto de seguir, pero se detiene, comprendiendo de pronto que Martin le está tomando el pelo. Esboza una amplia sonrisa. Alargando la copa hacia Martin, le dice que se la llene. Tú has escrito un relato de dos personajes que tienen el mismo nombre, dice ella, y yo vengo aquí a darte una lección sobre los principios del nominalismo. Debe de ser el vino. Ya no tengo las ideas claras.

Así que has leído ese relato, dice Martin. Debes de ser una de las seis personas que lo conocen.

He leído toda tu obra, contesta Claire. Tanto las novelas como la recopilación de cuentos.

Pero yo sólo he publicado una novela.

Acabas de terminar la segunda, ¿no? Diste una copia del manuscrito a Hector y Frieda. Frieda me la prestó, y la leí la semana pasada. *Viajes en el scriptorium*. Para mí, es lo mejor que has hecho.

Ahora, todas las reservas que Martin hubiera tenido hacia ella casi se han derrumbado. Claire no sólo es una persona ingeniosa e inteligente, a quien resulta agradable mirar, sino que conoce y entiende su obra. Se sirve otra copa de vino. Claire diserta sobre la estructura de su última novela, y mientras escucha sus incisivos pero halagadores comentarios, Martin se retrepa en la butaca y sonríe. Es la primera vez desde que empezó la película que el reflexivo y circunspecto Martin Frost baja la guardia. En otras palabras, dice, la señorita Martin lo aprueba. Ah, sí, dice Claire, sin la menor duda. La señorita Martin aprueba a Martin. Ese juego de nombres los lleva otra vez al acertijo de Berk–ley/Bark–ley, y Martin vuelve a pedir a Claire que le explique la palabra que lleva estampada en la camiseta, ¿Cuál de las dos es? ¿La persona o la universidad? Las dos, contesta Claire, Es la que tú quieras que sea.

En ese momento, un leve destello de malicia brilla en sus ojos. Algo se le ha ocurrido: una idea, un impulso, una inspiración súbita. O bien, añade, dejando la copa en la mesa y levantándose del sillón, no es ninguna de las dos.

A modo de demostración, se quita la camiseta y la tira tranquilamente al suelo. Debajo sólo lleva un sostén negro de encaje; en absoluto la prenda que se esperaría encontrar en tan puntillosa estudiante de las ideas. Pero eso también es una idea, desde luego, y ahora que la ha puesto en práctica con ese gesto tan decisivo y audaz, Martin sólo puede quedarse boquiabierto. Ni en sus sueños más descabellados podría imaginar que las cosas fueran tan deprisa.

Bueno, dice al fin, es una forma de eliminar la confusión.

Simple lógica, contesta Claire. Una prueba filosófica.

Y sin embargo, prosigue Martin, al cabo de otra larga pausa, eliminando una confusión sólo creas otra.

Ay, Martin, objeta Claire. No te confundas. Intento ser lo más clara posible.

Entre el encanto y la agresión, entre lanzarse en brazos de alguien y dejar que la naturaleza siga su curso, hay una clara separación. En esta escena, que acaba con las palabras recién pronunciadas *(Intento ser lo más clara posible)*, Claire logra unir los dos lados de esa frontera. Seduce a Martin, pero lo hace de manera tan inteligente y desenfadada que no se nos ocurre pensar en sus motivos. Lo quiere porque lo quiere. Así es la tautología del deseo, y en lugar de ponerse a discutir los infinitos matices de esa idea, pasa directamente a la acción. Quitarse la camiseta no es una proclamación vulgar de sus intenciones. Es un momento de ingenio sublime, y a partir de ese instante Martin sabe que ha encontrado la horma de su zapato.

Acaban en la cama. Es la misma en que se han encontrado por la mañana, pero esta vez no tienen prisa por separarse, por rehuir todo contacto y vestirse precipitadamente. Entran como una tromba en la habitación, andando y abrazándose al mismo tiempo, y cuando se derrumban en la cama en una compleja maraña de brazos, piernas y bocas, no nos cabe duda de adonde va a conducirlos la respiración agitada y todo aquel manoseo. En 1946, las convenciones cinematográficas habrían exigido que la escena acabara allí. Una vez que el chico y la chica se besan, el director tenía que cortar para pasar a un plano de gorriones remontando el vuelo, de las olas rompiendo contra la orilla, de un tren acelerando por un túnel —cualquiera de las imágenes admitidas para representar la pasión carnal, la culminación del deseo—, pero Nuevo México no era Hollywood, y Hector podía dejar la cámara filmando hasta que le diera la gana. Se quitan la ropa, surge la piel desnuda, y Martin y Claire empiezan a hacer el amor. Alma hizo bien en advertirme sobre los momentos eróticos de las películas de Hector, pero se equivocó al pensar que me chocarían. Encontré la escena bastante comedida, casi conmovedora en la trivialidad de sus intenciones. La iluminación es tenue, los cuerpos están moteados de sombras, y todo el asunto no dura más de noventa o cien segundos. Hector no pretende excitarnos ni estimularnos tanto como hacernos olvidar que estamos viendo una película, y cuando Martin empieza a pasar los labios por el cuerpo de Claire (por los pechos y la curva de su cadera derecha, por el vello púbico y la tierna cara interna del muslo), queremos creer que lo ha logrado. Una vez más, no suena ni una sola nota musical. Lo único que se oye es el ruido de la respiración, el roce de sábanas y mantas, los muelles de la cama, el viento que sopla entre las ramas de los árboles en la invisible oscuridad de fuera.

A la mañana siguiente, Martin empieza a hablarnos de nuevo. Sobre un montaje que describe el paso de cinco o seis días, nos cuenta los progresos de su relato y su creciente amor por Claire. Lo vemos solo frente a la máquina de escribir, vemos a Claire sola con sus libros, los vemos juntos en diferentes sitios de la casa. Hacen la cena en la cocina, se besan en el sofá del salón, pasean por el jardín. En un momento dado, vemos a Martin en cuclillas en el suelo junto al escritorio, mojando un pincel en una lata de pintura y trazando lentamente la palabra H–U–M–E en una camiseta blanca. Más tarde, Claire lleva puesta esa camiseta, sentada a lo indio en la cama y leyendo un libro del siguiente filósofo de su lista, David Hume. Esas pequeñas viñetas van entremezcladas con primeros planos de objetos seleccionados al azar, detalles abstractos sin relación aparente con lo que Martin está diciendo: un cacharro con agua hirviendo, una voluta de humo de tabaco, unos visillos blancos flotando frente al resquicio de la ventana entreabierta. Vapor, humo y aire: un catálogo de cosas sin forma ni sustancia. Martin está describiendo un idilio, un momento de sostenida y perfecta felicidad, y sin embargo, mientras esa procesión de imágenes de ensueño sigue su marcha a través de la pantalla, la cámara nos dice que no confiemos en la superficie de las cosas, que dudemos del testimonio de nuestros propios ojos.

Una tarde, Martin y Claire comen en la cocina. Martin le está contando una historia *(Y entonces le dije: Si no me crees, te lo enseñaré. Y me metí la mano en el bolsillo y...)*, cuando suena el teléfono. Martin se levanta a cogerlo, y en cuanto sale de cuadro, la cámara gira en redondo y se acerca a Claire. Vemos que su expresión pasa de la camaradería gozosa a la preocupación, quizá incluso a la inquietud. Es Hector, que ha puesto una conferencia desde

Cuernavaca, y aunque no oímos sus palabras, las observaciones de Martin son lo bastante claras para que comprendamos lo que dice. Parece que un frente frío se aproxima al desierto. La caldera no marcha bien, y si la temperatura baja tanto como es de esperar, habrá que echarle un vistazo. Si algo va mal, hay que llamar a Jim, Jim Fortunato o Fontanería y Calefacción Fortunato.

No es más que un asunto trivial y sin importancia, pero la inquietud de Claire va creciendo a medida que escucha la conversación. Cuando Martin habla finalmente de ella a Hector *(Precisamente estaba contando a Claire lo de aquella apuesta que hicimos la última vez que estuve aquí)*, Claire se pone en pie y sale precipitadamente de la habitación. Martin se sorprende de la súbita marcha, pero esa sorpresa no es nada comparada con la que recibe un instante después. *¿Cómo que quién es Claire?*, pregunta a Hector. *Claire Martin*, *la sobrina de Frieda*. No tenemos que escuchar a Hector para saber lo que dice. Una mirada a la cara de Martin y comprendemos que Hector acaba de decirle que nunca ha oído hablar de ella, que no tiene ni idea de quién es Claire.

Para entonces, Claire ya está fuera, alejándose de la casa a todo correr. En una serie de planos rápidos y precisos, vemos que Martin sale precipitadamente por la puerta y emprende su persecución. La llama a voces, pero Claire sigue corriendo, y pasan otros diez segundos antes de que le dé alcance. Alarga el brazo y, cogiéndola del codo, por detrás, la obliga a darse la vuelta y detenerse. Ambos están jadeantes. Con la respiración entrecortada, los pulmones agitados, ninguno está en condiciones de hablar.

Por último, dice Martin: ¿Qué ocurre, Claire? Dime, ¿qué es lo que pasa? Como Claire no le contesta, se inclina hacia delante y le grita en la cara: ¡Tienes que decírmelo!

Te oigo perfectamente, responde Claire, hablando con voz tranquila. No tienes por qué gritar, Martin.

Acaban de decirme que Frieda sólo tiene un hermano, dice Martin. Tiene dos hijos, y da la casualidad de que son dos chicos. Es decir, Claire, dos sobrinos y ninguna sobrina.

No se me ocurrió otra cosa, se justifica Claire. Tenía que encontrar la forma de ganarme tu confianza. Pensé que al cabo de un par de días te darías cuenta por ti mismo, y entonces ya daría igual.

Darme cuenta, ¿de qué?

Hasta entonces, Claire parecía apurada, relativamente contrita, menos avergonzada de su engaño que decepcionada por el hecho de que la hubieran descubierto. Pero cuando Martin confiesa su ignorancia, le cambia la expresión. Parece verdaderamente asombrada. ¿Es que no lo entiendes, Martin?, le dice. ¿Llevamos una semana juntos y me dices que sigues sin entenderlo?

Ni que decir tiene que Martin no lo entiende, y nosotros tampoco. La guapa e inteligente Claire se ha convertido en un enigma, y cuantas más cosas dice, menos llegamos a conocerla.

¿Quién eres?, pregunta Martin, ¿Qué coño estás haciendo aquí?

Ah, Martin, responde Claire, súbitamente al borde de las lágrimas. No importa quién sea.

Claro que importa. Y mucho.

No, cariño, no tiene importancia.

¿Cómo puedes decir eso?

No importa porque me quieres. Porque me deseas. *Eso* es lo que importa. Lo demás no es nada.

La imagen se desvanece sobre un primer plano de Claire, y antes de que entre la siguiente escena, percibimos el ruido de la máquina de escribir de Martin, que re-

piquetea a lo lejos. Se inicia un lento fundido y, mientras la pantalla se va iluminando poco a poco, el ruido de la máquina de escribir parece aproximarse, como si nos desplazáramos del exterior al interior de la casa, subiéramos las escaleras y nos acercáramos a la puerta de la habitación de Martin. Cuando la nueva imagen entra en foco, toda la pantalla se llena con un plano inmenso, muy de cerca, de los ojos de Martin. La cámara se mantiene unos momentos en esa posición, y luego, mientras prosigue la narración de la voz en *off*, empieza a retroceder, mostrando el rostro, los hombros, las manos de Martin sobre las teclas de la máquina de escribir y, finalmente, a Martin, sentado frente al escritorio. Sin detener su avance hacia atrás, la cámara sale de la habitación y se aleja por el pasillo. *Lamentablemente*, dice Martin, *Claire tenía razón. Yo la quería, y la deseaba. Pero ¿cómo se puede amar a una persona en quien no se confía?* La cámara se detiene frente a la puerta de Claire. Como obedeciendo una orden telepática, la puerta se abre de par en par..., y ya estamos dentro, acercándonos a Claire, que se maquilla cuidadosamente frente al espejo del tocador. Va enfundada en una combinación de satén negro, los cabellos flojamente sujetos en un moño, la nuca al descubierto, *Claire no se parecía a ninguna otra mujer*, prosigue Martin. *Era más fuerte que las demás, más alocada que ninguna, más inteligente que nadie. Llevaba toda la vida esperándola, y ahora que estábamos juntos, tenía miedo, ¿Qué me ocultaba? ¿Qué terrible secreto se negaba a revelarme? Por una parte sentía que debía marcharme de allí; sencillamente, hacer la maleta y largarme antes de que fuera demasiado tarde. Pero por otra, pensaba: me está poniendo a prueba. Si no la supero, la perderé.*

Lápiz de ojos, rímel, maquillaje para los pómulos, polvos, carmín. Mientras Martin pronuncia confusamente su introspectivo monólogo, Claire sigue atareada frente

al espejo, transformándose de una clase de mujer en otra. Desaparece la impulsiva marimacho, y en su lugar emerge una seductora fascinante, refinada, toda una estrella de cine. Se levanta de la cómoda, se pone con dificultad un ajustado vestido negro de cóctel, se calza unos zapatos con tacones de ocho centímetros, y nos cuesta trabajo reconocerla. Está deslumbrante: serena, dueña de sí, la imagen misma del poderío femenino. Con una leve sonrisa en los labios, se examina por última vez en el espejo y luego sale de la habitación.

Corte al pasillo. Claire llama a la puerta de Martin y dice: La cena está lista, Martin. Te espero abajo.

Corte al comedor. Claire está sentada a la mesa, esperando a Martin. Ya ha servido las entradas; el vino está descorchado; las velas, encendidas. Martin aparece en la estancia, silencioso. Claire lo recibe con una cálida y amistosa sonrisa, pero Martin no le hace caso. Parece incómodo, receloso, inseguro de la actitud que debe adoptar.

Mirando a Claire con desconfianza, se dirige al sitio que le han preparado, retira la silla y procede a sentarse. La silla tiene un aspecto sólido, pero en cuanto deposita su peso en ella se rompe en mil pedazos. Martin se cae al suelo.

Es un incidente jocoso, totalmente inesperado. Claire prorrumpe en carcajadas, pero Martin no le ve la gracia. Despatarrado, con el culo a rastras, se siente invadido por una oleada de resentimiento y orgullo herido, y cuanto más se ríe Claire de él (no puede evitarlo; sencillamente, es muy gracioso), más ridículo es su aspecto. Sin decir palabra, Martin se pone lentamente en pie, retira a patadas los restos de la silla rota y pone otra en su lugar. Se sienta con cautela esta vez, y cuando está convencido de que el asiento es lo bastante sólido para él, dirige su atención a la cena. Tiene buen aspecto, observa. Es un

intento desesperado de mantener la dignidad, de tragarse el orgullo.

Claire parece desmedidamente satisfecha por esa observación. Con otra sonrisa iluminándole la cara, se inclina hacia él y le pregunta: ¿Cómo va tu relato, Martin?

En ese momento, Martin levanta con la mano izquierda una rodaja de limón que está a punto de exprimir sobre un espárrago. En vez de contestar a la pregunta de Claire, aprieta el limón entre el pulgar y el dedo medio, y el jugo le salta a un ojo. Da un grito de dolor. Una vez más, Claire se echa a reír y, una vez más, nuestro malhumorado héroe no lo encuentra nada gracioso. Moja la servilleta en el vaso de agua y empieza a darse toquecitos en el ojo, intentando aliviarse el escozor. Tiene un aspecto abatido, enteramente humillado por esa nueva exhibición de torpeza. Cuando deja finalmente la servilleta, Claire repite la pregunta.

Bueno, Martin, le dice, ¿cómo va tu relato?

Martin apenas puede soportarlo más. Negándose a contestar, mira a Claire fijamente a los ojos y pregunta a su vez: ¿Quién eres, Claire? ¿Qué has venido a hacer aquí?

Sin inmutarse, Claire vuelve a dirigirle una sonrisa. No, le dice, contesta primero a mi pregunta. ¿Cómo va tu relato?

Martin tiene el aspecto de quien está a punto de estallar. Fuera de sí por sus evasivas, se queda mirándola fijamente sin decir palabra.

Por favor, Martin, insiste Claire, es muy importante.

Luchando por dominar la cólera, Martin murmura un aparte sarcástico, no tanto dirigiéndose a Claire como pensando en voz alta, hablando para sus adentros: ¿De verdad quieres saberlo?

Sí, de verdad quiero saberlo.

Muy bien... De acuerdo, te diré cómo va. Va... (refle-

xiona un momento)..., va (sigue reflexionando)... En realidad, va bastante bien.

¿Bastante bien... o muy bien?

Mmm... (pensando)..., muy bien. Yo diría que va muy bien.

¿Lo ves?

¿Que si veo qué?

Vamos, Martin. Claro que lo ves.

No, Claire, no lo veo. No veo nada. Si quieres saber la verdad, estoy completamente perdido.

Pobre Martin. No deberías ser tan duro contigo mismo.

Martin le dirige una triste sonrisa. Han llegado a una especie de callejón sin salida, y de momento no hay nada más que decir. Claire se concentra en la cena. Come con evidente placer, saboreando las viandas que ha preparado con pequeños y vacilantes bocados. Mmm, exclama, qué bueno. ¿Qué te parece, Martin?

Martin alza el tenedor, pero en el momento en que está a punto de llevárselo a la boca, lanza una mirada a Claire, distraído por los suaves gemidos de placer que emanan de su garganta, y con la atención brevemente desviada de lo que se trae entre manos, gira la muñeca unos cuantos grados. Mientras el tenedor prosigue su trayectoria hacia la boca de Martin, un hilillo de salsa vinagreta empieza a gotear del cubierto y le cae en la pechera de la camisa. Al principio, no se da cuenta, pero cuando abre la boca y vuelve la mirada al ominoso trozo de espárrago, de pronto ve lo que está pasando. Con un brusco movimiento, se echa hacia atrás y suelta el tenedor. ¡Joder!, exclama. ¡Ya lo he vuelto a hacer!

La cámara se vuelve hacia Claire (que se echa a reír por tercera vez) y luego se va acercando a ella para enfocarla en primer plano. Es una toma similar a aquella con la que concluía la escena de la habitación al principio de

la película, pero mientras Claire mantenía entonces el rostro inmóvil cuando salía Martin, ahora está animado, desbordante de placer, expresando lo que parece una alegría casi trascendente. *Estaba tan viva entonces*, había dicho Alma, *tan llena de vitalidad*. En ningún momento de la historia se plasma esa sensación de plenitud vital mejor que en éste. Durante unos segundos, Claire se convierte en algo indestructible, en la encarnación de una pura refulgencia humana. Luego la imagen empieza a disolverse, fundiéndose en un fondo de absoluta negrura, y aunque la risa de Claire dura varios segundos más, también acaba por desaparecer, perdiéndose en una serie de ecos, de respiraciones entrecortadas y reverberaciones aún más lejanas.

Sigue un largo silencio, y durante veinte segundos la pantalla está dominada por una sola imagen nocturna: la luna en el cielo. Pasan nubes, el viento hace susurrar a los árboles debajo, pero en lo esencial, aparte de esa luna, no hay nada frente a nosotros. Es una transición rotunda, muy marcada, y enseguida olvidamos los momentos cómicos de la escena anterior. *Aquella noche*, dice Martin, *tomé una de las decisiones más importantes de mi vida. Resolví no hacer más preguntas. Claire me estaba pidiendo que diera un salto en el vacío y confiara en ella, y en vez de seguir acuciándola, decidí cerrar los ojos y saltar. No tenía idea de lo que me esperaba abajo, pero eso no significaba que no mereciera la pena arriesgarse. De modo que seguí cayendo... y una semana después, justo cuando empezaba a pensar que todo iría, bien para siempre, Claire salió a dar un paseo.*

Martin está sentado frente al escritorio en su estudio de la planta alta. Aparta la vista de la máquina de escribir para mirar por la ventana, y cuando la cámara cambia de ángulo para revelarnos su perspectiva, hay una larga toma

de Claire, que, vista desde arriba, pasea sola por el jardín. Al parecer ha llegado el frente frío. Lleva abrigo y bufanda, las manos en los bolsillos; una ligera nevada espolvorea el suelo. Cuando la cámara vuelve a Martin, aún está mirando por la ventana, incapaz de apartar los ojos de ella. Nuevo cambio de ángulo y otro plano de Claire, sola en el jardín. Da unos pasos más, y entonces, sin previo aviso, se desploma. La caída tiene un efecto aterrador. Nada de vacilaciones ni mareos, nada de que se le doblen las rodillas. Entre un paso y otro, Claire se hunde en la inconsciencia total, y por la forma súbita e implacable con que le abandonan las fuerzas, se diría que está muerta.

La cámara hace un *zoom* desde la ventana, trayendo a primer plano el cuerpo inerte de Claire. Martin entra en campo: corriendo, jadeante, frenético. Cae de rodillas a su lado y le sostiene tiernamente la cabeza entre las manos, buscando algún signo de vida. Ya no sabemos qué esperar. La historia ha cambiado de registro, y un minuto después de habernos desternillado de risa, nos encontramos en medio de una escena tensa y melodramática. Claire abre finalmente los ojos, pero hemos tenido tiempo suficiente para saber que no se trata tanto de un restablecimiento como de un aplazamiento de la sentencia, un presagio de lo que ha de venir. Alza la vista hacia Martin y sonríe. Es una sonrisa espiritual, en cierto modo, una sonrisa interior, la sonrisa de quien ya no cree en el futuro. Martin la besa, y luego se agacha, la coge en brazos y la lleva hacia la casa. *Parecía que estaba bien*, dice. *Un simple desvanecimiento*, *pensamos*. *Pero a la mañana siguiente*, *Claire se despertó con mucha fiebre*.

Pasamos a un plano de Claire en la cama. Afanándose a su alrededor como una enfermera, Martin le mide la temperatura, insiste en que se tome unas aspirinas, le pasa

una toalla húmeda por la frente, le da sopa con una cuchara. *No se quejaba*, prosigue. *Tenía el cuerpo muy caliente, pero parecía de buen humor. Al cabo de un rato, me echó de la habitación. Vuelve a tu historia, me ordenó. Prefiero estar aquí contigo, protesté, pero entonces se rió, y con una mueca cómica me dijo que si no me iba a trabajar en aquel mismo momento, se levantaría de un salto de la cama, se quitaría la ropa y saldría fuera completamente desnuda. Y así no iba a curarse, ¿verdad?*

Un momento después, Martin está sentado frente al escritorio, mecanografiando otra página de su relato. El ruido es particularmente intenso aquí —teclas repiqueteando a un ritmo furioso, en ráfagas largas y entrecortadas—, pero entonces el volumen disminuye, se va reduciendo hasta casi apagarse, y vuelve la voz de Martin. De nuevo estamos en la habitación. Uno por uno, vemos una sucesión de primeros planos muy detallados, naturalezas muertas que representan el pequeño mundo que rodea la cama de Claire: un vaso de agua, el lomo de un libro cerrado, un termómetro, el pomo del cajón de la mesilla. *Pero a la mañana siguiente*, dice Martin, *le había subido la fiebre. Le dije que iba a tomarme el día libre, tanto si le gustaba como si no. Me quedé sentado varias horas junto a ella, y a media tarde pareció que mejoraba un poco.*

La cámara da un salto atrás para hacer un plano general de la habitación, y ahí tenemos a Claire, incorporada en la cama, con toda la vitalidad de siempre. Con una voz falsamente seria, lee en voz alta a Martin un pasaje de Kant: ... *los objetos que vemos no son en sí mismos lo que vemos... de manera que, si omitimos nuestro sujeto o la forma subjetiva de nuestros sentidos, desaparecerían todas las cualidades, todas las relaciones de los objetos en el espacio y en el tiempo, y más aún, el espacio y el tiempo mismos.*

Las cosas parecen volver a la normalidad. Con Claire en vías de curación, Martin se pone de nuevo al día siguiente a su relato. Trabaja sin parar durante dos o tres horas, y luego hace una pausa para ir a ver a Claire. Cuando entra en la habitación, ella está completamente dormida, acurrucada bajo un montón de mantas y edredones. Hace frío en el cuarto, lo bastante para que Martin pueda ver el vaho de su propia respiración. Hector le advirtió lo de la caldera, pero se le ha olvidado ocuparse del asunto. Bastantes cosas demenciales han ocurrido desde su llamada para que el nombre de Fortunato no se le haya borrado de la memoria.

En la habitación, sin embargo, hay una chimenea y un pequeño montón de leña apilado en el hogar. Martin se pone a preparar un fuego, haciendo el menor ruido posible para no molestar a Claire. Una vez que prenden las llamas, ajusta los troncos con el atizador, y uno de ellos se escurre inadvertidamente por debajo de los demás. El ruido despierta a Claire. Se remueve, gruñendo suavemente mientras se estira bajo las mantas, y luego abre los ojos. Martin se vuelve desde su sitio frente a la chimenea. No quería despertarte, le dice. Lo siento.

Claire sonríe. Parece débil, sin fuerzas, apenas consciente. Hola, Martin, murmura. ¿Cómo está mi precioso amor?

Martin se acerca a la cama, se sienta y le pone la mano en la frente. Estás ardiendo, le dice.

Estoy bien, contesta ella. Me siento estupendamente.

Es el tercer día, Claire. Creo que debemos llamar al médico.

No hace falta. Sólo dame otras cuantas aspirinas de ésas. En media hora, estaré en plena forma.

Martin agita el frasco y saca tres aspirinas, que da a Claire con un vaso de agua. Mientras Claire se las toma, Martin dice: Esto no va bien. En serio, me parece que debería verte un médico.

Claire devuelve el vaso vacío a Martin, que lo vuelve a dejar en la mesilla. Cuéntame lo que ha pasado en el relato. Eso me despejará un poco.

Deberías descansar.

Por favor, Martin. Sólo un poquito.

No queriendo llevarle la contraria, pero tampoco cansarla mucho, Martin limita su resumen a unas cuantas frases. Ya ha anochecido, dice. Nordstrum no está en casa. Anna va de camino, pero él no lo sabe. Si no llega pronto, él caerá en la trampa.

¿Y llegará?

Eso no interesa. Lo importante es que va a buscarle.

Se ha enamorado de él, ¿verdad?

A su manera, sí. Está arriesgando su vida por él. Es una forma de amor, ¿no crees?

Claire no contesta. La pregunta de Martin la ha abrumado, y está demasiado emocionada para contestar. Los ojos se le llenan de lágrimas, le tiemblan los labios, una expresión de intenso gozo le ilumina el rostro. Es como si hubiera llegado a una nueva comprensión de sí misma, como si de pronto todo su cuerpo irradiara luz, ¿Cuánto falta para terminar?, le pregunta.

Dos o tres páginas, contesta Martin. Casi estoy acabando.

Escríbelas ahora.

Eso puede esperar. Las haré mañana.

No, Martin, hazlas ahora. Tienes que escribirlas ahora.

La cámara se detiene unos momentos en el rostro de Claire, y entonces, como propulsado por la fuerza de esa orden, Martin está de nuevo frente a su escritorio, escribiendo a máquina. Ahí arranca una secuencia de planos cruzados entre los dos personajes. Pasamos de Martin a Claire, de Claire otra vez a Martin, y en el espacio de diez planos simples acabarnos entendiendo, comprendemos al

fin lo que está pasando. Luego Martin vuelve a la habitación, y en otras diez tomas él también llega a comprender.

1. Claire se retuerce en la cama, tiene muchos dolores, lucha por no pedir ayuda.

2. Martin llega al final de una página, la saca de la máquina y pone otra. Empieza a teclear de nuevo.

3. Vemos la chimenea. El fuego casi se ha apagado.

4. Primer plano de los dedos de Martin, tecleando.

5. Primer plano del rostro de Claire. Está más débil que antes. Ya no lucha.

6. Primer plano del rostro de Martin. Frente al escritorio, escribiendo.

7. Primer plano de la chimenea. Sólo unas brasas encendidas.

8. Plano medio de Martin. Teclea la última palabra del relato. Breve pausa. Luego saca la página de la máquina.

9. Plano medio de Claire. Se estremece levemente; y entonces, parece morirse.

10. Martin, de pie frente al escritorio, reuniendo las páginas del manuscrito. Sale del estudio, con el relato terminado en la mano.

11. Martin entra en la habitación, sonriente. Mira hacia la cama; un instante después se le borra la sonrisa.

12. Plano medio de Claire. Martin se sienta a su lado, le pone la mano en la frente y no percibe respuesta. Le pone la oreja en el pecho; tampoco hay reacción. Con pánico creciente, tira el manuscrito a un lado y le empieza a frotar el cuerpo con ambas manos, tratando desesperadamente de darle calor. Ella está desmadejada, tiene la piel fría, ha dejado de respirar.

13. Plano de la chimenea. Vemos las brasas moribundas. No quedan troncos en el hogar.

14. Martin salta de la cama. Recogiendo el manuscrito, da media vuelta y se precipita hacia la chimenea. Pare-

ce un poseso, el miedo le ha puesto fuera de sí. Sólo queda una cosa por hacer, y debe hacerse en ese preciso instante. Sin vacilar, Martin arruga la primera página de su relato y la arroja al fuego.

15. Primer plano del fuego. La bola de papel cae sobre las cenizas y desprende una llamarada. Oímos que Martin arruga otra hoja. Un momento después, la segunda bola cae sobre las cenizas y se prende.

16. Corte a primer plano del rostro de Claire. Sus párpados empiezan a agitarse.

17. Plano medio de Martin, en cuclillas frente al fuego. Coge la siguiente hoja, la arruga y la tira a su vez. Otra súbita llamarada.

18. Claire abre los ojos.

19. Ahora, con toda la rapidez de que es capaz, Martin sigue haciendo bolas de papel y tirándolas al fuego. Una a una, arden todas, encendiéndose unas a otras a medida que se aviva el fuego.

20. Claire se incorpora. Parpadea, confusa; bosteza; estira los brazos; no presenta rastro alguno de enfermedad. Ha vuelto de entre los muertos.

Recobrando poco a poco la conciencia, Claire pasea la mirada por la habitación, y cuando ve a Martin frente a la chimenea, estrujando frenéticamente su manuscrito y arrojándolo al fuego, parece impresionarse. ¿Qué haces?, pregunta. Por Dios, Martin, ¿qué estás haciendo?

Pagando tu rescate, contesta él. Treinta y siete páginas por tu vida. Es el mejor negocio que he hecho en la vida.

Pero no puedes hacer eso. No está permitido.

Puede que no. Pero lo estoy haciendo, ¿no? He cambiado las normas.

Claire está muy afligida, a punto de echarse a llorar. Ay, Martin, exclama. No sabes lo que has hecho.

Sin desanimarse por las objeciones de Claire, Martin

sigue alimentando las llamas con su relato. Cuando llega a la última página, se vuelve hacia ella con una expresión de triunfo en los ojos. ¿Lo ves, Claire?, le dice. No son más que palabras. Treinta y siete páginas, y sólo palabras.

Se sienta en la cama y Claire lo rodea con los brazos. Es un gesto sorprendentemente intenso y apasionado, y por primera vez desde que empezó la película, parece que Claire tiene miedo. Le quiere, y no le quiere. Está extasiada; está horrorizada. Siempre ha sido la fuerte, la que poseía el valor y la confianza, pero ahora que Martin ha resuelto el enigma de su encantamiento, parece perdida. ¿Qué vas a hacer?, le pregunta. Dime, Martin, ¿qué demonios vamos a hacer?

Antes de que Martin pueda contestar, la escena cambia al exterior. Vemos la casa a unos quince metros de distancia, aislada, sin nada alrededor. La cámara hace un contrapicado, se desplaza a la derecha y se detiene en las ramas de un álamo grande. Todo está quieto. No sopla el viento; no hay aire entre el follaje; no se mueve ni una hoja. Pasan diez segundos, quince, y entonces, de pronto, la pantalla se funde en negro y se acaba la película.

8

Horas después, la copia de *Martin Frost* fue destruida. Probablemente debería considerarme afortunado por haberla visto, por haber asistido a la última proyección de una película en el Rancho Piedra Azul, pero en cierto modo lamento que Alma hubiera encendido el proyector aquella mañana, que me hubieran puesto ante los ojos un solo fotograma de aquella breve película, tan elegante y perturbadora. No habría importado si no me hubiera gustado, si hubiera sido capaz de desecharla como una narración torpe o incompetente, pero evidentemente aquello no era torpe ni incompetente, y ahora que sabía lo que estaba a punto de perderse, me di cuenta de que había viajado más de tres mil kilómetros para participar en un crimen. Cuando *La vida interior* desapareció entre las llamas junto al resto de la obra de Hector aquella tarde de julio, fue como una tragedia para mí, como el final de este puñetero mundo de mierda.

Esa fue la única película que vi. No hubo tiempo de ver otra, y dado que no vi *Martin Frost* más que una sola vez, estuvo bien que Alma me facilitara el cuaderno y el bolígrafo. Esa afirmación no es contradictoria. Puedo desear no haber visto nunca la película, pero el caso es que

la vi, y en el momento en que las palabras y las imágenes se insinuaron en mi ánimo, me sentí agradecido por disponer de un medio de retenerlas. Las notas que tomé aquella mañana me han ayudado a recordar detalles que de otro modo se me habrían escapado, a mantener la película viva en la memoria después de tantos años. Al escribir apenas bajaba la vista hacia la página —garabateando en esa especie de taquigrafía telegráfica que me inventé siendo estudiante—, y si una gran parte de lo que escribí lindaba con lo ilegible, con el tiempo llegué a descifrar alrededor del noventa o noventa y cinco por ciento. La transcripción me llevó semanas de laboriosos esfuerzos, pero una vez que logré una copia fiable del diálogo y desglosé la historia en escenas numeradas, me fue posible restablecer el contacto con la película. Para lograrlo tengo que caer en una especie de trance (lo que significa que no siempre da resultado), pero si me concentro lo suficiente y me pongo en el estado de ánimo conveniente, logro evocar las imágenes a través de las palabras, y es como si volviera a ver *La vida interior de Martin Frost*, o pequeños extractos, en todo caso, dentro de la sala de proyección de mi cráneo. El año pasado, cuando empecé a acariciar la idea de escribir este libro, fui en varias ocasiones a la consulta de un hipnotizador. La primera vez no ocurrió gran cosa, pero las tres visitas siguientes produjeron resultados asombrosos. Escuchando las grabaciones de aquellas sesiones, he sido capaz de colmar ciertas lagunas, de traer a la memoria una serie de cosas que empezaban a esfumarse. Para bien o para mal, parece que los filósofos tenían razón. De lo que nos ocurre nada se pierde.

La proyección acabó pocos minutos después de mediodía. Alma y yo teníamos hambre, ambos necesitábamos una breve pausa, y en vez de sumergirnos inmediatamente en otra película, salimos al pasillo con nuestra cesta

del almuerzo. Era un extraño lugar para un *picnic*, acampados en el polvoriento suelo de linóleo, acometiendo nuestros bocadillos de queso bajo una hilera de parpadeantes tubos fluorescentes; pero no queríamos perder tiempo buscando un sitio mejor fuera. Hablamos de la madre de Alma, de las demás obras de Hector, de la mezcla extrañamente satisfactoria de fantasía y seriedad de la película que acababa de terminar. El cine podía hacernos creer cualquier insensatez, dije, pero esta vez me lo había tragado de verdad. Cuando Claire volvía a la vida en la escena final, me había estremecido, sintiendo que presenciaba un auténtico milagro. Martin quemaba su relato para rescatar a Claire de la muerte, pero también era Hector rescatando a Brigid O'Fallon, y Hector quemando sus propias películas, y cuanto más se desdoblaban así las cosas, más profundamente iba yo entrando en la película. Lástima que no pudiéramos verla otra vez, dije. No estaba seguro de haber prestado suficiente atención al viento, de si había observado bien los árboles.

Debí de estar parloteando más de la cuenta, porque en cuanto Alma anunció el título de la siguiente película que íbamos a ver (*Informe del antimundo*), resonó una puerta en el interior del edificio. Nos estábamos poniendo en pie en aquel preciso momento, sacudiéndonos las migas de la ropa, bebiendo un último sorbo de té con hielo del termo, preparándonos para volver dentro. Oímos el ruido de unas zapatillas de deporte sobre el linóleo. Unos momentos después, Juan apareció al fondo del pasillo, y cuando echó a trotar hacia nosotros —corriendo más que andando deprisa—, comprendimos que Frieda había vuelto.

Durante unos minutos, fue como si yo no hubiera estado allí. Juan y Alma hablaron en silencio, comunicándose con las manos en un aluvión de señales, amplios ges-

tos de brazos y enfáticos movimientos de cabeza. No entendí lo que decían, pero a medida que intercambiaban información, yo veía que Alma iba inquietándose cada vez más. Sus gestos se volvían duros, truculentos, casi agresivos en su negativa a lo que Juan le decía. Juan alzó las manos en actitud de rendición (No me eches la culpa, parecía decir, yo sólo soy el mensajero), pero Alma volvió a arremeter contra él, los ojos nublados de hostilidad. Juan se dio un puñetazo en la palma de la mano, luego se volvió hacia mí y me señaló con el dedo. Ya no era una conversación. Era una disputa, y de pronto se habían puesto a discutir sobre mí.

Seguí observándolos, tratando de entender lo que decían, pero era incapaz de descifrar el código, de comprender lo que estaba viendo. Luego se marchó Juan, y mientras se alejaba por el pasillo con grandes zancadas de sus piernas macizas y diminutas, Alma me explicó lo que había pasado. Frieda ha vuelto hace diez minutos, me dijo. Quiere empezar ahora mismo.

Es de una rapidez pasmosa, observé.

A Hector no lo incineran hasta las cinco de la tarde. No quería quedarse tanto tiempo en Albuquerque, así que decidió venirse a casa. Piensa recoger las cenizas mañana por la mañana.

Entonces, ¿de qué discutíais Juan y tú? No tengo ni idea de lo que decíais, pero me apuntó con el dedo. No me gusta que me señalen así.

Hablábamos de ti.

Lo suponía. Pero ¿qué tengo yo que ver con los planes de Frieda? No soy más que una visita.

Creí que lo habías entendido.

No entiendo el lenguaje de signos, Alma.

Pero has visto que me enfadaba.

Claro que lo he visto. Pero sigo sin saber por qué.

Frieda no quiere que estés aquí. Todo esto es muy íntimo, dice, y no es buen momento para recibir a desconocidos.

¿Quieres decir que me va a poner de patitas en la calle?

No en esos términos. Pero eso es más o menos lo que ha dicho. Quiere que te vayas mañana. Su idea es dejarte en el aeropuerto cuando vayamos a Albuquerque.

Pero si ha sido ella quien me ha invitado. ¿Es que no se acuerda?

Entonces vivía Hector. Ahora no. Las circunstancias han cambiado.

Bueno, a lo mejor tiene razón. He venido a ver películas, ¿no? Si ya no hay películas que ver, probablemente no hay motivo para que me quede. He conseguido ver una. Ahora veré cómo las demás arden en la hoguera, y después me marcharé.

De eso se trata precisamente. Tampoco quiere que veas eso. Según lo que Juan acaba de decirme, no es asunto tuyo.

Ah. Ya veo por qué te has enfadado.

No tiene nada que ver contigo, David. Es por mí. Sabe que yo quiero que te quedes. Esta mañana hemos hablado de eso, y ahora rompe su promesa. Estoy tan cabreada, que le daría un puñetazo en la boca.

¿Y dónde tengo que esconderme mientras todo el mundo está en la barbacoa?

En mi casa. Dice que puedes quedarte en mi casa. Pero voy a ir a hablar con ella. Haré que cambie de opinión.

No te molestes. Si ella no me quiere aquí, no puedo hacer valer mis derechos y armar un follón, ¿verdad? No tengo ningún derecho. Esta es la casa de Frieda, y tengo que hacer lo que ella diga.

Entonces yo tampoco iré. Que queme las puñeteras películas con Juan y Conchita.

Pues claro que irás. Es el último capítulo de tu libro, Alma, y tienes que estar allí para ver lo que pasa. Tienes que aguantar hasta el final.

Yo quería que tú también estuvieses allí. No será lo mismo si no estás conmigo.

Catorce copias con sus negativos van a hacer una hoguera tremenda. Mucho humo. Muchas llamas. Con un poco de suerte, podré verlo desde la ventana de tu casa.

Al final, resultó que vi el fuego, aunque hubo más humo que llamas, y como en la pequeña casa de Alma estaban abiertas las ventanas, fue más lo que olí que lo que vi. El celuloide quemado tiene un olor acre y penetrante, y las sustancias químicas transportadas por el aire permanecen en la atmósfera mucho después de que el humo se haya disipado. Por lo que Alma me contó aquella noche, tardaron más de una hora, ellos cuatro, en sacar las películas del sótano donde estaban guardadas. Luego cargaron las latas, sujetándolas con cuerdas, en unas carretillas que llevaron rodando por el terreno rocoso hasta un sitio justo detrás del estudio de sonido. Utilizando periódicos y queroseno, encendieron hogueras en dos barriles de petróleo, uno para las copias y otro para los negativos. El viejo material de nitrato ardía fácilmente, pero las películas posteriores a 1951, impresionadas en material menos inflamable a base de triacetato, se prendían con dificultad. Tuvieron que desenrollar las películas de las bobinas y echarlas al fuego una por una, dijo Alma, lo que llevó tiempo, mucho más de lo que habían previsto. Habían calculado que acabarían sobre las tres, pero el caso es que trabajaron hasta las seis.

Pasé aquellas horas solo en casa de Alma, tratando de no sentirme molesto por mi exilio. Había puesto buena cara a Alma, pero lo cierto era que estaba tan enfadado como ella. El comportamiento de Frieda era imperdonable. No se invita a alguien a casa de uno para retirarle la invitación en cuanto llega. Y si se hace eso, al menos se da una explicación personalmente, y no a través de un intermediario, de un criado sordomudo que te da el recado señalándote a la cara con el dedo. Era consciente de que Frieda estaba hecha polvo, que tenía un día de tempestades y dolores cataclísmicos, pero, por mucho que quisiera excusarla, no podía evitar el sentirme ofendido. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué habían mandado a Alma a Vermont para traerme al desierto a punta de pistola si luego no querían verme? Al fin y al cabo, era Frieda quien me había escrito aquellas cartas. Era ella quien me había pedido que fuera a Nuevo México para ver las películas de Hector. Según Alma, le había costado un año convencerlos de que me invitaran. Hasta aquel momento, yo suponía que Hector se había resistido a la idea y que Alma y Frieda acabaron convenciéndolo. Ahora, al cabo de dieciocho horas en el rancho, empezaba a sospechar que me había equivocado.

De no haber sido por la insultante manera con que me estaban tratando, no habría pensado dos veces en todo eso. Cuando Alma y yo terminamos nuestra conversación en el edificio de posproducción, guardamos los restos del almuerzo y nos dirigimos a la casa de adobe de Alma, construida en un pequeño altozano a unos trescientos metros de la casa grande. Alma abrió la puerta y a nuestros pies, nada más franquear el umbral, estaba mi bolsa de viaje. Por la mañana se había quedado en la habitación de invitados de la casa grande, y ahora alguien (probablemente Conchita) la había llevado allí por orden de Frieda, deján-

dola tirada en el suelo. Me pareció un gesto arrogante, imperioso. Una vez más, intenté tomármelo con buen humor (Bueno, dije, al menos me han ahorrado la molestia de traerla yo mismo), pero, bajo mi displicente comentario, me consumía de rabia. Alma se marchó para reunirse con los demás, y durante los quince o veinte minutos siguientes deambulé por la casa, entrando y saliendo de las habitaciones, tratando de dominar la cólera. Finalmente, oí el traqueteo de las carretillas a lo lejos, con sus ruedas metálicas rascando la piedra, y el ruido intermitente de las latas apiladas que vibraban y chocaban unas con otras. El auto de fe estaba a punto de comenzar. Fui al baño, me desnudé y abrí a tope los grifos de la bañera.

Sumergido en el agua caliente, dejé vagar mis pensamientos durante un tiempo, recapitulando lentamente los hechos como yo los entendía. Luego, dándoles la vuelta y mirándolos desde una perspectiva diferente, traté de encajarlos con los acontecimientos que se habían producido en la última hora: el beligerante diálogo de Juan con Alma, la reacción violenta de Alma al mensaje de Frieda *(rompe su promesa...*, *le daría un puñetazo en la boca)*, mi expulsión del rancho. Era una línea de argumentación puramente especulativa, pero cuando repasé lo que había ocurrido la noche anterior (la gentileza del recibimiento de Hector, sus deseos de que viera sus películas) y luego lo comparé con los sucesos acaecidos desde entonces, empecé a preguntarme si Frieda no habría estado en contra de mi visita desde el principio. No olvidaba que ella era quien me había invitado a Tierra del Sueño, pero quizá me hubiera escrito aquellas cartas convencida de que era un error, cediendo a las exigencias de Hector al cabo de meses y peleas y desacuerdos. Si así era, la orden de expulsión de sus dominios no suponía un repentino cambio de opinión. Era sencilla-

mente algo que podía permitirse ahora que Hector había muerto.

Hasta entonces, había considerado que formaban una pareja con idénticos intereses. Alma me había hablado largamente de su matrimonio, y ni por un momento se me había ocurrido que pudieran tener motivos diferentes, que sus ideas no estuvieran en perfecta armonía. En 1939 habían hecho un pacto para realizar películas que nunca se proyectarían públicamente, y ambos habían aceptado el principio de que la obra que produjeran juntos sería destruida en última instancia. Aquéllas eran las condiciones para que Hector volviera a hacer cine. Era una privación brutal, y sin embargo sólo sacrificando lo único que habría dado sentido a su obra —el placer de compartirla con los demás— podría justificar su decisión de realizarla. Las películas, entonces, eran una especie de penitencia, el reconocimiento de que su participación en el asesinato accidental de Brigid O'Fallon era un pecado que jamás alcanzaría el perdón. *Soy un hombre ridículo. Dios me ha gastado muchas bromas*. Una forma de castigo había sucedido a otra, y en la retorcida lógica de aquella decisión que le servía de tormento, Hector había continuado pagando sus deudas a un Dios en el que se negaba a creer. La bala que le destrozó el pecho en el banco de Sandusky había posibilitado su matrimonio con Frieda. La muerte de su hijo había hecho posible su vuelta al cine. En ningún caso, sin embargo, había sido absuelto de su responsabilidad en los hechos que sucedieron en la noche del 14 de enero de 1929. Ni el sufrimiento físico causado por el revólver de Knox ni el dolor mental causado por la muerte de Taddy habían sido lo bastante terribles para liberarlo. Hacer películas, sí. Volcar todas sus dotes y energía en hacerlas. Hacerlas como si le fuera la vida en ello, y entonces, una vez que se le acabe la vida, asegurarse de que serán destruidas. Prohibido dejar la menor huella tras de sí.

Frieda había estado de acuerdo con todo eso, pero para ella no podía ser lo mismo. Ella no había cometido crimen alguno; no arrastraba la carga de una conciencia culpable; no la perseguía el recuerdo de haber metido a una muchacha muerta en el maletero de un coche y enterrado su cadáver en las montañas de California. Frieda era inocente, y sin embargo aceptó las condiciones de Hector, renunciando a sus ambiciones personales para entregarse a la creación de una obra cuyo objetivo esencial era la nada. Para mí habría sido comprensible que lo hubiera observado desde lejos, siguiendo a Hector la corriente en sus obsesiones, quizá, compadeciéndolo por sus manías, aunque negándose a participar en los aspectos prácticos de la empresa misma. Pero Frieda era su cómplice, su partidaria más incondicional, y estaba metida hasta el cuello desde el primer momento. No sólo convenció a Hector de que volviera a hacer cine (amenazándolo con abandonarlo si no lo hacía), sino que financió la operación con su dinero. Cosía el vestuario, escribía guiones, montaba películas, creaba decorados. Nadie trabaja tanto en algo a menos que le guste, a menos que crea que el esfuerzo vale la pena; pero ¿qué posible alegría podía encontrar ella en pasar todos aquellos años trabajando para nada? Al menos Hector, atrapado en su batalla psicorreligiosa entre deseo y abnegación, podía consolarse con la idea de que su obra tenía un objeto. No realizaba películas con el fin de destruirlas, sino a pesar de ello. Eran dos actos separados, y lo mejor era que él no tendría que estar presente cuando ocurriera el segundo. Él ya estaría muerto cuando arrojaran sus películas a la hoguera, y entonces le daría lo mismo. Para Frieda, sin embargo, aquellos dos actos debían ser uno y el mismo, dos etapas de un solo y único proceso de creación y destrucción. Desde el principio, ella era la destinada a encender la cerilla y acabar con su trabajo, y

esa idea debió de crecer en su interior con el paso de los años hasta dominar todo lo demás. Poco a poco, se había convertido en un principio estético por derecho propio. Aun cuando siguiera trabajando con Hector en las películas, debió de tener la impresión de que la verdadera obra no consistía en realizar películas, sino en hacer algo con objeto de destruirlo. Esa era la obra, y hasta que todo vestigio de esa obra no se hubiera destruido, la obra misma no existiría. Únicamente cobraría vida en el momento de su aniquilación; y entonces, cuando el humo se elevara en el caluroso día de Nuevo México, desaparecería.

Había algo escalofriante y hermoso en esa idea. Comprendía lo seductora que debió de ser para ella, y sin embargo, una vez que me puse a considerarla desde el punto de vista de Frieda, a sentir toda la fuerza de aquella ferviente negación, comprendí también por qué quería deshacerse de mí. Mi presencia manchaba la pureza del momento. Las películas tenían que morir vírgenes, sin ser vistas por nadie del mundo exterior. Ya era pernicioso que me hubieran dejado ver una, pero ahora que las cláusulas del testamento de Hector iban a llevarse a efecto, ella podía insistir en que la ceremonia se celebrase de la forma que siempre había imaginado. Las películas habían nacido en secreto, y también debían desaparecer en secreto. No se permitía la presencia de extraños, y aunque en el último momento Alma y Hector habían realizado un esfuerzo por introducirme en el círculo de su intimidad, a ojos de Frieda yo nunca había sido más que un extraño. Alma formaba parte de la familia, y por tanto había sido consagrada como testigo oficial. Era la historiadora de la corte, por decirlo así, y cuando hubiera muerto el último miembro de la generación de sus padres, los únicos recuerdos que sobrevivirían serían los que ella consignara en su libro. Yo debería haber sido el testigo del testigo, el obser-

vador independiente destinado a confirmar la exactitud de las declaraciones del testigo. Era un papel demasiado pequeño para desempeñar en un drama tan vasto, y Frieda lo había suprimido del guión. En lo que a ella se refería, yo había sido innecesario desde el principio.

Permanecí en la bañera hasta que el agua se quedó fría, luego me envolví en un par de toallas y estuve allí otros veinte o treinta minutos, afeitándome, vistiéndome, peinándome. Me encontraba bien en el baño de Alma, entre los tubos y frascos alineados en los estantes del armario de las medicinas, o que cubrían la superficie de la pequeña cómoda que había junto a la ventana. El cepillo de dientes rojo en su soporte de encima del lavabo, las barras de labios en sus estuches dorados o de plástico, el cepillito del rímel y el lápiz de ojos, la caja de tampones, las aspirinas, el hilo dental, el *eau de cologne* de Chanel n.° 5, el bactericida hecho con receta. Cada uno de ellos era un signo de intimidad, una marca de soledad e introspección. Alma se llevaba las pastillas a la boca, se aplicaba las cremas en la piel, se pasaba los peines y cepillos por el pelo, y todas las mañanas entraba en aquel cuarto y se ponía frente al mismo espejo en el que yo miraba ahora. ¿Qué sabía de ella? Casi nada, y sin embargo estaba seguro de que no quería perderla, de que estaba dispuesto a luchar con tal de volver a verla después de marcharme del rancho a la mañana siguiente. Mi problema era la ignorancia. Era indudable que había un conflicto en la casa, pero no conocía a Alma lo bastante para calibrar el verdadero alcance de su cólera con respecto a Frieda, y careciendo de medios para descubrirlo, ignoraba hasta qué punto debía preocuparme por lo que pudiera pasar. La noche anterior, las había observado juntas en la mesa de la cocina, y entonces no vi ni la menor sombra de roce. Recordé la solicitud del tono de voz de Alma, la delicada

petición de Frieda de que Alma pasara la noche en la casa grande, la sensación de vínculo familiar. No era inhabitual que personas con ese grado de intimidad arremetieran una contra otra, dijeran en el calor del momento cosas que lamentarían más tarde; pero el estallido de Alma había sido especialmente intenso, cargado de violentas amenazas que eran raras (en mi experiencia) entre mujeres. *Estoy tan cabreada, que le daría un puñetazo en la boca.* ¿Cuántas veces había dicho esa clase de cosas? ¿Tenía tendencia a utilizar esas expresiones tan vehementes e hiperbólicas, o es que aquello representaba un nuevo giro en sus relaciones con Frieda, una súbita ruptura tras años de silenciosa animosidad? De haber sabido más, no habría tenido que formular la pregunta. Habría comprendido que las palabras de Alma debían tomarse en serio, que su temeridad misma demostraba que las cosas ya estaban saliéndose de su cauce.

Terminé en el baño y proseguí mis excursiones sin rumbo fijo por la casa. Era un sitio reducido, compacto, de construcción sólida y concepción un tanto torpe, donde Alma sólo parecía habitar una parte. Una habitación del fondo servía únicamente de trastero. Había cajas de cartón apiladas a lo largo de una pared entera y de la mitad de otra, y una docena de objetos desechados yacía por el suelo: una silla a la que faltaba una pata, un triciclo oxidado, una máquina de escribir manual de unos cincuenta años de antigüedad, un televisor portátil en blanco y negro con la antena rota, un montón de animales de peluche, un dictáfono y varios botes de pintura a medio terminar. En otro cuarto no había absolutamente nada. Ni muebles, ni colchón, ni una bombilla siquiera. Una enorme y elaborada tela de araña colgaba de un rincón del techo. Tres o cuatro moscas muertas habían caído en la trampa, pero sus cuerpos estaban tan disecados, apenas

reducidos a ingrávidas motas de polvo, que supuse que la araña había abandonado su tela para establecerse en otra parte.

Quedaba la cocina, el cuarto de estar, el dormitorio y el estudio. Quería sentarme a leer el libro de Alma, pero no me parecía tener derecho a hacerlo sin su permiso. Ya llevaba escritas más de seiscientas páginas, pero aún se encontraban en estado de borrador, y a menos que un escritor le pida específicamente a uno comentarios sobre una obra en marcha, está prohibido curiosear. Alma me había mostrado antes el manuscrito (*Ahí tienes al monstruo*, había dicho), pero no había mencionado nada de leerlo, y yo no quería empezar mi vida con ella traicionando su confianza. En cambio, me dediqué a matar el tiempo mirando todo lo que había en la casa que ella habitaba, examinando la comida de la nevera, la ropa del armario del dormitorio, y las colecciones de libros, discos y videos del cuarto de estar. Me enteré de que bebía leche descremada y untaba el pan con mantequilla sin sal, que su color preferido era el azul (sobre todo en tonos oscuros), y que sus gustos literarios y musicales eran más bien amplios: una chica con la que me identificaba. Dashiell Hammett y André Breton; Pergolesi y Mingus; Verdi, Wittgenstein y Villon. En un rincón, encontré todos mis libros publicados en vida de Helen —los dos volúmenes de crítica, los cuatro de poemas traducidos—, y me di cuenta de que nunca los había visto juntos fuera de mi casa. En otro estante, había obras de Hawthorne, Melville, Emerson y Thoreau. Saqué una antología de bolsillo de los cuentos de Hawthorne y encontré *El antojo*, que leí frente a la librería, sentado en el frío suelo de baldosas, tratando de imaginar lo que Alma debió de sentir al leerlo de adolescente. Justo cuando estaba llegando al final *(Las circunstancias del momento eran demasiado abrumadoras; fue inca-*

paz de remontar con la mirada la oscura extensión del tiempo...) percibí la primera vaharada de queroseno, que entraba por una ventana al fondo de la casa.

El olor me enfureció un poco, e inmediatamente me puse en pie y eché a andar de nuevo. Fui a la cocina, bebí un vaso de agua y luego seguí hasta el estudio de Alma, donde caminé en círculos durante quince o veinte minutos, luchando contra el impulso de leer su manuscrito. Si no podía hacer nada para evitar la destrucción de las películas de Hector, al menos podía tratar de entender lo que pasaba. Ninguna de las respuestas que me habían dado hasta entonces llegaba a explicarlo. Yo había hecho lo posible por seguir su argumentación, por calar en el pensamiento que los había llevado a aquella postura nefasta e implacable, pero ahora que las hogueras se habían encendido, de pronto me pareció absurdo, ridículo, horroroso. Las respuestas estaban en el libro, los motivos estaban en el libro, los orígenes de la idea que conducía a aquel momento estaban en el libro. Me senté frente al escritorio de Alma. El manuscrito estaba a la izquierda del ordenador: una enorme pila de hojas con una piedra encima para impedir que se volaran. Quité la piedra y, debajo, leí lo siguiente: Alma Grund, *La otra vida de Hector Mann*. Pasé la hoja y lo primero que me encontré, el epígrafe, fue una cita de Luis Buñuel. Era un pasaje de *Mi último suspiro*, el mismo libro que había visto por la mañana en el estudio de Hector. *Poco después*, empezaba la cita, *sugerí que quemáramos el negativo en la Place du Tertre, en Montmartre, cosa que habría hecho sin vacilar si el grupo hubiera estado de acuerdo. En realidad, hoy también lo haría; me imagino una enorme pira en mi jardincito, en cuyas llamas se consumirían todos los negativos y las copias de todas mis películas. Me daría exactamente igual. (Por curioso que parezca, los surrealistas vetaron mi propuesta.)*

En cierto modo, eso rompió el encanto. Había visto algunas películas de Buñuel en los años sesenta y setenta, pero no conocía su autobiografía, y tardé unos momentos en asimilar lo que acababa de leer. Alcé la vista, y al desviar la atención del manuscrito de Alma —por brevemente que fuese— me dio tiempo a pensarlo mejor, a detenerme antes de seguir adelante. Volví a poner la primera página en su sitio, y luego tapé el título con la piedra. AI hacerlo, me incliné hacia delante en la silla, cambiando de postura lo suficiente para ver algo en lo que no me había fijado antes: un pequeño cuaderno verde que había sobre el escritorio, a medio camino entre el manuscrito y la pared. Era del tamaño de los que utilizan en los colegios, y por el estropeado aspecto de la cubierta y las muescas y desgarrones del lomo de tela, supuse que era muy viejo. Lo suficiente para ser uno de los diarios de Hector, dije para mis adentros; y precisamente eso resultó ser.

Pasé las cuatro horas siguientes en el cuarto de estar, sentado en un antiguo butacón con el cuaderno sobre las piernas, leyéndolo dos veces de principio a fin. Constaba de noventa y seis páginas en total, abarcaba más o menos año y medio —desde el otoño de 1930 a la primavera de 1932—, empezaba con una entrada que describía una de las clases de inglés de Hector con Nora y terminaba con un pasaje sobre un paseo nocturno en Sandusky unos días después de confesar su culpa a Frieda. Si hubiese albergado la menor duda sobre la historia que Alma me había contado, se habría disipado con la lectura de aquel diario. En sus propias palabras, Hector era el mismo hombre del que Alma había hablado en el avión, el mismo personaje torturado que había huido del noroeste, había estado a punto de suicidarse en Montana, Chicago y Cleveland, había sucumbido al envilecimiento de una asociación de seis meses con Sylvia Meers, había recibido un balazo en

un banco de Sandusky y había sobrevivido. Escribía con letra menuda y apretada, a veces tachando frases y escribiendo a lápiz encima, con faltas de ortografía, borrones de tinta, y como utilizaba ambas caras de la hoja, no siempre resultaba fácil de leer. Pero me las arreglé. Poco a poco, fui entendiéndolo todo, y cada vez que descifraba otro párrafo, los hechos cuadraban con los del relato de Alma, los detalles coincidían. Cogí el cuaderno que Alma me había dado y copié algunas entradas importantes, transcribiéndolas al pie de la letra para tener un registro de las palabras exactas de Hector. Entre ellas estaba su última conversación con O'Fallon el Pelirrojo en el Bluebell Inn, el funesto enfrentamiento con Meers en el asiento trasero de la limusina, y ésta, de la temporada que pasó en Sandusky (viviendo en casa de los Spelling después de que le dieran de alta en el hospital), con la que se cerraba el cuaderno:

31/3/32. Esta noche, paseo con el perro de F. Un inquieto bicho negro llamado Arp, en honor del artista. Un dada. *La calle estaba desierta. Niebla por todas partes, casi imposible ver dónde estaba. También llovía, aunque las gotas eran tan finas que parecían vapor. Sensación de no pisar el suelo, de caminar entre nubes. Nos acercamos a una farola y de pronto todo empieza a temblar, a espejear en la oscuridad. Un mundo de puntos, cien millones de puntos de luz refractada. Muy extraño, muy bonito: estatuas de niebla iluminada. Arp tiraba de la correa, olfateando. Seguimos andando, llegamos al final de la manzana, dimos la vuelta a la esquina. Otra farola, y entonces, tras pararme un momento mientras Arp alzaba la pata, algo me llamó la atención. Un destello en la acera, un estallido de luz parpadeando en la oscuridad. Tenía un tono azulado, un azul intenso, el azul de los ojos de F. Me agaché para verlo mejor y vi que era una piedra, quizá una joya de alguna especie. Un ópalo, pensé, o*

zafiro, o a lo mejor sólo una esquirla de cristal de roca. Bastante pequeño para un anillo o, si no, un colgante que se hubiera caído de un collar o un brazalete, o un pendiente perdido. Lo primero que pensé fue dárselo a la sobrina de F., Dorothea, la hija de Fred. La pequeña Dotty, de cuatro años. Viene con frecuencia de visita. Adora a su abuela, le encanta jugar con Arp, quiere mucho a F. Un diablillo encantador, loca por las chucherías y los adornos, siempre disfrazándose con los atuendos más extravagantes. De modo que me dispuse a coger la piedra, pero en el momento en que mis dedos iban a entrar en contacto con ella, descubrí que no era lo que yo pensaba. Era blanda, y se rompió al tocarla, desintegrándose, en un húmedo y pegajoso fluido. Lo que yo había tomado por una piedra preciosa era un escupitajo humano. Alguien que pasaba por allí había escupido en la acera, y la saliva había terminado concentrándose en una bola llena de burbujas, en una esfera lisa de múltiples facetas. Con la luz brillando a su través, y con los reflejos luminosos dándole aquel lustroso matiz azulado, había tenido el aspecto de un objeto duro y sólido. En cuanto me di cuenta del error, retiré bruscamente la mano, como si me hubiera quemado. Me dio asco, sentí una repugnancia incontenible. Tenía los dedos cubiertos de saliva. Quizá no sea tan horrible si se trata de la propia, pero es nauseabundo cuando viene de la garganta de un extraño. Saqué el pañuelo y me limpié los dedos lo mejor que pude. Cuando terminé, no me atreví a volver a guardarme el pañuelo en el bolsillo. Llevándolo con el brazo extendido, fui hasta el final de la calle y lo solté en el primer cubo de basura que vi.

Tres meses después de escritas esas palabras, Hector y Frieda se casaban en el salón de la casa de la señora Spelling. Se fueron de luna de miel a Nuevo México, compraron unas tierras y decidieron instalarse allí. Ahora comprendí por qué habían dado al rancho el nombre de

Piedra Azul. Hector ya había visto esa piedra, y sabía que no existía, que la vida que iban a crear para ellos se basaba en una ilusión.

La quema terminó sobre las seis de la tarde, pero Alma no volvió a casa hasta casi las siete. Aún era de día, pero el sol empezaba a declinar, y recuerdo que la casa se llenó de luz un poco antes de que ella llegara: inmensos haces luminosos entraban a raudales por las ventanas, una inundación de brillantes dorados y púrpuras que se extendían por todos los rincones de la estancia. Sólo era el segundo atardecer que pasaba en el desierto, y no estaba preparado para tan refulgente invasión. Me trasladé al sofá, volviéndome en la otra dirección para no deslumbrarme, pero unos minutos después oí que el pestillo de la puerta se abría detrás de mí. Más luz irrumpió en el cuarto: torrentes de sol rojo, licuado, una marea de luminosidad. Di la vuelta en redondo, protegiéndome los ojos con la mano, y allí estaba Alma, casi invisible en la puerta abierta, una silueta espectral con la luz atravesándole la punta de los cabellos, un ser en llamas.

Luego cerró la puerta y pude verle la cara, mirarla a los ojos mientras avanzaba por el cuarto de estar y venía hacia el sofá. No sé lo que esperaba de ella en aquel momento. Lágrimas, quizá, o rabia, o alguna muestra excesiva de emoción, pero Alma parecía sorprendentemente tranquila, no ya desconcertada sino exhausta, sin energías. Se acercó al sofá por la derecha, indiferente al hecho de que me mostraba la mejilla izquierda, el lado del antojo, y me di cuenta de que era la primera vez que hacía eso. No estaba seguro, sin embargo, de si considerarlo como un progreso o más bien como una falta de atención, un síntoma de fatiga. Se sentó a mi lado sin decir

palabra, apoyando luego la cabeza en mi hombro. Tenía las manos sucias; la camiseta, manchada de hollín. La rodeé con los brazos, apretándola durante un tiempo contra mí, no queriendo abrumarla con preguntas, obligarla a hablar cuando no quería. Finalmente, le pregunté si se encontraba bien, y cuando me contestó: Sí, estoy bien, vi que no tenía deseo alguno de hablar de ello. Lamentaba haber tardado tanto, afirmó, pero aparte de dar algunas explicaciones por el retraso (que fue como me enteré de los bidones de petróleo, las carretillas y demás), apenas tocamos el tema durante el resto de la noche. Cuando todo terminó, siguió diciendo, acompañó a Frieda a la casa grande. Hablaron de los planes para el día siguiente, y luego metió a Frieda en la cama después de haberle dado una pastilla para dormir. Debería haber vuelto en aquel momento, pero el teléfono de su casa no funcionaba bien (unas veces funcionaba, y otras no), y en lugar de correr el riesgo había llamado desde la casa grande para reservarme un billete en el vuelo de la mañana con destino a Boston. El avión salía de Albuquerque a las ocho cuarenta y siete. Se tardaban dos horas y media en llegar al aeropuerto, y como a Frieda le sería imposible madrugar lo suficiente para llevarnos allí a tiempo, la única solución había sido pedir que viniera una furgoneta a recogerme. Ella habría querido llevarme, ir a despedirme, pero Frieda y ella tenían que estar en la funeraria a las once, y ¿cómo podría hacer dos viajes a Albuquerque antes de las once? Aritméticamente era imposible. Aunque saliera conmigo a las cinco de la mañana, no podría volver y salir otra vez en menos de siete horas y media. ¿Cómo hacer lo que no se puede hacer?, se preguntó. No se trataba de una pregunta retórica. Era una observación sobre sí misma, la proclamación de su desdicha. ¿Cómo coño puedo hacer lo que no puedo hacer? Y en-

tonces, hundiendo el rostro en mi pecho, rompió de pronto a llorar.

La metí en la bañera, y estuve media hora sentado en el suelo a su lado, lavándole la espalda, los brazos y las piernas, los pechos y la cara, las manos, el pelo. Tardó un tiempo en dejar de llorar, pero poco a poco pareció que el tratamiento iba surtiendo efecto. Cierra los ojos, le decía, no te muevas, no digas nada, sólo húndete en el agua y déjate llevar. Me impresionó la buena voluntad con que se plegaba a mis órdenes, lo poco incómoda que se sentía por su propia desnudez. Era la primera vez que veía su cuerpo a plena luz, pero Alma se comportaba como si ya me perteneciera, como si hubiéramos superado la etapa en que hay que pensar en esas cosas. Se abandonó en mis brazos, cediendo al calor del agua, rindiéndose incondicionalmente a la idea de que era yo quien me ocupaba de ella. No había nadie más. Había vivido sola en aquella pequeña casa durante los últimos siete años, y ambos sabíamos que ya era hora de que se marchara. Vas a venir a Vermont, le dije. Vivirás allí conmigo hasta que acabes el libro, y te bañaré todos los días. Yo trabajaré en mi Chateaubriand y tú en tu biografía, y cuando no estemos trabajando, nos pondremos a follar. Joderemos en todos los rincones de la casa. Celebraremos maratones de folleteo en el jardín y en el bosque. Follaremos hasta que no podamos más. Y luego volveremos a la tarea, y cuando terminemos el trabajo, nos marcharemos de Vermont a vivir a otra parte. Adonde tú digas, Alma. Estoy dispuesto a considerar todas las posibilidades. No descarto nada.

Era precipitado decir una cosa así dadas las circunstancias, una proposición sumamente vulgar e indignante, pero el tiempo apremiaba, y no quería marcharme de Nuevo México sin saber el terreno que pisaba. De modo que corrí el riesgo y decidí forzar las cosas, presentando

mi argumentación en los términos más crudos y gráficos que se me ocurrieron. Pero Alma ni se estremeció, hay que decirlo en su favor. Tenía los ojos cerrados cuando empecé, y así los mantuvo hasta el final de mi discurso, pero en cierto momento observé que una sonrisa le tiraba de la comisura de los labios (creo que fue cuando empleé la palabra *follar* por primera vez), y a medida que seguía hablando, más amplia se iba haciendo. Cuando terminé, sin embargo, no dijo nada y siguió con los ojos cerrados. Bueno, dije yo. ¿Qué te parece? Lo que me parece, respondió lentamente, es que si abro los ojos ahora, a lo mejor no estás ahí.

Sí, repuse, entiendo lo que quieres decir. Por otro lado, si no los abres, nunca sabrás si estoy aquí o no, ¿verdad?

Me parece que no tengo valor suficiente.

Pues claro que lo tienes. Y además, te olvidas de que tengo las manos metidas en la bañera. Te estoy tocando la espina dorsal y la rabadilla. Si no estuviera aquí, no podría hacer eso, ¿o sí?

Todo es posible. Podrías ser otra persona, alguien que pretende ser David. Un impostor.

¿Y qué estaría haciendo un impostor contigo en este cuarto de baño?

Llenarme la cabeza de fantasías perversas, hacerme creer que puedo tener lo que deseo. No es frecuente que alguien diga exactamente lo que quieres oír. A lo mejor he sido yo quien ha dicho esas palabras.

Puede. O quizá es que alguien las ha dicho porque lo que quiere es lo mismo que tú quieres.

Pero no exactamente. Nunca es *exactamente*, ¿verdad? ¿Cómo puede ese alguien decir exactamente las *mismas* palabras que yo había pensado?

Con su boca. De ahí es de donde salen las palabras. De la boca de alguien.

¿Dónde está esa boca, entonces? Déjame sentirla. Apriete esa boca contra la mía, señor. Si la siento como debo sentirla, sabré que es tu boca y no mi boca. Entonces quizá empiece a creerte.

Con los ojos aún cerrados, Alma alzó los brazos en el aire, tendiéndolos hacia mí, como hacen los niños pequeños —pidiendo que los abracen, que los cojan— y yo me incliné hacia ella y la bese, apretando mi boca contra la suya y abriéndole los labios con la lengua. Yo estaba de rodillas —los brazos en el agua, las manos en su espalda, los codos inmovilizados contra la pared de la bañera— y mientras Alma me ponía la mano en la nuca atrayéndome hacia sí, perdí el equilibrio y caí sobre ella. Nuestras cabezas se sumergieron un momento, y cuando volvimos a la superficie Alma había abierto los ojos. El agua rebosaba por el borde de la bañera, ambos estábamos sin aliento, pero sin detenernos a aspirar más de una bocanada de aire, volvimos a tomar posiciones y nos dimos un beso en serio. Fue el primero de varios besos, el primero de innumerables besos. No puedo dar cuenta de las manipulaciones que siguieron, las complejas maniobras que me permitieron sacar a Alma de la bañera sin despegar mis labios de los suyos y arreglándomelas para no perder el contacto con su lengua, pero llegó un momento en que estaba fuera del agua y yo la secaba con una toalla. Eso lo recuerdo. Y también recuerdo que, habiéndola ya secado, me quitó la camisa húmeda y me desabrochó el cinturón que me ceñía los pantalones. Puedo ver cómo lo hace, y también me veo a mí mismo besándola de nuevo, veo que los dos nos echamos al suelo y hacemos el amor sobre un montón de toallas.

Cuando salimos del baño la casa estaba a oscuras. Unos destellos de luz en las ventanas delanteras, una tenue nube de reflejos cobrizos estirándose por el horizonte,

residuos del crepúsculo. Nos pusimos la ropa, bebimos un par de copas de tequila en el cuarto de estar, y luego nos dirigimos a la cocina para preparar algo de cena. Tacos congelados, guisantes congelados, puré de patatas: otro menú improvisado, arreglándonos con lo que había. No importaba. La cena desapareció en nueve minutos, y luego volvimos al cuarto de estar y nos servimos otras copas. A partir de ese momento, Alma y yo sólo hablamos del futuro, y a las diez, cuando nos acostamos, seguíamos haciendo planes, hablando de cómo sería nuestra vida cuando ella viniera a mi pequeña montaña de Vermont. No sabíamos cuándo podría estar allí, pero calculábamos que no tardaría más de un par de semanas en arreglar las cosas en el rancho, tres como mucho. Entretanto, hablaríamos por teléfono, y cuando fuese muy tarde o muy temprano para llamar, nos mandaríamos un fax. Pasara lo que pasase, estaríamos en contacto todos los días.

Me marché de Nuevo México sin volver a ver a Frieda. Alma esperaba que vendría a la casa pequeña para despedirse de mí, pero yo no contaba con eso. Ya me había tachado de su lista, y dada la temprana hora de mi marcha (la furgoneta iba a venir a las cinco y media), parecía improbable que se tomara la molestia de privarse de sueño por mi causa. Cuando no se presentó, Alma echó la culpa a la pastilla que se había tomado antes de acostarse. Esa manera de verlo me pareció más bien optimista. Según interpretaba yo la situación, Frieda no se habría presentado bajo ninguna circunstancia; ni aunque la furgoneta hubiera venido a mediodía.

En aquellos momentos, nada de eso pareció tremendamente importante. El despertador sonó a las cinco, y con sólo media hora para arreglarme y salir a la puerta, no

habría pensado en Frieda una sola vez si no se hubiera mencionado su nombre. Lo importante para mí aquella mañana era despertarme al lado de Alma, tomar café con ella en el porche de la casa, poder tocarla otra vez. Totalmente grogui, despeinado, absolutamente estúpido de felicidad, completamente atontado de tanto hacer el amor, de tanta piel, de tantas ideas sobre mi nueva vida. Si hubiera estado más despierto, habría comprendido de lo que me estaba alejando, pero me pesaba demasiado el cansancio y tenía demasiada prisa para otra cosa que no fueran los gestos más simples: un ultimo abrazo, un último beso, y entonces la furgoneta se detuvo frente a la casa y era hora de marcharme. Entramos de nuevo en la casa para coger mi bolsa, y al salir Alma recogió un libro de una mesa cerca de la puerta y me lo dio (para que lo mires en el avión, me dijo), y luego hubo el abrazo último y final, el beso último y final, y emprendí camino al aeropuerto. Sólo a mitad del trayecto me di cuenta de que Alma se había olvidado de darme el Xanax.

De haber sido otras las circunstancias, habría dicho al conductor que diera media vuelta y volviera al rancho. Estuve a punto de hacerlo, pero después de pensar en las humillaciones que supondría aquella decisión —perder el avión, poner en evidencia mi cobardía, reafirmar mi condición de alfeñique neurótico—, logré dominar el pánico. Ya había volado sin pastillas una vez con Alma, Ahora se trataba de ver si podía hacerlo solo. En la medida en que me hacían falta distracciones, el libro que me había dado resultó ser de gran ayuda. Tenía más de seiscientas páginas, pesaba casi quilo y medio y me hizo compañía durante todo el tiempo que estuve en el aire. Compendio de flores silvestres con el título, serio y rotundo, de *Flores del Oeste*, era una recopilación de siete autores (a seis de los cuales se calificaba como investigadores especialistas en

flora silvestre; el séptimo era el conservador de un herbario de Wyoming) publicada, muy apropiadamente, por la Sociedad Botánica Occidental, en colaboración con cierto instituto de investigación subvencionado por una cooperativa de universidades del Oeste de los Estados Unidos. En general, no me interesa mucho la botánica. No podría haber nombrado más de unas docenas de plantas y árboles, pero aquel libro de consulta, con sus novecientas fotografías en color y sus descripciones en una prosa precisa del hábitat y las características de más de cuatrocientas especies, mantuvo mi atención durante varias horas. No sé por qué lo encontré tan absorbente, aunque quizá fuese porque acababa de marcharme de aquella tierra de vegetación espinosa, sedienta, y quería ver más, no había tenido bastante. Habían tomado la mayoría de las fotos en primerísimo plano, sin más fondo que el limpio cielo. A veces, la imagen incluía algunas hierbas circundantes, un poco de tierra, o, más raramente aún, una peña o montaña lejana. La gente, la menor alusión a alguna actividad humana, brillaba por su ausencia. Nuevo México estaba habitado desde hacía miles de años, pero mirando las fotos de aquel libro se tenía la impresión de que allí nunca había pasado nada, de que habían borrado toda su historia. Nada de antiguos habitantes de los acantilados en la edad de piedra, nada de ruinas arqueológicas, nada de conquistadores españoles, nada de sacerdotes jesuitas, nada de Pat Garrett y Billy el Niño, nada de *pueblos*[1] indios, nada de constructores de la bomba atómica. Sólo había el suelo y lo que cubría el suelo, la precaria vegetación de tallos, pedúnculos y florecillas espinosas que brotaban de la tierra cuarteada: una civilización reducida a un muestrario de hierbas silvestres. En sí mismas, las

1. *Sic*, en el original. *(N. del T.)*

plantas no eran gran cosa de ver, pero sus nombres tenían una música impresionante, y después de examinar las fotografías y leer las descripciones que las acompañaban *(Hoja de contorno ovalado o lanceolado... Los nuculos son aplanados, estriados y rugosos, con un apéndice de segmentos foliares capilares)*, hice una breve pausa para escribir algunos nombres en el cuaderno. Empecé en un reverso limpio, inmediatamente después de las páginas que había utilizado para anotar los extractos del diario de Hector que, a su vez, venían a continuación de las descripciones de *La vida interior de Martin Frost*. En inglés, las palabras tenían una consistente densidad sajona, y me agradó pronunciarlas en voz alta, sentir en la lengua su resonancia firme y metálica. Cuando ahora miro la lista, me parece casi un galimatías, una aleatoria colección de sílabas de un idioma desaparecido; quizá del lenguaje que antiguamente hablaban en Marte.

Perifollo. Apocino. Asclepia. Plantago. Boja. Junquillos. Cardo de toro. Cártamo silvestre. Hierba de caballo. Crepis de los prados. Zuzón. Hierba cana. Viborana. Bardana menor. Sésamo bastardo. Tanaceto. Gabarro. Mastuerzo montesino. Colleja. Celedonia. Cuscuta. Euforbia. Orozuz falso. Arvejo cantudo. Junco de los sapos. Ortiga muerta abrazante. Ortiga muerta purpúrea. Epílobe. Heno lanoso. Bromo erguido. Panicoide. Festuca. Linaria. Verónica. Burladora.

Vermont me pareció diferente a la vuelta. Sólo había estado fuera tres días y dos noches, pero todo se había empequeñecido en mi ausencia: encerrado en sí mismo, sombrío, húmedo. El verdor de los bosques que rodeaban mi casa parecía antinatural, una exuberancia imposible en comparación con los cobrizos y dorados del desierto. El

aire estaba cargado de humedad, el suelo se hundía bajo los pies, y en cualquier dirección a que mirase me encontraba con una desenfrenada proliferación de vida vegetal, sorprendentes ejemplos de descomposición: ramitas y fragmentos de corteza empapados de humedad pudriéndose en los caminos, escaleras de hongos en el tronco de los árboles, manchas de moho en las paredes de la casa. Al cabo de un tiempo, comprendí que miraba esas cosas con los ojos de Alma, tratando de verlo todo con una luz nueva a fin de prepararme para el día en que viniera a vivir conmigo. El vuelo a Boston había ido bien, mucho mejor de lo que me había atrevido a esperar, y salí del avión con la sensación de haber conseguido algo importante. Dentro del orden universal de las cosas, probablemente no era mucho, pero en el orden de lo particular, en el lugar microscópico donde se ganan y se pierden las batallas privadas, contaba como una victoria singular Me sentía con más fuerzas que en ningún momento de los tres últimos años. Casi entero, decía para mis adentros, casi preparado para volver a ser real.

Durante los días siguientes, me dediqué a hacer cosas sin parar, en varios frentes a la vez. Trabajé en la traducción de Chateaubriand, llevé al taller la baqueteada camioneta para que arreglaran la carrocería, y limpié la casa hasta dejarla irreconocible: fregué los suelos, di cera a los muebles, quité el polvo a los libros. Sabía que nada podría disimular la fealdad esencial de su arquitectura, pero al menos podía dejar las habitaciones presentables, darles un lustre que antes no tenían. La única dificultad consistió en decidir qué hacer con las cajas que había en el cuarto desocupado, que yo tenía intención de transformar en estudio para Alma. Necesitaría un sitio para terminar el libro, un lugar adonde retirarse cuando quisiera estar sola, y aquel cuarto era el único disponible. Pero en el resto de

la casa el espacio para guardar cosas era limitado, y sin desván ni garaje, lo único que se me ocurría era el sótano. El problema con esa solución era el suelo de tierra. Cada vez que llovía, el sótano se llenaba de agua, y las cajas de cartón que se dejaran allí se empaparían sin lugar a dudas. Para evitar esa calamidad, compre noventa y seis bloques de hormigón ligero y ocho grandes rectángulos de contrachapado. Apilando los bloques de tres en tres, logré armar una plataforma mucho más alta que el nivel de la peor inundación que había tenido. Para mayor protección contra los efectos de la humedad, envolví las cajas en bolsas de basura de plástico grueso, cerrándolas con cinta aislante. Con eso tendría que haber bastado, pero tardé otros dos días en armarme de valor para bajarlas al sótano. Todo lo que quedaba de mi familia estaba en aquellas cajas. Los vestidos y las faldas de Helen. Su cepillo del pelo, sus medias. Su grueso abrigo con capucha de piel. El guante de béisbol y los tebeos de Todd. Los rompecabezas y los soldaditos de plástico de Marco. La polvera dorada con el espejo cuarteado. Hooty Tooty, el oso de peluche. La insignia de la campaña de Walter Mondale. Esas cosas ya no servían para nada, pero nunca había sido capaz de tirarlas, nunca había pensando en entregarlas a una organización de beneficencia. No quería que otra mujer llevase la ropa de Helen, y tampoco me apetecía que las gorras de los Red Sox de los chicos anduvieran en la cabeza de otros niños. Llevar todo aquello al sótano era como enterrarlo bajo tierra. No era el final, quizá, pero sí el principio del fin, el primer jalón en el camino hacia el olvido. Difícil de hacer, pero no tanto como lo había sido subir a aquel avión con destino a Boston. Cuando terminé de vaciar el cuarto, fui a Brattleboro a buscar muebles para Alma. Le compré un escritorio de caoba, una butaca de cuero que se balanceaba hacia atrás y hacia delante cuan-

do se apretaba un botón debajo del asiento, un archivador de roble y una bonita alfombra multicolor. Era lo mejor que tenían en la tienda, equipo de oficina de primerísima calidad. La factura ascendía a más de tres mil dólares, que pagué a tocateja.

La echaba de menos. Por impetuosos que hubieran sido nuestros planes, nunca albergué dudas ni lo pensé dos veces. Seguí adelante en un estado de ciega felicidad, esperando el momento en que finalmente pudiera venir al Este, y siempre que empezaba a añorarla demasiado, abría la nevera y miraba el revólver. El arma era la prueba de que Alma ya había estado allí, y si ya había venido una vez, no había motivo para pensar que no iba a volver. Al principio, no pensé demasiado en el hecho de que el revólver seguía estando cargado, pero al cabo de dos o tres días empecé a preocuparme. No lo había tocado en todo ese tiempo, pero una tarde, para quedarme tranquilo, lo cogí de la nevera y me lo llevé al bosque, donde disparé las seis balas al suelo. Hicieron un ruido como el de una ristra de petardos, como estallidos de bolsas de papel. De vuelta en casa, guardé el revólver en el cajón superior de la mesita de noche. Ya no podía matar a nadie, pero eso no significaba que fuese menos poderoso, menos peligroso. Encarnaba el poder de una idea, y cada vez que lo miraba, recordaba lo cerca que esa idea había estado de destruirme.

El teléfono de la casa de Alma era caprichoso, y no siempre que llamaba podía hablar con ella. Instalación defectuosa, me había dicho, alguna conexión suelta en el tendido, lo que significaba que incluso después de marcar su número y oír los rápidos chasquidos y pitidos que sugerían que se establecía la comunicación, el aparato no sonaba necesariamente en su casa. La mayoría de las veces, en cambio, se podía contar con su teléfono para las

llamadas hacia el exterior. El día que volví a Vermont, hice varios intentos fallidos de comunicar con ella, y cuando Alma finalmente me llamó a las once (las nueve, hora de la montaña), decidimos seguir esa pauta en el futuro. Me llamaría ella, y no al contrario. A partir de entonces, cada vez que hablábamos, al final de la conversación fijábamos la hora de la siguiente llamada, y durante tres noches consecutivas el método funcionó como un truco en un espectáculo de magia. Decíamos que a las siete, por ejemplo, y a las siete menos diez me dirigía a la cocina, me servía una copa de tequila puro (seguíamos bebiendo tequila juntos, incluso a distancia), y a las siete en punto, justo cuando el segundero del reloj de pared se lanzaba a dar la hora, sonaba el teléfono. Llegué a depender de la exactitud de aquellas llamadas. La puntualidad de Alma era un signo de fe, un compromiso con el principio de que, aunque estuvieran en dos partes diferentes del mundo, dos personas podían sintonizar con respecto a casi todo.

Entonces, a la cuarta noche (la quinta después de mi marcha de Tierra del Sueño), Alma no llamó. Supuse que tendría problemas con el teléfono, y por tanto no reaccioné inmediatamente. Seguí sentado en mi sitio, esperando pacientemente a que sonara el teléfono. Pero cuando el silencio se prolongó otros veinte minutos, y luego treinta, empecé a preocuparme. Si el teléfono no funcionaba, me habría enviado un fax para explicarme por qué no había tenido noticias suyas. Su fax estaba conectado a otra línea y nunca había habido problemas técnicos con ese número. Sabía que era inútil, pero cogí el teléfono y la llamé de todos modos, esperando un resultado negativo. Luego, pensando que estaría haciendo alguna gestión con Frieda, llamé al número de la casa grande, pero con el mismo resultado. Volví a llamar, sólo para ver si había marcado co-

rrectamente, pero tampoco hubo respuesta. Como último recurso, envié una nota por fax. *¿Dónde estás*, *Alma? ¿Va todo bien? Estoy preocupado. Por favor*, *escribe (fax) si no funciona el teléfono. Te quiero*, *David*. En mi casa sólo había un teléfono, y estaba en la cocina. Si subía a la habitación, temía que no lo oyera si Alma llamaba más tarde; o si lo oía, que no bajara las escaleras a tiempo para contestar. No sabía qué hacer. Permanecí varias horas en la cocina, esperando que pasara algo, y por último, cuando ya era más de la una de la mañana, me fui al salón y me tumbé en el sofá. Era el mismo conjunto de muelles y cojines, lleno de bultos, que transformé en cama improvisada para Alma la primera noche que estuvimos juntos: buen sitio para pensar cosas sombrías. Algo que hice hasta el amanecer, torturándome con imaginarios accidentes de coche, fuegos, urgencias médicas, caídas mortales por las escaleras. En un momento dado, los pájaros se despertaron y empezaron a cantar en las ramas de los árboles cercanos. No mucho después, inesperadamente, me quedé dormido.

Nunca se me ocurrió que Frieda haría a Alma lo mismo que me había hecho a mí. Hector quería que me quedara en el rancho y viera sus películas; luego se murió, y Frieda se ocupó de que eso no sucediera. Hector quería que Alma escribiera su biografía. Ahora que estaba muerto, ¿por qué no había caído yo en la cuenta de que Frieda se encargaría de impedir la publicación del libro? Las situaciones eran casi idénticas y, sin embargo, no había visto la semejanza, se me había escapado absolutamente la similitud entre ambas. Quizá porque los números no guardaban proporción alguna. Ver las películas no me habría llevado más de cuatro o cinco días; Alma llevaba trabajando en el libro cerca de siete años. Nunca se me pasó por la cabeza que nadie pudiera ser lo bastante cruel

para adueñarse del trabajo de nadie y hacerlo trizas. Sencillamente carecía de valor para imaginar una cosa así.

Si hubiera visto lo que se avecinaba, no habría dejado a Alma sola en el rancho. La habría obligado primero a hacer un paquete con el manuscrito, y luego la habría metido en la furgoneta y me la habría llevado al aeropuerto aquella misma mañana. Y aunque no hubiera hecho nada en aquel momento, siempre podría haber reaccionado antes de que hubiese sido demasiado tarde. Habíamos mantenido cuatro conversaciones telefónicas desde mi vuelta a Vermont, y el nombre de Frieda surgía en todas y cada una de ellas. Pero yo no quería hablar de Frieda. Esa parte de la historia era agua pasada, a mí sólo me interesaba el futuro. Hablaba incesantemente a Alma de la casa, del cuarto que le estaba preparando, de los muebles que había encargado. Debí haberle hecho preguntas, insistiendo en que me diera detalles sobre el estado de ánimo de Frieda, pero a Alma parecía gustarle que le hablara de esos asuntos domésticos. Se encontraba en las primeras fases de la mudanza —guardando la ropa en cajas de cartón, decidiendo qué llevarse y qué no, preguntándome por los libros de mi biblioteca para ver cuáles coincidían con los suyos—, y lo último que esperaba eran problemas.

Tres horas después de mi marcha al aeropuerto, Alma y Frieda fueron a la funeraria de Albuquerque a recoger la urna. Más tarde, en un rincón del jardín abrigado del viento, esparcieron las cenizas de Hector entre rosales y macizos de tulipanes. Era el mismo sitio donde a Taddy le picó la abeja, y Frieda no dejó de temblar durante toda la ceremonia, manteniéndose firme durante unos minutos para luego sumirse en prolongados accesos de llanto silencioso. Cuando hablamos aquella noche, me dijo que nunca había visto tan vulnerable a Frieda, tan peligrosamente cerca de venirse abajo. Sin embargo, a la mañana siguien-

te, temprano, fue a la casa grande y descubrió que Frieda ya se había levantado; sentada en el suelo del estudio de Hector, rebuscaba entre montañas de papeles, fotografías y dibujos desplegados en círculo a su alrededor. Ahora venían los guiones, le dijo a Alma, y después iba a realizar una búsqueda sistemática de todos y cada uno de los documentos relacionados con la producción de las películas: dibujos y fotografías de secuencias, bocetos de vestuario, planos de decorados, diagramas de iluminación, notas para los actores. Todo tiene que quemarse, declaró, no podía salvarse ni un solo papel.

Ya entonces, sólo un día después de mi marcha del rancho, los límites de la destrucción habían cambiado, extendiéndose para dar cabida a una interpretación más amplia de la última voluntad de Hector. Ya no eran sólo las películas, sino hasta la más mínima prueba que pudiera demostrar la existencia de aquellas películas.

Hubo hogueras los dos días siguientes, pero Alma no participó, dejando que la ayudaran Juan y Conchita mientras ella se dedicaba a sus cosas. Al tercer día, sacaron a rastras los decorados de los almacenes del estudio de sonido y los quemaron. Prendieron fuego a la utilería, las prendas de los vestuarios, los diarios de Hector. Quemaron hasta el cuaderno que leí en casa de Alma, pero seguimos siendo incapaces de adivinar hasta dónde podían llegar las cosas. Aquel cuaderno se escribió a principios de los años treinta, mucho antes de que Hector volviera a hacer cine. Su único valor residía en ser una fuente de información para la biografía de Alma. Si se destruía aquella fuente, aunque llegara a publicarse el libro, la historia que contaba ya no tendría credibilidad. Tuvimos que comprenderlo, pero cuando hablamos por teléfono aquella noche, Alma sólo lo mencionó de pasada. La gran noticia de la jornada se refería a las películas mudas de Hector. Ya

circulaban copias de aquellos films, desde luego, pero a Frieda le preocupaba que si las descubrían en el rancho, alguien podría establecer la relación entre Hector Spelling y Hector Mann, de manera que decidió quemarlos también. Era una tarea horripilante, dijo Alma citando a Frieda, pero tenía que hacerse a conciencia. Si una parte del trabajo quedaba incompleta, el resto no tendría sentido.

Quedamos en hablarnos de nuevo al día siguiente a las nueve (las siete para ella). Alma iba a pasar en Sorocco gran parte de la tarde —comprando en el supermercado, haciendo gestiones de carácter personal—, pero aunque se tardaba hora y media en volver a Tierra del Sueño, calculamos que estaría de vuelta en su casa sobre las seis. Al no recibir su llamada, mi imaginación empezó inmediatamente a rellenar los espacios en blanco, y cuando me tumbé en el sofá a la una de la mañana, estaba convencido de que Alma no había llegado a su casa, de que le había pasado algo monstruoso.

Resultó que tenía razón y a la vez estaba equivocado. Equivocado porque sí había vuelto a casa, y acertado en todo lo demás; aunque no de la manera en que me lo había imaginado. Alma paró el coche delante de su casa unos minutos después de las seis. Nunca cerraba la puerta con llave, de modo que no se preocupó demasiado al ver la casa abierta, pero salía humo de la chimenea y eso le pareció extraño, absolutamente incomprensible. Era un día caluroso de mediados de julio, y aunque Juan y Conchita hubieran ido a llevar ropa limpia o sacar la basura, ¿por qué demonios habrían encendido la chimenea? Alma dejó las bolsas de la compra en la parte de atrás del coche y entró directamente en la casa. En el cuarto de estar, en cuclillas frente a la chimenea, Frieda arrugaba hojas de papel y las echaba al fuego. Gesto a gesto era una reconstrucción de la escena final de *Martin Frost*: Norbert Stein-

haus quemando el manuscrito de su relato en un intento desesperado de volver a la vida a la madre de Alma. Por la habitación flotaban trozos de papel quemado, revoloteando en torno a Frieda como negras mariposas heridas. El borde de las alas relucía un instante con un destello anaranjado, convirtiéndose luego en un gris blanquecino. La viuda de Hector estaba tan absorta en su labor, tan concentrada en terminar la tarea que había empezado, que no levantó la cabeza cuando Alma entró por la puerta. Tenía las hojas sin quemar esparcidas sobre las rodillas, un pequeño montón de holandesas, unas veinte o treinta, quizá cuarenta. Si era todo lo que quedaba, entonces las otras seiscientas páginas ya habían desaparecido.

Según sus propias palabras, Alma se puso *frenética*, *y empezó a lanzar una rabiosa invectiva*, *chillando y dando gritos demenciales*. Entró como una furia en el cuarto de estar, y cuando Frieda se puso en pie para defenderse, Alma la apartó de un empujón. Eso es todo lo que recordaba, dijo. Un violento empujón, y ya estaba más allá de Frieda, corriendo hacia el estudio y el ordenador al fondo de la casa. El manuscrito quemado sólo era una impresión. El libro estaba en el ordenador, y si Frieda no había manipulado el disco duro ni encontrado los discos de salvaguardia, entonces no se habría perdido nada.

Un instante de esperanza, una breve oleada de optimismo al cruzar el umbral de la habitación, y luego nada. Alma entró en el estudio, y lo primero que vio fue un espacio vacío donde había estado el ordenador. El escritorio estaba limpio: ni pantalla, ni teclado, ni impresora, ni caja azul de plástico con los veintiún disquetes etiquetados y los cincuenta y tres ficheros de documentación. Frieda se lo había llevado todo. Sin duda había contado con la ayuda de Juan, y si Alma comprendía bien la situación, ya era demasiado tarde para remediarlo. El ordenador debía de

estar aplastado; los discos, cortados en trocitos. Y aunque eso no hubiera pasado todavía, ¿por dónde empezar a buscarlos? El rancho tenía una extensión de más de ciento sesenta hectáreas. Lo único que había que hacer era elegir un sitio cualquiera, cavar un agujero, y el libro desaparecería para siempre.

No sabía cuánto tiempo permaneció en el estudio. Varios minutos, pensaba, pero podía haber sido más, quizá hasta un cuarto de hora. Recordaba haberse sentado frente al escritorio con el rostro entre las manos. Tenía ganas de llorar, confesó, dejarse llevar por un prolongado ataque de gritos y sollozos, pero seguía estando demasiado perpleja para llorar, de manera que no hizo otra cosa que quedarse allí sentada, oyendo cómo se le escapaba la respiración entre las manos. En un momento dado, empezó a notar lo silenciosa que se había quedado la casa. Supuso que eso significaba que Frieda se había marchado, que simplemente había salido y vuelto a la otra casa. Tanto mejor, pensó Alma, Por más que discutieran, por más explicaciones que recibiera no se iba a arreglar lo que le había hecho, y el caso era que no quería volver a hablar con Frieda nunca más. ¿Era cierto eso? Sí, decidió, era verdad. En ese caso, había llegado el momento de marcharse de allí. Podía hacer la maleta, subir al coche y parar en cualquier motel cerca del aeropuerto. A primera hora de la mañana, estaría en el avión de Boston.

Fue entonces cuando Alma se levantó del escritorio y salió del estudio. Todavía no eran las siete, pero me conocía lo bastante para saber que estaría en casa, andando alrededor del teléfono, en la cocina, y sirviéndome un tequila mientras esperaba su llamada. No esperaría hasta la hora convenida. Acababan de robarle años de su vida, el mundo le estallaba en la cabeza, y tenía que hablar conmigo ya, le hacía falta hablar con alguien antes de que

irrumpieran las lágrimas y ya fuera incapaz de articular palabra. El teléfono estaba en el dormitorio, la habitación contigua al estudio. Lo único que tenía que hacer era torcer a la derecha al salir por la puerta, y diez segundos después, sentada en la cama, estaría marcando mi número. Cuando cruzó el umbral del estudio, sin embargo, titubeó un momento y torció a la izquierda. Habían saltado chispas por todo el cuarto de estar, y antes de entablar una larga conversación conmigo, debía asegurarse de que el fuego estaba apagado. Era una decisión lógica, lo más conveniente dadas las circunstancias. De manera que dio un rodeo hacia el otro lado de la casa, y un momento después la historia de aquella noche se convirtió en una historia diferente, la noche se transformó en una noche diferente. Ése es el horror para mí: no sólo haber sido incapaz de impedir lo que pasó, sino saber que si Alma me hubiera llamado primero, eso no habría ocurrido. Frieda habría seguido muerta en el suelo del cuarto de estar, pero ninguna de las reacciones de Alma habría sido la misma, ninguna de las cosas que ocurrieron después del descubrimiento del cadáver habría sucedido de aquella manera. Tras hablar conmigo se habría sentido con más fuerzas, un poco menos desesperada, algo más preparada para encajar el golpe. Si me hubiera contado lo del empujón, por ejemplo, describiéndome cómo había apartado a Frieda de su camino dándole con la palma de la mano en el pecho antes de precipitarse hacia el estudio, yo habría podido advertirle de las posibles consecuencias. Hay gente que pierde el equilibrio, le habría dicho, tropieza, cae hacia atrás y se da un golpe en la cabeza contra algún objeto duro. Ve al cuarto de estar y mira a ver si Frieda sigue allí. Y Alma habría ido al cuarto de estar sin colgar el teléfono. Habría podido hablar conmigo inmediatamente después de descubrir el cadáver, y entonces yo la habría calmado,

dándole ocasión de verlo todo con más claridad, de pensarlo dos veces y no seguir adelante con la horrible cosa que se proponía hacer. Pero Alma titubeó en el umbral, torció a la izquierda en vez de a la derecha, y cuando encontró el cuerpo de Frieda hecho un guiñapo en el suelo, se olvidó de llamarme. No, no creo que se olvidara, no quiero sugerir que se olvidó; pero la idea ya cobraba forma en su cabeza, y no se decidía a coger el teléfono. En cambio, se dirigió a la cocina, se sentó frente a una botella de tequila y un bolígrafo, y pasó el resto de la noche escribiéndome una carta.

Yo estaba dormido en el sofá cuando el fax empezó a llegar. En Vermont eran las seis de la mañana, pero en Nuevo México aún era de noche, y el aparato me despertó después de sonar tres o cuatro veces. Llevaba durmiendo menos de una hora, sumido en un coma de puro agotamiento, y no me enteré de cuándo empezó a sonar, aunque los timbrazos alteraron el sueño que estaba teniendo en aquel momento: una pesadilla sobre despertadores y plazos límite y tener que levantarme para dar una conferencia titulada «Las metáforas del amor». No suelo recordar mis sueños, pero sí me acuerdo de aquél, igual que recuerdo todo lo que me ocurrió desde el momento en que abrí los ojos. Me incorporé dándome cuenta ya de que el ruido no provenía del despertador de mi cuarto. El teléfono estaba sonando en la cocina, pero cuando me puse en pie y crucé tambaleante el cuarto de estar, dejó de sonar. Oí un ruidito metálico en el aparato, que indicaba el inicio de la transmisión de un fax, y cuando finalmente llegué a la cocina, la primera parte de la carta se iba enrollando al salir por la ranura. En 1988 aún no había aparatos de fax con papel corriente. Se utilizaban rollos de papel —muy fino, tratado con un revestimiento electrónico especial— y cuando se recibía un mensaje parecía algo re-

mitido desde un pasado remoto: media Torah, o una misiva enviada de algún campo de batalla etrusco. Alma había tardado más de ocho horas en redactar la carta, deteniéndose y volviendo a empezar de manera intermitente, cogiendo el bolígrafo y dejándolo de nuevo, cada vez más borracha a medida que avanzaba la noche, y la acumulación final superaba las veinte páginas. Las leí de pie, tirando del rollo según iba saliendo del aparato. La primera parte contaba las cosas que acabo de resumir: la quema del libro de Alma, la desaparición del ordenador, el descubrimiento del cadáver de Frieda en el cuarto de estar. La última parte concluía con los siguientes párrafos:

No puedo evitarlo. No tengo fuerzas suficientes para llevar una carga como ésta. Una y otra vez intento abarcarla con los brazos, pero es demasiado grande para mí, David, pesa demasiado, y ni siquiera puedo levantarla del suelo.

Por eso es por lo que no voy a llamarte esta noche. Me dirías que se trata de un accidente, que no ha sido culpa mía, y yo empezaría a creerte. Querría creerte, pero lo cierto es que la empujé fuerte, mucho más fuerte de lo que se puede empujar a una anciana de ochenta años, y la maté. No importa lo que ella me hiciera. La maté, y si ahora dejo que me convenzas de lo contrario, eso sólo serviría para destruirnos a los dos más adelante. No hay otro remedio. Para detenerme, tendría que renunciar a la verdad, y una vez hecho eso, todo lo bueno que hay en mí empezaría a morir. He de hacerlo ahora mismo, ya lo ves, mientras aún tengo valor. Gracias al alcohol. Guinnes te da fuerza, como decían las carteleras publicitarias de Londres. El tequila te da valor.

Sales de algún sitio, y por lejos que creas que te has ido de ese sitio, al final siempre acabas allí. Pensé que tú podrías rescatarme, que acabaría perteneciéndote, pero yo siempre les he pertenecido a ellos y a nadie más. Gracias por el sueño, David, Alma la fea encontró un hombre, que hizo que se

sintiera hermosa. Si has podido hacer eso por mí, imagínate lo que podrías hacer por una chica que tuviera una sola cara.

Considérate afortunado. Es bueno que esto se termine antes de que descubras quién soy realmente. Aquella primera noche me presenté en tu casa con un revólver, ¿no es verdad? No olvides nunca lo que eso significa. Sólo una loca haría algo así, y no se puede confiar en los locos. Fisgonean en la vida de los demás, escriben libros sobre cosas que no les conciernen, compran pastillas. ¿De verdad fue por accidente por lo que te las dejaste aquí el otro día? Las tuve en el bolso todo el tiempo que pasaste en el rancho. Siempre quería dártelas, y siempre se me olvidaba; incluso en el momento en que te subiste a la furgoneta. No me lo reproches. Resulta que yo las necesito más que tú. Mis veinticinco amiguitas de color púrpura. Máximo efecto, Xanax; noche de sueño ininterrumpido, garantizada.

Perdón. Perdón. Perdón. Perdón. Perdón.

Después de leerlo la llamé, pero no contestó. Esta vez logré comunicar —oí sonar el aparato al otro extremo de la línea—, pero Alma no llegó a coger el teléfono. Lo dejé sonar cuarenta o cincuenta veces, esperando obstinadamente que los timbrazos rompieran su concentración, la distrajeran y le diera por pensar en otra cosa que no fueran las pastillas. ¿Habría servido de algo que lo dejara sonar otras cinco veces más? ¿Y otros diez timbrazos más la habrían impedido seguir adelante? Finalmente, decidí colgar, cogí un papel y le envié un fax. *Háblame, por favor*, escribí. *Por favor, Alma, coge el teléfono y habla conmigo.* Volví a llamarla un momento después, pero esta vez la línea se cortó después de que el aparato sonara seis o siete veces. No lo entendí al principio, pero luego me di cuenta de que debía haber arrancado el cable de la pared.

9

Aquella misma semana, unos días más tarde, la enterré junto a sus padres en un cementerio católico a unos treinta y cinco kilómetros al norte de Tierra del Sueño. Alma nunca había mencionado a pariente alguno, y como no se presentó ningún Grund ni ningún Morrison a reclamar su cadáver, me hice cargo de los gastos del entierro. Hubo decisiones siniestras que tomar, comparaciones grotescas que hacer entre los pros y los contras del embalsamamiento y la cremación, la duración de diversos tipos de madera, el precio de los ataúdes. Luego, tras haber optado por la inhumación, otras cuestiones sobre la ropa, el tono del carmín, laca de las uñas, peinado. No sé cómo me las arreglé para hacer todo eso, pero sospecho que lo hice como todo el mundo en esas circunstancias; medio presente y medio ausente, medio cuerdo y medio loco. Lo único que tengo claro es que rechacé la idea de la cremación. No más hogueras, dije, no más cenizas. Ya la habían abierto para hacerle la autopsia, pero no iba a permitir que la quemaran.

La noche del suicidio de Alma, llamé a la oficina del sheriff desde mi casa de Vermont. Enviaron a investigar a un ayudante llamado Victor Guzman, pero aun cuando

llegó al rancho antes de las seis de la mañana, Juan y Conchita ya habían desaparecido. Alma y Frieda estaban muertas, el fax que me había remitido seguía en el aparato, pero la gente menuda se había largado. Cuando me marché de Nuevo México cinco días después, Guzman y otros ayudantes del sheriff seguían buscándolos.

De los restos de Frieda se encargó su abogado, siguiendo las instrucciones de su testamento. El servicio se celebró en el cenador del Rancho Piedra Azul —justo detrás de la casa grande, en el bosquecillo de álamos y sauces de Hector—, pero me guardé muy mucho de asistir. Por Frieda ya no sentía sino odio, y la idea de asistir a aquella ceremonia me revolvía el estómago. Yo no conocía al abogado, pero Guzman le habló de mí, y cuando me llamó al motel para invitarme al entierro de Frieda, simplemente le dije que estaba ocupado. Prosiguió luego con unas divagaciones sobre la pobre señora Spelling y la pobre Alma y lo horroroso que había sido todo aquello, y entonces, *en la más absoluta reserva*, haciendo apenas una pausa entre las frases, me informó de que la finca valía más de nueve millones de dólares. El rancho se pondría a la venta una vez que se autenticara el testamento, me dijo, y el producto de la venta, junto con los beneficios de la desinversión de las acciones y obligaciones de la señora Spelling, iría a parar a una organización sin fines de lucro de Nueva York. ¿A cuál?, pregunté. Al Museo de Arte Moderno, contestó él. La totalidad de los nueve millones se destinaría a un fondo anónimo para la conservación de películas antiguas. Qué raro, comentó, ¿no le parece? No, contesté, no es nada raro. Escalofriante y cruel, pero no raro. Si le gustan los chistes malos, con éste podría usted reírse durante años.

Quería volver al rancho por última vez, pero cuando paré el coche frente a la verja, no tuve valor para atrave-

sarla. Había acariciado la esperanza de encontrar en casa de Alma alguna fotografía, algo que pudiera llevarme a Vermont, pero la policía había puesto una de esas barreras de cinta amarilla con la que suele acordonar la escena del crimen, y de pronto me faltaron agallas. No había ningún poli que me impidiera el paso, y no habría tenido dificultad en salvar la barrera y entrar en la finca, pero no pude, me fue imposible, así que di la vuelta al coche y me marché. Pasé las últimas horas en Albuquerque encargando una lápida para la tumba de Alma. Al principio pensé mantener la inscripción al estricto mínimo: ALMA GRUND 1950–1988 ESCRITORA. Salvo por las veintiocho páginas de la nota de suicidio que me envió la última noche de su vida, yo no había leído una sola palabra de sus escritos. Pero Alma había muerto a causa de un libro, y la justicia exigía que fuera recordada como autora de ese libro.

Volví a casa. Nada ocurrió en el vuelo a Boston. Encontramos ciertas turbulencias en el Medio Oeste, comí un poco de pollo y bebí un vaso de vino, miré por la ventanilla; pero no pasó nada. Nubes blancas, un ala plateada, el cielo azul. Nada.

Al llegar a casa me encontré con el mueble bar vacío, y ya era muy tarde para salir a comprar una botella. No sé si eso fue lo que me salvó, pero se me había olvidado que acabé con el tequila la última noche y, sin esperanza de aturdimiento en cuarenta kilómetros a la redonda de West T—, donde todo estaba cerrado a cal y canto, me fui sobrio a la cama. Había pensado en lanzarme por la pendiente, caer de nuevo en mis viejos hábitos de pena inconsolable y destrucción alcohólica, pero a la luz de aquella mañana de verano en Vermont, algo en mí resistió la tentación de irme a pique. Chateaubriand estaba lle-

gando al término de su larga meditación sobe la vida de Napoleón, y volví a encontrarlo en el vigésimo cuarto libro de las memorias, en la isla de Santa Helena con el depuesto emperador. *Ya llevaba seis años exiliado; había necesitado menos tiempo para conquistar Europa. Rara vez salía de casa y pasaba el tiempo leyendo a Ossian en la traducción italiana de Casarotti... Cuando Bonaparte salía, paseaba por senderos escabrosos bordeados de áloes y fragantes retamas... o se ocultaba entre las densas nubes que rodaban por el suelo... En este momento de la historia, todo se agosta en un día; quien vive demasiado, muere vivo. Al avanzar en la vida, dejamos tres o cuatro imágenes de nosotros mismos, diferentes entre sí; las vemos a través de la niebla del pasado, como retratos de nuestras diversas edades.*

No sabía si había logrado convencerme de que era lo bastante fuerte para seguir trabajando, o si de pronto me había vuelto insensible. Durante el resto del verano, tuve la impresión de vivir en otra dimensión, despierto frente a lo que me rodeaba pero al mismo tiempo separado de todo, como si tuviera el cuerpo envuelto en una gasa transparente. Dedicaba largas jornadas al Chateaubriand, levantándome temprano y acostándome tarde, y a medida que pasaban las semanas avanzaba a un ritmo constante, aumentando poco a poco mi cupo diario de tres a cuatro páginas completas de la edición de la Pléiade. Aquello tenía todo el aspecto de progresar, y esa sensación me daba a mí, pero también fue un periodo en el que estuve sujeto a curiosas faltas de atención, a despistes que parecían acecharme cada vez que me levantaba de la mesa. Se me olvidó pagar el recibo del teléfono durante tres meses seguidos, sin hacer caso de los amenazadores avisos que llegaban, y no pagué la factura hasta que un día se presentó un operario en el jardín para desconectar la línea. Dos semanas después, en una expedición de compras a Brat-

tleboro que incluía una visita a la oficina de correos y otra al banco, me las arreglé para echar la cartera al buzón, confundiéndola con un montón de cartas. Esos incidentes me dejaban perplejo, pero ni una sola vez me detuve a considerar por qué se producían. Hacerme esa pregunta habría significado ponerme de rodillas para abrir la trampilla bajo la alfombra, y no podía permitirme atisbar entre aquellas tinieblas. Por la noche, una vez terminado el trabajo, después de cenar me quedaba hasta muy tarde en la cocina, transcribiendo las notas que había tomado durante la proyección de *La vida interior de Martin Frost*.

Sólo había tratado a Alma durante ocho días, cinco de los cuales habíamos estado separados, y cuando calculaba cuánto tiempo habíamos pasado juntos en esos otros tres, llegaba a un total de cincuenta y cuatro horas. De esas horas, dieciocho se habían perdido durmiendo. Otras siete se habían desperdiciado en separaciones de una u otra especie: las seis horas que pasé solo en su casa, los cinco o diez minutos que estuve con Hector, los cuarenta y un minutos que duró la película. Eso sólo dejaba veintinueve horas en que tuve realmente ocasión de verla y tocarla, de encerrarme en el círculo de su presencia. Hicimos el amor cinco veces. Comimos juntos seis veces. Le di un baño. Alma había aparecido en mi vida para desaparecer de ella tan rápidamente que a veces tenía la impresión de habérmela inventado. Esa era la peor parte de enfrentarme a su muerte. No había muchas cosas para recordar, de modo que recorría los mismos senderos una y otra vez, sumando siempre las mismas cifras para llegar a los mismos resultados miserables. Dos coches, un avión, seis copas de tequila. Tres casas, tres camas en tres noches diferentes. Cuatro conversaciones telefónicas. Estaba tan aturdido, que no sabía cómo llorar su pérdida si no era manteniéndome con vida. Meses después, cuando terminé la traducción y

me marché de Vermont, comprendí lo que Alma había hecho por mí. En ocho días escasos, me había traído de entre los muertos.

Poco importa lo que me pasara después. Éste es un libro de fragmentos, una recopilación de aflicciones y sueños medio recordados, y para contar esta historia he de atenerme a los hechos de la historia misma. Sólo añadiré que ahora vivo en una gran ciudad, en un punto entre Boston y Washington D. C., y que esto es lo primero que escribo desde *El silencioso mundo de Hector Mann*. Di clases durante un tiempo, encontré otro trabajo más satisfactorio y entonces dejé la enseñanza para siempre. Debo añadir también (para quienes les interesan esas cosas) que ya no vivo solo.

Hace once años que volví de Nuevo México, y en todo ese tiempo no he hablado con nadie de lo que me ocurrió allí. Ni una palabra de Alma, ni una palabra de Hector y Frieda, ni una palabra del Rancho Piedra Azul. ¿Quién habría dado crédito a una historia así, en caso de que hubiera pretendido contarla? No tenía prueba alguna, nada con lo que demostrar mis afirmaciones. Las películas de Hector se habían volatilizado, el libro de Alma no existía, y lo único que habría podido mostrar era mi patética colección de notas, mi trilogía de garabatos del desierto: el desglose de *Martin Frost*, los fragmentos del diario de Hector y un inventario de plantas extraterrestres que no tenían nada que ver con nada. Más valía callarme, decidí, y dejar sin resolver el misterio de Hector Mann. Por entonces otros autores se pusieron a escribir sobre su obra, y cuando las comedias mudas se pasaron a video en 1992 (una colección de tres cintas en un estuche), el hombre del traje blanco empezó a ganar seguidores poco a poco. No fue una sonada vuelta a la popularidad, desde luego, sólo un minúsculo acontecimiento en el país de los entre-

tenimientos industriales y los multimillonarios presupuestos de mercadotecnia, pero satisfactoria a pesar de todo, y me agradaba encontrarme de vez en cuando con artículos que se referían a Hector como un maestro menor del género o (para citar el artículo de Stanley Vaubel en *Visión y Sonido*) *el último de los grandes artesanos de la comedia muda*. Quizá bastaba con eso. Cuando se creó un club de admiradores en 1994, me invitaron a ser miembro honorario. Como autor del primer y único estudio a fondo de la obra de Hector, me consideraban como el espíritu fundador del movimiento, y esperaban que les diera mi aprobación. En el último recuento, la Hermandad Internacional de los Fanáticos de Hector contaba con más de trescientos miembros al corriente de pago de sus respectivas cuotas, y algunos de ellos vivían en lugares tan lejanos como Suecia o Japón. Todos los años, el presidente me invita a asistir a su reunión anual en Chicago, y en 1997, cuando al fin acepté su proposición, al final de mi charla recibí una ovación de todos los asistentes puestos en pie. En el coloquio que siguió, me preguntaron si mientras me documentaba para escribir el libro había descubierto alguna información sobre la desaparición de Hector. No, contesté; lamentablemente, no. Investigué durante meses, pero no encontré ni una sola pista nueva.

Cumplí cincuenta y un años en marzo de 1998. Seis meses más tarde, el primer día de otoño, justo una semana después de mi participación en un debate sobre el cine mudo en el American Film Institute de Washington, tuve mi primer ataque al corazón. El segundo se produjo el veintiséis de noviembre, en plena comida del Día de Acción de Gracias en casa de mi hermana, en Baltimore. El primero fue bastante suave, lo que llaman infarto ligero, el equivalente de un breve solo para voz sin acompañamiento. El segundo me desgarró el organismo entero

como una sinfonía coral para doscientos cantantes y a toda orquesta, y a punto estuvo de acabar con mi vida. Hasta entonces, me había negado a pensar que con cincuenta y un años ya se es viejo. Desde luego, no era una edad para sentirse especialmente joven, pero tampoco para ir preparándose con vistas al desenlace y a hacer las paces con el mundo. Me tuvieron varias semanas en el hospital, y las noticias de los médicos eran lo bastante desalentadoras como para hacerme reconsiderar esa opinión. Para utilizar una expresión que siempre me ha gustado, vivía con el tiempo prestado.

No creo que me haya equivocado al retener mis secretos durante tantos años, y no creo que me equivoque al contarlos ahora. Las circunstancias han cambiado y, en consecuencia, yo también he cambiado de opinión. A mediados de diciembre me dieron el alta del hospital y me fui a casa, y a primeros de enero estaba escribiendo las primeras páginas de este libro. Ahora estamos a finales de octubre, y al coronar mi empresa observo con lúgubre satisfacción que nos acercamos a las últimas semanas del siglo: el siglo de Hector, el que empezó dieciocho días antes de su nacimiento y cuyo final nadie que esté en su sano juicio lamentará. Siguiendo el ejemplo de Chateaubriand, no intentaré publicar ahora lo que acabo de escribir. He dejado una carta con instrucciones para mi abogado, y él sabrá dónde encontrar el manuscrito y que hacer con él cuando yo ya no esté en este mundo. Tengo la firme intención de vivir hasta los cien años, pero en la remota posibilidad de que no llegue tan lejos, ya se han tomado todas las medidas necesarias. Cuando se publique este libro, querido lector, podrá tener la seguridad de que su autor lleva mucho tiempo muerto.

Hay pensamientos que destrozan el espíritu, ideas de tal fuerza y fealdad que corrompen en cuanto empiezan a

concebirse. Me daba miedo lo que sabía, miedo de precipitarme en el horror de lo que sabía, y por tanto no plasmé esa idea en palabras hasta que fue demasiado tarde para que las palabras me sirvieran de algo. No tengo nada concreto que ofrecer, ninguna prueba válida frente a un tribunal, pero después de repasar los acontecimientos de aquella noche una y otra vez durante los últimos once años, estoy casi seguro de que Hector no murió de muerte natural. Estaba débil cuando yo lo vi, sí, débil y con sólo unos pocos días de vida por delante, pero tenía la cabeza lúcida, y cuando me cogió del brazo al final de nuestra conversación, me clavó los dedos en la piel. Me apretó con la fuerza de quien se agarra a la vida. Iba a seguir vivo hasta que termináramos lo que debíamos hacer, y cuando Frieda me hizo salir de la habitación, bajé convencido de que volvería a verlo por la mañana. Piénsese en la sucesión de los acontecimientos, en la rapidez con que los desastres se fueron acumulando a partir de entonces. Alma y yo nos acostamos, y cuando nos dormimos, Frieda fue de puntillas por el corredor, entró en la habitación de Hector y lo ahogó con una almohada. Estoy convencido de que lo hizo por amor. No la movió la cólera, ni sentimiento alguno de traición o venganza; sino sólo la fanática devoción a una causa justa y sagrada. Hector no pudo oponer mucha resistencia. Ella era más fuerte que él, y acortándole la vida sólo unos días, lo rescataría de la locura de haberme invitado al rancho. Al cabo de años de indomable valor, Hector había caído en la incertidumbre y la vacilación, había acabado poniendo en duda todo lo que había hecho en Nuevo México, y en el momento de mi llegada a Tierra del Sueño, la hermosa obra que había creado con Frieda quedaría reducida a la nada. La locura no se desató hasta que yo no puse los pies en el rancho. Yo fui el catalizador de todos los sucesos que se produjeron durante mi

estancia, el ingrediente definitivo que desencadenó la explosión fatal. Frieda tenía que librarse de mí, y el único modo en que podía hacerlo era suprimiendo a Hector.

A veces pienso en lo que ocurrió al día siguiente. Gran parte de ello gira en torno a palabras nunca dichas, a pequeños vacíos y silencios, a la curiosa pasividad que parecía irradiar de Alma en algunos momentos críticos. Cuando me desperté por la mañana, estaba sentada a mi lado en la cama, acariciándome la mejilla con la mano. Eran las diez —muy pasada ya la hora en que debíamos estar en la sala de proyección viendo las películas de Hector—, pero ella no tenía prisa. Bebí la taza de café que me había dejado en la mesilla, charlamos un rato, nos abrazamos y nos besamos. Más tarde, cuando volvió a la casa pequeña después de la destrucción de las películas, parecía relativamente poco afectada por la escena que acababa de presenciar. No olvido que perdió el control y se echó a llorar, pero su reacción fue menos intensa de lo que yo esperaba. No gritó, no perdió los estribos, no maldijo a Frieda por haber encendido las hogueras antes de que la última voluntad de Hector la obligara a ello. Habíamos hablado lo suficiente en los dos últimos días para que yo supiera que Alma estaba en contra de quemar las películas. La sobrecogía la magnitud de la renuncia de Hector, supongo, pero también pensaba que era una equivocación, y me contó que por eso había discutido con él muchas veces a lo largo de los años. Si era así, ¿por qué no manifestó mayor emoción cuando finalmente destruyeron las películas? Su madre aparecía en ellas, su padre las había filmado, y sin embargo ella apenas dijo una palabra cuando se extinguieron las hogueras. He meditado muchos años sobre su silencio, y la única hipótesis que me parece verosímil, la única que explica plenamente la indiferencia de que hizo gala aquella tarde, es que sabía que las películas no se ha-

bían volatilizado. Alma era una persona muy inteligente y llena de recursos. Ya había hecho copias de las primeras películas de Hector y las había enviado a media docena de filmotecas del mundo entero. ¿Por qué no podía haber hecho copias también de sus últimos films? Mientras trabajaba en su libro había realizado bastantes viajes. ¿Qué le habría impedido sacar a escondidas un par de negativos cada vez que salía del rancho y llevarlos a algún laboratorio para que hicieran otras copias? El sótano estaba abierto, ella tenía llaves de todas las puertas, y no le habría sido difícil sacar y volver a guardar las películas sin que la vieran. Si eso era lo que había hecho, entonces debió de esconder las copias en alguna parte para presentarlas al público cuando Frieda muriese. Habría sido cuestión de años, desde luego, pero Alma tenía paciencia, ¿y cómo iba a saber que su vida iba a concluir la misma noche que la de Frieda? Cabría objetar que me habría dejado a mí en el secreto, que no se habría guardado algo semejante para sí, pero a lo mejor pensaba contármelo cuando viniera a Vermont. En su larga y desquiciada nota de suicidio, no hacía referencia alguna a las películas, pero aquella noche Alma estaba conmocionada, sumida en un estado de angustia, en un delirio de terror y expiación apocalíptica, y no creo que siguiera realmente en este mundo cuando se sentó a escribirme la nota. Se le olvidó decírmelo. Tenía intención de hacerlo, pero luego se le olvidó. Si fue así, las películas de Hector no se han perdido. Sólo han desaparecido, y antes o después surgirá alguien que abra casualmente la puerta del cuarto donde Alma las escondió, y la historia volverá a empezar desde el principio.

Vivo con esa esperanza.